

*“Mientras exista una clase inferior, perteneceré a ella.
Mientras haya un elemento criminal, estaré hecho de él.
Mientras permanezca un alma en prisión, no seré libre.”*

SENDEROS DE LIBERTAD

FÉLIX GARCÍA MORIYÓN

**SENDEROS
DE LIBERTAD**



CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN: ACCIÓN SOCIAL, ACCIÓN SINDICAL

1. Del pensamiento único y el fatalismo histórico

Hay algo que los poderosos han pretendido siempre: hacer creer a los oprimidos que la historia sigue un curso regido por leyes fijas contra las cuales nada pueden hacer las acciones humanas. De nada sirve intentar llevar a la práctica soluciones alternativas, pues todo lo que va ocurriendo es inevitable; se trata, por tanto, de ir aceptando lo irremediable con la vana esperanza de que quede un cierto margen para adaptarse y sobrevivir. Al mismo tiempo, la complejidad de los fenómenos sociales en general (económicos, políticos, culturales) es tanta que desbordan nuestra capacidad de intervención. Lo único que nos queda es, por tanto, no hacer nada sino dejar que las propias leyes inherentes a esa complejidad social vayan marcando el camino a seguir. Los planteamientos neoliberales actualmente vigentes no dejan de ser una variante de ese enfoque: hay que dejar la máxima libertad de actuación no tanto porque se confíe en la capacidad humana para incidir en la organización social, cuanto porque de ese modo se puede manifestar mejor la “mano oculta del sistema” que, al final, es la más beneficiosa. Con esta calculada combinación de determinismo y fatalismo se puede conseguir la difusión de cierta pasividad y resignación que favorezca la aceptación de situaciones que de otro modo no se aceptarían. Del mismo modo que los seres humanos no tendemos a rebelarnos porque las inclemencias temporales inflijan daños importantes en nuestras vidas dado que consideramos que escapa de nuestras manos el control del clima, no nos rebelaremos cuando una hambruna diezme una población. Pasará desapercibido el dato interesante de que las inclemencias ocurren en todos los países, pero no en todos causan los mismos daños pues éstos dependen de la calidad de las infraestructuras y de los servicios básicos; tampoco nos daremos cuenta de que las hambrunas sólo ocurren en países que no gozan de los requisitos mínimos de una sociedad democrática.

No hace falta ser muy perspicaz, por tanto, para darse cuenta de que ese determinismo fatalista pregonado por quienes tienen las claves de la información, oculte a duras penas que esas mismas personas no dejan de elaborar proyectos específicos de intervención para hacer posible que la historia siga el curso que ellos quieren que siga. Ellos son muy conscientes de que la historia de los seres humanos la escriben los seres humanos, como no podía ser menos, aunque su acción esté siempre condicionada por circunstancias diversas que hacen que no sea posible abordar algunas tareas porque escapan de nuestra capacidad de intervención. Un ejemplo ostentoso de esta actitud podemos encontrarlo en la reciente conferencia de la Organización Mundial del Comercio, la institución que lidera la libertad absoluta en el comercio mundial para conseguir que sean las fuerzas del mercado las que regulen, para bien de todos, la producción y el comercio mundial. Mientras los delegados de todos los países apenas guardaban las apariencias de un debate democrático en sesiones plenarias, en los salones verdes de la sede de la conferencia se reunían a puerta cerrada los representantes de unos treinta países para alcanzar acuerdos sobre las decisiones realmente importantes. Posiblemente sea cierto que la mundialización constituye un proceso imparabile, pero es tan cierto o más que lo anterior el que el modelo concreto de mundialización que vaya a consolidarse no depende de ninguna ley inexorable sino de decisiones muy concretas que toman personas con nombre y apellidos, guiándose por los intereses de grupos a los que también se puede mencionar por su nombre propio. Decir esto no supone apuntarse a ninguna teoría conspiratoria de la historia, pero desde luego existen conspiradores que procuran tomar decisiones en secreto para moldear el curso de los acontecimientos a su gusto y conveniencia.

Sus denodados esfuerzos por reconducir la historia suelen apoyarse, por un lado, en el control de la fuerza que, llegado el momento de la verdad, garantizará que se hace lo que ellos quieren. No olvidemos que a lo largo de la historia todos los imperios dominantes se han basado en poseer los ejércitos más eficaces, algo que se sigue cumpliendo en estos momentos. La fuerza no es, sin embargo, suficiente en la medida en que el poder sustentado sobre la pura fuerza termina siendo excesivamente frágil; es necesario ejercer también un dominio en el ámbito de las ideas

para garantizar una aceptación consciente de la realidad social existente, dicho de otro modo, para aceptar la servidumbre voluntaria. En este orden de cosas, la invitación al fatalismo es un claro indicador del esfuerzo por mantener el control de la cultura, siguiendo aquello de que la cultura de una sociedad es la cultura de su clase dominante. Se trata en este caso de que esa manera de ver la historia y la sociedad humana que el bloque que ejerce el poder mantiene se trasmite a todo el mundo de tal modo que todos terminemos pensando como ellos, lo que hará posible que el puro y crudo poder se convierta en poder legitimado. El pensamiento único no es algo nuevo y tampoco es algo que surge espontáneamente en una sociedad; es más bien el resultado de enormes esfuerzos de propaganda encaminados a conseguir que todo el mundo piense de la forma correcta, que no es otra que la de aquellos que están situados en las posiciones de poder. Es posible que una de las características específicas de la época en la que estamos viviendo sea el hecho de que se ha producido una concentración de todos los poderes en unas pocas manos en un grado que no tiene precedentes históricos. Nunca la elite dominante de un país —en este caso, Estados Unidos— había acaparado el poder económico, político, militar, cultural, tecnológico y científico; apoyados por las elites de los otros países que participan en menor medida en el control de todos esos poderes y legitimados por los votos otorgados por sus propias poblaciones que se benefician directamente, aunque en menor medida, claro está, de ese control de la situación, avanzan cual elefantes en cacharrería imponiendo su presencia y arrasando con todo lo que encuentran. Baste el ejemplo de la deuda externa para apoyar esta perspectiva.

Que los poderosos lo intenten no es extraño; están en su papel y defienden a capa y espada sus intereses concretos para mantenerse de forma permanente, ellos y sus descendientes, en el lugar que les interesa. Tampoco es sorprendente que colaboren en este proyecto de dominación tan bien planificado todos los grupos dominantes, incluido los que pertenecen a los países más empobrecidos por el sistema actual. Si nos alejamos del núcleo del poder a través de diversos círculos que participan cada vez en menor medida de los privilegios, se puede entender el apoyo que reciben de las poblaciones de los países en los que ejercen formalmente el poder, aunque en este nivel ya nos encontramos con amplios

sectores que no llegan a dar ningún tipo de apoyo explícito, si bien es posible que guarden silencio para poder seguir disfrutando de su significativa cuota en el reparto sin padecer accesos de mala conciencia. Más preocupante es que los oprimidos y explotados del mundo se lo crean, cayendo así en una pasividad desanimada y en un conformismo adocenante, sobre todo cuando los datos muestran con cierto empecinamiento que aquí y ahora se está provocando un progresivo empobrecimiento de un número creciente de personas y no sólo en los países empobrecidos. El abismo entre quienes poseen y quienes se encuentran bajo los umbrales de la pobreza o de la miseria está creciendo en los últimos años y puede ser que siga creciendo en años sucesivos de no modificarse la tendencia. Al mismo tiempo crece el número de los que apenas disfrutan de los grandes beneficios que están al alcance de la mano en la actualidad y podemos fijarnos en un caso tan dramático como la imposibilidad de distribuir los medicamentos adecuados entre la población afectada por el SIDA en los países del África subsahariana dados los altos precios impuestos por las multinacionales farmacéuticas.

2. La acción social contra el sistema

Cierto es que a lo largo de la historia de la humanidad siempre ha habido altibajos en las luchas encaminadas a transformar la sociedad para alcanzar niveles más altos de libertad y solidaridad; e igualmente cierto es que ese tipo de luchas pasa ahora por una fase de aparente debilidad. Momentos ha habido en los que los poderosos imponían su ley sin ninguna resistencia eficaz por parte de los oprimidos, mientras que estos últimos fueron capaces de conseguir en otras ocasiones unas relaciones sociales más ajustadas, es decir, con mayores niveles de libertad y mejor reparto de la riqueza existente. Lo importante en todo caso es recordar que nunca los bloques han sido monolíticos, nunca el dominio ha sido total y nunca la historia ha estado decidida ni por leyes sociales inexorables ni por proyectos bien elaborados de dominación. Dentro del bloque hegemónico han existido siempre fisuras provocadas por intereses contrapuestos o por discrepancias respecto de las estrategias adecuadas para llevar a la práctica los proyectos de dominación. Tampoco el dominio cultural y político alcanza en ningún caso unos niveles tales que acaben con toda capacidad de disidencia, y

buena prueba de ello la ofrecen los ingentes recursos humanos y económicos que tienen que invertir en los medios de control ideológico y político. Del mismo modo, siempre ha habido grupos e individuos que se han negado a aceptar el papel de objetos pasivos en los proyectos de otros y se han empeñado en ejercer de sujetos de su propia historia, conscientes de que la historia (el pasado, el presente y el futuro) no están nunca definitivamente escritas y que su configuración depende de la intervención activa de quienes quieren ser protagonistas de lo que ocurre.

Basta, por tanto, con mirar alrededor sin las anteojeras que nos ponen los grandes medios de comunicación antisocial para darse cuenta de que el pensamiento único no lo es tanto y de que son muchas las luchas que se están dando en el mundo, luchas cargadas de un futuro mejor al mostrar que también el presente puede ser distinto. El objetivo de este texto, así como de la exposición a la que sirve de presentación, es dejar patente la pluralidad de acciones encaminadas a alterar las relaciones de dominación que se están dando en todos los rincones del planeta. Son acciones que se centran en muchos y diversos objetivos, con frecuencia bastante específicos, y que están expresando el deseo de una vida distinta en campos tan variados como la ecología, la escuela, la familia, el trabajo o la vida política. Conviene dejarlo bien claro desde el principio, sobre todo para despejar cualquier posible tendencia al pesimismo o la pasividad. Obsesionados con el poder de las multinacionales, tendemos a olvidar que existen experiencias concretas de acciones sociales que consiguen parar su poder y su desmedido deseo de acaparamiento de recursos. Cuando Al Gore, representando los intereses de las multinacionales farmacéuticas, exigió al gobierno de Sudáfrica que dejara de producir los genéricos que ayudaría a frenar la devastadora plaga de SIDA que está destrozando el país, la intervención constante de grupos de activistas de Estados Unidos, quienes acosaban a Gore en todas las ocasiones posibles y sacaban a la luz pública lo que estaba haciendo, consiguió frenar las amenazas permitiendo la fabricación de esos medicamentos a precios sensiblemente inferiores. Los ejemplos se pueden multiplicar.

Es difícil encontrar un denominador común bajo el que puedan encajar todas esas acciones que pretenden incidir en la configuración de un mundo distinto. Basta, por ejemplo, con fijarse un

poco en lo ocurrido en Seattle con motivo de la reunión de la Organización Mundial del Comercio para darse cuenta de la pluralidad de orígenes, intereses y propuestas de todos esos grupos. Desde luego hay al menos dos cosas en las que todos coinciden: no les gusta en absoluto el estilo que está adquiriendo el proceso de globalización en el que todos estamos inmersos en estos momentos y consideran que es posible y necesario hacer algo para modificar ese estilo consiguiendo que la mundialización adquiera un rostro más humano. Las que hemos elegido para exponer el grado de implicación de las personas en la transformación de la sociedad comparten un aire de familia que caracteriza el tipo de acción que están llevando adelante.

Son grupos y organizaciones que dan gran importancia a la participación y el protagonismo de los implicados, evitando la monopolización o dirección del movimiento por unas minorías más o menos clauvidentes y activas; buscan, además, como forma de intervención la acción directa, procurando que su rechazo y sus propuestas se concreten en acciones claramente ejemplares y directamente vinculadas con el área o problema que pretenden modificar; muestran formas organizativas de tipo asambleario y autogestionario, precisamente para garantizar la implicación más profunda y generalizada de los protagonistas, o para que la gente pueda recuperar ese protagonismo y ese papel de sujetos activos de la historia que con frecuencia les es arrebatado; su acción se dirige contra toda forma de opresión y explotación, lo que los lleva a intervenir en muchos y muy diversos ámbitos, algunos tan generales y abarcadores como el ecologismo y el feminismo, y otros más locales y próximos, como las luchas por la recuperación de la calidad de vida en barrios marginados; el apoyo mutuo y la solidaridad dan cierta homogeneidad a esos diversos objetivos o temas abordados, de tal modo que, sea cual sea el ámbito que se pretende modificar, se tiene el convencimiento de que el objetivo es alcanzar un mundo más solidario, lo que se conseguirá gracias a la colaboración y cooperación de las personas implicadas; eso es parte de un planteamiento de la intervención en el que la coherencia entre los fines buscados y los medios empleados resulta igualmente importante, evitando falsos atajos que terminan no llevando a ningún sitio; por último, todos ellos comparten la ilusión y el convencimiento profundo de que, aunque sea difícil, es posible una vida distinta y sensiblemente mejor.

Todos esos rasgos han formado parte sustancial e incluso han definido el modo de entender y practicar la lucha social ejercido por el movimiento libertario desde sus orígenes. En algunos de esos grupos, el aire libertario tiene una expresión explícita y puede rastrearse claramente en sus orígenes y en su historia posterior. En otros grupos no se trata tanto de una vinculación explícita, cuanto de la actualización de formas de entender la acción social que coinciden con las que habitualmente practicó la rama más libertaria del socialismo, características que, por otra parte, provocaron un alejamiento de otras formas de llevar a la práctica la transformación social. No se trata de un intento de usurpación intrusista de todo aquello que guarda algún parecido con lo que uno está defendiendo; muy al contrario, por respeto a quienes están dando la cara en esos grupos, es imprescindible aceptar y valorar positivamente la autonomía de todos y cada uno de ellos. Es decir, constatamos la proximidad de tácticas y objetivos, pero en ningún caso lo hacemos con ánimo de apropiarnos de movimientos, intervenciones o propuestas de trabajo que tienen orígenes e historias distintas, algunas de ellas alejadas del movimiento libertario y con mucha mayor vitalidad y pertinencia que las acciones que proceden de quienes sí se reclaman como representantes cualificados de la tradición libertaria. Por otra parte, tampoco podemos olvidar que en la historia del movimiento libertario ha habido una cierta pluralidad de modelos de organización y acción social, algunos de los cuales encajan bastante menos con las características que hemos señalado en gran parte de estos grupos. El hecho, no obstante, es que se da esa coincidencia, y ella es la que abre interesantes posibilidades de colaboración. Por otro lado —y esto sí parece especialmente importante— la vitalidad de esos grupos y su capacidad de convocatoria son una señal bastante clara de la vitalidad y actualidad de los principios básicos del movimiento libertario. Constantemente criticado por falta de una propuesta coherente de intervención en la sociedad, dado por muerto en diversas ocasiones debido a su atribuida inoperancia, el enfoque libertario aparece una vez tras otra y sigue exhibiendo una sugerente capacidad de convocatoria y de incidencia. Quienes nos sentimos parte de la tradición libertaria —o anarquista— no formamos parte, por tanto, de una concepción de la sociedad y la acción humana trasnochada, obsoleta y minoritaria.

3. Las incipientes redes de acción social

Queremos ir un poco más allá de la simple constatación de la vitalidad de unos principios y del reconocimiento gratificante de que son muchas las personas y grupos que mantienen bien alto el deseo de cambio en esta sociedad; si de transformar la sociedad, o de hacer presente un modo diferente de ver, juzgar y actuar se trata, conviene alcanzar la mayor eficacia posible y eso exige ciertos niveles de colaboración y coordinación. Ahora bien, ese aire de familia compartido, esa forma parecida de abordar la intervención en la sociedad, es la que permite una mayor coordinación entre tanta lucha dispersa y local. No se trata tan sólo de una posibilidad sino de algo necesario si de verdad queremos avanzar hacia esa sociedad que deseamos. El sistema dominante puede encajar con cierta facilidad las acciones locales, minimizando su apuesta transformadora; si bien todas esas acciones poseen un cierto denominador común, como he mencionado anteriormente, su coherencia y capacidad de coordinar los medios adecuados para alcanzar los fines previstos está muy lejos de la que muestran sus 'enemigos' sociales, la clase dominante y las elites que la representan. Esto lo escribo justo durante los días que se celebra el foro de Davos, reunión quizá demasiado escorada hacia el autobombo complaciente, pero prueba inequívoca de esa coordinación planificada de quienes controlan la sociedad en todas sus dimensiones. Esa insultante euforia, ajena a los sufrimientos de miles de millones de personas, parece indicar que o bien no se inmutaron demasiado por los acontecimientos de Seattle o bien consideran que no han afectado mucho a sus proyectos de dominación, algo que se puede ver igualmente en la conferencia sobre los alimentos transgénicos, que se celebra también en estos momentos en Montreal.

Por eso es tan importante generar una red fluida y dinámica que haga posible mecanismos de apoyo entre grupos dispersos y amplifique el impacto de sus propuestas. Debe ser una red, por un lado lo suficientemente sólida y estable como para no necesitar reconstruirse a cada nuevo acontecimiento al que se quiera oponer una alternativa, y por otra parte bastante flexible para poder adaptarse a la flexibilidad y movilidad que muestra en estos momentos el sistema. Varias son las características que deben estar presentes en la propuesta red, siendo la primera de ellas el que sea una coordinación en la que nadie fagocita a nadie

ni se admite una pretensión monopolizadora de ningún colectivo, sea cual sea la forma que adopte esa apropiación: desde el entrismo encaminado a hacerse con los cargos o puestos que marcan las líneas de actuación de un grupo hasta la exigencia de autodisolución para pasar a engrosar un colectivo mayor apelando a la eficacia. En la misma línea, el planteamiento debe partir de un sentido profundo de la riqueza que proporciona la diversidad de enfoques y programas; el hecho de que existan numerosos grupos distintos no es, en ningún caso, una prueba de debilidad ni una situación transitoria que debe ser superada consiguiendo la fusión posterior de esos grupos. En algunos casos podrá ser deseable llegar a niveles más altos de implicación o coordinación, pero no es un objetivo prioritario.

La colaboración debe centrarse en planes de trabajo bien definidos en los que puedan implicarse todos los grupos presentes; no se trata de que un determinado grupo busque la colaboración de los demás para alcanzar objetivos específicos que ellos mismos se plantean, sino más bien de que, sin renunciar a esos objetivos más concretos, se busquen en determinados momentos otros más generales en los que todos colaboren aportando cada uno su propia forma de hacer frente al tema y procurando que las intervenciones de todos se sumen para dar más fuerza a la lucha. Un buen ejemplo de lo que estamos diciendo son proyectos como la marcha contra la desocupación o el referéndum para la condonación de la deuda externa, y más todavía el que se plasma en las semanas de lucha social. Para que eso sea posible, se necesitan dos niveles de coordinación, uno más fluido, pero estable, en el que con una periodicidad amplia, todos los grupos se reúnan para debatir las cuestiones de interés y los posibles temas sobre los que hace falta trabajar. Otro más sólido, pero también más limitado en el tiempo, en el que se trabaje rigurosamente la planificación de un específico plan de trabajo, es decir, el conjunto de acciones que se van a llevar a cabo para obtener determinados objetivos.

Es, en cierto sentido, un planteamiento renovado de la tradición clásica del sindicalismo revolucionario y del anarcosindicalismo, pues también en dicha tradición, además de y junto a la acción propiamente sindical, eran muchas las iniciativas que funcionaban en ámbitos muy diversos de la vida social. No existía una división del trabajo similar a la de otros sindicatos de clase, es

decir, no se dejaba en manos de un partido político la intervención en los problemas de carácter general propios de una comunidad política. Tampoco se pensaba que la acción sindical agotara los problemas que planteaba la transformación de la sociedad a la que se aspiraba, aunque los sindicatos tenían un protagonismo evidente. Enfocada así la acción social era lógico potenciar o crear otras agrupaciones que se hicieran cargo de esas tareas garantizando de formas diversas, y no siempre fáciles ni fluidas, la relación entre todas ellas. Llegado el momento, el hecho de que existieran habitualmente esas relaciones constantes entre los variados y heterogéneos grupos, algunas veces garantizadas por la presencia de las mismas personas en más de uno de ellos, era posible realizar acciones conjuntas de gran capacidad de incidencia. Si ésa era la experiencia clásica, en la actualidad posiblemente prima la incidencia de los pequeños grupos y se ha debilitado la presencia de los sindicatos; el espíritu de la transformación radical de la sociedad anida con más vitalidad en los primeros que en los segundos, lo que los lleva a tener una mayor capacidad de atracción entre las nuevas generaciones que retoman el esfuerzo colectivo de avanzar hacia una sociedad distinta, más solidaria y más libre. Proliferan, por tanto, las pequeñas organizaciones y agrupaciones que buscan actuar localmente, aun pensando globalmente, y que no quieren ceder las dimensiones del pequeño gran grupo en el que las posibilidades de conjurar las degeneraciones burocráticas son mayores.

De todas formas, no es prudente hacer una valoración de esos grupos que vaya más allá de la constatación de su proliferación, pues hay de todo en ese mundo, desde el minúsculo chiringuito pensado como agencia de obtención de fondos públicos para mantener intereses privados, hasta grupos radicales seriamente comprometidos con la transformación social y otros a punto de convertirse en multinacionales de la defensa del ecologismo o de la solidaridad con los países empobrecidos. En conjunto parecen responder a una tendencia que tiene profundas raíces en la historia pasada, pero que se ha acentuado en las sociedades contemporáneas y no sólo en las occidentales adquiriendo un cierto protagonismo en la configuración de la vida social y política. Los sociólogos y politólogos se refieren a esta forma de participación ciudadana como movimientos sociales, en los que habitualmente incluyen a ecologistas, pacifistas y feministas como los más destacados. Dos rasgos que comparten todos

ellos son la tenuidad de sus estructuras burocráticas y su dedicación a objetivos concretos de gran impacto en la vida social. Eso hace que puedan mostrar enorme fuerza y capacidad de convocatoria en un momento determinado y pasar poco después a una vida latente, garantizando la continuidad a la espera de una nueva movilización. Es posible que algunos ya estén desarrollando un aparato organizativo cada vez más sólido, lo que les hará perder alguna de las características más significativas aproximándose a organizaciones políticas o sindicales más tradicionales. Al mismo tiempo, esa acción social fragmentada o polimorfa está ideológicamente reforzada por toda la reflexión cultural reciente acerca de la imposibilidad de desarrollar una crítica social, teórica y práctica, con pretensiones de globalidad. Perdida la confianza en los “grandes relatos”, en visiones del mundo globales y donadoras de sentido, sólo nos queda la intervención descentrada, localizada y fragmentaria, con el riesgo que eso conlleva de escisión y desintegración.

Otro aspecto que debe hacernos más cautos en la valoración de todas estas nuevas formas de acción social es su ambigua comprensión de la reivindicación de la sociedad civil. No deja de ser significativo el hecho de que en los recientes incidentes de El Ejido, de inequívocos rasgos xenófobos y reaccionarios, algunas pintadas y carteles hablen de que el levantamiento popular es una manifestación de la vitalidad recuperada de la sociedad civil. Reivindicar la participación ciudadana es sin duda algo positivo y elemento de una democracia radical o de una sociedad que desea articular modelos organizativos autogestionarios. Sin embargo, sólo en la medida en que esa participación ciudadana vaya unida a otros rasgos identificadores, como la tolerancia y la solidaridad, podemos ver en ellos elementos de transformación social prometedores de una sociedad más libre y más equitativa. De no ser así perdemos la capacidad de distinguir entre movimientos populistas de clara orientación reaccionaria y movimientos ciudadanos centrados en la denuncia de la miseria existente y orientados en la creación de redes alternativas de solidaridad.

Por otra parte, en muchos casos se está desarrollando esa tendencia a la agrupación con fines sociales como forma solapada de desmontar todas las estructuras del estado social del bienestar, poniéndolas a disposición de la iniciativa privada, a la que, además de

reconocerle su capacidad de intervención, se le reconoce igualmente la capacidad de hacer negocio. Por tanto, una vez más debemos señalar que reivindicar la participación ciudadana debe ser una forma de revitalizar y controlar esas instituciones políticas que han ido configurando un modelo de sociedades más solidarias. Desde luego en España no sobran servicios públicos, más bien faltan y es necesaria una mayor participación ciudadana en los que ya funcionan. Lo contrario es apelar a la clásica reivindicación de la subsidiariedad que, releída por los neoliberales actuales, significa desmontar todos los sistemas de servicios públicos, desmantelamiento que se suele justificar diciendo que se trata de devolver a la sociedad civil la capacidad de intervención que le ha sido expropiada por la legión de expertos del bienestar que ocupan las inoperantes oficinas gubernamentales.

4. La acción sindical

Por todo esto resulta todavía más importante mantener una visión global de la acción social, devolviendo a los sindicatos el papel que les debe corresponder en estos casos. Frente a quienes consideran que el sindicalismo está periclitado y que las grandes centrales sindicales son más parte del problema que caminos de solución, frente a quienes auguran una disminución de la importancia de los trabajadores asalariados y sus luchas contra la opresión y explotación en las fábricas, reivindicamos la importancia de la acción sindical. Es cierto que, después del gran pacto social europeo realizado tras la Segunda Guerra Mundial—en España, en los pactos de la Moncloa—, el sindicalismo clásico consiguió que se institucionalizaran y convirtieran en leyes de obligado cumplimiento muchas de las reivindicaciones que habían animado las más duras luchas sindicales de los decenios anteriores. Sin duda se trataba de una importante conquista, pero, cual caballo de Troya, encerraba un enemigo en su interior. En los años siguientes, el gran sindicalismo fue derivando hacia una enorme agencia paraestatal, con frecuencia subvencionada a cargo de los presupuestos generales del Estado, desde la que una potente burocracia gestionaba la redistribución de la riqueza y mediaba en las luchas sociales para que no se produjeran rupturas o enfrentamientos nocivos para todos. En cierta medida, el resultado final es una plétora de jerarcas y asalariados sindicales que terminan defendiendo más bien

sus propios intereses que los de aquellos a quienes dicen representar. Al mismo tiempo, dependiendo económicamente de los presupuestos generales del Estado, su capacidad de intervención y reivindicación se ve duramente maniatada hasta el punto de que más parece que acuden a recoger las migajas que el poder les concede que a imponer las legítimas exigencias de los trabajadores.

Esa evolución ha modificado profundamente la acción sindical, provocando entre otras cosas la progresiva pérdida de afiliados, unida a la disminución constante de la intervención de éstos en la vida sindical. Pocas veces acuden a las reuniones sindicales, lo que facilita la dinámica perversa de la representación en lugar de la genuina delegación o el mandato sindical, al mismo tiempo que justifica la conversión de los “líderes” sindicales en gestores distantes de los intereses reales de las personas que están asalariadas. Ya más recientemente, esa evolución se agrava por la agresiva política social y económica de las elites en el poder que pretenden desmontar todas las regulaciones a favor de los trabajadores y restaurar condiciones laborales dominadas por la flexibilidad y precariedad más absolutas. En definitiva, y en contra de lo que algunas personas puedan decir, se trata de recuperar la tasa de extracción de plusvalía, es decir, de mantener la situación de explotación pura y dura no sólo en los países dependientes sino en el mismo corazón del sistema. Una desocupación endémica y la importación masiva de trabajadores extranjeros en condiciones laborales brutales ayudan a mantener a raya las posibles reivindicaciones. A eso debemos añadir que en una economía globalizada como la actual, el trabajo asalariado no sólo no está disminuyendo, sino que está aumentando en todo el mundo; cada vez hay más asalariados, que tienen una mayor productividad pero con unas condiciones peores de trabajo. Eso ocurre en Estados Unidos, el centro del centro del sistema actual, en España y en Corea. Estos datos por sí solos bastaría probablemente para convencernos de que la acción sindical sigue siendo tan absolutamente imprescindible como siempre; sin negar por otra parte la importancia de las luchas canalizadas por todos los movimientos sociales de los que antes he hablado, la lucha estrictamente sindical, la que da prioridad al fin de la explotación económica y la opresión en el proceso de producción, tiene una importancia de primer orden. Con mayor razón, si consideramos el aumento del número de asalariados y empeoran las condiciones laborales.

Menos sencillo resulta, sin embargo, encontrar las formas de organización y los métodos de lucha que hagan más eficaz la acción sindical. No debemos olvidar que en estos momentos el bloque hegemónico lleva ventaja y está imponiendo sus condiciones con facilidad en el campo de la economía, que se ha convertido en el eje de articulación de la vida social y política. Esta situación de ventaja patronal se basa, en parte, en esa devaluación del sindicalismo ya mencionada, auspiciada claro está por los que se benefician de la reconversión de los sindicatos en agencias de control de la paz social. Pero la responsabilidad básica y fundamental recae sobre quienes realmente controlan las empresas y por los políticos que ponen el aparato del Estado al servicio de lo que dictan esos intereses patronales. El instrumento decisivo que ha venido empleando en los últimos años de ataque bien organizado y orquestado es el de la fragmentación de la clase obrera; amparados en una supuestamente incuestionable competitividad, han ido consiguiendo la desaparición de una de las conquistas básicas del sindicalismo histórico: la estabilidad en el empleo. Arrojados por una inmisericorde flexibilidad laboral, han convertido a la mayor parte de las personas que trabajan en precarias permanentes, que pueden ser despedidas sin ningún coste empresarial cuando baja la tasa de beneficios o cuando se incrementan las reivindicaciones conflictivas. Al mismo tiempo, la fragmentación hace que resulte difícil la acción unitaria de los trabajadores y que cada colectivo se centre en la defensa de sus intereses más inmediatos o más próximos a su específica situación laboral.

Todo ello contribuye también a generar una pérdida de la conciencia de clase y del protagonismo social que le correspondía legítimamente a los trabajadores. La situación es bastante dura, aunque no está nada claro que sea percibida así por las personas que la padecen, en quienes parece calar más el mensaje de que las cosas van bien y de que los defectos son insuperables. Los colchones de asistencia social, por otra parte, permiten que el malestar no crezca a niveles en los que el orden social estaría seriamente amenazado. En todo caso, se dan condiciones objetivas para recuperar una lucha sindical creciente y enérgica, lo que nos lleva a recuperar la validez de los planteamientos que en su día ofreció el sindicalismo revolucionario.

Desde luego un paso prioritario y previo a todo lo que se pueda

hacer posteriormente es conseguir una mayor militancia en los sindicatos quienes están trabajando. Mientras sean muy pocas las personas que militen, poco será lo que los sindicatos puedan hacer. Eso exige campañas específicas de concientización, haciendo ver la necesidad de estar unidos para hacer frente a las agresiones de quienes mantienen el poder económico y político. Ello supone romper definitivamente con una espiral perversa y autodestructiva que ha ido reduciendo el activismo sindical y obligando a quienes allí permanecen a buscar formas de acción más simbólicas que reales y a encontrar formas de financiación que terminan siendo pesadas cadenas que impiden un real enfrentamiento con la patronal. Claro está que para incrementar la militancia hace falta también ganar la credibilidad que en parte se ha ido perdiendo en los últimos decenios por esa evolución histórica antes comentada.

Incrementada la militancia, parece imprescindible incrementar igualmente el activismo y la participación; hay que acabar con modelos de sindicalismo por delegación en los que unos pocos terminan tomando casi todas las decisiones y otros está a la espera de las indicaciones que de esos dirigentes proceden. Es cierto que la gente nunca ha mostrado deseos excesivos de participar y que a todos nos puede resultar interesante y gratificante delegar en algunos o muchos aspectos de nuestra vida. No obstante, el problema se agrava en el momento que, en lugar de actuar en contra de ese absentismo generalizado, se aprovecha más bien para consolidar procesos endogámicos de apoltronamiento burocrático de quienes terminan haciendo del sindicalismo un modo de vida. La posibilidad actual de conseguir liberaciones sindicales se ha convertido en este contexto en un arma de doble filo, pues éstos terminan desviándose con el paso de los años de liberación hacia una práctica bastante alejada de la lucha más específicamente sindical. La rotación en todos los cargos fue siempre una exigencia muy saludable en las organizaciones que dan valor a la participación de sus miembros. Un arma de doble filo lo es también todo el mecanismo actual de financiación del sindicalismo, pues ha favorecido el olvido de que sólo con la cuotas de los afiliados y con los fondos que ellos mismos sean capaces de generar se podrá llevar adelante un enfrentamiento claro con el sistema de explotación y opresión vigente. Incrementando la afiliación y la participación será más factible abordar métodos de acción que incrementen igualmente la

eficacia sindical, lo que sin duda se convertirá en el comienzo de un proceso creciente de retroalimentación: a mayor militancia, mayor capacidad e intervención que provocará posiblemente un incremento de activismo y participación, y así sucesivamente.

Lo que hace falta a continuación es desarrollar adecuadas campañas de imagen que permitan convertir a los sindicatos en sujetos de acción social que sean tenidos en cuenta. Eso es algo que han sabido hacer muy bien, por ejemplo, las personas que han formado el Frente Zapatista de Liberación Nacional. En una sociedad en la que el papel de los medios de comunicación social ha crecido desmesuradamente y en la que la producción de información está acaparando un elevado porcentaje de la riqueza (y el poder) generado en estos tiempos, es ineludible hacerse un hueco en ese ámbito. De ese modo se consigue ser tenidos en cuenta por quienes buscan activamente el debilitamiento de la acción sindical y ser también apreciados por quienes están buscando formas efectivas de oponerse a la opresión que cotidianamente soportan. Las dificultades en este ámbito son notables, dado el estricto control que existe sobre los medios de comunicación y su imbricación profunda con los centros de poder, en gran parte porque ellos mismos se han erigido en uno de los principales centros de poder. No obstante, experiencias de prensa centrada en la denuncia sistemática del sistema vigente y sus perversiones pueden resultar alentadoras, y quizás el caso más claro sea el de *Le Monde Diplomatique*. Igualmente alentadoras son las posibilidades abiertas por las comunicaciones electrónicas, un medio novedoso al que hay que prestar especial atención y no sólo como potente instrumento de comunicación. Ahí se están librando en estos momentos importantes batallas y se librarán más en el próximo futuro, lo que exigirá tanto una cierta reorganización de la misma estructura sindical al quedar obsoletos los marcos patronales recientes, como una reflexión profunda sobre el modo de incorporar esos nuevos medios en las luchas sindicales.

A partir de estas líneas generales, se plantean dos niveles de intervención. Uno es, por descontado, el que va directamente relacionado a hacer frente a la degradación de las condiciones laborales en las empresas, para lo que es necesario y valioso recurrir a todos los medios tradicionales que han sido utilizados para alcanzar objetivos específicos en las negociaciones y enfrentamientos con los

empresarios. Más complicado puede ser diseñar tácticas adecuadas para hacer frente a la nueva configuración del mercado laboral, en la que la fragmentación y la precariedad son la norma, así como la globalización. La capacidad de aglutinar a grupos de trabajadores que apenas mantienen relaciones estables entre ellos, o de potenciar las reivindicaciones del conjunto de los desocupados es, en este caso, decisiva, del mismo modo que resulta fundamental conseguir que las luchas concretas tengan un impacto social, no sólo laboral, que refuerce la capacidad de las personas asalariadas para concienciarse de la injusticia de sus condiciones laborales y ponga de manifiesto el auténtico rostro de la explotación actual. Eso lleva igualmente a la necesidad de incrementar la proyección internacional de la acción sindical reivindicativa, que poco o nada tiene que ver con la labor habitualmente desarrollada por organismos oficiales en los que están presentes las grandes centrales sindicales.

Como continuación de esto último, y relacionado también con lo expuesto anteriormente, el segundo nivel de intervención es el que podemos llamar horizontal. Un problema del sindicalismo reciente ha sido el desarrollar una elevada capacidad de hacerse valer en las negociaciones colectivas que afectaban a numerosos trabajadores de una misma empresa o de un conjunto de empresas claramente delimitado. Ahora parece necesario recuperar e insistir en la capacidad de coordinar las luchas en un nivel horizontal, vinculando los enfrentamientos en un sector con los que puedan darse en otros y favoreciendo que los trabajadores trasciendan el estrecho marco de sus reivindicaciones corporativas o el limitado horizonte de su sección sindical. Esto supone, en principio, algunas modificaciones en la práctica sindical. Si bien es cierto que la mejor aportación que puede hacer un sindicato a la transformación social es la de hacer bien su labor sindical, no es menos cierto que deben incluir en sus plataformas reivindicativas aquellos objetivos que constituyen el centro de atención de los movimientos sociales antes mencionados. La sensibilidad ante los problemas ecológicos o ante la persistente e insidiosa discriminación de la mujer no deben ser meros adornos en el conjunto de aspiraciones que movilizan a quienes llevan adelante las luchas sindicales. Una segunda modificación que puede marcar las diferencias es la que constituye en gran parte el hilo conductor de toda esta aportación. Es urgente e imprescindible encontrar formas de organización estables y eficaces con todos aquellos

movimientos que se enfrentan al sistema en ámbitos específicos y limitados del mismo. Sólo de ese modo será posible que la necesaria fragmentación y descentramiento de los esfuerzos realizados por quienes desean cambiar el sistema social supere las limitaciones que esa misma dispersión provoca. Son necesarios los acuerdos, que no tienen por qué implicar consensos ni unificaciones excesivas, para diseñar estrategias conjuntas, para potenciar la capacidad de forzar cambios en el sistema y para mantener una cierta conciencia de que los problemas tienen raíces comunes y exigen, por tanto, respuestas que no pierdan el sentido de la totalidad o la globalidad.

Buscamos una acción sindical alternativa articulada en torno de todos esos rasgos distintivos; un sindicalismo capaz de engarzar sus luchas laborales en el amplio marco de una lucha global contra el desorden establecido, y por eso mismo, capaz de contribuir de forma decisiva a la coordinación y potenciación de las múltiples luchas que se están desarrollando en todos los ámbitos de la vida de los seres humanos. Ilusionados, sin ser ilusos, la exposición pretende recordar a todo el mundo que lo importante no es saber si la transformación social que buscamos está más o menos próxima. Lo realmente primordial es convencernos cada uno de nosotros de la posibilidad de incidir en el sistema social y la urgencia de responder a una pregunta básica: ¿en un mundo desgarrado por abrumadoras injusticias, tú de qué lado estás? Glosando a Bakunin, en un mundo de opresores y oprimidos hay que estar en uno de los dos lados. Y glosando a Thoreau, la verdadera revolución se da cuando alguien dice no y se niega a colaborar con el sistema.

CAPÍTULO 2

EL MOVIMIENTO LIBERTARIO: UN AIRE DE FAMILIA

1. Un enfoque abierto

Desde que Kropotkin escribiera el artículo para la Enciclopedia Británica, es posible hablar del movimiento libertario utilizando dos enfoques diferentes. El primer enfoque —que denominaré enfoque abierto— consiste en considerar que los principios básicos defendidos por los libertarios constituyen una constante de los seres humanos que se puede rastrear en todas las épocas y en todas las culturas. Eso nos permite, por ejemplo, mencionar a Zenón en Grecia o a LaoTse en China, y los ejemplos se podrían multiplicar. En todos esos autores o movimientos se daría la misma aspiración por la libertad y el apoyo mutuo y se compartiría una crítica similar de los complejos y variados mecanismos de opresión. Desde este enfoque, podríamos decir que el anarquismo, que aparece técnicamente con Proudhon, es la manifestación concreta del movimiento libertario en la época del nacimiento de las luchas sociales en la sociedad capitalista. El otro enfoque —el restrictivo— delimita con más precisión el tema y prefiere centrar el movimiento libertario en los últimos 150 años; Proudhon sería el punto de partida y el movimiento pasaría por diferentes fases, algunas de gran impacto social, y otras menos relevantes. Formaría parte de una familia más amplia, la socialista, aunque manteniendo claras diferencias con las otras formas de socialismo; el sindicalismo revolucionario y, más en concreto, el anarcosindicalismo sería, posiblemente, la aportación más relevante del movimiento libertario a las luchas del movimiento obrero para alcanzar su emancipación. En este segundo enfoque es más posible y frecuente utilizar el nombre de anarquismo; en todo caso, en este trabajo utilizaré ambos nombres (movimiento libertario y anarquismo) como sinónimos, sin entrar en los detalles que permiten percibir las diferencias entre ambos o sin utilizar el término anarquismo en un sentido restrictivo o excluyente.

Lo que aquí se defiende es un enfoque intermedio, pero no por

querer contentar a todo el mundo. En el siglo pasado surge una forma muy concreta de lucha social contra el sistema capitalista que tiene a la clase obrera como protagonista principal pero no único, y que se enfrenta a la explotación y opresión de la mayoría por la minoría; el análisis de la explotación económica realizado básicamente por Marx y el análisis de los mecanismos de opresión aportado por los anarquistas son piezas fundamentales en esas luchas sociales. Más de un siglo después, el sistema capitalista sigue igual en el fondo, aunque con importantes cambios, por lo que no han variado en lo esencial las exigencias de confrontación con dicho sistema. Las luchas sindicales deben seguir desempeñando un papel importante, incluso central en cierto sentido, dado que las condiciones laborales están degradándose y pueden seguir empeorando. El hecho de que a partir de la Segunda Guerra Mundial el sindicalismo en general haya perdido la fuerza transformadora que tuvo (en parte debido a importantes conquistas sociales recogidas en el estado social de derecho) nos obliga a replantearnos con seriedad el tipo de sindicalismo que ahora hace falta, pero no invalida en absoluto la lucha sindical, sino que la hace tan urgente como antes. Desde este enfoque se entiende bien que, para hablar de movimiento libertario, sea preferible partir de la obra de Proudhon y la I Internacional, prescindiendo de los más antiguos antecedentes históricos.

Ahora bien, recurrir a la visión más amplia del movimiento libertario tiene algunas ventajas notables para poder hacer frente a los problemas actuales, muchos de ellos bastante nuevos, y a los procesos de globalización en los que estamos metidos. A partir de los años 50 han cobrado especial relevancia otros movimientos sociales que han conseguido importantes avances en la sociedad. Uno de ellos, con raíces en la misma Revolución Francesa, es el feminista, que ha contribuido a una de las transformaciones más profundas que ha experimentado la humanidad, si bien todavía le queda mucho por alcanzar. Otro movimiento importante es el pacifismo y el antimilitarismo, espoleado en especial por las graves consecuencias del consorcio realizado entre la industria y los militares. El tercero y último, por el momento, es el ecologista. De los tres hablaré más adelante con algún detalle. Sólo desde una concepción abierta del anarquismo podemos ver en algunos de esos movimientos los rasgos que caracterizan al movimiento

libertario, pudiendo así sentar las bases de una coordinación más estricta. Del mismo modo, el enfoque abierto nos da algunas pistas para establecer un diálogo fecundo e integrador con planteamientos que proceden de mentalidades muy alejadas de la occidental, sin que por eso dejen de ser sensibles a las mismas ideas de libertad y apoyo mutuo, de autonomía y autogestión, que formaban parte de ese núcleo en parte intemporal del movimiento libertario. Basta fijarse con algún detalle en el movimiento zapatista o en de las comunidades indígenas ecuatorianas, para darse cuenta de las posibilidades integradoras del enfoque abierto. La mentalidad indígena, muy presente en ambos, da un estilo propio e inconfundible a esos movimientos, pero no les impide sintonizar con la misma exigencia de libertad y apoyo mutuo y mantener la misma crítica radical de la opresión y el poder.

2. Un aire de familia

A favor del enfoque abierto está sin duda el hecho de que no resulta nada sencillo dar una definición precisa de qué sea eso del anarquismo. En gran parte, por definición, el movimiento libertario no se ha dejado nunca encerrar en el marco de una definición que haga posible saber con precisión qué forma parte de ese movimiento y qué quedaría fuera. Enfrentados desde el primer momento contra toda pretensión de uniformidad o de control, es incoherente con todo lo libertario plantear una especie de señas de identidad que pudieran distinguir los “auténticos” libertarios de los “falsos”. Al mismo tiempo, la aceptación en general de una concepción de la realidad como algo denso, complejo y en constante proceso de transformación exige renunciar a una única interpretación de la misma por lo que son verosímiles diversos puntos de vista o perspectivas, todas ellas valiosas sin que ninguna alcance el estatuto de ser la más correcta y mucho menos de ser la correcta sin más. Proudhon ya señalaba en contra de Hegel y también de Marx que era imposible hablar de una dialéctica en la que se alcanzaba una síntesis final reconciliadora, fuera ésta el Estado burgués o la sociedad sin clases del comunismo.

La pluralidad es, por tanto, una de las señas de identidad más clara del movimiento libertario. Pluralidad, por una parte, de elaboraciones de una teoría libertaria de la realidad, lo que lleva a que, por ejemplo, podamos contar con planteamientos que insisten

de forma clara y radical en el individualismo más firme, rechazando cualquier tipo de organización que vaya más allá de acuerdos mínimos y siempre revisables y del pequeño grupo de afinidad; otros, por el contrario, son defensores acérrimos de edificar formas organizativas más complejas, sin renunciar a principios básicos, y señalan además que el apoyo mutuo o la solidaridad desempeñan un papel fundamental en la defensa del individuo. Eso permite que sea fácil ponernos de acuerdo en la consideración de Bakunin, Kropotkin, Mella o Malatesta como autores anarquistas, mientras que puede haber más discusión en la aceptación en la familia libertaria de pensadores como Stirner o Ferrer Guardia. La pluralidad alcanza, como acabo de mencionar, a la manera de concebir la organización y las tácticas de enfrentamiento con el sistema, y se mantiene incluso después de aceptar formar parte de un mismo modelo organizativo, como puede ser el sindicalismo revolucionario. Esa pluralidad abarca también la diversidad de intereses que manifestaron los libertarios en su historia, lo que los llevó a ser pioneros en luchas tan diversas como la ecológica o la feminista, y a mostrar un interés por temas muy variados, como la educación, la divulgación científica o el naturismo. Por eso, entre otras cosas, las publicaciones anarquistas son muy numerosas y resultan mucho más atractivas, por la variedad de temas, que las de otras corrientes del movimiento obrero. Toda esta diversidad, no obstante, no nos impide señalar algunos criterios que permiten decidir en qué medida una persona o una organización o un movimiento social se aproximan a los planteamientos básicos de la visión del mundo libertario; los que figuran a continuación son los que considero más significativos, aunque sería plausible incluir otros. Lo que en ningún caso debemos hacer es, a continuación, elaborar una especie de lista en la que figuren esas personas que consideramos libertarias; no se trata de conceder certificados de homologación a nadie, sino de exponer ideas y hechos que pueden ejemplificar el anarquismo, sin apropiárselo ni agotarlo.

3. La denuncia del poder

El poder corrompe indefectiblemente. Priva a los seres humanos de la posibilidad de ser dueños de su propia vida y genera injustas relaciones de humillación y dependencia. El poder político, y el Estado como su máxima expresión, genera estructuras de

dominación que dañan irremediabilmente a las personas que participan de ellas; es obvio que a los que más perjudica es a quienes padecen la opresión, pero es igualmente destructivo para quienes ejercen el poder, pues esas personas se cierran la puerta a unas relaciones interpersonales y sociales fecundas y creativas. El liberalismo ilustrado intentó conjurar el problema de la opresión buscando la separación de los poderes, que quedaron divididos en tres ámbitos con controles recíprocos. Para el anarquismo, este planteamiento era completamente insuficiente, y la democracia parlamentaria en la que unos delegados se arrogaban la capacidad de tomar decisiones no alteraba sustancialmente la situación de opresión para la mayoría a la que, a lo sumo, se llamaba a elegir cada cierto tiempo a quienes iban a ejercer de hecho todo el poder. Otras corrientes del socialismo, por su parte, consideraron el poder como una consecuencia de la explotación económica y la extracción de plusvalía por quienes poseían los medios de producción; por eso el primer paso para controlar el poder consistiría en la apropiación de los medios de producción por los propios trabajadores y en la conquista del Estado para, desde allí, preparar su disolución y el comienzo de una sociedad comunista. Para los anarquistas, era éste un planteamiento ingenuo dado que quienes ocuparan el Estado se convertirían en los futuros opresores, y la expropiación económica, con ser muy importante, no constituía el núcleo del problema.

Ésos son dos aspectos decisivos para los libertarios. Por un lado, el origen de las desigualdades no se encuentra en la posesión de los medios de producción o de la riqueza económica. Más bien el origen se sitúa en la búsqueda del poder para asegurar la propia afirmación individual y de grupo. Ese poder se garantizará mediante la posesión de la riqueza o por otros procedimientos que protejan igualmente una posición de dominio. De ahí que el enemigo fundamental no sea tanto el empresario (o los capitalistas, haciendo un uso poco preciso de la palabra) cuanto el Estado y quienes lo controlan. Por otro lado, resulta totalmente ingenuo pretender hacer un buen uso de esas estructuras de poder, pues son ellas las que terminan indefectiblemente apoderándose de los que se introducen en ellas. Es cierto que puede darse un deseo de dominio en personas concretas que las lleva a utilizar cuantos mecanismos conocen para ejercer dicho dominio; pero el poder es

algo configurado y perpetuado por determinadas estructuras, basadas en una fuerte jerarquización, en las que no se puede participar para destruirlas desde dentro. Éste es el núcleo de la aportación anarquista del que toma, además, el nombre, incluida la variante libertaria pues el ejercicio de la libertad es una negación de todo intento de imposición por parte de quienes son dueños de la fuerza y el poder. Al mismo tiempo, la experiencia de este último siglo en el que tanto el liberalismo ilustrado como el socialismo autoritario han tenido ocasión de incidir en la organización social, tiende más bien a mostrar el acierto de los análisis libertarios sobre el poder. El socialismo real terminó hundiéndose, víctima de su propia obsesión por el control estatal, cumpliendo los pronósticos que ya hicieran los libertarios en 1918. La democracia representativa vive permanentemente acechada por la corrupción de quienes acceden a puestos de poder, al mismo tiempo que podemos ver cómo los representantes elegidos dejan de servir a sus electores para dedicarse íntegramente a cumplir las reglas internas de la vida política. Eso sin entrar por el momento en las graves consecuencias que en este ámbito plantea el liberalismo más radical; éste, que aparente comparte con los libertarios la crítica radical del Estado por atentar contra las libertades individuales, entrega la sociedad a oscuros grupos de presión y de poder que incrementan hasta niveles intolerables la capacidad de unos pocos de imponer su voluntad a la mayoría de la población.

El Estado es, por tanto, para los anarquistas el blanco principal de sus críticas, junto con las dos instituciones que mejor ejemplifican la fuerza bruta del mismo: el ejército y las prisiones. En el momento en el que, presionado por las luchas sociales en especial las del movimiento obrero, el Estado desarrolla amplios mecanismos de protección social y redistribución de la riqueza, la crítica al Estado debe ser modificada. Es imprescindible seguir pidiendo la desaparición del Estado en lo que tiene de jerarquización y control del poder, pero eso no significa en absoluto la desaparición de los servicios públicos gracias a los cuales todo el mundo puede disfrutar de unos mínimos necesarios. La clásica petición de abolición del Estado realizada por el anarquismo debe ser matizada: por un lado están funciones del Estado que han contribuido a realizar una redistribución de la riqueza e institucionalizar la solidaridad (sanidad, educación, servicios sociales...), y por otro lado

aquellas en la que sigue siendo la genuina expresión del poder y la opresión, el intento de legitimar que unos seres humanos opriman a otros. Por eso la distancia respecto de la crítica liberal o neoliberal es total: para éstos, lo que hay que preservar en manos del Estado es casi exclusivamente el ejército y la policía; para los libertarios son precisamente el ejército y las cárceles las instituciones que antes deben ser debilitadas hasta conseguir su definitiva abolición. Es más, si nos fijamos en lo que está pasando en el ejemplo del neoliberalismo mundial, Estados Unidos, podremos ver que incluso están dispuestos a privatizar las cárceles, la policía e incluso el ejército. Las primeras se convierten en lucrativos negocios cuando se llega a tener la población carcelaria más grande que ha habido en la historia de la humanidad (hay más presos en Estados Unidos actualmente de los que hubo en la dictadura soviética de Stalin). La policía se convierte en cuerpos de seguridad privados, con asalariados sometidos a muchos menos controles que la propia policía; y el ejército se convierte en policía internacional, en la que los más pobres constituyen la tropa de choque y los más ricos de todo el mundo occidental financian el pago a través de la deuda externa del país (la más grande del mundo actualmente) y de fondos extraordinarios.

Ahora bien, el poder no es algo producido sólo por las grandes instituciones como son el Estado, el ejército, la policía... Va unido indisolublemente a la búsqueda de la propia identidad personal, a la necesidad de afirmarnos a nosotros mismos y reivindicar nuestra propia manera de ver el mundo, y en ese sentido la voluntad de poder, la capacidad de desarrollar el poder que todas las personas necesitan para ser ellas mismas, es una reivindicación básica de los libertarios. El problema es que la frontera entre la voluntad de poder como dinamismo de la afirmación personal y la voluntad de poder como opresión y dominación es bastante borrosa. Buscamos ser nosotros mismos y no dejarnos nunca dominar por nadie; nos negamos a doblegarnos o rendir pleitesía, a someternos o dejarnos controlar; mantenemos que no estamos en este mundo para obedecer a nadie sino para cooperar con todos. Sin embargo, con frecuencia convertimos la afirmación personal en un ejercicio de imposición y dominación sobre las otras personas con las que nos relacionamos y buscamos afirmar nuestra identidad no con ellas sino a costa de ellas. Por eso mismo, el poder anida en

todos y cada uno de nosotros y se manifiesta en casi todas nuestras actividades, incluidas las más cotidianas. Algunas de sus manifestaciones son especialmente nocivas por el arraigo profundo que tienen en la sociedad y por el obstáculo que suponen para avanzar hacia una sociedad más libre. El patriarcado, reforzado por el machismo, es sin duda una de las más insidiosas y negativas, por más que a lo largo del siglo XX hayan sido importantes los avances del movimiento feminista. El racismo y la xenofobia pueden entenderse también como esa tendencia negativa a afirmar el grupo al que pertenecemos a costa de otros grupos, a preservar el “nosotros” a costa de “ellos”, inclinación muy agravada en tiempos de acelerada globalización. Una tercera manifestación es la dominación que se ejerce sobre los menores, sobre los niños, a los que se sigue tratando como seres con los que podemos y debemos hacer lo que estimamos oportuno, inoculando así, en los primeros pasos de la socialización de un ser humano, el aprendizaje de la sumisión y la obediencia.

No hay remedio definitivo contra el poder opresor en ninguno de los ámbitos en los que aparece; sólo podemos mantener una permanente lucha, estando muy atentos para que no termine siendo la guía de nuestra actividad. La tradición libertaria propone algunos mecanismos que son imprescindibles, para que esa superación de la opresión pueda avanzar de forma real. La educación es uno de los medios imprescindibles, dado que la ignorancia ha sido siempre el alimento de la esclavitud. El apoyo mutuo es el modo de potenciar aquellas soluciones en las que las otras personas son vistas como colaboradoras irremplazables en la consecución de nuestros objetivos, de tal modo que su libertad nunca es un límite para nuestra libertad sino más bien su condición de posibilidad. Si nos centramos de forma más directa en las estructuras de organización política, tres son las claves sobre las que pivota la propuesta libertaria: la fragmentación y descentralización del poder favorecerá siempre el control del mismo por parte de las personas interesadas; la participación de todo el mundo en las tareas del gobierno, hecha posible por esa fragmentación y por la educación, evitará la aparición de esos delegados que terminan usurpando la voluntad general; la rotación en todos los cargos, incluso si éstos se reducen al papel de mandatarios o de ejecutores de decisiones tomadas en asambleas abiertas a todo el mundo, será el modo de

conseguir que nadie termine resultando indispensable para el funcionamiento de un grupo social. Fragmentación, participación y rotación son, por tanto, ejes básicos de una eficaz lucha contra la opresión, aunque no son suficientes por sí mismas y necesitan ir acompañadas de otras propuestas que esbozamos a continuación.

4. La búsqueda de la libertad

Si acabo de mencionar que la denuncia del poder ha dado uno de los dos nombres que caracterizan este movimiento, el de anarquismo, la búsqueda incansable de la libertad es el que le proporciona el segundo, el de movimiento libertario. Hasta cierto punto, podemos decir que ambos aspectos son las dos caras de una misma moneda: se critica con dureza la dimensión opresora del poder y de la fuerza porque se ve en ella un atentado contra la libertad inherente a todo ser humano; se exalta la libertad porque sin ella el individuo termina asfixiado por las redes sofocantes del poder o se deja llevar por las opiniones y actividades de la mayoría silenciosa o la minoría manipuladora. “Que nadie decida por ti” es uno de los lemas recurrentes en los que el anarcosindicalismo recoge la influencia de las ideas libertarias en su modo de entender la acción sindical; es decir, que nadie se arrogue el derecho de hablar y decidir en tu nombre, ni siquiera en el supuesto de que haya sido votada para llevar las decisiones de un grupo de personas a órganos superiores de coordinación en los que hay que tomar decisiones. La contrapartida es quizás algo más exigente: “Decide tú mismo”, es decir, ejerce tu propia libertad, sacúdete el miedo y la pereza y atrévete a tomar decisiones sin pedir permiso a nadie ni esperar de nadie respuesta.

De este modo, los anarquistas recogen el desafío que los ilustrados lanzaron al poder absoluto que ejercía el rey en la sociedad estamental. Lo recogen y lo llevan hasta el final, al considerar que los modelos de democracia censitaria con los que comienzan las dos revoluciones que inauguran el mundo contemporáneo son insuficientes. Ni siquiera el sufragio universal bastaría para satisfacer esa necesidad de que nadie decida por uno mismo, pues éste termina convirtiéndose en un expediente con el que unos pocos se encuentran “legitimados” para tomar sus propias decisiones defendiendo intereses que nada tienen que ver con los que tienen quienes los votaron. La persona individual es el último punto de

referencia en cualquier ámbito en el que nos movamos. No debemos dejarnos guiar ni controlar por ningún tipo de procedimiento o estructuras que anulen nuestra inalienable soberanía personal. Las personas, al vivir en sociedad, aceptan organizarse mediante pactos que libremente acuerdan y de los que pueden libremente salirse cuando estiman que ya no responden a su forma de ver las cosas. Ése es el corazón del principio federativo sobre el que debe pivotar toda forma de organización social que no quiera reproducir de una manera u otra los mecanismos de anulación de la libertad. Modelos de organización social como la democracia representativa, el centralismo democrático o las democracias populares no pasan de ser distintas formas de garantizar que la mayoría de la población sólo puede ejercer su libertad de forma limitada y en ámbitos restringidos de su vida cotidiana.

La libertad no es, por tanto, un prejuicio pequeño burgués, sino una condición necesaria para poder ser una persona. Lo que puede ser pequeño burgués es la concepción y, sobre todo, la práctica limitada de dicha libertad. Es limitada siempre que no se garantizan las condiciones materiales de existencia que hagan posible la relación entre iguales sin la cual no somos libres. Mientras en el mundo haya amos, habrá esclavos; es decir, mientras unos pocos controlen el poder en todas o alguna de sus dimensiones, el resto no podrá tomar decisiones en libertad. Eso es lo que ocurre, por ejemplo, cuando un obrero debe buscar trabajo y firmar un contrato con el propietario de la fábrica o la empresa para la que va a trabajar, mucho más si esta empresa es una E.T.T. Lo mismo pasa cuando alguien quiere ejercer la libertad de expresión y comprueba que ese ejercicio sólo es asequible a una minoría que ejerce un férreo control sobre los medios de comunicación social. Por eso mismo, las leyes que permiten y favorecen la acumulación de riqueza en unas pocas manos, mientras se incrementa el número de quienes poco o nada poseen, no son leyes que garanticen la libertad de actuación, sino leyes que perpetúan las condiciones de opresión en las que vive la mayoría de la población, que queda de ese modo excluida de la posibilidad de intervenir en la vida social. El libre mercado es cualquier cosa menos una forma de potenciar la libertad real de las personas.

Parte de ese problema de la exigencia de unas bases igualitarias que hagan posible la aparición de la libertad real viene dado por

otra concepción limitada, e igualmente pequeño burguesa, de la libertad. Para algunos ilustrados, y para la mayor parte de las personas en la sociedad actual, mi libertad comienza justo donde termina la libertad de los demás. Los seres humanos son concebidos como individuos egoístas y posesivos que defienden constantemente su pequeña parcela de poder, viendo en todos los seres humanos que los rodean unos competidores que amenazan ese espacio de libertad. Poner límites, garantizar la protección de un espacio de intimidad y privacidad se convierte en objetivo prioritario de las personas y de las leyes. Sin negar la necesidad de disponer de ese ámbito personal innegociable, eso nos situaría en el mejor de los casos en una versión bastante pobre de la libertad. Más allá de las ficticias fronteras de mi pequeña parcela, lo que realmente me hace libre es la libertad de los demás: sólo soy libre cuando los seres humanos que me rodean son también libres, entre otras cosas porque mi libertad, para serlo, debe ser reconocida por otras personas que también sean libres, que sean mis iguales. De ahí que sea necesario adoptar una actitud activa de ejercicio y reconocimiento de la libertad de todas las personas; la tolerancia no consiste sólo en aceptar que hay otras personas, con otros estilos de vida y otras ideas, que debo soportar (vive y deja vivir), sino en favorecer la existencia de esos estilos diferentes de vida, ejercidos por personas libres, que enriquecen con su genuina e irreplicable aportación mi propia vida (vive y ayuda a vivir).

Esto último nos lleva a un aspecto que en principio puede parecer algo alejado del tema de la libertad, pero que constituye un ingrediente básico de la misma. Sólo hay libertad allá donde los seres humanos confían los unos en los otros. Cuando las personas dejan de confiar en las otras personas, cuando se establece una clara frontera entre el ellos y el nosotros, reservando nuestras mejores actitudes para el grupo que formamos nosotros, la libertad se desvanece poco a poco. Instalada la desconfianza, considerando a los demás seres humanos como enemigos potenciales permanentes, proliferan agentes de seguridad, puertas blindadas, cuerpos de policía y cárceles, es decir, prolifera todo ese caldo de cultivo en el que difícilmente puede crecer la libertad. No se trata de defender una concepción del ser humano como una persona buena de nacimiento, maldada posteriormente por la sociedad, pues no parece que eso responda a la realidad; se trata más bien de recordar que la libertad sólo se

educa y se desarrolla con la práctica de la libertad. Justo lo contrario de aquellos que piensan que, mientras la gente no demuestre madurez, no se les puede permitir actuar libremente. Para quienes piensan así, vigilar y castigar se convierten en estrategias habituales con las que hacemos frente a los problemas sociales, dejando arrinconadas las estrategias basadas en cooperar y corregir. Cierran puertas y ventanas, pues todo sople de aire fresco parece ser una posibilidad de contraer enfermedades y no una ocasión de renovar un ambiente que tiende a hacerse sofocante. Y entonces florece la censura, impuesta o asumida, y la gente renuncia a someter sus ideas nuevas y distintas al escrutinio de coacciones y mezquindades de todo tipo. Y asustados por la libertad, a la que sobre todo temen, se entregan en manos de líderes carismáticos que les preservarán de todos los peligros exteriores e interiores.

5. El apoyo mutuo

Al mencionar la concepción anarquista de la libertad ya he señalado que su exaltación radical del individuo que jamás debe someterse ante nada ni nadie va indisolublemente unida a la afirmación de su dimensión societaria o comunitaria. No sólo me preocupa defender mi propia libertad frente a cualquier intromisión externa, sino que no soporto ver que a mi lado se comete una injusticia o se oprime a alguien. El destino de quienes me rodean no me es ajeno e inmediatamente me veo llevado a intervenir en defensa de la libertad de todas y cada una de las personas. Se trata de algo más que del reconocimiento expreso de que la única manera de hacer frente a los opresores es luchando unidos en el marco de organizaciones obreras o de otro tipo. Lo que se plantea es que mi propia realización plena como persona individual está estrechamente vinculada con la realización plena de quienes viven a mi alrededor, entendiendo esto con una amplitud creciente: desde el pequeño grupo familiar o tribal, hasta llegar a ser ciudadanos del mundo y solidarios, por tanto, de toda la humanidad. Podemos decir que los anarquistas son quienes se toman en serio los ideales de la Revolución Francesa y se proponen mantener siempre unidos los tres objetivos que se proclaman como lema revolucionario: libertad, igualdad y fraternidad. Si los partidos burgueses han tendido a defender la libertad, menoscabando la igualdad y sobre todo la fraternidad, los partidos afines al socialismo “autoritario” han tendido

a reforzar la fraternidad y en parte la igualdad, pero olvidando la libertad. Para un libertario, el problema consiste en que en el momento en que dejamos de cultivar una de esas tres dimensiones, las otras dos se debilitan de inmediato hasta llegar a desaparecer. Las sociedades comunistas vieron florecer la jerarquización y la opresión hasta límites que probablemente hubieran dejado atónitos a quienes iniciaron aquellas revoluciones; las sociedades liberales son una fuente inagotable de desigualdad y exclusión insolidaria llegando a extremos que sonrojarían del mismo modo a quienes lucharon contra la sociedad estamental, proclamando la igualdad de todos los seres humanos y la fraternidad universal.

El apoyo mutuo plantea en primer lugar el innegable hecho de que, contra lo que algunas corrientes parecen querer señalar, la fuerza más potente de la evolución de los seres humanos, y de todas las especies que nos han precedido y que nos acompañan en estos momentos, es la cooperación y en ningún caso la competición. No prevalecen los más fuertes, los que mejor saben defender su presencia frente a quienes no son más que sus competidores en la lucha por la supervivencia, sino que descuellan quienes mejor saben cooperar para hacer frente a las dificultades que la vida cotidiana nos plantea. No deja de ser sorprendente el arraigo social de la “competición” o “competencia” como pivote sobre el que puede articularse una adecuada política de crecimiento y desarrollo social, cuando la evidencia no hace más que confirmar una vez tras otra que, salvo circunstancias muy específicas y en períodos muy limitados, la competición no resulta una estrategia adaptativa muy favorable. Es cierto que en un primer momento la exigencia de cooperación se centra en el marco del pequeño grupo, de la asociación “tribal” con la que nos sentimos profundamente vinculados y que nos permite delimitar el territorio preciso en el que nos identificamos como grupo con fuertes lazos de unión. Ese grupo que definimos como “nosotros” consolida su unidad distinguiéndose claramente de quienes están fuera, “ellos”, que aparecen al mismo tiempo como enemigos potenciales o reales. Es más, en un primer momento, las relaciones entre nosotros y ellos se perciben como relaciones de suma cero, es decir, aquellas en las que lo que yo gano el otro lo pierde y viceversa.

La fuerza de este sentimiento de pertenencia excluyente es tan potente que ha sido innumerables veces aprovechada a favor de

quienes controlan el poder para mantener su situación de dominio y ha llegado a convertirse en un dogma más allá de toda duda razonable. Su expresión más lamentable es el patriotismo, en cuyo nombre se han perpetrado atroces matanzas; manifestación menos nociva, pero igualmente perversa, es el nacionalismo excluyente (y casi todos los nacionalismos terminan discriminando y rechazando) y junto a ellos la xenofobia, el racismo y todo tipo de planteamientos que potencian la diferencia excluyente. La humanidad puede caracterizarse, sin embargo, como la especie que ha sido capaz de ir ampliando progresivamente el círculo de las personas que podemos considerar incluidas en ese “nosotros” que nos configura, hasta conseguir abarcar a toda la humanidad. Somos ciudadanos del mundo y, como tales, nos sentimos solidarios de todos y cada uno de quienes configuran la especie humana. La orientación internacionalista es inherente al movimiento libertario, de tal modo que la pregunta básica deja de ser cómo preservamos la identidad de nuestro grupo inicial de referencia, y se convierte en la búsqueda de la mejor contribución que, desde esa pertenencia inicial, puedo hacer a la construcción de una humanidad solidaria.

Cooperar en todos los niveles y con todo tipo de personas es, por tanto, el modo fundamental de llevar adelante nuestra propia vida y de hacer que florezca lo que llevamos dentro. Intentar establecer algún tipo de contradicción entre la defensa de mi identidad individual y la de los demás, entre mis intereses y los de los otros, es una tarea condenada al fracaso y viciada por una insuficiente comprensión de lo que caracteriza a una persona. Lo que a mi me beneficia no supone una pérdida para nadie y yo no necesito satisfacer mis necesidades a costa de las necesidades de otros; en algunos casos extremos pudiera darse un planteamiento de tipo excluyente en el que no es posible atender al mismo tiempo dos demandas; son pocos casos e incluso, cuando se dan, la mejor manera de abordarlos es cooperando en su solución, aunque ésta implique que alguien va a quedar fuera. Las estrategias cooperativas potencian notablemente mi capacidad de satisfacer mis propias necesidades que, por descontado, no tienen por qué ser las mismas que las que otras personas tienen. Cooperar no significa homogeneizar ni obligar a que todo el mundo haga o tenga lo mismo; somos diversos y diferentes y por eso necesitamos que esa especificidad individual encuentre su espacio de realización y despliegue. En

situaciones de escasez de recursos es fácil que la gente pueda dejarse llevar por la falsa apariencia de que sólo el radical egoísmo puede dar satisfacción a mis propias necesidades. No dejaría de ser, en todo caso, una estrategia válida tan sólo a corto plazo, pero abocada al fracaso más estrepitoso a medio y largo plazo.

En situaciones de abundancia, como la que actualmente caracteriza a las sociedades humanas, resulta desolador observar la cantidad de miseria que está provocando una concepción de la vida social que lo fía todo a la competencia más radical y que acepta ingenuamente que los intereses egoístas individuales provocarán, por arte de magia, el bienestar colectivo. La fábula de las abejas, con la que Mandeville ofrecía un modelo de la sociedad capitalista naciente, no pasa de ser un mito sin ningún tipo de apoyo en lo que realmente ocurre en la sociedad. Casi todas las actividades que realizamos cotidianamente son posibles porque hay muchas personas cooperando, cada una con una contribución determinada. Cuando queremos abordar una tarea compleja, como lo son casi todas, es necesario llevar adelante formas de organización cooperativas sin las que será muy difícil hacer gran cosa. Cuanta más cooperación consciente y voluntariamente asumida alcancemos más elevadas serán las posibilidades de que termine bien lo que hemos emprendido; es ése un principio sencillo que se verifica una vez tras otra en casi todas las actividades y que permite a las personas implicadas centrarse en la correcta realización del trabajo iniciado, algo que no ocurre precisamente cuando el objetivo es competir para obtener un primer puesto o uno de los primeros. La práctica desmiente más bien la célebre expresión de que lo importante es participar y no ganar; en la competición, lo importante es ganar, no participar; si no existe el deseo de ganar uno mismo y de derrotar, por tanto, a los rivales, no existe competición y por eso se sanciona a los equipos o personas que no se muestran claramente ofensivos o agresivos en su juego.

6. Participación y autogestión

Si reivindicamos la libertad y la cooperación, las únicas formas de organización social en las que debemos poner nuestra atención e interés son aquellas en las que se plantea como componente básico la participación de todas las personas implicadas y la gestión por uno mismo de aquellos asuntos que nos afectan. La crítica a la

democracia parlamentaria está basada, precisamente, en el hecho de que ésta favorece la inhibición y pasividad de los ciudadanos, a los que sólo se deja participar de forma efectiva cada ciertos años en las elecciones; el resto del tiempo, el poder es ejercido —y usurpado— por los representantes que no se sienten vinculados por las promesas electorales. Por lo que se refiere al mundo laboral, la situación es todavía más clara, en especial en los modelos de organización industrial basados en la cadena de montaje. Las personas que trabajan carecen de cualquier capacidad de incidir en la orientación de lo que se produce y de cómo se produce; son sistemas cerrados, en los que no se da ninguna transparencia en el proceso de toma de decisiones y en los que se exige la aceptación sin discusión de las órdenes emanadas de los niveles con capacidad ejecutiva.

Es cierto que el primer obstáculo que debemos afrontar es el que plantean los propios interesados. Los anarquistas siempre denunciaron las maniobras de quienes oprimen para mantenerse en su sitio, pero al mismo tiempo llamaron la atención sobre la complicidad con la que los sometidos aceptan esas situaciones de dominación y opresión. No deja de ser llamativo lo que La Boetie llamaba servidumbre voluntaria, como resulta igualmente chocante la frecuencia con la que los seres humanos estamos dispuestos a renunciar al ejercicio de nuestra propia libertad. Dicho de un modo algo más panfletario, si bien es cierto que en este mundo hay esclavos porque hay amos, también se puede decir que hay amos porque hay esclavos. Los seres humanos, en opinión de los libertarios, no nacemos ni buenos ni malos y estamos más bien abiertos a que nuestra personalidad se configure de acuerdo con las influencias que recibimos del ambiente. La predisposición a la obediencia a la autoridad establecida es algo aprendido en los primeros años de la vida, en la familia y hoy día también en la escuela, de tal modo que, cuando uno llega a adulto, ya no hace falta más que recordar a la gente cuáles son las reglas: unos pocos deciden y otros muchos ejecutan las decisiones que ellos no han tomado. Quien desee salirse de dichas reglas, pagará un alto precio. Pero no todo se puede explicar por el aprendizaje recibido, aunque sea en ese ámbito donde más debemos fijarnos dado que es ahí donde podemos ejercer alguna influencia para que la gente se acostumbre a participar en lugar de a delegar y obedecer.

Algo de cierto hay en la presunción de que las personas no

quieren siempre participar en la gestión de los asuntos y prefieren que otras personas asuman la responsabilidad de tomar decisiones. Esto es más cierto todavía si nos fijamos en la cantidad de ámbitos en los que nos movemos, y lo difícil que sería estar implicados en los procesos de decisión que son necesarios en todos y cada uno de esos ámbitos. Por eso delegamos en algunas cosas, para poder disponer de más tiempo e implicarnos más en otras. Nada hay de objetable en esa asignación de nuestro tiempo y nuestras energías, siempre que apliquemos la adecuada jerarquía en la selección de los ámbitos en los que nos implicamos, de tal forma que nuestra presencia no falte en aquellos que son más importantes para la convivencia social y la propia realización personal; tampoco podemos ausentarnos en los ámbitos en los que se desarrolla nuestra vida cotidiana, en especial los más próximos, en sucesivos círculos concéntricos de alcance progresivamente creciente: familia, trabajo, barrio, municipio, comunidad, Estado y organizaciones de dimensión mundial. Seleccionados aquellos ámbitos en los que nuestra participación será más intensa, en ellos lo importante es garantizar que nuestra participación está orientada hacia formas cada vez más libres y solidarias de organización y funcionamiento y que lo que allí hacemos es coherente con un proyecto más amplio de transformación social. Se trata de conseguir que, aunque la acción sea local, la orientación sea global, aceptando el lema ya clásico de “actúa localmente, piensa globalmente”. Por otra parte, en aquellos ámbitos en los que estamos, pero en los que hemos decidido participar menos, no podemos abandonar la exigencia de estar lo suficientemente informados como para evitar que se generen situaciones claramente nocivas para los objetivos que nos guían en todo lo demás.

La participación, tal y como es entendida por los libertarios, se articula en torno de unas cuantas ideas fundamentales: transparencia, asambleas, debates más que decisiones, libre vinculación, mandatarios, rotaciones. La transparencia es, posiblemente, uno de los requisitos básicos de todo modelo participativo; la información es poder, sobre todo cuando se oculta a la mayoría y se controla por una minoría que luego la utiliza para tomar decisiones con ventaja. Ninguna propuesta con aspiraciones de convertirse en realmente democrática puede obviar la exigencia de que la información circule libremente y desaparezcan los temas considerados

como secretos o como inadecuados para que todo el mundo los conozca. Sólo la transparencia permitirá que se celebre con rigor y calidad el órgano básico de participación: la asamblea libre y abierta en la que tienen voz y voto todas las personas implicadas en los temas que se están debatiendo. Las asambleas son lugares en los que, sobre todo, se debate y, cuando es necesario, se vota, procurando que las decisiones se tomen por mayoría cualificada, y a ser posible por unanimidad. Las votaciones deben, en principio, ser públicas, pues se trata de discutir y decidir sobre temas de interés públicos y de ejercer como ciudadanos o miembros de una comunidad; la necesidad en algunos casos de mantener el voto secreto para evitar presiones negativas no deja de ser algo que sólo debe ser aceptado provisionalmente, como mal menor a la espera de que se den condiciones en las que el voto pueda ser público y al mismo tiempo libre. El resultado de las votaciones no tendrá que ser necesariamente vinculante, en la medida en que se debe dejar un margen para que quienes participan en la discusión consideren fundamental preservar su propia forma de abordar los problemas. Eso, claro está, puede parecer dar puerta abierta a cierto caos o sentimiento de inutilidad del proceso de discusión y de debate; no es del todo correcto, dado que, el sentido de apoyo mutuo y de solidaridad que orienta la acción política hace más por la aceptación de los acuerdos que cualquier imposición de tipo reglamentario.

De las asambleas salen elegidos los mandatarios, quienes serán encargados o bien de llevar a ejecución lo que se haya decidido o de hacer valer esas decisiones en órganos más generales de discusión, lo que es imprescindible cuando se tratan temas que afectan a comunidades mucho más amplias, como son, por ejemplo, las que incluyen a todos los trabajadores de un sector de la producción o a todas las personas que viven en una comunidad o un Estado. La autogestión y la democracia participativa exige organizar un sistema de órganos de coordinación que cada vez van teniendo un campo de acción más amplio, procurando al mismo tiempo no perder el sentido fundamental: garantizar que el modelo de discusión de los temas sujetos a debate y el modelo de decisión va siempre de abajo hacia arriba, y nunca al contrario, de tal modo que ningún órgano termine teniendo capacidades de decisión que favorezcan la consolidación de una minoría dirigente en el peor sentido de la palabra. La delegación, por tanto, no es el método adecuado, aun-

que también pueda ser imprescindible en casos excepcionales y en esos momentos deberá ser garantizada la anómala singularidad del sistema de delegación y la pronta vuelta al modelo de mandatarios. El mandato es, por tanto, una característica central y garantiza la fragmentación del poder del mismo modo que evita la aparición de vanguardias, minorías o elites dirigentes.

Junto a lo anterior, existen otros dos mecanismos básicos encaminados a garantizar lo que se pretende. Uno de ellos es la rendición de cuentas de la gestión realizada ante la asamblea cuyas decisiones se han ejecutado o se han defendido en consejos superiores de gestión. Consiste en hacer ver que se ha respetado lo acordado y que no se ha manipulado el proceso para terminar llegando a decisiones diferentes, incluso contradictorias. El otro es el de la rotación, un procedimiento ya empleado en la democracia clásica ateniense con cierto éxito. El fundamento es doble: se trata, en primer lugar, de garantizar que nadie termina apoderándose de las posiciones en las que hay que ejercer una función específica de coordinación o mandato, y las experiencias sobre las consecuencias negativas de no ejercer una decidida rotación son muy importantes; en segundo lugar, se potencia el que todo el mundo asuma en algún momento todo lo que supone ejercer ese tipo de tareas, lo cual repercutirá positivamente en el desarrollo de la propia persona y en el de la comunidad a la que se pertenece. La rotación no debería aplicarse solamente en el mundo de la vida social y política, sino también el ámbito de la vida económica, esto es de las empresas y el trabajo. Es posible admitir una cierta especialización basada en las capacidades, preferencias o formación de las personas, pero eso no impide ni mucho menos el potenciar una mayor rotación en los puestos de trabajo, diluyendo de este modo el riesgo que conlleva la aparición de los expertos o las posiciones de poder que suelen disfrutar los cargos ejecutivos.

Un modelo que insiste decididamente en la participación, como es el que ha propuesto siempre la tradición libertaria, opta, claro está, por procesos más lentos en todos los ámbitos afectados. Cuando se pretende que todo el mundo, o una mayoría de personas, se implique y participe en el arduo y complejo mundo de la toma de decisiones, se va necesariamente más despacio porque se abordan más y más complicadas tareas. Se pretende resolver los problemas específicos planteados en las asambleas, pero también

se pretende el desarrollo personal de todas y cada una de las personas que se ven afectadas. La tarea es, cuando menos, doble y le debemos dedicar más tiempo. Es frecuente que los seres humanos crean que ir muy deprisa es prueba evidente de que se avanza hacia algún sitio, pero en muchas ocasiones la velocidad, como le ocurría al el personaje del cuento de Alicia en el País de las Maravillas, no nos lleve a ninguna parte. Se pretende, del mismo modo, que nadie se quede en el camino no sólo por mantener una opción solidaria de la vida social, sino también porque es bastante seguro que todo proyecto mejorará cuando se consigan más contribuciones de más personas, cada una con una perspectiva parcialmente diferente; asimismo, los resultados son mejores cuanto más personas hayan participado en su preparación y ejecución. Muchos rasgos de la sociedad actual pueden servir bien de ejemplo de esa paradoja denunciada por los libertarios una vez tras otras: cambios acelerados, avances técnicos sorprendentes e incremento notable de la riqueza van unidos a una creciente desigualdad que está dejando en la pobreza a cientos o miles de millones de personas en el planeta.

7. Medios y fines

Todo lo que acabo de mencionar sobre la participación guarda una relación muy estrecha con otra de las grandes aportaciones del movimiento libertario a la comprensión de la convivencia política y de la acción social. Vuelve a ser frecuente que las personas practiquen una versión peculiar de la norma de acción atribuida a Maquiavelo “el fin justifica los medios”, que se traduce en la práctica a una especie de “todo vale” siempre y cuando, claro está, al final se alcancen los objetivos previstos. Es el triunfo previsible, avalado por esa especie de patente de corso que es aceptada como garantía del éxito definitivo, el que encubre o hace llevadero todo lo que vayamos haciendo, incluso las mayores barbaridades. La acción política se convierte en un problema estrictamente técnico del que está excluida cualquier reflexión ética.

El anarquismo se sitúa, sin embargo, en el polo opuesto de esta opción, reivindicando que no todo vale, que no todos los medios son legítimos y que el camino es tan importante como la meta. La primera refutación se basa en el hecho de que no es cierto que todos los medios son válidos para alcanzar unos fines determina-

dos. Sólo aquellos que resulten coherentes con lo que pretendemos conseguir terminarán, si otras circunstancias se dan, llevándonos a la meta prevista. Es más, hay medios que pueden resultar contradictorios y alejarnos todavía más de lo que andamos buscando. El ejemplo más clásico, al que ya he hecho alusión anteriormente, es el de la conquista de los aparatos del Estado para instaurar una sociedad comunista en la que el Estado haya desaparecido. Uno de los fundamentos del enfrentamiento histórico entre los socialistas libertarios y los autoritarios es esta distinta visión acerca de las posibilidades revolucionarias de la conquista de las instituciones y aparatos del Estado. El medio —el Estado— es tan contradictorio del fin —la sociedad sin opresión— que termina haciendo imposible avanzar hacia esa meta; el medio devora los fines que desaparecen en un horizonte futuro que nunca será alcanzado. Lo que se presentaba como medida sumamente eficaz para conseguir algo, se convierte en algo completamente contraproducente. La experiencia del último siglo parece haber dado la razón a esta convicción tan arraigada en los libertarios.

Hay además un convencimiento profundo en las implicaciones “pedagógicas” de nuestra acción. Lo que hacemos es lo que terminamos siendo y resulta bastante candoroso pensar que puedo comportarme hoy de una forma para pasar mañana a comportarme de otra completamente distinta. Si aceptamos, por ejemplo, pautas de acción sindical y social en las que están ausentes procesos de deliberación abiertos, participación de todas las personas implicadas, libre aceptación de los acuerdos alcanzados y todas aquellos rasgos que consideramos que deben ser los que definan la sociedad que pretendemos construir, si aceptamos esas pautas, será posible que vayamos acercándonos cada vez más a lo que buscamos. Si, por el contrario, llevado por las prisas o por cierta visión estrecha de la eficacia a corto plazo, aceptamos “medidas excepcionales”, es bastante probable que nunca logremos avanzar hacia esa nueva sociedad. El tipo de organización del que se dota el sindicalismo autogestionario, anarcosindicalista o revolucionario tiene que ser una prefiguración de la sociedad en la que queremos vivir. Sólo así las personas vamos interiorizando un modo distinto de vivir y de actuar que, llegado el momento, dará sus frutos. Al mismo tiempo, rompemos con la perversa escisión que suele producirse entre lo que

ocurre aquí y ahora y lo que sucederá el día de mañana, después de que se haya producido la gran transformación. Al poner en práctica ya medios coherentes con nuestros objetivos, estamos mostrando no sólo lo que queremos, sino que es posible hacerlo sin dejarlo para un mañana que jamás llegará.

La actitud frente a la violencia como medio de transformación social depende en gran parte de lo que acabo de mencionar. Desgraciadamente, por causas muy diversas, el anarquismo o socialismo libertario ha calado en la imaginación popular, incluso en la de sus propios partidarios, como un movimiento extremadamente violento. Sin negar lo que hay en ello de cierto ni la cantidad de acciones que se plantearon en la época en la que se defendía la propaganda por el hecho, hay que reivindicar que la posición mayoritaria era más bien la contraria, la que proponía ser muy duros con las instituciones y las estructuras de opresión, pero muy pacíficos y tolerantes con las personas que estaban en esas instituciones, incluso colaborando con ellas. La propuesta libertaria insiste mucho en la educación porque está convencida de que se trata de convencer, no de vencer; buscamos atraer a otras personas a un modo de vida personal y social más rico y creativo, no de imponerles por la fuerza algo que no aceptan. Es cierto que ante la brutal violencia ejercida cotidianamente por el desorden establecido, parapetado tras ejércitos, policías, cuerpos de seguridad y prisiones, sea fácil comprender la violencia que a veces acompaña a la rebelión de los oprimidos, pero comprender no significa justificar. También es cierto que no podemos ser tan cínicos como para rasgarnos las vestiduras cuando se producen esas manifestaciones de violencia, cerrando los ojos a la que todos los días se produce para mantener en pie un sistema básicamente perverso. Sin llegar al pacifismo radical —que, por otra parte, muchos libertarios asumieron y contribuyeron decisivamente a difundir—, no cabe la menor duda de que la actitud ante el recurso a la violencia entendida como legítima defensa debe ser cuidadosamente restringido, hasta el punto de que prácticamente no se recurra a él. No existen atajos en el camino hacia una nueva sociedad ni tampoco procedimientos expeditivos que consigan imponer por real decreto revolucionario un modo alternativo de organización social.

8. La transformación integral

Para entender mejor lo que acabo de exponer, es necesario recordar el sentido profundo de la transformación social propuesta por los libertarios, algo que, por otra parte, ya se puede intuir a partir de lo expuesto en los apartados anteriores. La denuncia de la opresión, en primer lugar, y de la explotación económica, en segundo lugar, son el punto de partida del movimiento libertario en el siglo XIX y a la modificación radical de las mismas se dirige desde el primer momento todo el esfuerzo de intervención social, política y económica. Las líneas básicas de la transformación de las relaciones de producción son compartidas por todos los socialistas (autoritarios y libertarios), aunque en el detalle pueda haber divergencias, algunas importantes, como las que hubo entre colectivistas y comunistas dentro del mismo anarquismo, en especial en España. Se trata siempre de acabar con la propiedad privada de los medios de producción, organizando la economía bajo el principio básico de la satisfacción de las necesidades reales de los seres humanos: a cada uno según su necesidad y de cada uno según su capacidad. Por otra parte, la confianza en la capacidad de las personas, así como en las aportaciones del desarrollo científico y tecnológico, les hacía pensar que sería posible un modelo de producción económica que erradicara definitivamente la pobreza y las carencias de toda la población de la Tierra. La existencia de enormes desigualdades y la pobreza e incluso miseria de una gran parte de la humanidad no son consecuencia de la incapacidad de producir bienes para todos, sino de una organización de la economía puesta al servicio de una minoría que se apropia no sólo de los excedentes sino de mucho más, privando a otros de lo mínimo necesario. Las prospecciones más optimistas planteaban que en una sociedad bien organizada se podría practicar una especie de “toma del montón”. Además, aunque de modo incipiente todavía, la organización económica buscada por los libertarios apuntaba ya a unas relaciones diferentes con la naturaleza aportando sugerentes ideas para iniciar una posición ecológica en defensa de un desarrollo sostenible que no convierta toda la naturaleza en mercancía destinada a la extracción de plusvalía.

No basta, sin embargo, con modificar las relaciones económicas para dar paso a una sociedad diferente, libre y solidaria. Las relaciones de dominación, concretadas en estructuras bien definidas de

poder, hacen igualmente imposible el pleno desarrollo de los seres humanos, por lo que es imprescindible acabar definitivamente con esas estructuras gracias a las cuales hay algunas personas, más bien pocas, con capacidad de decisión que ejercen de sujetos activos de la vida social dando órdenes e imponiendo sus propios intereses. Junto a ellas, la inmensa mayoría queda obligada al pasivo papel de obedecer, sin dejar por eso de generar con su propio esfuerzo todo aquello que los poderosos necesitan para llevar adelante sus proyectos. La transformación social radical exige la fragmentación y disolución de esas estructuras, una de las cuales, la más importante, es el Estado, con todos los cuerpos represivos que colaboran directamente con el sostenimiento de la perversa situación de opresión. El poder, las estructuras de poder, no son algo con un puro valor instrumental que pueden ser utilizados para fines que nada tengan que ver con la opresión; de ahí procede la denuncia de todo intento de cambio social que pretenda imponerse mediante la conquista del aparato estatal, pues el resultado será justo el contrario del deseado: se conseguirá perpetuar la estructura de poder y sólo cambiarán los nombres de las personas que lo detentan.

Al poner el poder en el centro de sus ataques, por delante y por encima de la producción económica, los anarquistas estaban yendo mucho más allá de una simple transformación de las relaciones políticas y económicas. Por utilizar una expresión más reciente, la microfísica del poder se manifiesta en otros ámbitos de la vida de los seres humanos y penetra toda la vida social. Se manifiestan de forma muy clara en las relaciones interpersonales, en especial en las que se dan entre los dos sexos y mucho más en la vida familiar. El patriarcado, en cuanto específica configuración de la vida familiar, es expresión omnipresente de la opresión que termina afectando a más de la mitad de la población. El amor libre, entendido como vínculo establecido por dos personas en condiciones de igualdad y sin aceptación de ningún tipo de imposición legal o social, constituye para los anarquistas una exigencia ineludible en una sociedad sin opresión; a partir de ahí se podrá articular una organización familiar alternativa a la vigente en la sociedad que se denuncia. Igualmente carentes de prácticas de dominación deben estar configuradas las relaciones que se establecen entre adultos y niños y jóvenes; la familia, en primer lugar, no debe basarse en la imposición del padre y la madre sobre

sus hijos, sino en la relación libre que hace posible que la nueva generación aprenda a ser libre ejerciendo desde el principio su libertad. Lo mismo se debe decir de otro de los campos decisivos de la acción transformadora del movimiento libertario: la educación. En las escuelas es la cooperación y la libertad lo que debe primar, nunca el adoctrinamiento ni la imposición; además la educación no es algo que se limita al período de escolarización obligatoria, sino que debe abarcar toda la vida de los seres humanos. Conscientes de que el saber es poder y de que la ignorancia es el alimento de la esclavitud, el movimiento libertario se dedicó con denuedo a la tarea de educación permanente y de adultos a través de innumerables ateneos y publicaciones de todo tipo.

Estamos, por tanto, en una concepción de la transformación social que sólo puede entenderse como integral y eso en un triple sentido: abarca la dimensión personal y social del ser humano; no deja para mañana lo que puede ser percibido ya aquí y ahora; se plantea como tarea inacabada, en un proceso asintótico de realización. Hay que cambiar las estructuras, de eso no cabe la menor duda, pero sin olvidar que es igualmente necesario cambiar a las personas que viven en el marco de dichas estructuras. El cambio exige una especie de espiral en constante avance, pues ninguno de los dos cambios se puede dar sin el otro. Si nos limitamos a cambiar las estructuras, pero las personas se mantienen con los mismos hábitos de comportamiento adquiridos en la situación anterior, al poco tiempo se reproducirán las situaciones de dominación y explotación. Del mismo modo, resulta ingenuo pensar que las personas pueden aprender a vivir de forma libre, igual y solidaria si las redes sociales de las que forman parte están configuradas por principios de dominación, desigualdad y competición. El influjo de la sociedad en nuestro desarrollo personal es tal que terminamos interiorizando las pautas de comportamiento contra las que, en principio, queremos luchar; de ese modo colaboramos sin quererlo y muchas veces sin darnos cuenta con quienes nos explotan y oprimen. Además, como se trata de pautas profundas, se manifiestan en todos los ámbitos sociales en los que se desenvuelve nuestra vida: en las relaciones familiares, en el contacto con los amigos, en las asociaciones (sindicatos u otras) de las que formamos parte, en el trabajo que ejercemos... Hace falta, por tanto, una doble y simultánea transformación; es necesario formar personas nuevas en una nueva sociedad.

Por eso mismo carece totalmente de sentido pensar que hay una especie de corte en el proceso temporal de la historia social. No es posible que se dé ningún acontecimiento singular extraordinario que provoque la transformación radical de la sociedad de un día para otro, ni siquiera de un año para otro. Hay, eso es cierto, fases en las que parece que los cambios se producen a mayor rapidez y los seres humanos nos vemos sometidos a un considerable esfuerzo de innovación y adaptación, pero lo normal es que los procesos sean más lentos con modificaciones poco perceptibles. De ahí la ingenuidad de quienes piensan que en tiempos de revolución se pueden utilizar medios excepcionales que después se olvidarán o abandonarán en cuanto se haya conseguido esa drástica mutación social que se pretende. Pero igualmente nociva resulta la tendencia a aplazar para mañana la puesta en práctica de modos de vida alternativos. El mañana, por definición, nunca existe y aplazar para mañana lo que puede hacerse hoy no deja de ser una forma sutil de condenar a la humanidad a la postergación indefinida del ideal anhelado, aceptando como contrapartida una vida en el momento presente plagada de renunciaciones y sacrificios. Lo que está en juego es hacer presente aquí y ahora, en el único mundo en el que vivimos, el actual, formas claramente alternativas de existencia. Éste es el objetivo prioritario de la intervención social: desvelar con toda su crudeza la miseria del desorden establecido, haciendo ver que no pasa de ser una imposición arbitraria de quienes se benefician de ese desbarajuste. Al mismo tiempo provocar que la gente se dé cuenta de que es posible vivir de otra manera, sembrar en sus corazones la semilla de una nueva sociedad, confiando en que, una vez probada la alternativa, no se conformarán con menos. Ése es el sentido más profundo de un lema que se hizo clásico en los movimientos estudiantiles de los sesenta, rabiosamente impregnados de talante libertario: “seamos realistas, pidamos lo imposible”. Lo queremos todo y lo queremos en estos momentos. No estamos dispuestos a dejar para mañana lo que se puede hacer hoy.

Claro está que eso implica igualmente embarcarse en un proyecto indefinido de evoluciones y revoluciones. El mundo nuevo que llevamos en nuestros corazones se erige en criterio que orienta nuestra actuación cotidiana; es el faro que nos permite ir entre las brumas del caos presente sin perder el norte de nuestro camino.

Buscamos una humanidad reconciliada consigo misma y con la naturaleza de la que forma parte, pero somos conscientes de que la consecución definitiva de esa reconciliación no se alcanzará. Cada problema resuelto planteará nuevos e inesperados problemas a los que habrá que hacer de nuevo frente, siendo factible el cometer errores que llevarán consigo la posible reproducción de situaciones de opresión y explotación. En nosotros mismos, además, probablemente permanezca para siempre un riesgo de intentar satisfacer nuestras necesidades de crecimiento personal no junto con las otras personas, sino a costa de esas otras personas. No hay meta en nuestro camino, pues tras cada cima conquistada aparecerá una nueva cima de la que en estos momentos nada sabemos. Eso, no obstante, ni nos preocupa ni nos inquieta una vez que nos hemos dado cuenta de que nuestro objetivo no es la meta sino el camino y es en él donde podemos y debemos hacer estallar la fecundidad creativa de una existencia alternativa.

Sugerencias bibliográficas

Los clásicos son siempre insustituibles, en especial los grandes fundadores como Proudhon, Bakunin, Kropotkin y Malatesta, a los que hay que añadir los españoles Ricardo Mella y Abad de Santillán. CARLOS DÍAZ, *El anarquismo como fenómeno político moral* (Madrid: Zero, 1977). FÉLIX GARCÍA MORIYÓN, *Del socialismo utópico al anarquismo* (Madrid: Cincel, 1985). PETER MARSHALL, *Demanding the impossible. A history of Anarchism*. (London: Fontana Press, 1993). ÁLVAREZ JUNCO, *Ideología política del anarquismo español* (Madrid: Siglo XXI, 1991). IRVING L. HOROWITZ, *Los anarquistas: la teoría y la práctica* (Madrid: alianza, 1990, 2 vol.) y HENRI ARVON, *El anarquismo del siglo XX* (Taurus: Madrid, 1981).

CAPÍTULO 3

SINDICALISMO, SINDICALISMO REVOLUCIONARIO, ANARCOSINDICALISMO

A lo largo de la historia de la humanidad han sido permanentes y tenaces los esfuerzos realizados por los seres humanos para conseguir alcanzar unas condiciones de vida sostenibles, logrando satisfacer todas las necesidades básicas. Junto al innegable hecho de que el apoyo mutuo ha sido la estrategia más constante y eficaz para hacer frente a los problemas de subsistencia que el medio ambiente, muchas veces hostil, planteaba, es igualmente cierto que a partir del momento en el que se supera el límite de la pura subsistencia ha existido desde siempre la tendencia de determinados grupos a obtener posiciones de privilegio, basadas en el dominio ejercido sobre otros seres humanos. En algunas ocasiones, graves problemas de escasez de recursos han provocado soluciones drásticas que se llevaban adelante a costa de algunos miembros del grupo o de miembros de grupos próximos pero ajenos. Mucho más habitual, sin embargo, ha sido el hecho de que algunas personas o grupos sociales lograran imponer por la fuerza una desigual distribución de los recursos, provocando con ello una situación completamente anómala: incluso existiendo las condiciones objetivas para poder atender las necesidades de todas y cada una de las personas que formaban parte de una sociedad, el acaparamiento de poder y riqueza por esos grupos se realizaba a costa de otros sectores de la sociedad que eran condenados a vivir en la carencia más absoluta e incluso a morir por inanición.

Esa injusta distribución de los recursos de todo tipo no ha sido nunca —excepto en esas contadas ocasiones de penuria extrema— el resultado de los límites que la naturaleza pudiera imponer a los seres humanos, sino consecuencia de decisiones políticas, económicas y sociales muy concretas que mostraban una voluntad explícita de acaparamiento o cuando menos una falta absoluta de interés por analizar la situación y las posibles alternativas. Hasta bien entrado el siglo XVIII, la opresión y explotación

de amplias capas de la sociedad se realizaba mediante un poderoso aparato ideológico que justificaba esa muy injusta distribución de bienes y poder y mediante la pura imposición física apoyada en el empleo de las armas. Eran las mesnadas del señor feudal las que garantizaban que su despensa nunca estaría vacía, por más que los campesinos que le proporcionaban el sustento estuvieran padeciendo una intensa miseria. Al mismo tiempo, un potente aparato ideológico que hacía pasar por natural e inevitable la rígida jerarquización estamental de la sociedad, acompañada del recurso a una específica concepción de la religión, servía para favorecer la sumisión paciente de quienes poco o nada tenían, y se veían obligados a entregar los productos de su esfuerzo a los señores que, teóricamente, les proporcionaban paz y seguridad. Modelos similares de explotación y opresión se daban en otras culturas y, al menos en Europa, el modelo funcionó bastante bien para los opresores hasta que a finales del XVIII empezó a configurarse un nuevo modelo de sociedad.

Al decir que funcionaba bastante bien, no me refiero en absoluto a que los señores consiguieran la aceptación de ese modelo social sin tensiones y sin tener que recurrir con frecuencia al empleo desmedido de la fuerza. Las revueltas campesinas durante la Edad Media europea fueron frecuentes y encontraron una respuesta contundente por parte de los señores; en aquel contexto era frecuente que los que se alzaban contra los señores apelaban a fundamentos ideológicos próximos a los que apuntalaban el orden establecido, pero haciendo una lectura diferente: la religión no predicaba, según los campesinos, la aceptación de la miseria y la resignación a la espera de una vida futura, sino el reparto comunitario de bienes y la desaparición de las diferencias entre los seres humanos. En todo caso, los levantamientos populares solían tener escaso éxito y el peso de la balanza se inclinaba prácticamente siempre hacia el lado de los señores feudales. Pequeñas conquistas encaminadas a la instauración de un orden más justo son las que se dieron con la aparición de instituciones, como las cortes generales o las ciudades libres basadas en una cierta democratización. La aparición de los gremios supuso también un incipiente modelo de apoyo entre las personas que ejercían la misma profesión, con mecanismos de protección social bien establecidos, y un modelo de control y mejora de las condiciones de trabajo.

La aparición del capitalismo, que va creciendo a partir de los comienzos del siglo XVIII, implica el desarrollo de un nuevo modelo de opresión y explotación. Suele asociarse el nacimiento del capitalismo, como modo específico de producción, con la revolución inglesa de 1648. Aceptando esa cronología, los movimientos de resistencia frente a las relaciones sociales introducidas por el capitalismo aparecen desde el primer momento. Winstanley, los “digger” y los “leveller” son, probablemente, los representantes de esos primeros movimientos que, aun guardando parecido con las clásicas revueltas campesinas medievales, ya están introduciendo una aguda crítica del sistema que está surgiendo. La crítica de la propiedad privada y de la jerarquización social forman parte de su programa, pero más interesante todavía es el hecho de que se pretenda una organización de los oprimidos para actuar contra el sistema establecido y conseguir un orden social más justo; hay cierta conciencia incipiente de que no basta con levantarse contra los poderosos en un momento preciso, sino que es necesario un modelo organizativo que permita una actividad más a largo plazo. No consiguen cuajar como movimientos organizados, pero ya han supuesto una ruptura con anteriores revueltas campesinas y con teóricas propuestas utópicas de reconstrucción social.

La progresiva modificación de las estructuras sociales y económicas sigue su ritmo imparable a lo largo del siglo XVIII, más adelantada en algunos países, como es el caso de Inglaterra. Siguen apareciendo movimientos de protesta social protagonizados por aquellos que más directamente padecían en su carne los efectos negativos de esa transformación. A pesar de ello, no alcanzan todavía una gran coherencia, aunque van asociando ya la liberación de los trabajadores sometidos a duras condiciones de trabajo con la abolición de la propiedad privada y al establecimiento de estructuras comunitarias o comunistas de producción y de convivencia. Hay, por tanto, una creciente conciencia de que su situación es consecuencia de una estructura económica basada en el sistema del salario, es decir, de la propiedad privada de los medios de producción asociada con la venta de la fuerza de trabajo, lo único que posee el trabajador. Se va abandonando el modelo anterior que veía en los estamentos algo natural e inmutable que había que aceptar; en este sentido, las críticas que proceden de los trabajadores van paralelas a las que la burguesía en esos momentos está

haciendo contra la nobleza. La forma en que los seres humanos organizan la sociedad, sus instituciones políticas y sus relaciones de producción, no es algo dado, sino el resultado de decisiones que ellos mismos van tomando para resolver sus problemas.

Sin embargo, todavía a finales del siglo XVIII sigue sin surgir de una forma clara esa conciencia específica de clase que marcará definitivamente la aparición del movimiento obrero contemporáneo. En estos años, el objetivo central de las luchas sigue siendo la abolición del Estado absolutista estamental y la instauración de sistemas democráticos de gobierno, y la lucha es guiada por lo que se ha llamado la burguesía ilustrada revolucionaria. La clase obrera, por no decir otros sectores de la sociedad, como pueden ser las mujeres, apenas tienen conciencia de sí mismos y menos todavía tienen acceso a los lugares en los que se toman las decisiones. Babeuf, en la Revolución Francesa, es un buen ejemplo de esta situación; plantea unos objetivos políticos en los que la democratización política va unida a la transformación económica, y recuerda, en cierto sentido, la propuesta realizada por Winstanley un siglo antes. Como muchos otros, termina siendo ejecutado y el movimiento asociado con él es duramente reprimido, pues los que dirigen la revolución no están dispuestos a ir tan lejos. La Vindicación de los Derechos de la Mujer de Mary Wollstonecraft apenas encuentra acogida, excepto en círculos muy reducidos.

En gran parte, lo que después fue llamado socialismo utópico, partía de la creencia profunda en que las revoluciones democratizadoras desarrolladas en Europa debían tener su lógica continuidad, sin rupturas, en la transformación de las estructuras económicas, por lo que proponían un conjunto de reformas basadas en las posibilidades del desarrollo científico y técnico para satisfacer las demandas de todos los ciudadanos, haciendo desaparecer de esta forma las diferencias excesivas; apostaban igualmente por las tendencias solidarias o comunitarias de los seres humanos que harían posible, cuidando adecuadamente la educación y las estructuras sociales, una convivencia armónica. Personas como Saint-Simon, Fourier, Owen o Blanqui son los que sientan las bases de todo el pensamiento socialista posterior y los que proponen fórmulas alternativas de organización social, intentando incluso llevar a la práctica esas ideas en comunidades organizadas según los nuevos principios.

No obstante, la ruptura clara entre la burguesía revolucionaria y el movimiento obrero tardará todavía un tiempo en producirse, dependiendo en gran parte de las condiciones económicas y políticas de cada país. En Inglaterra, que en estos momentos va por delante, aparecen las primeras cajas de ayuda mutua y las asociaciones para la formación de los trabajadores. El derecho a la formación de sindicatos se alcanza en 1824, siendo los intereses que éstos defienden muy diferentes de los intereses de los empresarios. A partir de las revoluciones de 1848, Marx y Engels en Alemania, o Proudhon en Francia, se dan perfecta cuenta de que el movimiento obrero debe tener una organización autónoma enfrentada con la burguesía, dado que ambas clases sociales poseen intereses contradictorios, en ningún caso reconciliables. Algo similar se produce en España en 1868 cuando, al fracasar la primera república, fracasa el Partido Federal como posible defensor de los intereses de la burguesía más revolucionaria y el movimiento obrero. Esta ruptura implica al mismo tiempo abandonar completamente el modelo de asociación gremial que había predominado durante los siglos anteriores, pero que había quedado completamente obsoleto.

En 1864 se funda la I Internacional, un serio esfuerzo por coordinar las luchas de los trabajadores de todos los países industrializados, que son conscientes de que sus problemas desbordan el marco de un solo Estado. En 1871, tras lograr implantarse durante un breve período de tiempo, la Comuna de París se convierte en punto de referencia de lo que esta nueva clase social está buscando. La brutal represión a la que es sometida también deja muy claro cuál va a ser la actitud de la burguesía en el momento en el que sienta amenazados claramente sus privilegios. Entre otras muchas consecuencias de esta ruptura drástica, quizá merezca destacarse una. La burguesía, cegada en cierto sentido por la lógica del beneficio y de la extracción de plusvalía, nunca fue capaz de entender nada de lo que el movimiento obrero exigía, destruyendo así la misma democracia que decía defender. El movimiento obrero, obsesionado por la justa distribución de la riqueza que exigía la abolición de la propiedad privada, tuvo también enormes dificultades en la práctica para entender los valores intrínsecos de la democracia, llegando a ser directamente despreciada por un importante sector del mismo. En cierto modo, parece como si la burguesía se hubiera aferrado a la defensa de la igualdad y la

libertad, como ingredientes casi exclusivos de las sociedades democráticas y la clase obrera hubiera antepuesto la fraternidad, o la solidaridad, a cualquier otra consideración. Los grandes teóricos del sistema capitalista siempre consideraron la libertad de actuación, sin ningún tipo de control por parte de ninguna autoridad, como el eje de toda sociedad democrática, aunque ello conllevara desigualdades crecientes entre los seres humanos. Por otro lado, una parte importante del movimiento obrero se volcó completamente en la búsqueda de la igualdad en la distribución de bienes y recursos, aunque ello supusiera en algunos momentos la restricción de la libertad de elección de las personas.

1. Diversas respuestas a un mismo problema

Aunque la unidad del movimiento obrero ha sido siempre un ideal que en algunos momentos ha conseguido cuajar, nunca ha podido conseguirse de forma estable. La ruptura de la I Internacional en 1872 fue decisiva en la configuración de dos grandes ramas, la 'autoritaria' y la 'libertaria'. Igualmente fue grave la ruptura de las pretensiones internacionalistas al comienzo de la Primera Guerra Mundial, cuando los nacionalismos patrióticos fueron antepuestos a la defensa de la paz y la transformación de la sociedad en favor de los trabajadores. La división, por tanto, se consolidó a nivel internacional, pues fue prácticamente imposible conseguir algo más que la unidad de acción en algunos casos concretos, como la huelga por las ocho horas; y divisiones parecidas se dieron a nivel nacional, donde siempre pugnaron por la supremacía organizaciones obreras de diferente signo. La presencia de sindicatos hegemónicos en determinados momentos y en países muy concretos nunca supuso la desaparición completa de otras organizaciones sindicales que entendían la estrategia y las tácticas de modo distinto.

Prescindiendo de muchas cosas, y admitiendo que es posible realizar otro enfoque complementario, nos parece que puede ser interesante llamar la atención sobre dos grandes alternativas que los trabajadores organizan para defender mejor sus derechos. Por un lado nos encontraríamos con aquellos sindicatos que se han limitado a luchar estrictamente por la mejora de las condiciones de trabajo. Sufriendo en carne propia las duras condiciones impuestas por el capital, los trabajadores no encuentran mejor salida que la de organizarse solidariamente para, al menos, hacer disminuir los

niveles de explotación. Alguno de estos sindicatos mantienen su total autonomía respecto de cualquier tipo de opción política y, en general, no consideran necesario un cambio radical de la sociedad en la que viven, siendo suficiente la labor de mejora de las condiciones de trabajo. Por otra parte, consideran que la sociedad es un campo en el que se producen conflictos entre intereses contrapuestos y buscan utilizar las armas y la fuerza que poseen para acceder a una parte mejor en el reparto de la cargas y beneficios sociales. Este primer bloque ha pasado a la historia con el triste nombre de sindicatos "amarillos" o, en el mejor de los casos, asociaciones gremialistas y corporativas. Han tenido bastante más importancia de la que normalmente se les atribuye y continúan siendo una importante fuerza en nuestra sociedad, normalmente entre aquellos sectores de la clase obrera que gozan de una situación privilegiada en el mercado de trabajo. Uno de sus problemas más graves, aunque no el único, es que introducen la división en los centros de trabajo, pues es frecuente que la mejora de las condiciones de trabajo de sus afiliados se hagan al margen de, e incluso en contra, de la mejora del resto de los trabajadores y las trabajadoras.

Dentro de este primer bloque, existen otros sindicatos que sí han considerado siempre necesario el cambio radical de todas las estructuras sociales. Han procurado mantener una visión global de la sociedad, comprendiendo que nunca serán suficientes las pequeñas o grandes conquistas que dejen intacto el modo de producción capitalista. Sin embargo, realizar el cambio global no es una tarea que caiga dentro de la competencia de los sindicatos; es necesario admitir una cierta división del trabajo, existiendo unas partidos políticos que se harán cargo de llevar la lucha en ese campo, alcanzando un mayor o menor grado de colaboración según los momentos. Es cierto que hay dos formas de entender esta colaboración con los partidos políticos.

Todo un sector del movimiento obrero aceptará de una manera u otra las reglas del juego de la democracia parlamentaria burguesa, organizando así un partido que concurrirá a las elecciones, estará presente en el Parlamento y allí se hará cargo de legislar en favor del movimiento obrero. Es un modelo que ha gozado de una gran aceptación y ha aportado mejoras significativas en las condiciones de vida de los trabajadores. Podemos poner los ejemplos de los sindicatos ingleses, en relación con el Partido Laborista; la

UGT española y su relación con el PSOE; o los sindicatos alemanes vinculados con la socialdemocracia. Establecieron relaciones que trascendían las fronteras de cada país en lo que sigue siendo la II Internacional. Obviamente sería necesario realizar muchas matizaciones que escapan completamente de mis posibilidades en este texto de carácter general. Baste decir que las relaciones entre el partido y el sindicato han sido muy flexibles y no siempre fluidas; también se debe tener en cuenta que la actuación de los partidos socialistas ha variado pasando por momentos de enfrentamientos más duros con el modelo de democracia formal y de las relaciones sociales capitalistas, aunque el enfrentamiento nunca ha llegado a ser total ni excesivamente radical.

Otro sector parte de una concepción más pesimista del movimiento sindical. Considera que éste es, por sí mismo, incapaz de ir más allá de esas limitadas reivindicaciones inmediatas y economicistas. Hace falta que exista una organización política específica, más minoritaria y con una visión más adecuada de la globalidad de las estructuras sociales del capitalismo. El partido pasará a ser la vanguardia consciente de los intereses reales del movimiento obrero, y el sindicato la correa de transmisión que permitirá, cuando llegue el momento oportuno, movilizar a la clase obrera para conseguir la instauración de una sociedad distinta. Su objetivo no es transformar la democracia parlamentaria, sino utilizar alguno de sus recursos para conquistar el poder y abolir a continuación las estructuras políticas burguesas. Este modelo ha gozado de audiencia por haber sido el que se impuso en la Rusia revolucionaria de 1917 y haber sido el aceptado por la III Internacional. Sin embargo, no ha gozado de una gran aceptación en el movimiento obrero de los países occidentales en la época a la que estamos haciendo referencia. Podríamos decir que en estos momentos es ya parte de la historia y que apenas tiene vigencia. El desmoronamiento del bloque soviético acabó con estas prácticas sindicales y sólo en Cuba, posiblemente, se mantenga algo parecido, aunque como sindicato único en colaboración directa con el partido en el poder.

El segundo bloque está formado por aquellos sindicatos que han pretendido ir más allá de las luchas puramente económicas, intentado de alguna manera llevar a cabo una intervención global en la política. Normalmente están asociados con el movimiento libertario,

pues su experiencia se configura a partir de una reflexión distinta sobre la sociedad; comienzan su andadura ya en la escisión de la I Internacional que se produce en 1872 y encuentran su formulación más madura en la Carta de Amiens, en Francia. Si bien comparten toda la crítica marxista de la explotación económica presente en el modo de producción capitalista, recogen, e incluso dan más importancia, a la opresión que procede de las estructuras políticas vigentes, en concreto del Estado y de su configuración en la democracia parlamentaria burguesa. Esta crítica radical del Estado y de las estructuras de poder los lleva a considerar absolutamente inútil cualquier intento de participar en las instituciones parlamentarias o de conquistar el poder. Como es lógico, los lleva igualmente a no buscar ninguna articulación precisa entre el partido y el sindicato, pues rechazan los partidos políticos; y todo ello significa que no se acepta ninguna división del trabajo en los esfuerzos por llevar a buen término la revolución social que se pretende conseguir tanto en lo social, como en lo económico y lo político.

Se parte, entonces, de una concepción más amplia de la intervención política; ésta sería la actividad que se dirige a alcanzar una adecuada solución de todos los problemas que afectan a la vida social de los seres humanos. En ningún caso se puede reducir la política a la actividad profesional llevada a cabo por los 'políticos' ni a las técnicas de lucha por el poder. El Estado no es simplemente un instrumento al servicio de la burguesía detentadora de la propiedad privada de los medios de producción, sino que es por sí mismo generador de opresión, de estructuras jerarquizadas en las que unos mandan y otros obedecen haciendo imposible la existencia de una sociedad de personas libres, iguales y solidarias. Corresponde, por tanto, a la organización de los trabajadores el asumir desde el principio un proyecto integral de cambio social, siendo el sindicato no sólo una organización para enfrentarse al sistema establecido, sino también el modelo o germen de la sociedad que se quiere crear. De todas formas, no se niega la conveniencia e incluso la necesidad de articular organizaciones diferentes, al margen del estricto movimiento sindical, que atiendan aspectos específicos de la lucha contra el sistema, ni la necesidad de hacer frente a las tendencias de los trabajadores a quedarse en posturas reformistas, preocupadas tan sólo por la obtención de mejoras en las condiciones laborales, en especial mejoras salariales.

El modelo histórico que representa esta segunda gran alternativa aparece ya en la ruptura de la I Internacional en la rama que pasa a denominarse anarquista y que tiene a Bakunin como máximo portavoz. Se consolida a finales de siglo en Francia, con la Federación de las Bolsas de Trabajo y posteriormente la constitución de la C.G.T., y alcanza su más completa realización en el anarcosindicalismo español de la C.N.T. Existen otras manifestaciones en otros países y podríamos incluir también como modelos muy próximos a este planteamiento el movimiento consejista que se da en los países del centro de Europa, Alemania y Austria en los años 20, aunque en este caso la experiencia fuera excesivamente corta y en circunstancias de inestabilidad revolucionaria. Durante esas décadas alcanza su máxima implantación, para sufrir posteriormente un serio retroceso, debido en gran parte a dos factores: por un lado, por coherencia interna, no aceptan pasar a formar parte del gran pacto social que se impondrá en Europa después de la Segunda Guerra Mundial; por otro lado, las innegables conquistas de los trabajadores occidentales en estas décadas (llamadas por algunos “los treinta gloriosos”) dejan poco margen de actuación a quienes siguen considerando que el sistema social capitalista, incluso en su configuración socialdemócrata, es radicalmente injusto.

Hay algo que todos los sindicatos comparten, a excepción de los pura y estrictamente corporativos o gremiales: tienen cierta conciencia de clase social portadora de los intereses de la humanidad, es decir, se consideran de forma más o menos explícita el sujeto histórico que, enfrentado al orden existente, va a permitir a la humanidad en general avanzar hacia una nueva época de progreso, acabando con el orden capitalista. La alternativa libertaria matiza bastante este protagonismo de la clase obrera pues, como hemos señalado, amplía el campo de su crítica a la sociedad establecida y propone una intervención en otras áreas de la vida social y cultural, aunque sigue admitiendo que el movimiento obrero desempeña un papel fundamental. En las décadas iniciales de su intervención en la sociedad, y de forma especial en las primeras dos décadas del siglo xx, tienen además una firme confianza en que el cambio revolucionario se va a producir más bien pronto, esperanzas que el triunfo de la revolución soviética no hace más que alentar, al menos para un sector del sindicalismo, pues otras

corrientes vieron desde el primero momento con extremado escepticismo el experimento soviético.

Por otra parte, comparten igualmente una heroica historia de enfrentamientos con el sistema, pagados en muchas ocasiones a un precio muy alto en el que se incluyen muchas vidas humanas. Gracias a esa lucha permanente han conseguido mejoras laborales y sociales que hubieran sido impensables al comienzo de sus enfrentamientos. Aunque puedan existir acuerdos parciales, momentos de pactos o de pequeñas conquistas que mejoran las condiciones de trabajo, tienen claro que a medio y largo plazo no hay muchas posibilidades de acuerdo con la burguesía y que terminará siendo necesaria la abolición del capitalismo. Todos ellos se reclaman igualmente portadores de la tradición socialista originaria, aunque después van diferenciándose claramente incluso en el adjetivo que utilizan para definirse y diferenciarse de las otras opciones. Por último, aun admitiendo que existe un enemigo común y procurando llevar adelante acciones conjuntas especialmente en momentos de radical enfrentamiento, gastan gran parte de sus energías en luchas entre ellos, aunque éstas son más frecuentes entre las respectivas cúspides que entre las bases.

La situación del sindicalismo, al menos en Europa y en otros países occidentales, se modificó sustancialmente después de la Segunda Guerra Mundial. La dura experiencia de la década anterior, en la que el enfrentamiento del movimiento obrero con la patronal llevó a medidas extremas como las protagonizadas por los gobiernos nazistas y fascistas, favoreció la realización de un gran pacto social, reforzado a su vez por el poderoso crecimiento económico que provocó la reconstrucción de Europa. Los sindicatos vieron de ese modo cumplidas muchas de las reivindicaciones, lo que no puede dejar de interpretarse como un cierto triunfo, por más que fuera consecuencia directa de otros factores que posiblemente desempeñaron un papel más importante. Es más, fueron aceptados como interlocutores básicos en el diálogo social y económico de las llamadas democracias sociales de derecho. Lo que, en principio, pudo interpretarse como una conquista ha terminado siendo más bien el final de un sindicalismo reivindicativo con capacidad de proponer y defender alternativas reales al modelo social dominante. Las grandes centrales sindicales, agrupadas en Europa básicamente en la C.E.S, y en el mundo en la O.I.T., son

más bien parte del sistema tal y como funciona, que movimientos sociales cargados de futuro. Sigue habiendo enfrentamientos con la patronal y los gobiernos, pero son enfrentamientos más bien leves, sobre aspectos parciales del reparto de las plusvalías generadas por el sistema, un sistema que no quieren cambiar drásticamente, entre otras cosas porque los desmesurados aparatos burocráticos que configuran y controlan los sindicatos viven de ese sistema. Su aportación ha pasado a ser más bien la de garantizar que el descontento de las personas asalariadas no vaya muy lejos, algo que seguirán haciendo mientras esas burocracias vivan del sistema y mientras los excedentes sean suficientes como para garantizar un buen nivel de vida a la clase obrera. La evolución del movimiento obrero y los sindicatos en los últimos cuarenta años no es más que el triunfo de una corriente sindical que ya estaba presente desde los primeros momentos y que obtuvo importantes logros ya al final del siglo XIX, sobre todo en la Alemania de Bismarck, pero también en otros países, incluido España.

2. El sindicalismo revolucionario

El sindicalismo revolucionario constituye, por tanto, una de las alternativas organizativas que el movimiento obrero ha planteado desde sus orígenes para hacer frente a los procesos de explotación y opresión propios y específicos del modo de producción capitalista. Aunque pueden encontrarse variaciones más o menos significativas según los países donde arraiga este modelo organizativo de la clase obrera, hay algunos rasgos básicos que le confieren una identidad específica, rasgos esbozados ya con bastante precisión y claridad en la Carta de Amiens.

2 a. La acción directa

La primera característica, y posiblemente una de las más importantes, es la convicción profunda de que sólo mediante la *acción directa* es posible avanzar en el camino de la transformación social, en las reformas que den paso a una completa revolución de las relaciones sociales existentes. Uno de los elementos de la acción directa, que vuelve a aparecer insistentemente en otras características del sindicalismo revolucionario, es la confianza en la capacidad de los trabajadores y las trabajadoras para decidir cuáles son los problemas prioritarios y cuáles son las tácticas más adecuadas para que

esos problemas se resuelvan. Lo que está presente en esta opción es la desconfianza profunda frente a todo sistema de mediaciones y delegaciones que favorecen el control y desactivación del movimiento obrero. Una de las maneras más eficaces de tener controladas las reivindicaciones obreras es la constitución de numerosos mecanismos de mediación, sobre todo de mesas de negociación, comités de empresas, comisiones asesoras... Dada la correlación de fuerzas que suele existir entre las partes que se sientan a negociar, la patronal y la trabajadora, todos esos instrumentos de intermediación laboral contribuyen a dilatar en el tiempo y empobrecer en el contenido los objetivos que los trabajadores consideran irrenunciables. Al mismo tiempo provocan un distanciamiento entre quienes ejercen la representación y quienes son representados en esa comisión. Los primeros se alejan hasta convertirse más en representantes con marcada autonomía para tomar decisiones y los segundos se van desvinculando de todo el proceso, confiando en que alguien les resolverá el problema.

La acción directa se apoya igualmente en otra experiencia básica de la lucha obrera. La capacidad de presión de la clase trabajadora no reside en ninguna comisión ni delegación, sino en la movilización directa de los trabajadores. Las grandes conquistas históricas se producen cuando la gente es capaz de salir a la calle, realizar huelgas, llevar adelante diversos mecanismos de presión y boicot a la empresa. Las relaciones sociales no se construyen sólo en mesas de negociación, sino que son también el resultado de la correlación de fuerzas existente en cada momento; es posible que en algún caso, quien detenta el poder y se beneficia extraordinariamente de la situación tal y como está establecida, renuncie a sus privilegios convencido por la capacidad persuasiva de los negociadores de la parte contraria, pero eso no es lo normal. No podemos olvidar que la patronal, cuando lo considera necesario, pone sobre la mesa negociadora su capacidad de presión, es decir, las sanciones, los despidos, el cierre patronal... y, en última instancia, cuenta con la policía y las fuerzas de seguridad —en constante incremento en estos momentos— para dejar bien claro quién manda en el mundo del trabajo. El ejército queda para los casos realmente extremos, y así ha sido en la historia reciente, por más que ahora nos parezca imposible. La legislación y los gobiernos, en la medida en que son resultado igualmente de esa

correlación de fuerzas, no suelen ser parte neutral, sino que siempre terminan decantándose hacia el lado de la patronal, salvo excepciones que en este caso confirmarían la regla. La huelga, con sus enfrentamientos y sus piquetes, y otros mecanismos de acción directa son la forma de obligar a que nuestra voz sea escuchada y tenida seriamente en cuenta.

No hay que olvidar nunca que, en contra de lo que suelen decir los expertos en negociaciones, en este caso nos enfrentamos a intereses más bien contradictorios, entre los que no es posible una fácil mediación. La desaparición de la explotación y la opresión, la incorporación real de las trabajadoras y los trabajadores a la gestión de la producción, tanto en lo que se refiere a lo que se produce como a la manera de producirlo, son reivindicaciones sustanciales a corto, medio y largo plazo para el movimiento obrero y en última instancia suponen la desaparición de la organización económica y social tal y como ahora la conocemos. Sin duda, en un proyecto a largo plazo, como son todos los que están orientados a un cambio radical de la sociedad, se puede ir llegando a acuerdos parciales y es posible también que en algún momento encontremos puntos en los que ambas partes puedan estar de acuerdo. Sin embargo, el enfrentamiento es claro y sólo vamos a conseguir lo que pretendemos mediante la imposición, recurriendo a los instrumentos de presión que están en nuestras manos para garantizar que nuestros intereses van a ser respetados. Dicho de una forma algo más clara, la otra parte debe comprobar y experimentar que le va a costar mucho más caro no ceder a las reivindicaciones de los trabajadores, por lo que lo más sensato es introducir los cambios exigidos. En este sentido la acción directa se presenta como el modelo más eficaz de alcanzar nuestros objetivos y es precisamente la eficacia la que le sirve de aval en la memoria histórica de la clase trabajadora, o de cualquier otro movimiento social que ha luchado por sus derechos.

Es cierto que la acción directa implica, por tanto, un cierto uso de la fuerza o incluso la violencia, pues de romper relaciones basadas en la fuerza se trata. En todo caso, no se trata de una exaltación indiscriminada de la violencia como en algún momento se ha propuesto y se ha practicado. La célebre propaganda por el hecho marcó toda una etapa del movimiento libertario con la proliferación de acciones simbólicas de elevada violencia, como la

bomba en el Liceo de Barcelona, por poner un ejemplo; esos actos de violencia, en gran parte indiscriminada, lograron provocar la histeria de la clase dominante y el incremento desmesurado de la represión. Cierta culto a la violencia, a la sangre derramada por las cabezas cortadas en la guillotina, es una constante que acompaña a la idea misma de revolución. En eso la clase obrera no habría innovado gran cosa, sino más bien recogido lo que fue la experiencia, por ejemplo, de la constitución de los estados nacionales o del ascenso de la burguesía al poder; en ambos casos corrió abundante sangre y rodaron muchas cabezas. Y es la violencia lo que sostiene el desorden establecido en estos momentos, por más que nuestros dirigentes se erijan en defensores a ultranza de la vida humana cuando ocurren atentados (en especial, cuando ocurren los que ellos mismos han organizado o consentido). Ahora bien, reconocer la necesidad del uso de la fuerza para sacar adelante una transformación social digna de ese nombre no significa hacer una apelación y alabanza sin más al uso de la violencia; con ésta se podrán vencer resistencias, se podrá hacer frente en condiciones aceptables a la violencia manejada por los poderosos, pero con ella nunca se convence ni se construye una sociedad basada en la libertad y el apoyo mutuo.

En un importante artículo publicado en la prensa libertaria a finales del siglo XIX el título aclaraba un poco el tema que de forma muy sumaria estoy abordando ahora: paz a los hombres, guerra a las instituciones. La fuerza no debe ir dirigida tanto contra las personas cuanto contra las estructuras sociales e instituciones en las que se apoya la explotación y opresión vigentes. Hay que realizar acciones que provoquen la quiebra de los mecanismos básicos que mantienen el desorden establecido y que, por eso mismo, supongan un coste para quienes se benefician de dicho desorden. Al mismo tiempo, la fuerza no debe apoyarse en la acción de minorías selectas, de grupos de acción, capaces de llevar a cabo acciones violentas que quiebren la voluntad de la clase dominante; nuestra fuerza debe ser siempre el resultado de la movilización mayoritaria de los explotados y oprimidos, de los marginados y excluidos que se deciden a dejar de obedecer y se niegan a seguir manteniendo a quienes los oprimen y explotan. En situaciones de máximo enfrentamiento, era ése el planteamiento de quienes defendían la práctica del pueblo en armas, oponiéndose a la creación de ejércitos profesionales

que terminarían desvinculando la lucha de una auténtica revolución social. Por último, el uso más eficaz y coherente de la fuerza —cuando la meta que se persigue es una radical y liberadora transformación social— es el que se sigue de la práctica de la desobediencia civil, de la no violencia activa.

Hay un último sentido de la acción directa que tiene enorme importancia y es su sentido profundamente ejemplar. Toda movilización no sólo debe ser un instrumento eficaz para conseguir lo que buscamos, sino que debe ser igualmente una ocasión para poner de manifiesto algunos de los rasgos fundamentales del modelo de relaciones sociales que vamos buscando. La ocupación de una empresa, o de una vivienda, es un modo de recordar que eso es lo que vamos buscando, que las fábricas estén bajo el control de quienes allí trabajan y que el derecho a la vivienda está por encima del derecho a la propiedad privada o a la especulación inmobiliaria. La movilización masiva, bien organizada mediante comités y asambleas de discusión y toma de decisiones, es también la ocasión de mostrar y practicar un modelo de sociedad basada en una organización de abajo arriba, en la que nadie es excluido y en la que se invita a la participación activa de todas las personas, como sujetos de su propia historia. Y lo mismo se puede decir de la acción directa en todas sus formas de manifestarse. Volviendo al principio de este apartado, lo grave no es que existan comités de empresa que negocien con la patronal; en toda sociedad algo compleja será siempre necesario nombrar comités que realicen las tareas más concretas de la negociación. Lo grave se produce cuando esos comités dejan de apoyarse en las movilizaciones de las personas a quienes dicen representar, dejan de convocar asambleas en las que se plantean las propuestas y se escuchan las valoraciones que se hacen de las mismas; y terminan firmando acuerdos sin contar con la aprobación de las personas a quienes representan. Cuando eso ocurre, los delegados dejan de ser auténticos mandatarios empeñados en la emancipación de la clase trabajadora y reproducen una vez más los modelos de organización de la sociedad que queremos transformar completamente: un modelo en el que unos pocos toman decisiones sin dejar que las demás personas se impliquen en el proceso como sujetos activos de sus propias vidas. Hecho ese mal profundo al movimiento obrero,

resulta completamente superfluo que en esa negociación se hayan alcanzado objetivos que satisfacen las reivindicaciones de los trabajadores.

2 b. Autogestión

Otro pilar esencial en el que descansa la propuesta del sindicalismo revolucionario o anarcosindicalismo es la autogestión, tal y como queda ya sugerida al final de párrafo anterior. Dos son en un primer momento los sentidos en los que se puede entender la autogestión. Por una parte, hace referencia a la organización de la economía y así hablamos de empresas autogestionadas, es decir, aquellas empresas en las que todas las personas que la forman intervienen activamente en la gestión de la empresa en todos sus aspectos. Ese modelo de empresa, con las variantes que pueda ofrecer, es el que el sindicalismo revolucionario propone como modelo en una sociedad realmente libre y solidaria. Hay otro sentido más amplio que puede aplicarse a todos los ámbitos en los que se desenvuelve la vida de los seres humanos. En este segundo sentido hace referencia a la necesidad de que todo el mundo asuma su propia responsabilidad en la gestión de los asuntos que les competen, cooperando activamente con quienes también están afectados por esos problemas. Recoge un ideal antiguo de la humanidad que se expresa con especial vigor a partir de la Ilustración: los seres humanos somos autónomos y no debemos depender en ningún momento de nadie; somos nosotros quienes debemos tomar decisiones, lo que implica sacudirse todas las tutelas e imposiciones que nos impiden el libre ejercicio de nuestra capacidad de decidir y asumir las propias responsabilidades.

El sindicalismo revolucionario tiene la autogestión económica como objetivo básico de sus reivindicaciones, y es por eso por lo que en todo momento, en todos los conflictos que lo enfrentan a la patronal, va buscando conquistas que garanticen esa mayor presencia de los trabajadores en la gestión de la empresa. Se parte de la convicción de que para todo ser humano resulta fundamental el trabajo; éste es un elemento indispensable e insustituible en el propio desarrollo personal, algo que nos permite realizarnos como seres humanos y por eso mismo resulta irrenunciable la participación directa, el protagonismo en el propio centro de trabajo. De no producirse éste, estaríamos consistiendo que existieran situaciones

en las que el resultado de trabajar es más la alienación de la persona que su propia realización y desarrollo. Lógica consecuencia de esta forma de abordar la producción económica es que las tablas reivindicativas que sirven de referencia para plantear las exigencias que se quieren alcanzar cuando se abre un conflicto introduzcan aspectos que van más allá de los simples incrementos salariales, sin negar con ello en ningún momento la importancia que éstos tienen. El abanico de exigencias se amplía así considerablemente y va desde la demanda de mejores condiciones de trabajo y de la modificación de los modelos de organización del trabajo en la empresa y sus diferentes secciones, hasta las exigencias de posibilidades reales de organización de los trabajadores en la empresa y acceso efectivo a los ámbitos en los que se maneja la información y se toman las decisiones. El énfasis puesto en la reducción de la jornada, el reparto del trabajo y la consecución del pleno empleo van en esa misma línea de asumir las consecuencias prácticas de la importancia que el trabajo tiene para todo ser humano.

Ser autogestionario lleva consigo una confianza de partida en la capacidad de los seres humanos —y en este caso, de las trabajadoras y de los trabajadores— para asumir el protagonismo de sus propias vidas. Habitualmente, la patronal suele basar su situación de privilegio en dos tipos de argumentación: por un lado, los pretendidos beneficios que debe obtener el capital invertido, algo de lo que no voy a hablar en estos momentos; por otra parte, la pretendida ineptitud técnica de los trabajadores para entender los complejos factores que deben ser tenidos en cuenta en la organización de la empresa. Nada de cierto hay en esta segunda argumentación, a no ser la incapacidad inducida por la propia dinámica laboral actual que, a fuerza de excluir a los trabajadores de todo proceso de decisión, termina provocando en ellos esa incompetencia que, más que punto de partida, es punto de llegada y resultado obvio de mecanismos específicos de obstaculización de esa capacidad de intervenir. Los trabajadores terminan asumiendo como dogma incuestionable que, en efecto, son personas que carecen de las habilidades necesarias para poder aportar sugerencias creativas y eficaces a la organización económica. El hecho de que estén en contacto directo con los procesos de producción, el hecho de que igualmente se relacionen como consumidores con los bienes producidos en las empresas, se convierte en una experiencia irrelevante. Se impone y se

mantiene de este modo un modelo de organización jerarquizada de la economía, en la que las decisiones fluyen desde la cúspide de la pirámide —los altos ejecutivos— y van descendiendo hasta la base de la misma —quienes a pie de obra ejecutan las decisiones que otras personas han tomado—. Cuestionar radicalmente este modelo constituye un factor esencial en las luchas planteadas por el sindicalismo revolucionario.

La autogestión no termina en esto que acabo de mencionar. Desgraciadamente no son los empresarios y altos ejecutivos las únicas personas que dudan de la capacidad de los trabajadores y las trabajadoras. Esa desconfianza está igualmente presente en otras propuestas de acción sindical. En algunas, como ya mencioné, de forma explícita, pues consideran que la clase trabajadora nunca irá más allá de conquistas a corto plazo en sus propias luchas obreras. En parte por estar contagiadas por la ideología dominante, en parte porque carecen de la formación y las habilidades necesarias, el hecho incuestionable es que los trabajadores no son capaces de captar su auténtica situación y plantean reivindicaciones mezquinas, de cortas miras. La solución no se deja esperar: es necesaria una vanguardia consciente, con un conocimiento profundo del funcionamiento de la economía, y de la sociedad en general, que sea capaz de ver los auténticos intereses de las personas trabajadoras; esa vanguardia sabe lo que a la clase obrera le conviene mucho mejor que la propia clase trabajadora. Convencida de su propia capacidad y pagada de su supuesto saber, la vanguardia consciente a lo sumo escucha a los trabajadores, para luego traducir sus exigencias a lo que ella misma considera aceptable; con más frecuencia se dedica a elaborar consignas que luego hace llegar mediante sofisticadas correas de transmisión a las bases. Aunque es bastante posible que ese modelo esté obsoleto y nadie lo defienda abiertamente, ha permanecido vigente en el modelo de sindicalismo burocrático y de servicios que ha arraigado profundamente en las sociedades del bienestar. Son las burocracias sindicales quienes terminan asumiendo todo el protagonismo, prescindiendo completamente de los trabajadores. Coinciden con la patronal en esa desconfianza soterrada, a veces explícita, en la capacidad de los trabajadores para hacerse cargo de su propia historia.

La apuesta por la autogestión debe traducirse en específicas formas organizativas que la hagan posible. No es algo que se dé de

forma espontánea, sino que más bien surge como consecuencia de procesos intencionalmente diseñados para alcanzar los resultados esperados. Es decir, un sindicato es autogestionario si y sólo si se lo propone y se esfuerza por llevarlo a la práctica. El instrumento básico de la autogestión es, en primer lugar, la asamblea en la que todas las personas implicadas en los temas que son objeto de debate y discusión están presentes. Para que esas asambleas sean instrumentos reales de autogestión necesitan cumplir algunos requisitos necesarios, además de estar enmarcadas en todo un contexto que avanza en el mismo sentido. El primero de esos requisitos es, obviamente, la implicación de todas las personas en la misma; todas ellas pueden y deben intervenir, tanto en los pasos previos que deciden el orden del día, como en la elaboración de documentos que van a ser utilizados como punto de partida de la discusión y el debate; la participación definitiva se hace en la misma asamblea, en la que lo fundamental no es tanto tomar decisiones cuanto deliberar sobre problemas comunes e ir proponiendo acuerdos que gocen del máximo consenso, aunque las discrepancias no son un obstáculo, sino más bien algo que siempre debe estar presente. Sólo en algunos casos muy concretos en los que la opción por una u otra posición es imprescindible, las votaciones finales pueden entenderse en sentido estrictamente vinculante para todas las personas implicadas; en el resto de las situaciones deben ser entendidas más bien como expresión del nivel de consenso en un determinado punto, como marco de referencia para orientar la actuación posterior de todo el mundo. La fuerza de un colectivo se mide más por la flexibilidad y variedad de sus respuestas, comprendidas y asumidas por todo el mundo, que por la unanimidad absoluta en los acuerdos y en su cumplimiento.

El escollo más duro para el asambleísmo no se encuentra en la posible manipulación de las asambleas por algunas personas que controlan más información o controlan los mecanismos de funcionamiento y las dinámicas propias de esos acontecimientos. Ese problema es bastante real, pero más grave es el problema provocado por la escasa participación que con frecuencia se da; parece como si, a no ser que estén en juego intereses vitales, la gente se desentendiera de la dinámica cotidiana, practicando de ese modo una permanente delegación en sus “representantes” que, tarde o temprano, pueden terminar llevando demasiado lejos las funciones

de su “representación”. No existe ningún remedio eficaz contra esa dejación de responsabilidades, exceptuando la insistencia constante en la necesidad de colaborar, de hacerse cargo de la parte que a cada persona le corresponde, así como la limpieza en los procedimientos que deben guiar las asambleas y el interés de los temas que en ellas se proponen. En todo caso, y como intento abordar en otro lugar, no se puede olvidar nunca esa peculiar tendencia de los seres humanos a delegar su capacidad de decisión, a aceptar que otras personas decidan por ellas y a someterse voluntariamente a lo que ellas decidan.

Para contrarrestar al menos en parte esa tendencia a la delegación, un mecanismo fundamental en el modelo autogestionario es, precisamente, el rechazo de delegados y representantes. Dado que en la mayor parte de las actividades que se abordan en la intervención sindical y política hay que coordinarse con grupos cada vez más extensos, la elección de personas que hagan valer nuestras decisiones en otros órganos más amplios resulta imprescindible, del mismo modo que es necesario elegir órganos de gestión que se encarguen de llevar a la práctica las decisiones tomadas en asamblea, con un cierto margen de libertad para responder adecuadamente a las necesidades específicas planteadas por el contexto en el que hay que actuar. La autogestión se articula así en un complejo sistema de consejos que, partiendo de las asambleas de base, van coordinando la acción en ámbitos cada vez más extensos. El proceso es, sin duda, algo más lento, pero ello es debido a que importa tanto la meta a la que se quiere llegar como el camino que se elige para llegar a esa meta. Es más, en la medida en que elegimos un camino en el que todo el mundo está en condiciones de igualdad y libertad y practica la solidaridad, el propio camino forma parte de la meta. La autogestión, vinculada con una transformación en profundidad de las relaciones sociales, no puede hacerse deprisa, sino que avanza lentamente. La información y las decisiones circulan en todos los sentidos, de arriba abajo, de abajo arriba y horizontalmente. Si difunde y propaga con absoluta transparencia, sin ocultar nada a nadie ni debatir en pasillos ni en lugares apartados, fuera del conocimiento de todo el mundo, los temas que están en discusión; el secretismo pervierte irreversiblemente la autogestión introduciendo por la puerta falsa toda la retórica de quienes se consideran investidos de un destino

mesianico orientado a la salvación de quienes no saben lo que les conviene y, por eso mismo, deben permanecer ignorantes. El hecho de que el pilar de todo proceso autogestionario sea la base, y desde ella deban partir tanto los problemas que deben ser discutidos como las decisiones que deben ser tomadas, no significa en ningún caso que se elimine el resto del proceso de discusión y toma de decisiones, que se niegue a otros órganos superiores de coordinación la capacidad de proponer también nuevos temas, producto del contraste de la información procedente de diversos lugares, como vías de solución, que tienen en cuenta aspectos del problema que se escapan por necesidad a los niveles más de base de todo el sistema de organización.

Ahora bien, debemos insistir en que las asambleas eligen mandatarios, nunca representantes; es decir, la obligación de esas personas es llevar a los órganos superiores de coordinación los acuerdos tomados en la asamblea y defenderlos allí con los argumentos expuestos en su momento. Toda modificación que pueda producirse en el órgano de coordinación —nueva información, propuestas alternativas de decisión...—, tiene que ser presentada de nuevo a la asamblea para que allí se adopte la decisión final, que en todo caso no será nunca más que un momento en el largo e interminable proceso de discusiones y tomas de decisiones. Ser fieles a esa idea del “mandato” es imprescindible si queremos preservar el genuino carácter de la autogestión; pero también es imprescindible si queremos mantenerla viva y profundizarla: nada hay más negativo para un proceso asambleario que la comprobación de que las personas encargadas de defender la posición de la asamblea toman decisiones por su cuenta y a espaldas de quienes les han dado el mandato. Para reforzar aún más el sentido profundo del mandato y para evitar la reproducción de burocracias dirigentes, la autogestión propugna otro mecanismo básico: la rotación. Nadie debe permanecer mucho tiempo en un cargo de representación o coordinación, pues tenderá poco a poco a asumir un protagonismo que no le corresponde, privando a las personas que lo eligieron de la capacidad de seguir decidiendo.

La rotación es, por tanto, un mecanismo defensivo contra desviaciones vanguardistas o burocráticas, pero responde también a ideas muy sustantivas de la autogestión. El peso de todo el sistema recae sobre el colectivo, la asamblea, y nunca sobre sus

representantes; lo importante es que aquella funcione bien, pues entonces la figura del mandatario dejará de ser relevante. Como ya proponían los griegos, incluso sería bueno que el nombramiento de mandatarios se hiciera por sorteo, mostrando así a todo el mundo que, por encima de sugerentes cualidades personales que puedan indicar lo contrario, nadie está especialmente dotado para ejercer de mandatario, sobre todo si las asambleas funcionan bien. Cuantas más personas pasen por ese tipo de puestos, mejor para todo el mundo, pues se adquiere de ese modo un conocimiento más profundo de las complejidades de los procesos de organización social y se amplían los horizontes de los problemas que es necesario resolver. En el momento que un colectivo necesita de algunos líderes para seguir funcionando, es bastante posible que ese colectivo no merezca seguir funcionando. La autogestión, en definitiva, es posiblemente la única manera de tomarse la *demo-cracia* en serio: cuando el pueblo no quiere ejercer por sí mismo el poder, deja de tener ese poder y entra en la larga y oscura senda de la sumisión.

2 c. Independencia de cualquier alternativa política

Otro rasgo distintivo del sindicalismo revolucionario es su independencia respecto de cualquier partido político. Tal y como quedó definido en la Carta de Amiens en 1905, el asunto está claro: “Agrupa, fuera de toda escuela política, a todos los trabajadores conscientes de la lucha que hay que llevar a cabo para la desaparición del asalariado y del patronato. Nadie puede hacer uso de su título de confederado o de un cargo en la Confederación en un acto electoral político cualquiera”. Por descontado que esa formulación recogía la fuerte influencia libertaria en la configuración de esa alternativa sindical, pero respondía también a una larga experiencia del sindicalismo de clase distanciado de los partidos políticos, en especial de los partidos socialistas, que se proclamaban defensores de los intereses de la clase obrera. La referencia explícita a los actos electorales indica que la distancia se establece respecto de los partidos políticos cuya finalidad consiste en acceder al poder a través de procesos electorales. No hay en esta cláusula ningún tipo de apoliticismo o indiferencia respecto de la acción política, sino algo de más calado, si bien pueden distinguirse diferentes niveles en la comprensión de la propuesta formulada.

En una primera aproximación, la cuestión no ofrece muchas dudas. Se procura que las diferencias políticas no incidan negativamente en la acción sindical. Se trata, por tanto, de evitar un riesgo contrastado por la experiencia: las luchas políticas pueden desviar a los trabajadores de sus objetivos de emancipación, provocar enfrentamientos y divisiones que los alejen de la imprescindible unidad obrera. En la vida del sindicalismo revolucionario, esos enfrentamientos han seguido produciéndose, siempre con cierto riesgo de perjudicar la lucha sindical, y un buen ejemplo lo tenemos en las polémicas que afectaron a la CNT en España durante los años 20 a propósito de la presencia de los anarquistas en el sindicato. Hay una percepción negativa en este rechazo, pues se considera que ese tipo de enfrentamientos basados en opciones políticas terminan siendo un asunto entre minorías vanguardistas que pretenden en el fondo controlar los sindicatos y utilizarlos para fines políticos que son ajenos a los que el mismo sindicalismo se plantea. Llegado, por ejemplo, el momento de unas elecciones generales, cada grupo político presente en el sindicato intentará arrastrar a la afiliación hacia el voto a su opción política; y el mismo apoyo intentará conseguir en toda intervención política, más allá de las elecciones. Hay también un percepción positiva, la que se deriva de la confianza antes mencionada en la capacidad de la propia clase trabajadora para reflexionar sobre su situación de explotación y opresión y para proponer desde esa experiencia inmediata en el centro de trabajo las tácticas y estrategias adecuadas para su propia liberación. Al mismo tiempo se considera que es esa clase la que debe ejercer el máximo protagonismo en las tareas de transformación social. Es más, la unidad de la clase trabajadora se conseguirá siempre desde abajo, desde esa experiencia de explotación y de lucha solidaria para conseguir la emancipación definitiva del asalariado y el patronato.

Vistas en ese primer nivel, se puede entender perfectamente que se trata de una separación más bien táctica, en absoluto dogmática, y que no impide llegar a acuerdos concretos en momentos determinados para hacer avanzar la causa de los trabajadores. Un ejemplo muy concreto puede ser la probable participación masiva de la afiliación de la CNT en las elecciones del 36. Otros ejemplos se encuentran en la presencia en los sindicatos revolucionarios de una afiliación que procede de diferentes militancias políticas. El

problema central, por tanto, se sitúa en hacer imposible la manipulación e instrumentalización de los sindicatos por entes ajenos al mismo sindicalismo, por más que esos entes puedan proclamar una unidad de objetivos a largo plazo.

El asunto, sin embargo, no se limita a esta primera precaución y cuidado por la independencia. La justificación de esa ausencia de la política va un poco más lejos y se basa en la negativa a aceptar esa especie de división del trabajo que se había impuesto en otras opciones sindicales. Se rechaza frontalmente una concepción de la transformación o revolución social que se articula en un doble frente de intervención. Por un lado están los activistas políticos que se presentan en procesos electorales defendiendo programas progresistas, en la mejor tradición socialista o socialdemócrata; llegado el caso de un triunfo electoral, emprenderán reformas políticas encaminadas a mejorar las condiciones de vida de la clase obrera. Puede darse el caso —y la Revolución Rusa fue un ejemplo que tuvo un enorme atractivo para el sindicalismo en los años 20— de que en lugar de participar en elecciones se dediquen directamente a la toma del poder, desmontando de raíz el Estado burgués. En otro lado están los activistas sindicales, quienes deben limitar sus actuaciones al estrecho marco de las fábricas y las condiciones de trabajo en las mismas. Se da la doble militancia, y eso garantiza ya cierta coordinación; se establecen además específicos comités de coordinación más o menos estables entre el partido y el sindicato, que harán posible emprender acciones conjuntas o apoyarse mutuamente, cada uno desde su ámbito de intervención. En todo caso, el liderazgo siempre corresponde al partido pues es ahí donde se plantean las reivindicaciones más globales y desde donde en su momento se podrá realizar la auténtica revolución social. Por eso mismo, si bien se puede admitir la doble militancia dentro del sindicato, por aquello de que lo importante es sumar fuerzas en un proyecto común, se suele imponer una restricción estatutaria para que ninguna persona que ejerza un cargo de importancia en un partido político pueda ejercerlo al mismo tiempo dentro del sindicato. Admitirlo sería abrir la puerta a los problemas que acabo de mencionar.

Por tanto, no se sitúa el conflicto tanto en el hecho en sí de que exista división del trabajo, cuanto en modo muy concreto de entender esa división del trabajo. Son muchos los problemas que

afectan a la sociedad y muchos los lugares en los que es imprescindible abordar actuaciones encaminadas a modificar las diversas manifestaciones de la opresión y la explotación. Por eso mismo es imprescindible que existan grupos organizados para actuar en esos ámbitos bien distintos, requisito ineludible para conseguir una mayor eficacia. En ese sentido, y sólo en éste, parece positivo aceptar una cierta división del trabajo; algunas personas se centran en cuestiones ecológicas, con su problemática específica, mientras que otras dedican mayor atención a la lucha en favor de la liberación de las mujeres; y podríamos seguir mostrando ejemplos similares que van abarcando campos bien distintos de la vida humana. La coordinación de la actividad sindical con la que se ejerce en esos otros grupos es necesaria, pero no plantea el riesgo de esa división jerarquizada que sí se da cuando se trata de coordinar la actividad con partidos políticos que aspiran a ejercer el poder legislativo y el ejecutivo. Al final, el problema no es tanto que se divida el trabajo, sino que se pretenda hacerlo entre grupos que emplean medios diferentes para alcanzar objetivos también diferentes.

Al negar ese modelo de organización de las luchas sociales (políticas y económicas), el sindicalismo revolucionario da un paso adelante, tanto en su concepción de la política como del mismo sindicato. Expuesto con la mayor brevedad, esto significa en primer lugar que se tiene una visión más bien negativa de la política tal y como es entendida en el modelo de democracias parlamentarias. En éstas, la política parece quedar convertida en una actividad encaminada a la conquista del poder para desde allí controlar, bien para conservar bien para transformar, la sociedad en su conjunto. Es ésta, según el sindicalismo revolucionario, una visión insuficiente de la vida política, tras la que se esconde en definitiva una organización y gestión eficaces de los mecanismos de opresión de la mayor parte de la población en beneficio de la minoría que ocupa las posiciones claves en el sistema supuestamente democrático y supuestamente representativo. Los partidos políticos al uso, una vez aceptadas las reglas del juego de la democracia parlamentaria, actúan exclusivamente en aras de la conquista y preservación de poder que se ejerce desde el Parlamento y desde todas las posiciones y cargos del poder ejecutivo. Muy al contrario, desde el sindicalismo revolucionario se propone recuperar una concepción

global de la actuación política como aquella encaminada a resolver los problemas que afectan a una comunidad de seres humanos que comparten actividades de diverso tipo. No es la conquista del poder, sino más bien su abolición, el objetivo que se erige como prioritario, precisamente porque sólo aboliéndolo, o al menos haciendo muy difícil que se traduzca en prácticas opresoras, podremos avanzar hacia una sociedad realmente democrática, esto es una sociedad en la que las personas recuperen el protagonismo en sus propias vidas. De ese modo la política podrá pasar a convertirse en la gestión de las cosas, más que en el gobierno sobre las personas, y en la resolución de los conflictos que se plantean cuando distintos intereses y propuestas están en juego.

No es de extrañar, por tanto, que el colofón final de este apolitismo de base consista en proponer que el sindicato es algo más que un sindicato en el sentido habitual de la palabra. Es más, si bien la acción sindical en el sentido más restringido del término constituye el núcleo central del trabajo desempeñado en un sindicato revolucionario, éste debe ir bastante más lejos en su tarea asumiendo un papel activo en luchas y reivindicaciones que parecen quedar lejos de la acción sindical estrictamente dicha. La lucha contra la explotación y la opresión en los centros de trabajo, el interés de la clase trabajadora por su propia emancipación, son elementos nucleares de cualquier transformación social de verdadero calado, y por eso mismo ocupa un papel central y en torno de ella se articula la organización de quienes quieren cambiar todo el sistema social. Sin embargo, la lucha debe ir más allá de lo estrictamente económico y adquirir una orientación globalizadora que abarque todo aquello que tiene que ver con la convivencia de las personas en una sociedad. El sindicalismo de corte más corporativo se queda corto y puede ser incluso contraproducente al consolidar e incrementar la fragmentación social; el sindicalismo coordinado con partidos políticos reproduce esquemas de organización social que es necesario cambiar, pues corre el riesgo serio de consolidar modelos jerárquicos que posponen indefinidamente la esperada emancipación social. El sindicalismo revolucionario considera que en el interior mismo de la acción sindical y desde esa misma acción deben manifestarse las exigencias de una sociedad distinta en la que todas las relaciones sociales están basadas en la libertad, la igualdad y el apoyo mutuo. Sus planteamientos están

enriquecidos y fecundados por esas expectativas de un cambio total de la sociedad; puede haber actuaciones más centradas en problemas que es necesario resolver a corto plazo, que afectan a las condiciones de vida inmediata de las personas que están trabajando y que no se pueden posponer en ningún caso. No obstante, sólo tendrán sentido si se está siempre pendiente de que lo que pedimos ahora sea coherente con los objetivos más amplios y más a largo plazo de transformación radical de las relaciones sociales.

2 d. Integralidad y radicalidad

Lo que acabo de mencionar da paso a la última característica importante que define, tal y como aquí lo estoy planteando, el sindicalismo revolucionario: su dimensión integral, acompañada por la radicalidad de sus planteamientos. Por lo que hace referencia a la integralidad, su sentido general ya ha quedado bastante esbozado en el apartado anterior; estamos ante una organización que pretende ser obviamente un sindicato, pero también algo más que un sindicato, constituyéndose en polo de referencia e integración de todos los esfuerzos encaminados a convertir en realidad la esperanza de una sociedad nueva, en la que nadie viva a costa de nadie y en la que los seres humanos puedan llevar adelante sus propios proyectos de crecimiento personal en colaboración con quienes conviven con ellos. Gestionar el día a día de la vida laboral de las personas es necesario, y por eso hace falta dedicarse a cuestiones jurídicas, administrativas, salariales..., que afectan cotidianamente a todas las personas asalariadas. Con todo y con ello, eso no deja de ser un primer paso en un proceso de más alto vuelo; si nos quedamos tan sólo en eso, no pasaremos de ser una agencia de servicios más o menos eficaz. El trabajo no es algo secundario en la vida de los seres humanos, sino más bien algo capital en su propia realización personal y social, de ahí la importancia que tiene esta dimensión y el lugar preferente del que debe gozar en nuestros esfuerzos por modificar la sociedad. La condición de personas asalariadas es también uno de los rasgos que nos definen prioritariamente en esta sociedad, de ahí la necesidad de que conseguir una auténtica revolución en la forma de estructurar el sistema de producción, superando el sistema de asalariado, constituya una piedra angular de todo proyecto riguroso de transformación social.

La integralidad se traduce, en primer lugar, en el tipo de trabajo

que el sindicalismo revolucionario quiere desplegar entre la clase obrera. Hay un primer aspecto que ya he mencionado en los párrafos anteriores. Se trata del contenido de nuestras reivindicaciones en los centros de trabajo y del modo en el que planteamos esas reivindicaciones. Si de contenidos hablamos, quizás el principio general que puede servirnos de orientación es el conocido lema de “piensa globalmente, actúa localmente”; es decir, por muy concretas o locales que sean en un momento determinado nuestras exigencias, siempre debemos esforzarnos para que sean coherentes con el objetivo global de una transformación integral de la sociedad y contribuyan a avanzar hacia ese objetivo. Por lo que se refiere a lo segundo, los procedimientos, no creo que sea necesario extenderme mucho más en lo ya dicho a propósito de la acción directa y la autogestión, al menos por el momento. Sin necesidad de entrar en detalle, el objetivo es incorporar a las demandas que orientan nuestra acción sindical los objetivos y exigencias que reciben un tratamiento más específico en otros movimientos sociales, como pueden ser las reclamaciones del movimiento feminista o del ecologista, de los pacifistas y antimilitaristas o los objetivos planteados por la desaparición de las estructuras que configuran y mantienen las relaciones de opresión; prestamos igualmente atención a todo lo que suponga introducir las exigencias de la democracia participativa en las empresas, avanzando hacia un modelo autogestionario de producción económica. Esos planteamientos globales nos llevan también a conceder gran importancia a todo lo que pueda suponer acabar con las divisiones y jerarquizaciones existentes entre los trabajadores, buscando más bien condiciones de igualdad que rompan con los actuales esquemas de categorías profesionales separadas por diferencias salariales y funcionales en las empresas.

Supone todo esto la convicción de que en las relaciones de producción, en el sistema de asalariado imperante en el capitalismo, se generan estructuras de opresión y explotación que luego tienen su impacto en el resto de relaciones sociales, que quedan de ese modo sesgadas por lo que ocurre en el mundo laboral, como puede ser el caso, por poner un ejemplo, de la exaltación irracional de la competitividad, la eficacia y la productividad. Al mismo tiempo, en esas relaciones de producción se introducen manifestaciones de la opresión y explotación humanas que se gestan en otros ámbitos de la

vida de las personas. El machismo, la cultura patriarcal, el despilfarro consumista de productos y la falta de respeto a las condiciones ambientales, pasan desde la vida social a las relaciones estrictamente económicas y se manifiestan en discriminación flagrante de las mujeres, en desprecio absoluto del equilibrio ecológico que debe guiar la producción económica o en relaciones humanas humillantemente paternalistas. Se trata, por tanto, de incluir en nuestra lucha sindical, con toda la importancia que eso tiene, todo aquello que resulta alienante para las personas trabajadoras.

Esa integralidad en los planteamientos tiene una formulación negativa, es decir, jamás apoyaremos ninguna lucha que pueda reforzar la división entre la clase trabajadora, el mantenimiento y la profundización de estructuras laborales jerarquizadas o la perpetuación de los cuerpos armados y represivos cuya misión es garantizar por la fuerza que el desorden vigente no es alterado por quienes deseamos modificarlo. Desde un enfoque estrictamente gremialista del sindicalismo, o desde planteamientos que admiten esa doble tarea de coordinar la acción sindical con una intervención política para conquistar el poder, puede tener sentido defender las condiciones laborales de todo colectivo que perciba un salario por su trabajo, pero no es así desde la perspectiva del sindicalismo revolucionario. El ejército, la policía, los carceleros e incluso sustancialmente el creciente colectivo de vigilantes de seguridad son cuerpos cuya finalidad básica, su razón de ser en última instancia, es garantizar que el sistema tal y como está organizado siga funcionando. Es más, en una sociedad como la actual en la que las diferencias sociales y económicas se están agrandando y aumenta considerablemente el número de personas excluidas, la actuación de esos cuerpos armados y represivos está creciendo igualmente pergeñando un futuro más bien pesimista en el que la amenaza de caer en los agujeros negros de la exclusión social provocará sublevaciones más o menos violentas que sólo conducirán a un incremento de la represión militar, policial y carcelaria.

En segundo lugar, la integralidad debe manifestarse igualmente en el tipo de organización que articula el sindicalismo revolucionario. Existen, sin duda, sindicatos de industria, con sus secciones sindicales en los centros de trabajo, que permiten estar en contacto directo con los problemas de los trabajadores, y con sus federaciones de industria que buscan una coordinación global al nivel

de todo el Estado. La eficacia de esa forma organizativa plantea el problema del exceso de gremialismo y localismo en sus luchas; al final, centrados día a día en los problemas de su propio trabajo, terminan perdiendo de vista la visión global de los problemas y dejan de llevar a la práctica esa visión integral que es irrenunciable. Para contrapesar esa tendencia, es necesario potenciar estructuras organizativas más horizontales, que intenten coordinar la acción de sindicatos de diferentes sectores o industrias de una misma localidad, comunidad autónoma o de todo el Estado. Gracias a esa colaboración, que debe mantenerse durante todo el tiempo y no sólo en momentos de movilizaciones señaladas o conmemoraciones muy tradicionales, como las que se dan en el 1º de Mayo, los sindicatos, y las personas en ellos afiliadas, adquieren una comprensión más general y globalizada de los problemas, ven las cuestiones desde un punto de vista más amplio y perciben cómo las relaciones de opresión y explotación se dan en ámbitos distintos que, aun mostrando diferencias, presentan claros parecidos y se refuerzan mutuamente.

La horizontalidad no se limita a la existencia de federaciones locales, sino que pretende ir más allá. Adquieren una cierta importancia plataformas y secciones que, articuladas en torno de la acción social, procuran dar forma organizativa e intervenir en áreas de lucha social que exceden el marco estricto del trabajo. Pueden ser más o menos estables, como en algunas épocas han sido los comités en favor de los presos o las plataformas de desocupados, o pueden ser igualmente más coyunturales, como lo han sido recientemente las marchas contra la desocupación y la exclusión social. Todas ellas muestran el mismo interés de que el sindicalismo no se quede restringido a los problemas que afronta la clase obrera en sus centros de trabajo. La vida de las trabajadoras y los trabajadores va mucho más allá del trabajo que desempeñan, lo que nos obliga a entender esa misma clase obrera en un sentido más amplio de tal modo que puedan tener cabida en su organización muchos más aspectos que la están afectando en su vida cotidiana, como ciudadano en un barrio y una ciudad, como consumidor, como persona que debe gestionar su tiempo libre, es decir, como alguien cuya identidad se despliega en ámbitos distintos en los que también ejerce roles sociales distintos. Eso sí, todos ellos forman un

entramado complejo y flexible, pero también fuertemente trabado, por lo que sería iluso pretender introducir modificaciones sustanciales en uno solo de esos ámbitos dejando los demás tal y como están.

Eso nos lleva a algo ya mencionado brevemente, esto es, la conveniencia de llevar adelante diversidad de proyectos en los que, por una parte, se pueda incidir en esos ambientes distintos y algo distantes, y la tradición libertaria y anarcosindicalista ofrece innumerables ejemplos: mujeres libres, juventudes libertarias, ateneos libertarios, escuelas, radios libres, revistas y publicaciones diversas, cooperativas autogestionadas... Y proyectos en los que, por otra parte, se pueda ir ofreciendo ejemplos de cómo serían las relaciones sociales en una sociedad en la que hubieran desaparecido la explotación y la opresión, en las que el eje central fuera el apoyo mutuo. No se trata de que esas propuestas sean directamente creadas y coordinadas por el sindicato, pues eso podría terminar siendo perjudicial para todo el mundo, provocando una confusión de tareas que hiciera perder identidad, sentido de la innovación y capacidad de propuesta a todos esas empresas, asociaciones o entes diversos una vez en funcionamiento. Se trata más bien de mantener una estrecha relación de tal manera que se produzca un trasvase constante de ideas y sugerencias, de análisis y alternativas, y que llegado el caso se apoyaran mutuamente en las actividades que cada uno desarrolla. En algunos casos, la iniciativa para idear y llevar a cabo un proyecto en un ámbito específico puede partir del mismo sindicato, o de algunos afiliados al mismo; en otros casos, puede ser que sea el grupo que ha puesto en marcha el proyecto el que se acerque al sindicato para potenciar líneas de colaboración y apoyo mutuo. Es más, la coordinación y la colaboración debe llevarse adelante con grupos y entidades que no tengan ninguna relación estrecha con el sindicato, pero que compartan con él algunas ideas generales sobre la necesidad de una transformación completa y profunda de la sociedad y sobre el sentido y orientación que esa transformación debe tomar.*

* La edición española de este libro incluye un capítulo sobre anarquismo y sindicalismo en España, que publicaremos en un próximo libro de esta colección sobre la historia del anarcosindicalismo en Europa y América.

Sugerencias bibliográficas

FÉLIX GARCÍA MORIYÓN: *Pensamiento anarquista español: individuo y colectividad* (Madrid: Universidad Complutense, 1982). JUAN GÓMEZ CASAS, *Historia del anarcosindicalismo español* (Madrid: Zero, 1977) JOSÉ PEIRATS, *La C.N.T. en la revolución española* (París: Ruedo Ibérico, 1971). Para el momento actual proporciona una buena orientación el número 29/30 de la revista *Libre Pensamiento* (Madrid, 1999), que incluye varios artículos muy ilustrativos bajo el título genérico de “El sindicalismo revolucionario en Europa”. RAFAEL DÍAZ SALAZAR, *¿Todavía la clase obrera?* (Madrid: HOAC, 1990). SANDRO ANTONIAZZI, *Repensar el sindicalismo* (Madrid: HOAC, 1987). JOSÉ MARÍA OLAIZOLA Y CHEMA BERRO, *Sindicalismo y transformación social* (Madrid: Los libros de la Catarata, 1993). Desde la página web de la CGT, www.cgt.es se pueden ir indagando en la situación del sindicalismo revolucionario en estos momentos.

CAPÍTULO 4

LAS LUCHAS SOCIALES

1. Introducción

Más o menos todo el mundo puede admitir que en la época que va aproximadamente desde mediados del siglo XIX hasta mediados del siglo XX existen dos sujetos históricos que adquieren un protagonismo especial en la lucha por alcanzar una determinada configuración de los movimientos sociales: la clase obrera y la burguesía. Hasta poco antes, habían luchado codo a codo contra la monarquía que se sustentaba en la sociedad estamental, pero al poco tiempo sus intereses se mostraron contradictorios, pues la burguesía, y en especial quienes poseían la propiedad de los medios de producción, debían su posición social a la existencia de los trabajadores que les proporcionaban la plusvalía necesaria para mantenerse en el poder. La dureza del enfrentamiento tuvo como consecuencia que el conflicto se polarizara en el terreno económico, con el sindicalismo como portador de las reivindicaciones de la clase obrera. La lucha por la igualdad económica adquirió una hegemonía completa hasta el punto de que, como ya he mencionado en el capítulo anterior, otras reivindicaciones pasaron a segundo plano; en algunos casos, incluso se pasó por alto alguno de los ingredientes básicos de la lucha por una sociedad más democrática, o se consideraron en principio incompatibles, como ha ocurrido con el aparente enfrentamiento que se arrastra desde entonces entre igualdad y libertad o entre ésta y la fraternidad. Al mismo tiempo, otras luchas no recibieron el protagonismo que se merecían, como fue el caso del esfuerzo realizado por las sufragistas para conseguir la igualdad política y su plena condición de ciudadanas. Por último, en otras ocasiones se produjo una especie de falta de sintonización, es decir, importantes movimientos de renovación social, como el de la escuela progresista, no encajaban del todo, salvo algunas excepciones, con lo que se hacía en el movimiento sindical.

Al menos en Europa y Estados Unidos, este enfrentamiento pareció saldarse con un gran pacto social que supuso el

reconocimiento de una parte importante de las reivindicaciones de los trabajadores, abriendo un período histórico de crecimiento estable que algunos han denominado los *treinta gloriosos*. De ese modo se alcanzó una cierta madurez y estabilidad en un capitalismo menos salvaje, controlado por un Estado social de derecho. Sin embargo, la guerra fría provocó la sensación, sustancialmente equivocada, de que el enfrentamiento clásico entre clase obrera y burguesía capitalista se mantiene en toda su virulencia, pero algo estaba cambiando profundamente con la aparición de nuevos problemas y nuevos actores. Tres son los cambios que me parecen significativos, aunque son muchos otros los que podemos tener en cuenta. El primero es precisamente el hecho de que, a pesar de la retórica desplegada por ambos bandos de la guerra fría, poco había en su enfrentamiento de la clásica lucha entre la clase obrera y la burguesía capitalista y mucho había de aspiraciones al dominio y el control del planeta; el paso de los años y la caída del imperio soviético han permitido comprobar a quienes todavía tenían alguna duda que la Unión Soviética no era ni siquiera el país del socialismo realmente existente; el triunfo del otro bando y su dominio generalizado ha desvelado una nueva forma de capitalismo, tan opresor o más que el anterior a los *treinta gloriosos*, cuyos aspectos más llamativos son la exclusión social y el empobrecimiento generalizado de la mayoría de la población de la Tierra. El segundo es el amplio movimiento de liberación nacional que provocó el fin del modelo clásico del imperialismo y la aparición de numerosos estados que exigían tanto su propia soberanía como el reconocimiento de su propia manera de ver los acontecimientos propios y globales; aunque muchos consideran que el modelo del Estado nacional está obsoleto, nunca en la historia de la humanidad han existido tantos estados nacionales. El tercero es la aparición de potentes movimientos sociales que buscaban una nueva manera de actuar e incidir en la sociedad e intentaban responder a problemas nuevos surgidos en las sociedades del capitalismo avanzado. De todos esos movimientos, tres son los que adquieren un cierto protagonismo: el feminista, que quiere ir más allá del simple reconocimiento de la igualdad de voto en las democracias formales; el pacifista, que observa con preocupación creciente el peligro de un enfrentamiento militar de consecuencias devastadoras; y el ecologista, que denuncia con fuerza y movilizaciones directas la degradación del medio ambiente

provocada por un modelo social y económico que esquilma y aniquila los recursos del planeta, cerrando la posibilidad de una sociedad equilibrada. Sin llegar a constituir un movimiento bien definido, algo empapa a todos los anteriores y muestra una capacidad de convocatoria notable: el deseo de una sociedad más libre, abierta a las iniciativas de todas las personas, reacia a las jerarquías y edificada sobre la fraternidad y el apoyo mutuo.

Todo lo anterior nos señala una modificación en profundidad del ámbito en el que se debate y construyen las relaciones sociales en general. La acción más específicamente política, centrada quizás en exceso en la democracia representativa, y la acción sindical siguen desempeñando un papel importante que en ningún caso puede ser dejado de lado; es más, podemos suponer que mantienen un cierto papel de *primum inter pares*, la primera porque, en contra de quienes están reduciendo la política a la gestión técnica de los intereses económicos, está recuperando en estos momentos el carácter específico, diferenciado y primordial que en ningún caso debe perder, centrado en la gestión de los conflictos que plantean formas distintas de entender la convivencia comunitaria; la segunda, porque el trabajo asalariado, como ya he mencionado varias veces, se mantiene como pivote central de la construcción de la sociedad, y la extracción de plusvalías, o el incremento de la tasa de beneficio de las empresas sigue siendo un objetivo básico del bloque hegemónico que se alcanza gracias a la explotación de la clase trabajadora. Al mismo tiempo se mantiene una articulación estable y bien organizada que canaliza la intervención en ambos ámbitos. Los partidos políticos, aunque con indudables problemas, siguen siendo organizaciones poderosas que mantienen el juego de la representación social en las democracias parlamentarias; los sindicatos, también aquejados de muchas insuficiencias, siguen encuadrando y encauzando las aspiraciones de la clase trabajadora.

Los movimientos sociales muestran, por el contrario, unas características muy diferentes. De entre todos ellos, sólo el movimiento ecologista ha conseguido una estabilidad casi parecida a la que tienen partidos y sindicatos. Es decir, posee una estructura bien organizada, con personas dedicadas a tiempo completo y voluntarios a tiempo parcial; los más importantes poseen también sedes, aparato burocrático y fondos holgados para llevar adelante sus propuestas. En algún caso, además, han llegado a constituirse

en partidos políticos con cierta incidencia en la vida política específica de la democracia parlamentaria: presentación a elecciones y representación estable en los parlamentos. Esta evolución concreta de algunos grupos ecologistas no es más que una de las posibilidades que existen de actuación y de colaboración entre organizaciones que están presentes en ámbitos distintos, pero no es la única ni tiene por qué ser la más interesante. Hay algunos otros rasgos de estos movimientos que resultan, desde mi punto de vista, bastante más sugerentes. El primero es, precisamente, el haber roto con algunos de los principios básicos de la comprensión que se tiene de la acción política en las sociedades democráticas existentes. En todos ellos se desdibuja un poco la frontera entre lo público y lo privado y se hacen ver las conexiones existentes entre ambas esferas y las insuficiencias que se derivan de mantener planteamientos que establecen separaciones muy nítidas. Parten de la constatación de las carencias e insuficiencias que las personas padecen en sus vidas cotidianas, que son consecuencia en muchas ocasiones de las políticas oficiales de los gobiernos, pero no que no pueden ser adecuadamente asumidas por esos mismos gobiernos, o que sólo terminan siendo incluidas en las agendas políticas de los partidos tradicionales gracias precisamente a la presión ejercida por esos movimientos sociales. Ya se trate de la degradación del medio ambiente, del deterioro de los productos alimenticios que consumimos o del maltrato doméstico sufrido por las mujeres, las personas perciben la necesidad de una acción conjunta para conseguir que se modifiquen sustancialmente las relaciones sociales existentes que provocan y perpetúan un modo de vida empobrecido y empobrecedor.

Existe, en segundo lugar, una desconfianza profunda respecto de la capacidad de los partidos tradicionales para llevar a cabo los cambios pertinentes. Nada se puede esperar de parlamentos y ejecutivos cada vez más distanciados de las necesidades reales de las personas y cada vez más encerrados en sus propios procesos de supervivencia, con leyes y exigencias que no vienen determinadas ni por programas electorales ni por demandas de los ciudadanos a los que dicen representar. Los movimientos sociales consideran que sólo una acción directa protagonizada por las personas afectadas será capaz de introducir en las políticas vigentes los cambios necesarios que ayuden a satisfacer las necesidades sufridas por las

personas. La crítica se dirige igualmente a las burocracias de los grandes sindicatos tradicionales, igualmente condicionadas por las exigencias de su propia supervivencia, que no suelen coincidir con las exigencias de sus afiliados o de la clase obrera en su conjunto. Hay una sintonía profunda con algunos de los planteamientos del anarquismo clásico en esta desconfianza frente a poderosos aparatos institucionales que dejan de ser instrumentos orientados a la solución de los problemas y terminan convirtiéndose ellos mismos en parte del problema que hay que solucionar. Toda institucionalización y burocratización provoca un anquilosamiento en sus modos de funcionar que se traduce en un distanciamiento de los intereses reales de las personas y en una estructura generadora de relaciones de sumisión y dependencia. Es mejor recurrir a modelos organizativos más flexibles, con mucha menor carga burocrática y una presencia más activa de los sujetos implicados. Hay que recuperar el protagonismo de los ciudadanos o de eso que en estos momentos recibe tanta atención por parte de teóricos de la política y políticos profesionales, la sociedad civil. Todo lo que hace referencia a la vida en común de las personas es demasiado importante para dejarlo en manos de políticos profesionales.

Es cierto que esta desconfianza, superada por la llamada al protagonismo de las personas, provoca una tercera característica de los movimientos sociales, que los hace más vulnerables y en cierto sentido menos eficaces. Son más vulnerables porque carecen de una estructura estable que permita dar continuidad a sus luchas y reivindicaciones. En momentos muy concretos, cuando los problemas adquieren un calado social importante y son percibidos como seriamente amenazadores por las personas, es posible asistir a grandes movilizaciones, manifestaciones multitudinarias y a actuaciones muy duras contra el sistema; desgraciadamente, no es infrecuente que esas oleadas de acción directa terminen desapareciendo casi a la misma velocidad a la que aparecieron. Pasados esos momentos, y debido entre otras cosas a esa endeble infraestructura y mínima burocracia, quedan en un cierto letargo a la espera de otro momento en el que coincidan circunstancias favorables. La actuación puede centrarse en un problema concreto o en otros de más amplio alcance, del mismo modo que pueden desarrollarse en un área geográfica delimitada o extenderse por zonas más amplias, incluso a nivel mundial; su duración no está previamente determinada, pero

pueden mantenerse durante semanas o meses. Los partidos políticos suelen ofrecer medidas para atender las demandas planteadas, pero una vez que se produce la desmovilización, a la falta de instrumentos estables de presión, es fácil que se olviden de las ofertas realizadas y las cosas sigan como antes. En ese sentido, es fácil criticarlos de ineficacia, aunque esta acusación debe ser matizada. Sus aportaciones a la transformación de la percepción que la gente tiene de la realidad social que los rodea son importantes, rompiendo el discurso dominante y resquebrajando uno de los mecanismos básicos de sometimiento y control de la población, el ideológico; también es importante su contribución a la formación de valores alternativos, en general centrados en la prioridad del apoyo mutuo y la solidaridad. Y posiblemente son insustituibles en la formación de una conciencia cívica que provoca la necesidad de participar y recuperar cierto protagonismo. En otras ocasiones, sobre todo cuando plantean objetivos muy específicos, pueden llegar a ser eficaces en sentido estricto, es decir, pueden conseguir que se lleve a cabo lo que proponen.

Una cuarta característica de los movimientos sociales es su carácter interclasista, esto es, no se parecen, como ya vengo diciendo, a las luchas anteriores centradas en el enfrentamiento entre clases sociales. De forma especial cuando aparecen en los años sesenta, los movimientos sociales se aglutinan en torno de reivindicaciones más relacionadas con la calidad de vida, aunque en algunos casos, como el ecologismo, se plantea en términos de estricta supervivencia de la especie humana. Las personas que engrosan estos movimientos proceden sobre todo de algo difuso como podría ser la clase media que, una vez cubiertas con cierta holgura las necesidades fundamentales, exigen algo más y consideran que la sociedad vigente está muy lejos de cumplir las posibilidades de bienestar que el desarrollo tecnológico ha facilitado o que es el mismo desarrollo tecnológico, sesgado por las relaciones sociales vigentes, el que está amenazando claramente el bienestar humano. En todo caso, el concepto de clase media no deja de ser algo borroso, por lo que no es sencillo precisar cuál es la procedencia de quienes protagonizan esos movimientos o participan en ellos. El espectro puede llegar a ser muy amplio dependiendo muchas veces del tema que se plantea, y algunos movimientos, como el ecologista o algunos de los que actúan en áreas agrícolas

de países empobrecidos, incluyen en sus filas sectores muy diferentes o pertenecientes a clases muy desfavorecidas. Esta variada composición de quienes sustentan los movimientos sociales favorece, en principio, el desarrollo de una concepción más amplia y globalizada del sujeto histórico o de los agentes sociales, pero al mismo tiempo puede favorecer una cierta fragmentación de las luchas en la medida en que centran su atención en problemas muy concretos y en ocasiones carecen de una visión global de la sociedad y de los procesos históricos.

Esto último me permite abordar un aspecto complejo de los movimientos sociales. Compartiendo formas similares de ver los problemas de la actuación en la sociedad y buscando una revitalización de la sociedad civil que se siente traicionada o manipulada por los poderes políticos y económicos, se dan profundas divergencias entre todos ellos de tal modo que, si recurrimos a categorías clásicas del pensamiento político, algunos de esos movimientos son claramente reaccionarios mientras que otros son muy progresistas. Los diversos movimientos fundamentalistas que tienen bastante pujanza en el mundo actual, sean islámicos en parte del mundo árabe, cristianos en Estados Unidos o nacionalistas en diferentes partes del mundo suponen una defensa conservadora y reaccionaria ante los cambios que se están produciendo en el mundo, intentando con sus actuaciones anular algunas de las conquistas del siglo XX, como la incipiente igualdad de las mujeres, o aferrarse a identidades étnicas excluyentes para hacer frente a procesos de mundialización y emigración generalizados. Otros son tan locales en sus luchas que pierden todo sentido de la globalidad y pueden, de conseguir lo que buscan, provocar retrocesos en otras partes del mundo o empeorar las condiciones de existencia, como ocurre con algunas de las reivindicaciones ecologistas o del sindicalismo corporativo de los países altamente desarrollados. También puede darse el caso de que sean movimientos sociales que se definen por su resistencia frente a los cambios que consideran nocivos, pero que carecen de una propuesta alternativa, más allá de la estéril apelación a valores tradicionales claramente obsoletos. Y esto por no entrar ya en otros movimientos, tipo las innumerables sectas que florecen en el mundo actual, que siguen, como en otras épocas de la humanidad, proporcionando refugio y señas de identidad a miles o millones de personas que se sienten claramente perdidas en el mundo actual.

En muchos casos, además, toda la lógica profunda de los movimientos sociales puede estar siendo cómplice del proceso intencionado de desmantelamiento de los avances conseguidos en los pactos sociales de los años ochenta. Hay un deseo de reivindicar la capacidad de la sociedad civil para gestionar sus propios asuntos, prescindiendo de pesadas burocracias estatales controladas y dirigidas por expertos ilustrados que se consideran capacitados para decidir qué es lo que la gente necesita y cuáles son los caminos más adecuados para alcanzar esas metas. Sectores neoliberales no dejan de ver con buenos ojos ese protagonismo reclamado por los movimientos sociales, pues de ese modo pueden recortar gastos sociales y reducir el aparato estatal al control policial y militar de la disidencia o de los brotes de violencia provocados por las catastróficas consecuencias sociales que en muchos casos están teniendo las políticas neoliberales. No es posible, por tanto, realizar una lectura rápida y simplificada de tantas y tan variadas luchas que pueden obedecer a motivaciones muy diversas y plantearse objetivos radicalmente diferentes. Nada de meterlos a todos en el mismo bolsa, lo que provocaría confusión, y nada de adoptar una posición positiva ante todos ellos, ni siquiera ante los que, en un principio, pueden parecer más sugerentes. La complejidad de los problemas actuales y de las estrategias necesarias para hacerles frente nos debe llevar más bien a contribuir teórica y prácticamente a que todos esos movimientos se perfilen como propuestas alternativas, cada una dotada de su propia identidad y especificidad, de avance hacia una sociedad distinta y mejor.

Lo que debe quedarnos también claro es que estos movimientos sociales nos recuerdan que el cambio social carece de un centro de gravedad en torno del cual deben girar todas las actividades y esfuerzos emancipatorios. No se trata, como dicen algunos pensadores importantes de la actualidad, de que se haya perdido la posibilidad de contar con grandes relatos que describan y propongan una meta a la humanidad, protagonizados por un sujeto histórico bien definido, como pudo ser la burguesía o la clase obrera. En cierto sentido sigue existiendo ese gran relato que viene definido por la aspiración de la humanidad a una vida sin opresión ni explotación, sin miseria ni sufrimiento, pero lo que se ha reconocido es que el camino que puede llevarnos hacia esa meta es mucho más complejo y enrevesado. No bastaría con cambiar

las relaciones económicas, como tampoco bastaría con la toma o transformación del poder político; para avanzar hacia esa sociedad nueva hay que atender muchas más dimensiones y aspectos de la vida humana que abarcan las relaciones sociales, la culturales, las relaciones interpersonales, las formas de vida y convivencia, e incluso las relaciones con el medio ambiente que nos rodea, con la Tierra como un todo y con sus recursos de todo tipo. Al igual que la identidad personal de todo sujeto humano se fragmenta, por así decirlo, en muchos y variados roles sociales que tenemos que desempeñar a lo largo de nuestra existencia, la transformación y revolución de la sociedad actual se debe proyectar en muchos y variados ámbitos, todos diferentes, con dinámicas y ritmos específicos, pero todos relacionados, aunque en algunos casos de manera más bien remota. Al igual que la identidad personal de los seres humanos es algo que se va desplegando, descubriendo e inventando, a lo largo de un ciclo vital, con sus momentos de equilibrio y crecimiento y sus estancamientos y retrocesos, la transformación y revolución de la sociedad es un largo proceso plagado de búsquedas y tanteos, de hallazgos que hacen posible épocas de estabilidad y bienestar casi generalizados, y de fracasos que provocan la penuria y la desdicha de millones de personas. Los movimientos sociales tendrían el mérito de plantear tanto la riqueza como la variedad y complejidad de la construcción de una sociedad reconciliada consigo misma.

Los movimientos sociales, por tanto, enriquecen la acción política, la multiplican y potencian. Nos recuerdan que son muchas las tareas que debemos abordar, que son bien dispares los lugares en los que está en juego nuestra felicidad personal y la de quienes con nosotros conviven. De poco sirve, por ejemplo, vivir en una sociedad de la abundancia si he terminado en el agujero negro de la exclusión social, como tampoco ayuda gran cosa el que disminuya la explotación en el centro de trabajo si eso se construye a partir del deterioro desmedido del medio ambiente. Apelan también a nuestra conciencia cívica, pues nos hacen ver que no podemos eludir nuestra propia responsabilidad y que ya va siendo hora de que todas las personas asumamos nuestra parte en la gestión de los asuntos que nos conciernen, teniendo bien presente que éstos son muchos más de los que nuestra pereza o desidia nos permiten reconocer en un primer momento; retoman así un

dicho clásico: nada humano debe ser ajeno, pues en el destino de cualquier ser humano está también en juego el nuestro propio. Nos hacen ver la densidad y complejidad de nuestra propia vida, configurada por una tupida red de relaciones sociales y dimensiones personales, que no siempre encuentran el equilibrio adecuado y que a veces nos plantean exigencias diferentes, cargadas incluso de cierta contradicción. Desde luego hay en esos movimientos una fuerte dosis de recuperación del coraje cívico que resulta imprescindible para mantener una protesta eficaz contra un sistema social cargado de tensiones y miserias. Ése es el sentido optimista que provocan el conocimiento de lo que desde ellos se sigue haciendo y del impacto que están teniendo en la sociedad.

No obstante, también plantean dificultades de discernimiento y de coordinación, como ya he comentado. Aquí, como en todas partes, no es oro todo lo que reluce y resulta imprescindible realizar un análisis riguroso de todos y cada uno de dichos movimientos para distinguir los que no son más que puro oportunismo, dejación de responsabilidades del estado de bienestar o vuelta a pasados bastante peores que los presentes. Esta parte no es, sin embargo, demasiado difícil siempre que dediquemos un poco de atención a sus propuestas y su modo de funcionamiento. En este sentido es positivo que existan dentro de cada campo de acción diversas propuestas, con matices distintos en su enfoque de los problemas y de las tácticas adecuadas, y no debemos obsesionarnos con la elaboración de una propuesta unificada. Admitida esa pluralidad, podemos descartar aquellas plataformas o movimientos en los que se pretenda volver a etapas anteriores para recuperar los privilegios de sectores específicos de la población; debemos igualmente descartar los que no se articulan en modelos autogestionarios de funcionamiento, con un elevado protagonismo participativo de todas las personas implicadas, o de aquellas a las que la actividad va dirigida; como tercer criterio básico, debemos distanciarnos de quienes no intentan construir relaciones sociales basadas en el apoyo mutuo y la solidaridad, en la igualdad y libertad de todas las personas.

Más compleja resulta la coordinación entre todos ellos para poder elaborar estrategias que sean globales y eficaces. La fragmentación y dispersión de esfuerzos es un riesgo evidente, potenciado además, como ya he dicho, por el objetivo que casi todas

comparten de no convertirse en organizaciones muy amplias pues eso terminaría dificultando la participación y la transparencia en el proceso de discusión y toma de decisiones, así como favoreciendo el crecimiento de la burocracia y la jerarquización. No es, desde luego, un tema que se pueda zanjar con facilidad y requerirá de que se vayan llevando adelante experiencias prácticas que muestren cuáles son los modos de coordinación más eficaces. Podemos, eso sí, tener en cuenta algunos criterios que orienten el proceso. El primero de ellos es la necesidad de admitir la pluralidad de ámbitos como un elemento positivo, renunciando a que ningún grupo, movimiento u organización pretenda erigirse en elemento dominante u orientador general de todo el proceso. No hay, como vengo repitiendo, ni centro ni jerarquización posible, por más que podamos admitir que algunos ámbitos gozan de cierta posición básica que los convierte en especialmente importantes. Hay que luchar en muchos frentes, cada uno con su propia dinámica y su lógica interna, y es prácticamente imposible estar presente directamente en todos ellos, por lo que la autonomía de cada uno se impone como un hecho poco discutible.

Un segundo criterio consiste en mantener una coordinación flexible y variable, es decir, ser muy sensibles a los problemas que va planteando la evolución social para centrar la atención más en unos temas que en otros, lo que permitiría que el primer plano de la acción lo adquirieran, según las circunstancias, organizaciones o movimientos diferentes. Sería necesario además, en tercer lugar, mantener contactos constantes y relaciones estables, incluyendo comisiones de coordinación permanentes. Sólo se alcanzará una coordinación eficaz a medio y largo plazo, capaz de incrementar la capacidad de movilización y convocatoria, en la medida en que la gente se sienta participe de un proyecto de resistencia común y pueda encontrar una identidad compartida a medida que se comparte también una biografía. Esos contactos pueden ser más eficaces en la medida en que incluyen la presencia de personas en más de un movimiento u organización, aunque con niveles diferentes de implicación en ambos. El cuarto y, por el momento, último criterio que considero importante, es el esfuerzo por ir más allá de la mera resistencia y elaborar proyectos globales alternativos que muestren la capacidad real de superar el pensamiento único dominante y la vinculación de toda lucha local

con una alternativa integral. No sólo estamos profundamente insatisfechos con el injusto modelo imperante, sino que alienta en nosotros la esperanza de un mundo totalmente distinto, que podemos intuir ya en nuestras prácticas cotidianas y al que esperamos ir acercándonos poco a poco gracias al esfuerzo colectivo.

Lo que viene a continuación es una aproximación muy general a nueve de esos centros en los que se perciben en la actualidad indicios más sugerentes de movimientos de resistencia y deseos de cambio, con planteamientos y proyectos innovadores. Son la prueba fehaciente de que el pensamiento único no deja de ser una maniobra propagandista que no resiste un análisis minucioso, sin que eso signifique en ningún caso despreciar o minusvalorar el alcance del problema al que tenemos que hacer frente. El bloque dominante ejerce una presión asfixiante y no resulta en absoluto sencillo oponerse a él mostrando alternativas sólidas. No obstante, la nave cargada de propuestas de una sociedad más solidaria, libre e igual, sigue su rumbo y siempre hay gente dispuesta a subirse a bordo y arrimar el hombro para conseguir que avance y mantenga bien alto la bandera de la utopía. No están posiblemente todos los que son, pero sí creo que es un abanico muy representativo de lo más sólido que se hace aquí y ahora. Quizá sólo eche en falta un espacio dedicado especialmente a los grupos empeñados en que los Derechos Humanos arraiguen en las sociedades actuales y se conviertan en principios orientadores de la vida social en general.

2. Democracia directa y la participación

El hecho de vivir en una sociedad en la que ciertos modelos de organización han llegado a convertirse en prácticas habituales puede provocar en las personas la equivocada percepción de que esos modelos forman parte de la naturaleza de las cosas. A veces bastan incluso unos pocos años, unos veinticinco como en el caso de la democracia española, para que, aunque conozcamos la historia, tendamos a pensar que nuestra organización social y política ha estado siempre así y basta con el puro hecho de haber nacido en España y poseer la nacionalidad española para gozar de todos los derechos reconocidos en una democracia. Las instituciones sociales nos resultan algo familiar y natural: simplemente están ahí y funcionan con la misma naturalidad con la que las manzanas están en las ramas del árbol y terminan cayendo al

suelo cuando maduran. Ya en el caso de las manzanas esta forma de pensar es errónea, pues olvida que hay un largo proceso evolutivo que ha hecho posible que en un determinado momento arraigue como especie vegetal viable ese manzano que he puesto de ejemplo y olvida también que en un futuro, probablemente lejano de no mediar factores externos, sufrirá notables modificaciones e incluso podrá acabar desapareciendo. Las cosas no son entidades fijas y estables, sino resultados de un proceso complejo durante el cual van experimentando modificaciones más o menos profundas; para entenderlas, es imprescindible ser conscientes de ese proceso dinámico, así como entender las relaciones que cada una guarda con todo aquello que la rodea.

En el caso de las instituciones sociales la cuestión es, si cabe, más clara todavía. Por las propias características de los seres humanos, poco hay de fijo y estable en las instituciones y los procedimientos que los mismos seres humanos establecemos para organizar nuestra vida en común. Somos, sin duda, animales sociales cuya supervivencia material depende de la capacidad que tenemos de organizarnos, compartiendo y repartiendo todas las tareas necesarias y regulando las relaciones, con frecuencia conflictivas y siempre complejas, que tenemos que establecer entre nosotros. Sin embargo, más allá de esta exigencia fundamental de colaboración y cooperación, poco más —más bien casi nada— puede asemejarse a un rasgo constitutivo de los seres humanos que los llevara a actuar de manera sustancialmente estable, como les ocurre a otros animales sociales. La manera específica de instituir las estructuras y procedimientos para regular la vida social está abierta a la inventiva, originalidad y capacidad de decisión de los mismos seres humanos, quienes, en todo caso, sólo se verán obligados a tener en cuenta las condiciones externas en las que se desarrolla su propia sociedad y los problemas a los que tiene que hacer frente. Basta con hacer un repaso rápido por la historia de los seres humanos en los últimos 30.000 años para percatarse de inmediato de la variabilidad de las formas organizativas, en concreto, las formas políticas, que han surgido, se han mantenido y han terminado por desaparecer. Es más, si nos fijamos en la situación actual, la impresión que sacamos es aproximadamente similar: muy distintas son las instituciones de los más de 180 estados reconocidos por la comunidad internacional, de los que sólo alrededor de 65 cumplían

con los requisitos fundamentales de lo que podemos considerar una democracia. Más aún, conviene no olvidar tampoco que esa misma entidad política llamada “estados nacionales”, con fronteras bien definidas y soberanía (más o menos limitada), no deja de ser un invento reciente de la humanidad que puede remontarse a unos 500 años, con antecedentes parciales aparecidos hace unos 3.000 años. Muchas han sido las sociedades sin Estado y nada impide pensar que en un futuro pueda resultar absolutamente obsoleto algo similar a un Estado tal y como hoy lo entendemos. Una de las intuiciones básicas del anarquismo desde el pasado siglo ha sido justamente la de considerar el Estado como algo negativo para los seres humanos, quienes deberán buscar otras formas de organización si quieren resolver los problemas generados por la opresión que los estados generan.

2 a. La institución de la democracia

Admitir esta variabilidad de instituciones sociales no significa atribuirles a todas el mismo valor, si bien los criterios que podamos establecer para decidir cuáles de ellas son mejores son también criterios frágiles que pueden ser modificados a lo largo del tiempo. En estos momentos, parecen gozar de aceptación, cuando menos retórica, los criterios que inauguran la modernidad. Según ésta serán mejores aquellas sociedades que: garanticen un mejor nivel de vida para todo el mundo (en el que se incluyen no sólo bienes materiales); incluyan a todas las personas como ciudadanos de pleno derecho cuya participación en la vida política es necesaria y deseable; respeten unos derechos fundamentales; logren la adhesión de las personas a las instituciones sociales y políticas sin recurrir a mecanismos de coacción y fuerza; y establezcan mecanismos adecuados para evitar la acumulación y concentración de poder en unos pocos. Es decir, en estos momentos, los criterios para evaluar las instituciones políticas son los que definen a las democracias que pueden reducirse básicamente a los que presidieron las dos grandes revoluciones ilustradas, la americana y la francesa: libertad, igualdad y fraternidad. Lo que debe quedar claro es que este modelo de sociedades democráticas no es algo natural, sino el resultado de un esfuerzo deliberado de determinados grupos sociales que en un momento dado de la historia consideran que no es posible apelar a ninguna fundamentación

externa (el orden divino, por ejemplo) de la vida política y que es responsabilidad de los seres humanos, libres, autónomos y solidarios, el dotarse de las instituciones más adecuadas para la consecución de los objetivos propios de una vida en sociedad. Tener claro esta idea desde el principio me parece decisivo. No siempre se ha aspirado a construir sociedades democráticas y nada garantiza que esa aspiración vaya a durar para siempre.

Como acabo de decir, la democracia da por supuesto que somos personas autónomas y libres, capaces de embarcarnos en proyectos comunes apelando exclusivamente al diálogo racional para solventar los problemas que pueda plantear nuestra convivencia. No obstante, las personas autónomas, libres y solidarias son al mismo tiempo el resultado de sociedades democráticas, pues difícilmente pueden arraigar plenamente en sociedades autoritarias y menos todavía en sociedades totalitarias. Nos encontramos, por tanto, ante una cierta paradoja pues aquello sin lo cual es imposible avanzar hacia una sociedad democrática es también el resultado de que nos encontremos en una sociedad democrática. Éstas parecen estar, por tanto, algo en un permanente proceso de autoinstitución en el que el punto de partida se encuentra también al final del proceso, si bien logrando un mayor y mejor nivel de desarrollo. Esto es, un proceso de democratización se inicia cuando un grupo suficiente de personas decide exigir participar en condiciones de igualdad en la organización de la vida política y considera además que el resto de la sociedad debe implicarse en el proceso ejerciendo su libertad y autonomía; al mismo tiempo, conforme se avanza en el proceso de democratización las personas van consiguiendo un grado de autonomía, libertad y apoyo mutuo superior al que tenían cuando se embarcaron en esta apuesta democrática. De aquí se sigue que no resulta nada sencillo prever el momento final del proceso democrático, pues éste es más bien un proceso permanente de institución sin un punto final en el que se alcance la meta de una sociedad plenamente democrática, totalmente reconciliada consigo misma e íntegramente respetuosa de la heterogeneidad de los sujetos que la configuran. Es más, lo verdaderamente sensato es situar la democracia más en el propio camino o proceso de su institución que en ninguna meta final; la democracia es algo que se hace, no que se tiene o en lo que se está. Es la acción social de las personas la que dota de vida y sentido a las democracias, pues ésta

consiste precisamente en la implicación de todas ellas en el esfuerzo por dotar de sentido a su vida en común. En el mismo momento en que una sociedad considere que ha llegado por fin a ser democrática, está iniciando una transformación antidemocrática.

De todos modos, estas características básicas de las sociedades democráticas son las que le confieren igualmente cierta superioridad frente a otros modelos de organización política y las que pueden explicar que a lo largo de la historia de la humanidad jamás haya desaparecido la aspiración a lograr un respeto creciente de todas las personas que conviven en una sociedad, a implicar a todo el mundo en la deliberación y toma de decisiones y a basar la convivencia en el apoyo mutuo, como procedimiento potente para hacer frente a los problemas de la manera más eficaz. Es su misma fragilidad la que les confiere una mayor flexibilidad para adaptarse con facilidad a los cambios que se van produciendo, provocando ellas mismas la innovadora experimentación social que permite indagar nuevas posibilidades y respuestas creativas. Al mismo tiempo, la apelación a la implicación de todas las personas en la elaboración de la agenda en la que se incluyen aquellos temas que requieren atención por parte de la comunidad, en la discusión abierta sobre esos temas y en la toma de las decisiones cuando ésta sea necesaria, constituye también una movilización de enormes recursos humanos, con la consiguiente riqueza de aportaciones: como dice el viejo refrán, cuatro ojos ven más que dos y resulta absurdo despilfarrar la contribución de los mismos interesados sobre todo cuando los problemas que deben ser resueltos son complejos. Sin duda alguna, las decisiones tomadas pueden ser equivocadas, pero el mismo proceso abierto de deliberación actúa como vigorosa retroalimentación que hace posible la revisión de lo que se hace y la rectificación de los errores cometidos, una vez que se comprueba que los resultados obtenidos han sido negativos.

Embarcarse en la construcción solidaria de sociedades democráticas es una apelación a la imaginación y a la libertad, es romper con seguridades ficticias y aceptar algo constitutivamente humano: la exigencia de hacerse cargo de la propia vida y encargarse de tomar las medidas adecuadas para que esa vida llegue a su plenitud. Por eso mismo implica correr y aceptar riesgos, algo que no siempre resulta sencillo y de ahí el miedo a la libertad o la facilidad con la que en muchos casos los seres humanos están dispues-

tos a hacer dejación de su propia libertad, sometiéndose a una paradójica servidumbre voluntaria. Participar es, sin duda, gratificante, como lo es ser libre, pero exige esfuerzo y dedicación y no siempre está la gente dispuesta a hacerlo. Sólo si las condiciones impuestas son muy duras, es fácil que se dé la adecuada reacción exigiendo los propios derechos; de no llegar a ese punto, es posible que la gente tienda a aceptar que otras personas tomen decisiones por ellas. Igualmente arduo resulta para los seres humanos aceptar que no existe ningún fundamento trascendente de la democracia, que no podemos apelar a tradiciones inmutables o a ordenamientos divinos; eso puede provocar una cierta sensación de vacío que a veces se encubre recurriendo a festividades sacralizadoras de textos tan perecederos como las constituciones, como si —parodiando en versión secularizada las tablas mosaicas de la ley— quisiéramos mostrar nuestra deuda y agradecimiento con los padres de la patria que nos dotaron de las leyes que nos permiten ser ciudadanos de una democracia. Al festejar la constitución tendemos más bien a denigrarla pues olvidamos que es un resultado temporal elaborado por seres humanos que supieron en un momento urdir unas normas de convivencia que intentaban plasmar las aspiraciones democráticas. Las constituciones nunca son textos sagrados intocables; son el resultado en un momento concreto de la historia de la confluencia de intereses muy diversos que llegan a ponerse de acuerdo en unas reglas del juego básicas.

2 b. Avances democráticos

De eso se trata, por tanto; se trata de reconocer que los pasos que hemos dado en los últimos dos siglos en la dirección de sociedades democráticas han sido pasos dados con esfuerzo y sudor, y en muchos casos con sangre, por quienes no se resignaban a la ignominiosa tarea de obedecer a unas elites privilegiadas. Aunque podemos seguir sus huellas hasta la Grecia clásica y rastrear instituciones similares, pero distintas, en otras épocas y otras culturas, la democracia en un sentido más completo tiene una corta existencia. El sufragio universal, un requisito básico de las sociedades democráticas, ha ido obteniéndose en algunos estados en sucesivos momentos del siglo XX; en algunos países apenas tiene cincuenta años de existencia y en otros todavía no está reconocido. Y el sufragio no agota ni mucho menos lo que caracteriza una

democracia, pues puede darse también en sociedades no democráticas. Si nos centramos por el momento en el sufragio universal, el camino que todavía queda por recorrer se muestra con toda claridad cuando empezamos a reflexionar sobre los requisitos mínimos que son necesarios para que éste no sea una pura farsa electoral. Más claras son las limitaciones de lo ya conseguido cuando observamos que otras muchas instituciones sociales, como las económicas o familiares, se resisten a organizarse de acuerdo con criterios democráticos. El ideal democrático es algo que todavía permanece a flor de piel y que puede desvanecerse a poco que las circunstancias vuelvan a ponerse muy difíciles, como ya ocurrió en los años 20 y 30 en algunos países.

Dejando a un lado vacíos triunfalismos que apuestan por un fin de la historia, tantas veces proclamado como desmentido, apenas comenzamos un camino en el que es mucho lo que queda por hacer y en el que sigue presente el riesgo de retrocesos involucionistas. Debemos ser conscientes de que grupos de presión situados en posiciones de control en la toma de decisiones se muestran preocupados no por ese camino que nos queda por recorrer en la consolidación de sociedades democráticas, sino por el pequeño camino que ya hemos recorrido; para ellos hay un exceso, no un defecto de democracia. Es más, consideran que la intervención de todos los ciudadanos reclamando el respeto a sus derechos fundamentales, incluidos los sociales, económicos y culturales, ha convertido las sociedades democráticas en entes ingobernables. Como casi siempre en la historia de la humanidad, el enfrentamiento entre concepciones diferentes de la vida social está presente y, afortunadamente, muchos son los actores sociales que hoy como ayer se mantienen activos en diversos frentes para conseguir mayores cotas de democratización.

Todos estos frentes abiertos tienen que ver con características intrínsecas de la democracia. Ya he dicho que pueden darse diferencias marcadas entre las distintas maneras de configurar las instituciones democráticas, pero todas ellas deben cumplir unos requisitos mínimos, si bien debemos ser conscientes de que al hablar de mínimos estoy hablando de exigencias imprescindibles y muy fuertes que demandan de todas las personas una implicación máxima. Pensemos, por ejemplo, en algo tan elemental como la igualdad ante la ley. Nadie puede poner en duda en que es lo

menos que se puede pedir en una sociedad que se llama a sí misma democrática. No obstante, cuando analizamos todo lo que implica en la práctica cotidiana esta igualdad, podremos descubrir cuán lejos estamos de alcanzarla en casi todas las sociedades y en qué medida garantizar esa igualdad exige de todas las personas un esfuerzo permanente para cumplirla y hacerla cumplir. Una medida tan sujeta a polémicas como la discriminación positiva no deja de ser una evidencia de toda la complejidad que subyace a esos mínimos a los que de ningún modo podemos renunciar. Quienes apuestan por ese tipo de discriminación consideran que es el único camino para ir avanzando hacia la igualdad ante la ley que se postula como irrenunciable. Podemos considerarlos, por tanto, mínimos básicos, pero no podemos olvidar que exigen un máximo de coraje o de virtud (que, en definitiva, sigue siendo coraje) cívicos.

En su sentido más genuino, la democracia significa literalmente el poder del pueblo; en su momento, en Grecia significó que los artesanos y los campesinos conseguían intervenir en condiciones de igualdad con los nobles en la gestión de los asuntos públicos, si bien nada se decía de las mujeres ni de los numerosos esclavos que también vivían y trabajaban en aquellas ciudades. Sin desaparecer del todo en el mundo romano (la lucha por la ciudadanía) ni en la edad media europea (las ciudades y los pactos entre monarquía y burguesía), esta idea básica recobró toda su fuerza cuando a lo largo del siglo XVIII fue la burguesía europea la que reclamó participar activamente en la vida política, segando el poder del que disfrutaba la nobleza y el alto clero. El proceso continuó con la inclusión progresiva de una parte mayor del pueblo en la toma de decisiones, pero se vio cercenado desde un primer momento por las limitaciones impuestas por las democracias parlamentarias que articularon —y redujeron— la participación popular a las elecciones de unos representantes cada cierto número de años, quienes se harían cargo de defender los intereses de quienes les habían votado. En sí mismo, el modelo de parlamentos formados por representantes supone ya una clara dejación del concepto de democracia; se pide a las personas que deleguen todo su poder en unos cuantos representantes, quienes sólo rendirán cuentas cada ciertos años y, si lo han hecho mal, a lo sumo pagarán el precio de no ser reelegidos. Poco queda en los parlamentos de las asambleas cívicas en las que los ciudadanos discutían sobre sus problemas, llegaban a acuerdos

cuando era posible y, de ser necesario, nombraban mandatarios bien para ejecutar esos acuerdos bien para defenderlos en órganos o asambleas de coordinación.

2 c. Carencias de las democracias parlamentarias

La democracia parlamentaria representativa arrastra desde sus orígenes un déficit democrático. Sin negar que supuso un importante avance respecto de las cortes estamentales a las que substituyó, a intentos posteriores de cortes orgánicas o soviéticas de los pueblos, en sus primeras andaduras supuso más un freno al proceso de democratización que un estímulo del mismo. Por su propia definición, los representantes no mantienen ningún vínculo obligatorio con quienes les otorgaron, con su voto, el cargo; una vez elegidos, se encuentran abocados directamente a seguir las reglas del juego que determinan el comportamiento de los parlamentarios, obsesionados en general por el mantenimiento en su propio cargo. Son en realidad los partidos políticos quienes toman las decisiones y los parlamentarios deben someterse a la disciplina férrea del partido, bajo riesgo de ser cesados o expulsados de su propio partido. Éstos, por otra parte, se constituyen en burocracias cerradas, con una fuerte jerarquización en sus modos de funcionamiento. Basta con observar los procesos mediante los cuales se elaboran las candidaturas que se presentarán en las elecciones para comprobar la escasa participación de las propias bases, a las que sólo se convoca para mostrar su aquiescencia con las decisiones tomadas por las personas que ocupan la cúspide jerárquica del poder dentro de cada partido. Estos cargos son ocupados durante años, con reelecciones constantes que provocan un conjunto de intereses cerrados que ponen por delante de cualquier otra consideración la perpetuación en el cargo. Para conseguir estos objetivos espurios se fomenta el clientelismo, que más bien consiste en una regresión hacia modelos feudales en los que el vasallaje y la fidelidad personal sustentaban el orden político de la sociedad. El otro pilar básico para mantener el tinglado es la oscuridad en los procesos de discusión, la creciente falta de transparencia. Las decisiones más importantes se toman en ámbitos cerrados a la opinión pública y a los mismos afiliados de cada partido; en el momento de llegar a un congreso, la agenda y las grandes decisiones ya han sido tomadas en pequeño comité, lo que facilita, en

general, las aprobaciones por amplísima mayoría sin apenas discusión ni discrepancia.

La imprescindible participación ciudadana va menguando hasta quedar convertida en la votación cada cierto tiempo. Si tenemos en cuenta, además, la abstención real y la que provoca el propio sistema en algunos casos excluyendo a mucha gente del proceso de participación, veremos que ni siquiera numéricamente es relevante esta participación en muchos momentos. Algunos intentos de renovación proceden de los mismos partidos, que buscan fórmulas para facilitar la transparencia y la participación de sus afiliados, aunque cada vez necesitan menos de esto pues su estabilidad económica se basa en la financiación que se adjudican a sí mismos a cargo de los presupuestos generales del Estado y a las donaciones, legales o fraudulentas, de los grupos de presión. Tímidas propuestas serían la imposibilidad de presentarse más de dos veces, pero no resulta difícil observar cómo no se produce nada parecido a una rotación en los cargos, menos todavía si tenemos en cuenta dónde prosiguen su actividad gran parte de los que han ocupado cargos importantes en el Parlamento o el gobierno. La rotación es todavía menor dentro de los partidos. La experiencia de los partidos verdes en algunos países europeos es igualmente un buen ejemplo de las limitaciones de una vía que no cuestiona de raíz el mismo modelo de parlamentos representativos, por más que reconocer que han aportado un cierto aire fresco a unos ambientes demasiado cerrados y alejados de la vida real. La maquinaria es pesada y está sólidamente trabada; los procesos mediante los cuales se va reclutando a quienes van a ocupar cargos garantizan en general que, una vez llegados a puestos de responsabilidad, no van a traicionar las lealtades y vasallajes gracias a los cuales pudieron hacer carrera política institucional.

En cierto sentido, como plantean algunos autores, lo importante en este caso es aceptar que el núcleo de las instituciones democráticas se sitúa precisamente en los procedimientos formales que se arbitran para la discusión de los temas y la toma de decisiones. Esto llevaría a tomarse la democracia en serio y a no adulterarla de manera constante debido a las formas poco democráticas con las que en la actualidad funcionan los regímenes que se consideran guardianes de los principios democráticos. Pensemos por ejemplo en el papel decisivo que van tomando los

comités de expertos en estos regímenes, siendo un caso especialmente llamativo el de la Unión Europea. Una legión de comisiones, constituidas casi siempre por personas que son desconocidas para los ciudadanos, elaboran informe tras informe que termina convirtiéndose en referente incuestionable para la toma de decisiones de los políticos, que, además, hacen pasar esas decisiones como algo exigido por la objetividad de los informes pretendidamente científicos. El procedimiento democrático es en este caso secuestrado por personas que apelan a una autoridad de la que habitualmente carecen, que no responden ante nadie, pues nunca fueron elegidos, y cuyos informes o propuestas han sido elaborados sin una verdadera participación de las personas que van a ser afectadas por las decisiones que a partir de ellos se tomen. El ejercicio real del poder queda en manos de tecnocracias que terminan velando más por sus propios intereses que por los de la comunidad que paga sus salarios y les ha proporcionado el contexto en el que adquirir el saber que ahora manipulan a su propio servicio. Pensemos, como ejemplo muy ilustrativo, en las figuras de los gobernadores de los Bancos Centrales, tanto de Estados Unidos como de la Unión Europea. Sus decisiones tienen una influencia contundente en la vida cotidiana de los ciudadanos, pero ellos ni siquiera se han sometido al refrendo electoral de unas votaciones con sufragio universal.

El peligro se acentúa al comprobar la vinculación que existe entre esas tecnocracias de expertos y los ejecutivos que desempeñan un papel similar en las grandes multinacionales. Avalados igualmente por la autoridad que les confieren títulos obtenidos en centros educativos de primera línea, se adueñan de los procesos de decisión en todas esas grandes empresas, siendo su objetivo prioritario el propio interés, es decir, el de los altos ejecutivos, mientras queda en un lugar secundario para ellos incluso la cuenta de resultados de las multinacionales o grandes empresas para las que trabajan. Se produce, por tanto, un secuestro del interés público que debieran gestionar en beneficio de la comunidad, y pasan a primera línea intereses particulares muy definidos de una casta que establece estrechos vínculos de colaboración, con reuniones periódicas e instituciones específicas en las que diseñan sus tácticas y estrategias. El debate político queda falseado precisamente porque procuran acallar toda discusión y

disidencia apelando a la complejidad de los temas y a la autoridad social de la que goza la ciencia y que ellos manipulan a su favor: una vez que hablan los expertos, parece que los demás no tenemos nada que decir. En temas decisivos, como los que trataré más adelante en el apartado sobre ecología, hacen incluso imposible el debate político porque ocultan la naturaleza política de los problemas y las posibles decisiones, como ocurre en el caso de la producción de energía o alimentos. Lo mismo ocurre con todos los problemas económicos, convertidos en asuntos para los que los expertos poseen una respuesta objetiva y científica que nadie puede poner en duda; la biblia neoliberal y los informes técnicos del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional son un perfecto ejemplo de lo que estoy diciendo.

Para garantizar el control de la situación, recurren a un procedimiento profundamente antidemocrático: la ocultación de la información y la falta consiguiente de transparencia. No se trata sólo de que dificulten una comprensión de los problemas recurriendo a un vocabulario innecesariamente oscuro y esotérico, sino que directamente recurren a la desinformación o a la información sesgada que arroja cortinas de humo sobre los auténticos problemas, desvirtúa los datos y confunde, en algunos casos de manera intencionada, a las personas. Aunque volveré sobre ello en otro capítulo del libro, el papel en este tema de los medios de comunicación y de toda la industria cultural es básico para configurar una visión claramente distorsionada de la realidad social. Siendo, como es, la participación en los debates y la toma de decisiones una cuestión de capital importancia, podemos entender las consecuencias negativas que tiene el control y manipulación de la información. Una ciudadanía desinformada, o mal informada, será siempre víctima de los intereses inconfesables de quienes ocupan las posiciones claves en la toma de decisiones. Lo mismo podemos decir de una ciudadanía a la que se le roba la discusión sobre los temas realmente importantes, que pasan a ser discutidos y decididos en pequeños cenáculos de iniciados. Seguir la pista, por ejemplo, a todo lo que está ocurriendo en torno de la producción y distribución de alimentos resulta una tarea ciclópea en la que queda completamente de manifiesto hasta qué punto ese secretismo es una práctica tan habitual como antidemocrática.

2 d. Vicios privados, públicas virtudes

Parte del problema procede de valores básicos que fueron decisivos en el momento de la gestación de las democracias parlamentarias contemporáneas. Es el mito ya clásico de la fábula de las abejas, según el cual la sociedad no es un todo con su propia dinámica, siendo los individuos tanto los autores como el resultado de esas complejas redes sociales, sino una acumulación de individuos aislados, cada uno con sus propios intereses, entre los que destaca la satisfacción de las necesidades propias que se consigue gracias al enriquecimiento material. La mejor manera de articular una sociedad es tener en cuenta precisamente esos intereses individuales y egoístas, pues sólo del libre juego de todos ellos surgirá cierta armonía social, esto es, cierta justicia. Dejemos que cada uno se preocupe sólo de lo suyo, que busque su propia ganancia, y en este libre juego de intereses particulares florecerá una sociedad justa y democrática. Si, por el contrario, nos obsesionamos con buscar de entrada el interés colectivo, si subordinamos los valores de los individuos a los de la colectividad, estaremos en el camino seguro que conduce a la infelicidad humana. Llevada al extremo, es la ideología del libre mercado como gozne sobre el que debe girar toda la vida social: la búsqueda del beneficio personal, el predominio de las cuestiones económicas, la libre competencia, se convierten en dogmas fundadores de la vida democrática. La apelación a los derechos humanos, como conjunto de valores que cohesionan de algún modo la vida social y política, no deja de ser una apelación retórica y vacía, reducidos esos derechos a cuestiones puramente formales cuya eficacia más completa sólo se muestra precisamente en la defensa de los derechos de cada individuo a perseguir sus propias metas. Al mismo tiempo, puede provocar la chocante situación de que los ciudadanos, que se consideran acreedores natos de esos derechos, llegan a considerarlos como algo obvio que puede ser dejado en manos de los expertos que trabajan para órganos estatales que cuidan de su cumplimiento. Lo que en un principio se presenta como expresión genuina del coraje cívico de personas dispuestas a no dejarse someter y a ser tratadas como tales personas, termina agotando ese mismo coraje y fomentando la pasividad.

En un modelo de este tipo no es de extrañar que la política termine siendo entendida como la lucha entre el amigo y el enemigo

que, habitualmente, se resuelve por medios pacíficos en educadas discusiones parlamentarias o extraparlamentarias, pero que en última instancia se dirime con la aniquilación física —o con la más completa exclusión y marginación social— del rival cuyos intereses están en contradicción con los propios. La libertad social es entendida fundamentalmente como el ámbito en el que puedo satisfacer mis propias necesidades e intereses sin colisionar con la de quienes me rodean; en los numerosos conflictos que jalonan la convivencia humana, tenemos que competir denodadamente para hacer valer nuestros derechos frente a otros competidores que pretenden hacerse con su correspondiente trozo del pastel y de esa competición tendrán que salir, como es obvio, ganadores y perdedores. Basta con generar una igualdad de oportunidades —si es que algo semejante puede llegar a darse en alguna ocasión— y establecer unas reglas del juego claras para que el resultado quede en manos de los méritos de cada individuo, quien será único responsable del nivel de reconocimiento social que obtenga. La única intervención pública que se exige es precisamente aquella que garantiza el respeto de esas reglas del juego; para imponer a todo el mundo dicho respeto basta con que al Estado se lo dote del monopolio de la violencia, la cual le permitirá, mediante la policía y el ejército, castigar con dureza a quienes pretendan ir más allá de lo autorizado por dichas reglas. Un Estado mínimo, pero al mismo tiempo un Estado policía fuerte, es lo más y lo menos que se debe exigir en sociedades sustentadas en esta concepción del ser humano, depredador posesivo, lobo para los demás seres humanos, que acepta las mínimas reglas sociales como un mal necesario.

El modelo, a pesar de su simplicidad y su aparente proximidad al comportamiento real de las personas, adolece de fallos claros, muchos de los cuales se ponen de manifiesto cada vez que se intenta llevar hasta sus últimas consecuencias, algo que, afortunadamente, no suele ocurrir. El primer y más grave fallo es el de poner en primer y único plano el beneficio privado, reducido además a ganancia económica. La acumulación de riqueza se convierte en incentivo casi exclusivo de la actividad de las personas que terminan poniendo un precio a todo lo que hacen o pueden hacer. Es el fetichismo de la mercancía, propio en principio tan sólo del ámbito de las relaciones de producción, convertido ahora en algo que empapa y contamina todas las relaciones sociales. Si

unimos este rasgo a la formación de esas elites tecnocráticas de ejecutivos con poder de decisión, resulta más sencillo comprender de inmediato que la corrupción deja de ser un hecho aislado o poco frecuente en el funcionamiento de nuestras instituciones democráticas para convertirse en un mal endémico que se reproduce a sí mismo. Todo termina teniendo un precio y se abre la puerta sin remilgos al tráfico de influencias, al cohecho y a otras muchas modalidades de corrupción.

Lo primero que empieza por tener un precio es el mismo cargo de representante. Costosísimas campañas de publicidad garantizan casi con seguridad la obtención de un cargo, y el precio de esas campañas se incrementa conforme se incrementa la importancia del cargo sometido a elección. Las cifras manejadas en las últimas elecciones presidenciales en Estados Unidos no dejan de ser escandalosas. Donantes particulares y empresas hacen sus aportaciones, a veces incluso a varios candidatos a un mismo puesto, garantizando de ese modo que la persona elegida será posteriormente sensible a sus sugerencias o exigencias. Cuando alguien consigue acceder a esos puestos, son muchos los favores que debe y el caldo de cultivo para la corrupción está preparado. Las grandes firmas económicas y algunas no tan grandes no entregan dinero por amor a la democracia, sino como inversión de la que esperan en su momento sacar el adecuado rendimiento. Los cargos electos tendrán que tomar decisiones más adelante y de esas decisiones pueden depender suculentos negocios que reportarán beneficios a quienes se hagan cargo de ellos, los benefactores de ayer, serán quienes al día siguiente no tarden en pasar la factura. Cuanto más se asemeje todo el proceso electoral a un gran espectáculo y un gran negocio, más afianzaremos en la sociedad la corrupción. Llevado a su extremo, la política simplemente se destruye a sí misma y con ella cae la democracia, precisamente porque la política es una acción encaminada a gestionar lo público, no a favorecer lo privado.

El objetivo prioritario de la obtención de beneficios personales es de hecho una aportación, casi una invasión abusiva, del ámbito económico al político. En el mundo empresarial, en el que existen menos controles democráticos pues nada tiene que ver con la democracia, se incrementa la posibilidad de actuaciones corruptas de formas muy diversas, empezando por el frecuente recurso

al fraude fiscal. Es más, la casi totalidad o la mayor parte de los casos de corrupción que aparecen en la política están ligados con la actividad económica y suelen ser consecuencia de que alguna empresa ha tocado a un político para obtener los beneficios que obsesivamente busca; en este tipo de situaciones tan corrupto es el que ofrece como el que acepta. Muy grave y endémico es, por tanto, el mal de la corrupción que adquiere sus cotas más elevadas en las oscuras y siniestras relaciones que se establecen entre los poderes políticos y el negocio de las drogas o el de la fabricación y tráfico de armamento.

El segundo fallo que quiero mencionar, quizá tan grave como esa corrupción endémica, es el de la ruptura del tejido social provocada por un individualismo antropológico que deja de prestar atención a los valores comunes, dando ingenuamente por supuesto que éstos brotarán de la armonía natural resultante del libre juego de los intereses individuales. Ya en los orígenes de la última oleada de movimientos democráticos iniciada a mediados del siglo XVIII, una parte muy significativa de quienes lucharon por la democracia lo hicieron desde un republicanismo que ponía como objetivo final no tanto la consecución de los propios intereses individuales como la realización de una sociedad justa basada en un firme compromiso con el bien público, el bienestar colectivo y la voluntad general. En la metáfora del hombre salvaje que renuncia a su libertad natural y establece un pacto libremente aceptado con sus congéneres hay un deseo de vida en común y un reconocimiento de la prioridad que debe llegar a tener el punto de vista de la colectividad frente al de los intereses particulares. Ese republicanismo cívico, ese conjunto de virtudes que hacen de alguien un buen ciudadano, respetuoso ante los demás e interesado por la felicidad de todos, está muy presente en las mentes de quienes lideran la revolución americana y la francesa, incluso antes la revolución inglesa y mucho antes todavía los textos políticos de un Maquiavelo. Por eso en el frontispicio de la declaración inaugural de los derechos del ciudadano aparecen tres palabras: libertad, igualdad y fraternidad.

Muy pronto, sin embargo, el proyecto es secuestrado por burgueses y empresarios que van borrando toda apelación a la fraternidad para reducir el proyecto democrático a la libertad en el sentido estricto de libre juego de intereses particulares. Cada cual, a lo suyo; la moral es un asunto privado, mientras que no es posible hablar de

una moral pública dada la disparidad de proyectos individuales de búsqueda de la felicidad. Casi carece de sentido hablar de una moral pública, excepto unos mínimos propios de mercaderes y negociantes, como la exigencia de cumplir los pactos “libremente” acordados. En un esfuerzo máximo de tolerancia —que bien podemos llamar represiva— se apela a un endeble “vive y deja vivir” que permanece impassible ante la desgracia y sufrimiento ajeno. Nada queda, por tanto, de un republicanismo cívico que apostaría más bien por un “vive y ayuda a vivir”, del mismo modo que se rechaza una concepción anarquista de la libertad que mantiene que sólo somos libres cuando los que nos rodean son también libres y que nuestra libertad comienza donde empieza la libertad de los demás. Se olvida también el comunitarismo de los primeros republicanos o de los positivistas y socialistas utópicos y el comunismo es contemplado más bien como un fantasma que recorre los países occidentales amenazando con la opresión estatalista y la aniquilación de la libertad individual. Llegamos de este modo a repúblicas que apenas admiten una *res publica*, es decir, a organizaciones políticas que consideran que no es papel del Estado perseguir el bienestar público sino establecer el marco mínimo para que los individuos puedan llevar adelante su bienestar privado. La atención a los pobres, por ejemplo, sólo tendrá sentido en tanto en cuanto su presencia pueda terminar haciendo peligrar la imprescindible estabilidad social; la beneficencia (pues no de otra manera deben ser entendidos los servicios públicos sociales) es más una cuestión de control social que de apuesta solidaria por una ciudadanía compartida.

El modelo dominante de las democracias parlamentarias sufre así una carencia constante de homogeneidad social, lo que provoca también una permanente crisis de legitimidad en la medida en que son muchos los grupos que se sienten totalmente o parcialmente excluidos. En aquellos momentos en los que se radicaliza la versión más claramente “liberal” e “individualista” de la democracia, como ocurre en la actualidad, los fenómenos de exclusión y marginación se incrementan. Los grupos de presión se hacen dueños del debate público y son aquellos que poseen una mayor capacidad de presionar en defensa de sus intereses particulares, los que terminan configurando la orientación general de la sociedad y el estilo de las posibles intervenciones del poder político. Huelga decir que en esos grupos están bien representados los altos ejecutivos de las grandes

firmas económicas, en especial de las multinacionales. En aquellos momentos en los que consiguen organizarse mejor y hacer oír su voz quienes insisten en la necesidad de preocuparse del bien común y en la primacía del apoyo mutuo o la cooperación, los poderes públicos se preocupan más de aplicar políticas solidarias que ponen por delante la consecución del bien público y del bienestar de la colectividad. Tal y como han ido las cosas en los últimos doscientos años, el telón de fondo ha sido siempre la primera versión, la fiel seguidora de la fábula de las abejas, de tal manera que es su peculiar visión de la sociedad la que se da por sentada y no necesita ningún tipo de argumentación específica; la carga de la prueba, por el contrario, recae sobre las espaldas de la segunda versión.

2 e. La reconstrucción de la democracia

Los retos actuales de la democracia exigen, como tarea irrenunciable, dar un giro radical a los supuestos básicos que acabo de mencionar como supuestos que nadie cuestiona en el pensamiento políticamente correcto que domina en nuestros días. Para empezar, es imprescindible ir más allá de esa concepción del enfrentamiento de puntos de vista distintos y de intereses no coincidentes como una especie de dialéctica que enfrenta a amigos y enemigos en una batalla en la que necesariamente habrá vencedores y vencidos. Debemos ver a lo sujetos sociales más que nada como antagonistas que pueden y deben plantear en la esfera pública sus convicciones diversas, a veces enfrentadas e incluso difícilmente compatibles, pero que no derivan de ello la inevitable extinción o aniquilación política, a veces física, de quienes defienden las opciones contrarias. De algún modo, eso nos exige tres opciones; la primera, entrar seriamente en el debate planteando no sólo las cuestiones formales propias de las democracias sino también las cuestiones más substantivas, las que tratan del sentido que queremos dar a nuestras vidas, que no puede conseguirse sin implicar de algún modo a cuantos nos rodean. La segunda opción conlleva aceptar que ninguna de las propuestas puede arrogarse el privilegio de poseer la única y definitiva forma de entender la convivencia y el proyecto de sociedad que podría, a renglón seguido, imponer a todos los demás; como puede deducirse con cierta facilidad, esta opción implica aceptar el proceso de argumentación pública como el modo más adecuado de confrontar propuestas de sentido

divergentes, renunciando, por tanto, al uso de la fuerza para imponer el propio punto de vista. La tercera opción plantea que el proceso de búsqueda del sentido en una comunidad —como ya he mencionado anteriormente— es algo abierto siempre a la revisión en una exploración constante, sensible a las exigencias de cada contexto específico y dispuesta a aceptar las rectificaciones exigidas por los problemas que vayan apareciendo.

Se trata, por tanto, de recuperar el coraje cívico que acompaña a ese esfuerzo constante de donación de sentido al que nos convoca la aspiración democrática, aceptando la pluralidad de sentidos y concepciones del bien común que están en juego en una sociedad. Nada de eludir la confrontación restringiendo esos temas al ámbito de la vida privada y dejando la esfera pública bajo el control del economicismo propio del libre mercado. Más que en la resolución de conflictos, la primera tarea política debe centrarse en la construcción de la comunidad o de un espacio público en el que todos podamos sentirnos acogidos a pesar de las divergencias; un espacio que nadie tenga que terminar abandonando porque no cumple los requisitos exigidos por quienes se erigen en detentadores de una supuesta voluntad colectiva; un espacio, en definitiva, del que nadie es excluido porque ni siquiera se atienden sus mínimas peticiones de reconocimiento. Por eso son tan importantes, como dicen las corrientes más comunitaristas en la actualidad, las instituciones que tienden a producir cierta identificación de las personas con esas mismas instituciones y con las demás personas que comparten el mismo espacio público. Para poder avanzar en una democracia, un ciudadano necesita sentirse de algún modo identificado con un proyecto común y con las instituciones que intentan llevarlo adelante, de mismo modo que necesita reconocer que su propia identidad se relaciona estrechamente con ese proyecto.

Podemos decir que hay aquí algo de paradójico en las democracias. Por una parte, éstas son sociedades en las que se garantiza a todo ciudadano la posibilidad de llevar adelante su proyecto personal, que en ningún caso tiene por qué identificarse con el proyecto que otros pretenden alcanzar. Ser ciudadano en este sentido es un derecho fundamental a partir del cual se pueden ir articulando los demás derechos; al ser ciudadanos hay un conjunto de instituciones que reconocen nuestros derechos individuales y que articulan los mecanismos adecuados para garantizar que esos

derechos son respetados por todos. Por otra parte, la ciudadanía debe tener otro sentido más subjetivo, el sentimiento de pertenencia a un grupo social, con cuyas costumbres, valores, ideas, podemos sentirnos más o menos identificados, pero que desde luego no nos resultan indiferentes. Se trata de sentirse reconocido y respetado, pero también de sentirse parte activa de un grupo social más amplio, un grupo que va más allá de la familia, como comunidad primaria, y de la tribu o la etnia. Son vínculos afectivos indispensables para alcanzar un cierto equilibrio personal que quizá nunca fueron tenidos seriamente en cuenta por el internacionalismo cosmopolita que ha caracterizado desde sus orígenes a los movimientos políticos de izquierda. El círculo de vinculaciones afectivas va ampliándose poco a poco conforme vamos sintiéndonos cercanos a los problemas de otros seres humanos, hasta llegar a percibir de manera políticamente eficaz que tenemos derechos y deberes ante todos los habitantes del planeta. La loable aspiración de ser ciudadanos del mundo y de sentirse solidariamente vinculado con toda la humanidad es un objetivo que debemos cuidar y mantener, aunque no resulta nada sencillo alcanzarlo. Quedarse estancado en el círculo más inmediato es un semillero de estrechez de miras y xenofobia; pretender saltarse esos círculos inmediatos sin combinarlos e incorporarlos en proyectos más cosmopolitas, es un semillero de desarraigo social y falta de compromiso solidario con ningún colectivo concreto, dando paso al sentimiento de muchedumbre solitaria que tanto facilita posteriormente el ascenso de nacionalismos reaccionarios que prometen devolver el arraigo y el sentido perdidos en el seno de una muchedumbre solitaria.

En los tiempos modernos se basó esa vinculación en lo que podemos llamar patriotismo nacionalista, muy propio y muy bien utilizado por el bloque dominante en la configuración de los estados nacionales. Seguir hablando de estados nacionales, configurados sobre una tradición histórica compartida y con valores culturales, lingüísticos e incluso étnicos coincidentes, en estos momentos empieza a carecer de sentido tanto por arriba como por abajo. Por arriba, pues los movimientos de integración transnacionales son cada vez más poderosos, como también lo son los intercambios de todo tipo y la facilidad con que se establecen comunicaciones entre culturas muy distantes y también muy distintas. Por abajo,

pues los potentes movimientos migratorios están cambiando los rasgos étnicos y culturales de muchos estados, tanto las migraciones que se dirigen de países empobrecidos a países con elevada renta como las que se producen entre países muy empobrecidos motivados por guerras y enfrentamientos cruentos o simplemente por presiones demográficas. Ese doble proceso de transformación sin duda hace posible una revisión enriquecedora de un nacionalismo demasiado provinciano y estrecho, que es el que, con marcado carácter reaccionario, ha estado presente desde los inicios de la Revolución Francesa. Hay que contar, además, con el desarrollo de una cultura hegemónica y homogénea mundial liderada por las grandes multinacionales y por el poder cultural desmesurado de los Estados Unidos. Este último desarrollo tiene como consecuencia provocar una aproximación entre culturas muy lejanas, pero al mismo tiempo vacía de sustancia esa ciudadanía subjetiva necesaria en una sociedad democrática, pues reduce los ciudadanos a consumidores pasivos y acríticos en una sociedad del espectáculo y de lo efímero.

La democracia exige, como ya he dicho en diversos momentos, aceptar la participación en condiciones de igualdad de todos los ciudadanos independientemente de sus condiciones concretas de existencia (grupo étnico, lengua, religión, sexo...), por lo que intentar ligar esa ciudadanía con la posesión de alguna condición concreta (algo típico de los estados nacionales clásicos), provoca de inmediato fenómenos de exclusión y marginación. Ese tipo de nacionalismo que confunde la reivindicación de una identidad propia con el derecho de autodeterminación y que propone una identificación entre pertenencia étnica y participación ciudadana, puede entenderse como fenómeno reactivo provocado por el miedo que generan los procesos anteriormente mencionados, pero desde luego es intrínsecamente perverso. Todo intento de consolidar una indispensable ciudadanía subjetiva tiene que tener en cuenta la insoslayable diversidad cultural, la diversidad de tradiciones culturales que se dan incluso en espacios geográficos reducidos. Debe aceptar esa diversidad no como una lacra que es necesario soportar, sino como una riqueza social y cultural que beneficia a los países que la poseen. Y debe también llevar adelante políticas de protección, apoyo y reivindicación de las identidades culturales que, por ser minoritarias, corren más riesgo de terminar desapareciendo. La tarea es, claro está, bien difícil y plagada de

conflictos, como podemos observar, por ejemplo, en lo que ocurre en la Unión Europea o, más en concreto, en España, donde confluyen los tres procesos: integración en un marco más amplio, presencia de nacionalidades diferenciadas dentro de una nación más amplia, invasión del imperialismo cultural de Estados Unidos. La rémora de casi todas las propuestas sobre el tema es la dependencia que suelen tener de la experiencia histórica de los estados nacionales, de tal modo que vinculan irremisiblemente la preservación y crecimiento de las respectivas identidades culturales homogéneas con la existencia de estados soberanos. Por ese camino es difícil que tengamos un gran futuro. El reto, por tanto, consiste no tanto en garantizar que se conserven las identidades respectivas, sino en conseguir que, basados en un diálogo constante entre identidades y tradiciones muy diversas, se vayan buscando respuestas compartidas a problemas igualmente compartidos. Cada comunidad, cada tradición específica, debe reflexionar en cuál puede ser su aportación a la tarea política que, desde luego, no será la única que exista ni la única que haya que tener en cuenta.

La cuestión está, por tanto, en trabar la construcción de una identidad comunitaria con los requisitos de autonomía y participación que son constitutivos con la democracia. Sólo de ese modo se puede avanzar hacia una identidad compartida de ciudadanía, algo muy lejano y muy distintos a las identidades nacionalistas de marcado carácter reaccionario, independientemente de que sean reivindicadas por estados nacionales soberanos plenamente constituidos o por sociedades que aspiran a convertirse igualmente en estados soberanos. El principio de autonomía nos remite más bien a las configuraciones federalistas de la sociedad en las que las comunidades adoptan pactos de colaboración que implican compromisos mutuos y son permanentemente revisables, dejando además un margen amplio de decisión para todas las entidades federadas. Se parte de abajo arriba, es decir, desde los individuos que forman parte de una sociedad, quienes deben disfrutar de los mismos derechos y deberes en la comunidad política y debe disponer de libertad para determinar el estilo de vida que desean desarrollar. Reconocen desde un principio que su libertad va a la par de la libertad de los demás y que son lo que son precisamente porque están dentro de una comunidad de la que no pueden en ningún caso prescindir. Mantienen, no obstante, esa capacidad de discusión y de

decisión sin la cual dejarían de ser ciudadanos de pleno derecho. Dada la fragilidad de esta autonomía, de manera constante hay que revisar si se cumplen las condiciones que la hacen posible y asegurar que no se priva a las personas de las capacidades e instrumentos sin los que no podrían intervenir en condiciones de igualdad junto a las demás personas.

El ejercicio de la autonomía participativa es algo que debe ser aprendido desde la infancia y que sólo se aprende y conserva en tanto que se ejerce. Las personas que forman parte de la comunidad tienen que poder participar directamente en el ámbito próximo de su vida cotidiana, y de ahí la enorme importancia de experiencias actuales, como puede ser la de Porto Alegre, de elaboración participativa de los presupuestos municipales. El mismo sentido tienen las fecundas experiencias desarrolladas tanto en países del centro, como puede ser el caso de la acción en barrios deprimidos de distintas ciudades de Estados Unidos, como en zonas empobrecidas de países de muy baja renta personal, como podrían ser el caso de Villa El Salvador en Perú o de muchos proyectos gestionados por organizaciones no gubernamentales. Eso significa que una democracia debe garantizar que todas las decisiones que pueden ser tomadas en un nivel cercano al de la vida diaria no sean tomadas en centros de poder alejados de quienes luego van a sufrir las consecuencias. Esta proximidad es la que refuerza el sentido de participación y evita la tendencia de las personas a delegar en otras, bien porque sienten la inutilidad de sus esfuerzos bien porque se les priva de la capacidad de decidir. Cuanto más democrática es una sociedad más tiende a difuminar el ejercicio del poder, a descentralizarlo para que no sólo puedan participar los ciudadanos, sino también puedan controlar la ejecución de las decisiones tomadas y puedan ver recogidas sus aspiraciones en la agenda de temas que es objeto de deliberación en la comunidad.

Sin duda alguna, cuando el ámbito geográfico al que hacen referencia las decisiones es más amplio, se hace necesario una articulación de la participación que ya no puede ser directa y que exige la elección de personas que puedan hacer fluir la discusión política de arriba abajo y de abajo arriba. Es decir, desde la participación a pie de calle hay que hacer llegar las resoluciones, acuerdos o peticiones, a instancias de coordinación superiores en las que están presentes los intereses de otras comunidades distantes. La idea inicial de

la representación parlamentaria encuentra en esta necesidad de coordinación de largo alcance su justificación más aceptable, pero olvida que para cumplir los requisitos imprescindibles de una democracia debe garantizar que las personas elegidas tienen que estar muy próximas al modelo del mandatario que se limita a garantizar que la voluntad de aquellos en cuyo nombre habla sea respetada y tenida en cuenta. Esos mandatarios tendrán igualmente la responsabilidad de hacer llegar la comunidad de la que proceden las exigencias e intereses de otras comunidades que están de igual forma presentes en esos órganos de coordinación superiores. Como ya he mencionado anteriormente, la rotación en los cargos de mandatario (representante o delegado) es una medida básica para evitar la consolidación de elites burocráticas que terminan apropiándose indebidamente de la soberanía popular. Igualmente fundamental en estos procesos es la transparencia en la información, a la que deben tener permanente acceso todas las personas involucradas.

La participación, no obstante, es algo difícil incluso para las personas interesadas y no deja de ser frecuente el fenómeno ya aludido con anterioridad: la servidumbre voluntaria y la dejación de la propia responsabilidad. No todo el mundo quiere participar en todo y todo el tiempo y, mientras las condiciones no sean muy negativas, muchas personas están dispuestas más bien a obedecer y seguir las directrices marcadas por quienes ejercen el poder. Eso no quita para que deje de constituir el baremo que nos permite evaluar el nivel de democracia que existe en una sociedad; cuanto mayor sea la participación, más sólida y productiva será la vida política de una sociedad. Convivir con súbditos pasivos puede facilitar las tareas de quienes desean conservar privilegios o incluso de quienes quieren modificar las reglas del juego para, posiblemente sin pretenderlo, terminar poniéndose en el lugar de los privilegiados contra los que luchaban; sin embargo, la actividad política será mucho más pobre y no se alcanzarán esos objetivos de libertad, igualdad y fraternidad que se buscan en las democracias. Por eso son tan importantes las prácticas educativas que desde la infancia acostumbra a las personas a asumir el protagonismo de sus propias vidas y a intervenir en las redes sociales e instituciones en las que se encuentran. Resultan imprescindibles las políticas encaminadas a apoyar el asociacionismo de la gente, en agrupaciones o grupos en los que se discute y se actúa acerca

de los problemas políticos, sociales, culturales o económicos de la sociedad. Y también lo son todas las experiencias de acción social en las que se invita a la gente a participar en todo el proceso de deliberación y toma de decisiones, pues la participación es algo que sólo se puede aprender participando. Se trata entonces de fomentar las reuniones públicas en las que la gente habla y discute sobre las cuestiones que les importan, contrastando diferentes opciones y puntos de vista. Se trata igualmente de promover esa conversación comunitaria permanente, sin exigir que rápidamente se tomen decisiones mediante el voto que termina imponiendo la voluntad de la mayoría sobre la minoría. Es necesario impulsar la celebración de referéndums, precedidos por amplios debates y abundante información, en los que la gente pueda igualmente expresar su opinión sobre temas susceptibles de discusión.

La democracia, en definitiva, implica confiar en la capacidad de la gente para asumir un protagonismo completo en sus propias vidas. Implica la aceptación del riesgo de atreverse a pensar, decidir y actuar por uno mismo. Da por supuesto que los seres humanos no somos individuos aislados, egoístas compulsivos, sino personas sociales para las que la comunidad no es algo en ningún caso superfluo. Acepta como un reto la ausencia de una fundamentación definitiva y absoluta de las normas que rigen el comportamiento de los seres humanos y reconoce que esas normas sólo pueden ser el resultado, siempre revisable, de las decisiones tomadas en común después de una deliberación comunitaria. Admite que el objetivo básico, la primera y última tarea que es necesario resolver, es dotar de sentido a la propia vida y a la vida en comunidad, discutiendo sobre las cuestiones que realmente importan a los seres humanos y contando con la pluralidad de puntos de partida, tradiciones culturales y proyectos de convivencia. Reconoce que el método básico para la resolución de esos proyectos antagónicos es la discusión libre entre iguales, renunciando al uso de la fuerza para imponer un sentido muy concreto y preciso de la vida política; la pluralidad y diversidad son el caldo de cultivo para la creatividad y la riqueza en la vida social de los seres humanos. Exige además que los principios democráticos se extiendan a todos los ámbitos de la vida social, pues desde el momento en que en algunos de ellos no se admitan los principios básicos que vengo exponiendo, existirá un déficit democrático que de una manera u otra

atentará contra las conquistas democráticas que se puedan haber producido en otros ámbitos. La democracia es una aventura en el sentido de que se apuesta por compartir un proyecto de futuro con todas las personas que nos rodean, a las que se considera y trata como libres e iguales, proyecto que tiene como condición previa y como objetivo permanente el que esa libertad y esa igualdad sean algo real y no puramente formal.

3. Los movimientos ecologistas

La relación de los seres humanos con la naturaleza que los rodea ha tenido desde el origen unas características algo especiales. Por un lado, somos parte de esa naturaleza, hemos aparecido como una especie más entre las numerosas que nos han precedido y las que comparten con nosotros la misma época de existencia. Son muchas las pautas de comportamiento que tenemos en común con el resto de los seres vivos y de forma especial con los animales más cercanos a nosotros en la escala evolutiva. Por más que lo queramos, nunca dejaremos de ser parte de la tierra, lo que implica, claro está, que no podremos saltarnos las reglas del juego que dominan en la naturaleza a no ser que busquemos la autodestrucción. Al mismo tiempo, sin embargo, la aparición de nuestra especie significó una modificación de alto calado; por primera vez una especie estaba dotada de unas capacidades que le hacían posible modificar el medio ambiente en el que se encontraban. Sin ninguna dotación física importante, excepto nuestra mano, nuestro cerebro y nuestras relaciones sociales, nuestros antepasados abrieron la posibilidad de modificar las condiciones del medio ambiente cuando éstas no les resultaban del todo favorables. El control del fuego, la fabricación de instrumentos de caza, el vestido o la construcción de viviendas (todo en conjunto, y algunas cosas más) son buenos ejemplos de cómo hacer frente a situaciones adversas y salir adelante.

El hallazgo evolutivo fue notable y permitió a la especie dotada con él convertirse en un auténtico éxito adaptativo. Reducida en principio a unas zonas muy favorables de África (según todos los datos disponibles en la actualidad), la especie humana, gracias a esa capacidad de transformación del medio ambiente, fue extendiéndose por todo el planeta, hasta convertirse en una de las pocas especies que está presente en todas partes, en un proceso de expansión

que, si bien muy lentamente al principio, fue acelerándose poco a poco hasta llegar al brutal salto cuantitativo del último siglo. El primer gran salto es el que se conoce como revolución neolítica: la agricultura y la ganadería permitieron el nacimiento de grandes civilizaciones. Conviene tener esto muy en cuenta: la capacidad de domesticar animales y un modesto control del nacimiento y crecimiento de las plantas abren la puerta a que se incremente el número de individuos que engrosan la especie humana. Se establece así desde el origen una relación asimétrica entre la naturaleza y una parte de esa misma naturaleza, los seres humanos. Éstos son capaces de ejercer un cierto dominio o control sobre el resto, que ponen al servicio de su propio crecimiento como especie. Ya no dependen de la caza o de la recolección, lo que los haría vulnerables a la desaparición de los recursos en una zona, sino que producen lo que anteriormente cazaban y recolectaban. A diferencia de otras especies, la humana muestra un talento más aguzado para sobrevivir cuando el nicho ecológico, el medio ambiente en el que está, se deteriora por causas variadas.

La relación de los seres humanos con su medio ambiente ha sido bastante compleja desde el principio. Cuando la Tierra estaba escasamente poblada, la solución a los problemas se alcanzaba con cierta facilidad, aunque con importantes consecuencias para el medio y para los mismos seres humanos. Si nos centramos en el caso europeo a modo de ejemplo, en la Edad Media se talaron numerosos bosques para poder dedicar el terreno a los cultivos y conseguir leña con la que producir energía, medida que fue exigida por el incremento de la población, pero que a un tiempo lo favoreció. El impacto ecológico fue notable y puede darse por terminado en el siglo xvii cuando en Inglaterra ya no quedan bosques y se empieza a recurrir al carbón como fuente de energía. La tala de bosques permitió aumentar los terrenos roturados y cubrir las demandas de una población que pudo crecer e incrementar su nivel de vida; la población aumentó notablemente a partir del siglo xi, lo que provocó un exceso de población, con la consiguiente escasez de recursos, exceso resuelto con la emigración de los europeos que se lanzaron a la conquista de nuevos territorios. América fue la válvula de escape para quienes, en siglos posteriores, constituían un excedente de población. La gran emigración irlandesa a Estados Unidos en el siglo xix fue provocada, en gran

parte, por estas peculiares y difíciles equilibrios ecológicos. Un pequeño hongo importado encontró un nicho ecológico formidable en las patatas irlandesas; pero el éxito del hongo supuso la hambruna más brutal de la historia de Irlanda y el éxodo masivo de la población. La llegada a Estados Unidos pudo ser absorbida dado que se trataba de un continente todavía poco poblado; los antiguos aborígenes ya habían desaparecido —en muchos casos, aniquilados— por las oleadas anteriores de inmigrantes europeos.

Lo que relato de Europa se puede contar de otros países y épocas. En estos momentos, uno de los factores decisivos en el efecto invernadero lo constituye la deforestación que realizan poblaciones de países pobres, en especial subsaharianos, al utilizar la leña como combustible, del mismo modo que ya lo habían hecho los europeos hace siglos. Los africanos, presionados por las penurias y escasez, provocadas entre otras cosas por el aumento de la población, emplean todos los recursos que pueden para introducirse en Europa, un continente que dispone de muchos recursos; se trata una vez más de un poderoso movimiento migratorio de largo alcance, parecido al protagonizado por Europa entre los siglos xvi y xix, aunque el actual es mucho más dramático que el que padecieron nuestros antepasados europeos, entre otras cosas porque no encuentran una población indígena desprotegida como la que había en América a la que se puede reducir, utilizar o aniquilar.

3 a. Los límites del equilibrio

Si bien ha sido en la segunda mitad del siglo xx cuando ha crecido exponencialmente la conciencia ecológica y han surgido organizaciones dispuestas a defender el medio ambiente, es posible rastrear la conciencia ecológica ya en el siglo xix. En cierto sentido, en una novela como *Frankenstein*, ya en los albores de la gran revolución científica y técnica iniciada en el siglo xviii, se plantea cuestiones profundas sobre la legitimidad moral de la capacidad del ser humano para modificar la naturaleza. Un enfoque totalmente diferente de esa preocupación, aunque desde la perspectiva demográfica, es el ofrecido por Malthus. La tradición anarquista se mostró igualmente muy receptiva ante estos problemas y elaboró propuestas teóricas y acciones prácticas en diversos ámbitos que van desde el naturismo, el neomalthusianismo y el urbanismo social y ecológico. Lo interesante de la propuesta

anarquista en su origen es la vinculación que estableció entre luchas contra el capitalismo, luchas ecológicas y feminismo, perfeccionando el marco global de lo que aquí llamo ecologismo social. Lo que entonces no era más que un comienzo de problemas ecológicos que había que afrontar, con el tiempo se ha convertido en una conciencia creciente de la amenaza que padece el equilibrio ecológico del que dependemos. Tras algo más de 200 años de desarrollo industrial sin precedentes en la historia de la humanidad, lo que parece un hecho incuestionable es que la Tierra está llegando a límites máximos de población, aunque no resulta nada sencillo decidir dónde se puede situar el tope, entre otras cosas porque el límite máximo depende de cómo se plantee la producción de riqueza que los seres humanos necesitan para sobrevivir y cómo se entienda esa riqueza necesaria.

En contra de lo que suele predicar el consumismo actual, nuestras necesidades no son ilimitadas, como tampoco lo son los bienes que pueden satisfacer esas necesidades. Este crecimiento enorme de la población ha provocado por sí mismo una crisis ecológica de primera magnitud, con efectos que no se podían prever con anterioridad en gran parte por falta de conocimientos sobre los delicados mecanismos que regulan el equilibrio ecológico. La conciencia ecológica, que ha movilizó a sectores muy importantes de la población, ha sido provocada directamente por los riesgos que supone un crecimiento continuado de habitantes y un agotamiento de los recursos de que se disponen para atender a las necesidades básicas de todas esas personas. Es urgente hacer algo antes de que los daños sean irreparables e irreversibles. El centro de interés en este caso es profundamente antropocéntrico: hay que cuidar mejor la naturaleza porque en ello se nos va nuestra vida y la de nuestros descendientes. De hecho, la desaparición de la especie humana como consecuencia de su propio crecimiento desmesurado es algo irrelevante para el ecosistema formado por la Tierra; a quienes sí importa, y mucho, que no se quiebre el equilibrio de forma irremediable es a los propios seres humanos. Otras especies desaparecieron antes y otras desaparecerán después; grandes desastres ecológicos, como el que provocó la extinción de los dinosaurios, dieron paso a nuevas y diferentes formas de vida en un proceso incesante de equilibrios y desequilibrios ecológicos. En este sentido, los seres humanos no somos el centro del

universo, aunque sí lo somos para nosotros mismos y actuamos muy de acuerdo con la naturaleza de la que formamos parte cuando nos preocupamos de nuestra propia subsistencia y buscamos la propia expansión biológica.

El problema además es especialmente grave porque, como comentaré más adelante, el modelo de sociedad dominante es uno basado en el consumo desmedido e irracional, lo que nos lleva a subrayar que no todos están esquilmando del mismo modo los recursos naturales por lo que las propuestas para recuperar un cierto equilibrio ecológico deberán ser distintas dependiendo del tipo de problema al que debamos hacer frente. Carece de sentido poner en el mismo raso a los campesinos de la zona subsahariana y a los conductores de los grandes suburbios de Estados Unidos cuando intentamos paliar las posibles consecuencias negativas del efecto invernadero. Ambos producen cantidades ingentes de CO₂, pero en un caso se trata de encontrar modelos alternativos de producción de energía para atender a las necesidades básicas de la población y en el otro caso se trata de las consecuencias de un modelo de vida altamente discutible por haber identificado la vida buena con un elevado e innecesario nivel de consumo. Sin duda, todo el mundo debe modificar hábitos de comportamiento muy arraigados, pero en unos casos supondrá un recorte drástico en el consumo energético y en otros casos lo necesario será incrementar ese consumo, aunque buscando fuentes de producción alternativas.

Un segundo elemento que se sitúa en el origen de los movimientos ecológicos contemporáneos es una creciente empatía con el mundo natural. La conservación de la naturaleza es un objetivo prioritario en muchos casos. Cuando se lucha contra la construcción de un nuevo embalse o de una nueva urbanización o campo de tiro, uno de los argumentos más utilizados es el impacto en el medio ambiente, aspecto que es decisivo cuando está en juego la supervivencia de una especie en peligro de extinción. La proliferación de reservas ecológicas o de parques naturales, en especial en países altamente desarrollados, es una respuesta a este afán de preservar un medio ambiente que se nos escapa de las manos. Es la nostalgia de una naturaleza todavía no modificada por la mano humana, el mito del buen salvaje que tanta fuerza tiene en el imaginario de las sociedades industrializadas. La urbanización es un

proceso imparabile, pero con ella se va alejando más el contacto directo con la naturaleza, entendida ésta como algo más bien idealizado que no ha padecido todavía la invasión transformadora de la especie humana. Nada hace prever en el futuro un retroceso en ese proceso de concentración de los seres humanos en ciudades, en las que pueden encontrar una serie de ventajas que consideran importantes para su supervivencia y para una vida dotada de ciertas comodidades asociadas con lo que podemos entender por bien-estar, o bien-vivir. De ese modo los habitantes de las ciudades exigen la preservación de zonas “salvajes” a las que poder acudir de vez en cuando para compensar las carencias que toda vida urbana lleva consigo; si bien es cierto que una ciudad no es un producto menos natural que lo es la presa de los castores o los hormigueros de las termitas, no podemos librarnos de la sensación de que los castores se han mantenido respetuosos con la naturaleza y los humanos no. De ahí que, como si de olvidar una culpa originaria se tratara, queramos volver al “campo”, al menos los fines de semana o, en último extremo, pintar de verde las ciudades para que no se pierda completamente el vínculo genuino con los ecosistemas no humanizados.

Por otra parte, hay algo más profundo y quizá más interesante en ese creciente respeto a los animales y la naturaleza en general (bosques, montañas, ríos...). Hemos empezado a sentir un aprecio más acentuado por ellos del que hasta estos momentos habíamos sentido, y ese sentimiento se ha convertido en algo genuinamente moral: simpatía (sentimos con sus sentimientos) y empatía (nos ponemos en su lugar). En el caso de los animales, este cambio parece especialmente claro; nuestro conocimiento creciente de sus costumbres y sus características nos han hecho ver en ellos seres no tan distantes de nosotros pues tienen capacidad de pensar y razonar y, más aún, tienen sentimientos que van más allá de la mera capacidad de padecer dolor y sentir placer. De ahí el rechazo que algunos —afortunadamente cada vez más— manifiestan a todo sufrimiento infligido a un animal, más aún si se trata de un sufrimiento desmedido o innecesario como el que padecen los animales en las granjas industrializadas o los que son matados para producir lujosos abrigos de piel. De ser meros objetos que están ahí para nuestro uso y consumo, los animales pasan a ser objetos de la actuación moral humana y las legislaciones van

recogiendo qué es lo que se puede y lo que no se puede hacer con ellos. Aunque de forma impropia, pues los animales difícilmente pueden llegar a ser sujetos de acción moral, hablamos constantemente de los derechos de los animales y algunos movimientos que han surgido en defensa de estos derechos se muestran especialmente virulentos. Que los animales tengan derechos es algo que se puede poner seriamente en duda; que los seres humanos tengamos deberes que es necesario cumplir cuando tratamos con los animales o con la naturaleza en general, es algo sobre lo que no caben muchas dudas.

Más allá de los animales, este proceso de ampliación de los derechos (de animales) y de los deberes (de los seres humanos) parece que está llegando en estos momentos a hacer referencia a la naturaleza como un todo, lo que lleva con frecuencia que se contemple esa misma naturaleza de un modo bastante antropomorfo. Dotada de un cierto “alma” o “espíritu” universal, es todo el conjunto de lo existente y no sólo los seres humanos lo que merece nuestro respeto y veneración porque estamos profundamente unidos a ello y mantenemos vínculos indisolubles. Como decía en el apartado anterior, las sociedades democráticas actuales parecen basarse en la apuesta porque no existen normas ni fundamentos exteriores a los mismos seres humanos y que éstos deben elaborar libremente sus propias leyes. En cierto sentido, parece como si esta versión algo extrema de la naturaleza o la Tierra, como un todo que impone sus leyes, no fuera más que la búsqueda de un nuevo referente externo, de algo distinto a nosotros mismos los humanos, que pueda servirnos de fundamento para imponer unos límites a la acción humana. Éste es un enfoque muy discutible.

3 b. Ecologismo místico, ecologismo social

Estas últimas reflexiones tienen un interés crucial para nuestro tema. Sin duda forman parte del núcleo que sostiene el poderoso e innovador movimiento ecologista en la actualidad, aunque no en todos los grupos con el mismo nivel de importancia. Parece claro que se trata de establecer unas relaciones diferentes con la naturaleza de la que formamos parte y eso se sustenta en una manera también distinta de comprenderla. Ahora bien, algunos movimientos ecologistas radicales parecen quedarse ahí, o poner el centro de sus preocupaciones en esa unión “espiritual” con la

naturaleza. En muchos casos terminan convirtiéndose en movimientos pseudomísticos, tan ajenos a las causas sociales de las alteraciones del medio ambiente como elitistas en el momento de proponer soluciones. Algún autor los ha denominado (con bastante acierto) ecofascistas, recordando con cierta ironía que una de las legislaciones más avanzadas en protección de los animales fue la elaborada por la Alemania nazi en la década de los 30. Partiendo de un supuesto válido e interesante marran tanto en los objetivos buscados como en el análisis de las causas. En sociedades altamente tecnificadas, los seres humanos echan en falta creencias profundas que les proporcionen alguna orientación en su esfuerzo por dotar de sentido a la vida y al mundo al que pertenecemos. Hasta no hace mucho eran proporcionadas por las religiones dominantes, en general el cristianismo en alguna de sus manifestaciones, pero ahora han perdido fuerza y capacidad de marcar el rumbo de la vida humana. Eso hace que la gente se vuelva hacia las propuestas que, mejor o peor, puedan servirles de punto de referencia, en las que se apoyarán para reconstruir su existencia. Otros rasgos de la sociedad actual, como pueden ser el individualismo, la competitividad desahogada o la globalización acelerada que pone en cuestión las señas de identidad inmediatas, refuerzan aún más esta necesidad de hallar un refugio espiritual. Basta con escuchar alguna de las piezas musicales del entorno de lo que se denomina *new age*, o buscar en los anaqueles de las librerías especializadas (incluso de los grandes almacenes) para detectar ese peculiar bati-burrillo de naturismo, aromaterapia, sonidos de ballenas, cartas astrales y manuales para alcanzar el equilibrio espiritual y la plena realización personal. Cuando todo eso se une en propuestas coherentes, nos encontramos ante movimientos “ecologistas” que podemos considerar claramente negativos; no resulta difícil en todo caso distanciarse de esos grupos, si bien su mensaje termina empapando a todo el mundo de la reivindicación ecologista, lo que exige un mayor esfuerzo de discernimiento si queremos evitar el riesgo de terminar reduciendo la ecología a aquello que los clásicos llamaban opio para y del pueblo.

El ecologismo místico se aleja del blanco en todos los sentidos. Se equivoca al señalar cuáles son los verdaderos problemas a los que debemos hacer frente; elige unos métodos de lucha social erróneos; y defrauda a quienes van buscando en su seno una solución a sus

problemas personales y más todavía a quienes intuyen que los problemas son también sociales. Frente a esa corriente es importante perfilar con más detalle y reivindicar la enorme importancia que todos los grupos que se mueven en la esfera de lo que denomino el ecologismo social están teniendo en estos momentos para poner freno a un modelo de desarrollo y de organización social claramente destructivo. Para el ecologismo social (un claro ejemplo en España podría ser Ecologistas en Acción) está claro que es imprescindible y urgente reestructurar a fondo todo el sistema de relaciones con la naturaleza porque corremos un serio riesgo de agotamiento de recursos que amenace gravemente nuestra subsistencia; eso, no obstante, resulta insuficiente pues pueden darse soluciones a esos problemas que agraven todavía más el equilibrio ecológico de la especie humana, entendido éste en su sentido más genuino. Y es eso lo que quiero precisar a continuación.

La primera observación que es necesario realizar es que nos enfrentamos a un problema que ante todo y sobre todo es de tipo social. El medio ambiente humano siempre ha sido social, es decir, un ambiente en el que el problema principal ha consistido en la organización de la convivencia de tal manera que todas las personas encuentren el modo de llevar adelante sus proyectos personales sin que eso suponga el empobrecimiento de quienes están a su lado. El problema al que resulta urgente hacer frente en estos momentos no es en absoluto al riesgo de desaparición de especies, o a los peligros derivados de la superpoblación —aunque también son problemas importantes—, sino el problema derivado de una configuración específica de la explotación de los recursos naturales impuestas por el sistema capitalista en su variante neoliberal extrema más actual. Nos encontramos en estos momentos sometidos por un sistema de organización social que se centra de forma casi exclusiva en la obtención de beneficios, cuantos más y más rápidamente mejor, entendiendo además los beneficios en su traducción monetaria: el incremento del precio de las acciones en las bolsas de todo el mundo es casi el único objetivo que se proponen obtener quienes manejan las claves del sistema. Si resulta necesario para conseguirlo arrasar zonas naturales y, peor todavía, comunidades humanas enteras, eso no resulta un problema excesivo. Esa lógica es la que exige la deforestación de la Amazonia, pasando por algo el grave riesgo que esto supone para la preservación

de una zona vital en la preservación de la capa de ozono y, lo que es aun más grave, pasando por encima de los cadáveres de las poblaciones indígenas, pues respetarlas supondría retrasar la explotación de los recursos, con grave quebranto para la cuenta de resultados de las compañías multinacionales (o sólo nacionales). No cabe la menor duda de que existe un profundo vínculo entre las dos formas de destruir el equilibrio ecológico, pues la subsistencia de las poblaciones indígenas depende de que no se altere drásticamente el ecosistema al que están adaptadas. El vínculo es todavía más claro en la medida en que en el fondo se trata de que el modelo de producción y de relaciones sociales actuales se basa en la conversión de todo, seres humanos incluidos, en mercancía, cuyo precio debe quedar establecido en valores monetarios.

Los ejemplos se pueden multiplicar haciendo ver que no es posible una comprensión adecuada de los problemas medioambientales y ecológicos en general si prescindimos de su dimensión social, económica y política. Los transgénicos pueden ser peligrosos por amenazar la diversidad biológica, pero lo son aún más por la posibilidad de incrementar el control de la producción de alimentos por un reducido número de empresas, escasamente interesadas en innovaciones técnicas y científicas que no aumenten su poder y sus beneficios. Por otra parte, se nos presentan como un nuevo procedimiento para paliar el hambre en el mundo, cuando en estos momentos más bien hay excedentes alimentarios y las hambrunas se deben a problemas sociales y políticos, nunca a problemas de escasez. Algo similar se puede decir del riesgo evidente que provoca la energía nuclear, como quedó bien claro incluso para los escépticos más recalcitrantes tras el accidente de Chemobil. Es toda una forma de entender la producción y control de la energía lo que constituye una amenaza seria para la supervivencia de la especie humana en condiciones de calidad de vida satisfactoria. La energía nuclear lleva consigo una sociedad más jerarquizada en la que la obsesión por el control y la seguridad ponen en grave riesgo principios sustanciales de la convivencia democrática. La jerarquía predomina sobre la igualdad; la seguridad pasa por encima de la libertad; la opacidad en la información y en la toma de decisiones supera con creces la necesidad de transparencia; el dominio de los expertos, al servicio de los que realmente deciden, acaba con las posibilidades de una genuina participación de los interesados en aquellos asuntos que les conciernen.

Enfocado desde esta perspectiva el problema ecológico actual, pasa a primer plano como auténtica hecatombe ecológica, por poner un ejemplo significativo, la descomposición de las redes sociales provocada por una acelerada fragmentación que ahonda el abismo entre quienes poseen de todo y quienes caen el pozo de la exclusión social. El caso de la deuda externa es paradigmático. En términos absolutos, el país más endeudado del mundo es Estados Unidos, pero en su caso el endeudamiento es un mecanismo perverso que permite detraer recursos de todo el planeta para financiar un modo de vida basado en el despilfarro más obscuro, si bien no toda la población del país se beneficia, ni mucho menos, de esos niveles de consumo. Los países más empobrecidos sufren de otra manera el problema del endeudamiento; una vez que han sido atrapados por las redes financieras internacionales, parece como si su destino fuera hundirse cada vez un poco más en el pozo de la deuda, a cuya financiación tienen que dedicar la mayor parte de sus recursos, abandonando cualquier proyecto de consolidación de unas infraestructuras sociales eficaces y solidarias. Dejado a sus propias leyes de funcionamiento, una forma plausible de recuperación del equilibrio ecológico sería dejar que la miseria diezmará la población, algo que ya está ocurriendo en parte. De ese modo, disminuirían los riesgos de sobreproducción, así como los de conflictos sociales derivados de una lucha desesperada por acceder a recursos decrecientes de supervivencia. Se evitaría igualmente el riesgo derivado de los movimientos migratorios masivos de quienes intentan acceder al mundo más enriquecido para encontrar un modo de subsistencia, aunque sea pasando por condiciones laborales cercanas a la esclavitud. Una epidemia como el SIDA puede contribuir a acelerar la “solución final”. No sería sorprendente enterarnos algún día de que en ciertos círculos se tiene esta visión positiva de la situación del África subsahariana.

El ejemplo es, sin duda, algo tremendista, pero no demasiado alejado de la realidad. Los agujeros negros (por utilizar la expresión de Castells) de la exclusión social son auténticos sumideros que demuestran con claridad la dimensión social de los problemas ecológicos que acosan a los seres humanos. Por un lado, indican las dificultades que tenemos en estos momentos para atender a las necesidades de toda la población; al mismo tiempo muestran con toda claridad que esas dificultades son de tipo social, económico y

político. La exclusión no se distribuye de forma geográfica clara, como pretende engañosamente inducir la terminología al uso del Norte contra el Sur; bolsas de exclusión existen en todos los países, aunque, eso sí, con diferentes niveles de destrucción social y personal. Es más, son posiblemente las zonas urbanas aquellas en las que el equilibrio ecológico está sumamente amenazado por la presencia de capas sociales severamente empobrecidas. Al mismo tiempo, esos agujeros negros ponen de manifiesto la falacia subyacente en la comparación de la Tierra con una nave que camina por el universo y en cuya preservación están interesados todos los viajeros. Es cierto que existen problemas que afectan a todos los viajeros, pero no los afectan a todos de la misma manera y no todos contemplan las mismas soluciones para dichos problemas. Las dificultades de llegar a acuerdos acerca de la reducción de las emisiones de CO₂ a la atmósfera lo ponen de manifiesto. Para algunos se trata de un problema que podrá afectarlos seriamente a medio o largo plazo, modificando profundamente el espacio geográfico en el que ahora viven. Otros, sin embargo, no perciben esa amenaza y confían en que a ellos no los afectará de manera seria; a lo mejor, todo se reduce a modificar el destino de sus vacaciones o a trasladar algunas factorías a países menos afectados por el cambio.

3 c. Ecologismo para los pobres, ecologismo para los ricos

Eso debe quedar claro; no todo el mundo ve los problemas de la misma manera; para el África subsahariana el problema del SIDA es una cuestión de estricta supervivencia; para las multinacionales y para el gobierno de los Estados Unidos fue, un primer momento, un problema de controlar los derechos de propiedad de los laboratorios que producen los medicamentos adecuados y desde esa perspectiva orquestaron durísimas maniobras de presión sobre el gobierno de Sudáfrica. En la actualidad sigue siendo una cuestión de pura supervivencia para unos mientras que los otros han variado su posición y perciben la situación como un problema de seguridad nacional, lo que nos permite suponer que las soluciones serán diferentes según el enfoque que se dé del problema. Y este detalle es importante: la modificación de la actitud del gobierno de Estados Unidos no se ha debido a ninguna toma de conciencia sobre la mortal epidemia en África, sino por las consecuencias que dicha epidemia podría tener para la seguridad de su propio país en

un mundo en el que la movilidad de las personas es enorme. Es cierto, también, que la eficaz intervención de algunos grupos de Estados Unidos poniendo sobre la mesa la vergonzosa actitud del gobierno obligó a ceder, mostrando una vez más que determinadas actuaciones sólo pueden prosperar si son llevadas a cabo a espaldas del conocimiento de los ciudadanos. Por si acaso hiciera falta un segundo ejemplo, basta con dedicar alguna atención al enfoque que se está dando al serio problema de la inmigración en la Unión Europea y en los países de donde proceden esos inmigrantes, por no hablar ya de la voz de los propios inmigrantes que aceptan unas condiciones despiadadas para eludir la miseria sin esperanza ni futuro que asola sus lugares de origen.

Es cierto, por tanto, que viajamos todos en un mismo barco y eso va a permitir sin duda que se aceleren los enfoques más globalizadores. Pasos interesantes se van dando, sobre todo porque algunas de las catástrofes ecológicas más importantes, como fue el caso de la de Chernobil, afectan a países alejados del lugar donde se causaron los destrozos. También pueden servir de ejemplo los esfuerzos realizados para alcanzar acuerdos internacionales que limiten la emisión de clorofluocarbonados a la atmósfera, así como la estrecha cooperación científica internacional para analizar el problema acuciante del efecto invernadero. El ejemplo de la destrucción de la capa de ozono es quizás uno de los más claros. Al ser un riesgo que amenaza absolutamente a todo ser vivo y contra el que no hay protección local posible, los acuerdos han llegado mucho más pronto, aunque todavía no está resuelto definitivamente el problema. No obstante, no debemos ser excesivamente optimistas; incluso cuando las amenazas son reales y pueden afectar a todo el mundo, el afán de codicia y de obtención de beneficios, abaratando costos e incrementando ventas, puede ser demasiado fuerte y llevar a emprender aventuras desgraciadas. El mal de las vacas locas es un buen ejemplo de lo que digo; la difusión e implantación de los transgénicos sin excesivos controles ni regulaciones es otro ejemplo bien claro de la tendencia a hacer de aprendices de brujo.

Más discutibles resultan aquellos acuerdos mediante los cuales determinados países tropicales reciben unas subvenciones económicas para compensarlos de las renunciaciones que aceptan al dedicar amplios terrenos al crecimiento de bosques que permitan absorber las emisiones de dióxido de carbono que provocan el

calentamiento de la Tierra. El riesgo en este caso puede venir provocado por una distribución del trabajo y la producción de la riqueza que deje en unos países el control de los ámbitos más decisivos y productivos y reserve para otros un ámbito más bien subsidiario y dependiente. En cierto modo, los países más desarrollados económica y tecnológicamente le piden a otros países que desarrollen un modelo de explotación de la riqueza que ellos mismos no quisieron aplicar en su día; su posición de privilegio y dominio procede en gran parte de ese modelo de dominación que siempre practicaron, pero que no dejan practicar a los que vienen detrás. El planteamiento sería más coherente si se ofreciera al mismo tiempo una modificación de los hábitos de producción y consumo en los países que en estos momentos disfrutan de un nivel de consumo desmedido. Absolutamente impresentables son las medidas encaminadas a exportar los residuos producidos por los países con mayores niveles de consumo a países empobrecidos, a quienes se pagan irrisorias cantidades por aceptar el papel de basureros del mundo.

Un planteamiento global del problema —por volver a la imagen del barco en el universo— puede significar una desigual redistribución de las zonas geográficas: del mismo modo que en los barcos podemos encontrar camarotes de primera y de tercera, sería factible, al menos a corto y medio plazo, reservar zonas de alta calidad medioambiental, en las que podrían vivir los más beneficiados por el sistema, y zonas de muy baja o nula calidad. En las primeras zonas se utilizarían tecnologías punteras, con escaso impacto medioambiental, pero de elevado costo; en las segundas se utilizaría la tecnología que ya ha quedado obsoleta, incrementando los beneficios de las empresas instaladoras. Es bastante probable que los elevados fondos económicos necesarios en las zonas privilegiadas procedieran en parte de las zonas no privilegiadas. El conjunto, por descontado, nos mostraría un ecosistema bastante deteriorado, por lo que vengo diciendo: las radicales desigualdades y la injusta distribución del acceso a los recursos más elementales provocaría una situación de completo deterioro medioambiental. Eso es algo que ya está ocurriendo en las grandes ciudades, con diferencias abismales entre las zonas de alto nivel y las severamente degradadas, se trate de Nueva York, La Paz o Calcuta; y se produce también en la ubicación de las industrias

más contaminantes. Algo parecido ocurre con un bien escaso en muchas zonas del planeta, el agua potable; es un claro ejemplo de la posibilidad de alcanzar soluciones profundamente injustas, con claras pérdidas humanas en algunos sectores de la población. En este caso, además, el problema adquiere dimensiones políticas, siendo habitual el recurso a todos los medios de presión posibles, incluido los militares, para alcanzar un reparto del agua favorable a los intereses de determinados grupos y perjudicial para otros grupos. No es fácil llegar a entender completamente el conflicto entre palestinos e israelitas sin tener en cuenta la batalla que allí se está librando por el control del agua. Sin llegar a extremos tan dramáticos, el famoso Plan Hidrológico Nacional elaborado para España es un ejemplo modélico de la complejidad de los problemas medioambientales y de su íntima conexión con específicas propuestas de desarrollo económico y social.

Los actuales movimientos ecologistas que enfocan el problema desde esta perspectiva más globalizadora, en la que la dimensión social y política de los problemas pasa a primer plano, son los que no sólo muestran una mayor capacidad de análisis de la realidad sino también proponen modelos de organización y acción social más sólidos y coherentes. Si nos fijamos en luchas como la que están llevando adelante los habitantes del estado de Karnataka, los campesinos mapuches en Bio Bio o quienes en España se oponen contra la presa de Itoiz es fácil constatar cómo señalan claramente la raíz económica y política de las amenazas de destrucción de toda una zona, cuyos habitantes ven sus condiciones de vida gravemente amenazadas. El caso de los campesinos del valle de Karnataka, por tomar tan sólo un ejemplo, puede ser paradigmático. Se trata de un movimiento social orientado por lo que ellos mismos llaman un socialismo gandhiano. Eso significa que la organización del propio movimiento es un ejemplo de democracia directa y participación de todos los miembros de la comunidad en la toma de decisiones en aquellos asuntos que son de su incumbencia. Eso exige, claro está, la creación de mecanismos de representación que aseguren que los problemas que afectan a varias comunidades se decidan mediante procesos de consulta en los que dichas comunidades se impliquen. Es más, la preservación de la calidad medioambiental debe conducir a una sociedad diferente en la que desaparezca todo lo que atenta contra esa calidad; el sistema de castas, el

patriarcado y la intolerancia religiosa, son otras formas de opresión, discriminación y explotación que no tienen ninguna cabida en una sociedad que se preocupe de una apropiada configuración de su medio ambiente natural y social. Propuestas muy similares son las que aparecen en aquellos movimientos ecologistas que realizan un esfuerzo por comprender el problema en todas sus dimensiones y no olvidan, por tanto, la estrecha relación que existe entre un deterioro de la naturaleza (extinción de especies, granjas factoría, degradación del suelo, el aire y el agua...) y el deterioro de las relaciones sociales (opresión y explotación).

3 d. Los objetivos del ecologismo social

Si diferente es la manera de entender los problemas y los métodos con los que hacer frente a esos problemas, en los movimientos ecologistas a los que estoy prestando atención, son también diferentes los objetivos a medio y largo plazo que se proponen. Interrumpir la construcción de una presa en un momento determinado, como ocurre en Itoiz, Bio Bio o Narmada, es sin duda importante, como lo es frenar la construcción de un cementerio nuclear o desmontar las centrales nucleares ya existentes. Pero eso no son más que pasos para acceder a una sociedad ecológicamente transformada. Los miembros del movimiento del valle de Karnataka lo tienen claro: ellos aspiran a construir una “república campesina”, es decir, una forma de organización social, política y económica basada en esos principios de la democracia directa que antes he mencionado y en la libertad y la autonomía de todos los pueblos implicados y de todos los miembros individuales de esos pueblos. La opción por el transporte público no tiene como objetivo exclusivamente la reducción de la contaminación atmosférica en una ciudad, sino la modificación de unas estructuras sociales que han hecho posible el modelo actual en el que se termina identificando la satisfacción de las necesidades personales con el uso de un coche privado, para mayor beneficio de las grandes compañías de la construcción de automóviles y las grandes petroleras. Es más, no debemos olvidar que el modelo de un territorio cruzado por innumerables autopistas por las que transitan innumerables coches fue consecuencia de decisiones políticas muy concretas, tomadas igualmente en momentos muy concretos. En el caso de Estados Unidos, que sirve en la época actual de referente para casi

todo el mundo, a mediados de los años cuarenta, los expertos optaron por la autopista y el coche privado, frente al ferrocarril o al transporte público. Como es lógico, los grandes constructores de coches influyeron poderosamente en esa decisión.

La recuperación de un equilibrio ecológico se basa en un desarrollo sostenible, que a su vez sólo puede darse cuando se superen las circunstancias específicas que han dado lugar al problema concreto de destrucción del medio ambiente que está poniendo en peligro de extinción no tanto a la naturaleza cuanto a la especie humana. La extinción de especies es un hecho frecuente a lo largo de la historia evolutiva que no ha supuesto una desaparición de la vida en la Tierra, sino una modificación de las distintas maneras de manifestarse. Ciertamente, hay en estos momentos muchas especies amenazadas de extinción, posiblemente más que en otras épocas anteriores. Con todo y con eso, el problema más grave no es que desaparezcan esas especies, sino el destino de la propia especie humana, como ya he mencionado al principio. Una actuación irresponsable, estrecha de miras y sin capacidad de previsión, puede provocar en un plazo no muy largo una degradación notable de nuestras condiciones de vida; es más, existen indicios que hacen temer por la propia supervivencia de la especie humana. Sin duda, de tanto explotar a la gallina de los huevos de oro, estamos haciendo polvo a la propia gallina y obteniendo huevos cada vez de menor calidad; además, es posible que, al acabarse los huevos de los que depende nuestra propia existencia, nos veamos condenados a la desaparición.

Para ello debemos hacer frente a las raíces del problema. En primer lugar, un modelo antropológico que exalta el individualismo posesivo y pone como objetivo fundamental de la acción personal la adquisición de bienes de consumo, el tener más y más cosas. Es igualmente necesario superar una concepción del ser humano como rey absoluto de la creación que puede hacer con todo lo que lo rodea lo que le dé la gana, sin parar en ningún tipo de consideraciones. Aunque puede resultar complicado establecer los criterios que nos permitan hacer comparaciones, hay datos suficientes para afirmar que la especie humana es uno de los mejores logros del proceso evolutivo ocurrido en la Tierra durante cerca de 4.000 millones de años. Pero debemos ser muy conscientes de que formamos parte de ese proceso, que tenemos muchos más parecidos

de los que en un primer momento podemos aceptar con otras especies, y que nuestra propia vida dependerá de que establezcamos con lo que nos rodea unas relaciones de colaboración respetuosa, nunca unas relaciones de dominación desconsiderada. Demasiadas personas, sin embargo, siguen manteniendo una cierta arrogancia y consideran que, gracias a los avances tecnológicos sabremos superar las dificultades y seguir dominando la naturaleza que está a nuestro servicio absoluto. Recientes desastres ecológicos y amenazas bien reales han bajado algo los humos, pero todavía tenemos que desarrollar una actitud más modesta que, sin negar nuestra condición privilegiada, nos permita mantener unas relaciones más fecundas y equilibradas con la naturaleza.

En segundo lugar, otra de las raíces del problema son unas estructuras sociales y políticas basadas en la jerarquización y la dominación de una mayoría de la población por una minoría que controla los mecanismos de decisión; los expertos se apoderan del saber e imponen, bajo el velo de las exigencias técnicas, las decisiones que más convienen a la minoría dominante, reproduciendo a escala humana un burdo modelo de equilibrio en el que unos pocos son los depredadores y otros muchos son las presas. En este caso se trata de seguir la lógica propia del principio democrático en los temas que afectan al medio ambiente y el equilibrio ecológico. No se puede negar que hay que asumir riesgos y que determinadas políticas, incluso aquellas que se han tomado tras amplios análisis y largos debates, pueden ser equivocadas y provocar trastornos, a veces muy nocivos; pretender una garantía absoluta de que no van a existir consecuencias negativas por la comercialización de un determinado producto o por la introducción de una nueva técnica de producción excede cualquier capacidad humana, si bien hay que seguir exigiendo una prudente y exhaustiva valoración del impacto que esas acciones puedan tener. Tampoco podemos negar el papel insustituible que deben desempeñar los científicos y expertos en estas cuestiones para orientar los procesos de deliberación y la posterior toma de decisiones. Hay temas complejos, muy complejos, que necesitan serios y pacientes estudios para poder aclararnos un poco y saber cómo hacerles frente. Ahora bien, el problema de fondo seguirá siendo político y eso significa que la ciencia debe abrirse más a las exigencias sociales, aceptando las demandas planteadas por actores diversos que son conscientes de que ellos serán

quienes sufran al final los posibles daños. Una mayor participación de diferentes agrupaciones y grupos preocupados por estas cuestiones será sin duda beneficiosa al abrir los debates para que sean de dominio público y aportar ideas directamente vinculadas con la vida real de los seres humanos.

En tercer lugar, es necesario superar unas relaciones de producción en las que el único objetivo es la producción de plusvalía, o de riqueza, medida ésta en términos monetarios; atender necesidades sólo merece la atención de quienes controlan la producción en la medida en que se generan beneficios y los gestores y propietarios de las empresas sólo son responsables ante las juntas de accionistas y los mercados bursátiles: lo que produzcan y cómo lo produzcan pasan a ocupar un lugar secundario siempre y cuando se engrose la cuenta de beneficios. En cuarto y último lugar, una organización del intercambio entre las personas en las que lo importante es por encima de todo el valor de cambio y no el valor de uso; todo, absolutamente, todo termina siendo convertido en producto mercantilizable, desde el agua que bebemos hasta el aire que respiramos, pasando por la salud o la educación. Las cosas y las personas, el medio ambiente y todo lo que de él forma parte, pasan a ser vistos con las anteojeras de la comercialización y sólo son apreciados en la medida en que pueden ser convertidos en valor de cambio, que hará posible esa extracción de plusvalía vital para el mantenimiento del sistema. Vistas estas cuatro consideraciones con las que cierro este apartado, no cabe la menor duda de que el ecologismo está planteando una revolución integral, un cambio profundo en la manera de entendernos a nosotros mismos y a la naturaleza que nos rodea, una redefinición del sentido de la vida humana y de las relaciones sociales, muy coherente por lo demás con todo lo que vengo planteando a lo largo de este libro.

4. La autogestión y la economía social

4 a. Una economía que no genera exclusión y pobreza

Ya a lo largo de todo el apartado anterior hemos podido ir viendo algunos de los problemas más graves que plantea la actual manera de entender la economía, problemas que pueden terminar provocando el colapso de los objetivos fundamentales que toda

propuesta económica debe satisfacer. Por una parte está el agotamiento de los recursos naturales o la modificación irreversible de los equilibrios ecológicos necesarios para poder subsistir como especie humana viable; por otra parte, a pesar del incremento notable de la capacidad de producir bienes materiales y a pesar de que ya existen bienes suficientes como para satisfacer las necesidades básicas de toda la humanidad, siguen existiendo fenómenos indudablemente asociados con situaciones de penuria, como pueden ser las tasas elevadas de pobreza y de exclusión social, por no mencionar la reiterada aparición de hambrunas que en algunos lugares son ya endémicas. Es cierto que a lo largo de la historia han existido situaciones en las que la humanidad, o determinados grupos sociales han tenido que hacer frente a condiciones de escasez dura, con restricciones muy severas para toda la población concernida y con medidas drásticas para garantizar la supervivencia. No obstante, en general, la causa más frecuente de la escasez y la miseria ha estado más bien en la manera de organizar la producción y distribución de bienes, o lo que podríamos llamar las relaciones sociales de producción. En la época actual podemos decir que ya no existen excusas; si hay hambre y miseria, si sectores enormes de la población padecen hambrunas o están sumidos en una pobreza destructiva, no se debe a problemas técnicos o a escasez de recursos, sino a una organización de la economía que hace posible e incluso genera esa pobreza.

Conviene dejar lo anterior muy claro desde el principio. Por más que los paladines del pensamiento único políticamente correcto en la actualidad intentan mostrar o demostrar que la economía impone unas leyes que los políticos y los ciudadanos tienen que aceptar sin oponer resistencia, los hechos siguen siendo tozudos. La economía no es una ciencia que se dedica a desvelar las leyes que regulan la producción y distribución de bienes en una sociedad, como si de leyes naturales e inmutables se tratara. Los grandes procesos económicos son más bien el resultado de las decisiones tomadas por los seres humanos en momentos específicos y lugares bien concretos, sin obedecer a ningún tipo de necesidad natural. Basta recorrer la historia de la humanidad, o con observar la situación actual, para poder comprobar que han sido muchas y muy distintas las relaciones sociales diseñadas para hacer frente a los problemas que englobamos en el ámbito de la economía. Las

limitaciones tecnológicas o las específicas características de un espacio geográfico han impuesto restricciones notables a las posibilidades de intervención humana, de tal modo que en algunos momentos no se han podido hacer cosas que sí han sido posibles en épocas posteriores. Sin embargo, si nos fijamos, por ejemplo, en el gran salto tecnológico que se produjo en Europa en la Edad Moderna podremos comprobar que obedeció en gran parte a decisiones concretas tomadas en los albores de esa época que tuvieron un impacto concreto sobre la sociedad europea; China se encontraba en una situación similar en aquellas fechas, pero tomó otras decisiones que provocaron, como es obvio, unas consecuencias bien distintas, hasta el punto que fueron los europeos los que terminaron imponiendo algunas condiciones al Imperio Chino y no a la inversa.

Los ejemplos se pueden multiplicar y son bastante ilustrativos. A finales del siglo XIX eran varios los países que se encontraban en una buena situación económica y social para hacer frente a la segunda revolución industrial. Una vez más, decisiones concretas favorecieron un desarrollo más adecuado para satisfacer las necesidades de una población, mientras que otras decisiones supusieron un desastre para la población de sus respectivos países, que quedaron sumidos en situaciones de gran desventaja económica, siendo fáciles presas de la codicia expansiva de las nuevas potencias dominantes. Los casos de la Argentina o Ecuador, por no poner más que dos ejemplos concretos, son bien significativos. Países dotados de enormes posibilidades por las riquezas naturales con las que cuentan, se han visto sumidos en una espiral de deterioro económico que en estos momentos los ha llevado a una situación casi dramática. Las decisiones que han provocado ese deterioro fueron tomadas por sujetos muy concretos, algunos del mismo país, otros de organismos internacionales como el Banco Mundial, otros más pertenecientes a grandes multinacionales; en todo caso, eran todos parte de esa tecnoestructura de altos expertos y altos ejecutivos que zanján las cuestiones para conseguir objetivos concretos que sin duda los beneficiaban a ellos y a corto plazo. Obviamente, tampoco la situación actual debe ser entendida como algo definitivo o inmodificable; decisiones más acertadas y políticas económicas bien orientadas podrían acelerar los cambios necesarios que devolvieran un cierto nivel de calidad de vida para sus habitantes.

De hecho, el modelo en el que ahora vivimos tiene sus orígenes precisamente en esas fechas, baja Edad Media europea y Renacimiento y, como ya he dicho en el apartado anterior, se basa en una peculiar concepción del ser humano, al que se contempla como individuo egoísta y posesivo que va buscando la riqueza material para sí mismo y su círculo más inmediato. En una compleja circularidad causal no fue el desarrollo económico el que provocó un cambio social, sino que los cambios en la forma de concebir la vida humana en sociedad, así como otros cambios de tipo cultural e ideológico, son los que interactuaron con los procesos más puramente económicos para configurar un específico modelo de relaciones sociales y relaciones de producción. La economía no es, por tanto, la que debe imponer sus normas al resto de la sociedad y determinar la vida política de la misma. Puestos a establecer alguna prioridad jerárquica, lo cual sería algo difícil y más bien artificial, sería más bien la acción política la que debiera marcar la pauta, y mucho más si estamos hablando de sociedades que pretenden ser democráticas tal y como he expuesto en el apartado sobre la democracia. El economicismo que primó en los orígenes de las sociedades capitalistas, que aceptó el marxismo más genuino y que sigue encontrando adalides entusiastas entre los líderes del neoliberalismo actual, no pasa de ser una ficción que tiene como misión la usurpación de las instituciones políticas para ponerlas al servicio de intereses muy específicos, los intereses del bloque hegemónico que controla la gran economía.

Lo malo de esta ramplona concepción de la sociedad humana y sus diversas manifestaciones es que termina conduciendo a algunas de las aberraciones más nocivas que padecemos en la actual situación mundial. Proclamada la actividad económica como el modelo que debe orientar el resto de la actividad humana, se proclama a renglón seguido que es el actual modelo económico —mejor dicho, el actual modelo impuesto en gran parte de la vida económica por ese bloque dominante— el orden natural de las cosas y algunas de sus leyes básicas se plantean como leyes inmutables. Pensemos en tres de las más significativas: el libre mercado, la competencia y la obtención de beneficios. Desde estos presupuestos, se interviene activamente para garantizar que algo tan poco natural como esos tres principios se conviertan en dogmas incuestionables y se utilicen para diseñar políticas económicas específicas. Persistentes

maniobras de ocultación apenas logran enmascarar que la libertad de mercado se parece más bien a una auténtica conspiración de poderosos oligopolios que imponen sus leyes y deciden en conciliábulos poco transparentes cómo van a seguir preservando su privilegiada posición social, ignorando los intereses de la mayoría, entre otros los intereses de los consumidores o usuarios a los que dicen servir. Esos poderosos conciliábulos actúan además para garantizar que la libertad de mercado sea de forma preferente libertad para ellos mismos, excluyendo de la misma a los potenciales rivales. Acuerdos secretos sobre precios, aranceles restrictivos, zonas de exclusión, exenciones fiscales y otras muchas medidas no son en absoluto resultados de una libertad de mercado, sino consecuencia de intervenciones específicas para que no haya real libertad y algunos sigan disfrutando de su excelente situación.

Algo parecido se puede decir del segundo dogma de la actual economía, la competitividad; el supuesto en este caso es que la competencia entre los agentes económicos supondrá, siguiendo un burdo y añejo biologismo, la supervivencia de los más aptos, saneando la economía y acabando con aquellos sectores o unidades de producción obsoletas. Para empezar, la competencia poco tiene que ver con un juego limpio en el mundo de la economía y se parece bastante más a una guerra despiadada para conquistar mercados, cuotas de producción, fuentes de riqueza; una guerra en la que parece que todo vale y en la que la sociedad queda dividida entre perdedores y vencedores, siendo los primeros los únicos responsables de su triste destino. La violencia de ese modelo económico es apenas atemperada por los acuerdos a los que acabo de hacer mención, gracias a los cuales se establecen repartos de poder y de influencia que garantiza a unos cuantos supervivientes una relativa estabilidad. Como suele ocurrir cuando se establecen acuerdos entre codiciosos y voraces depredadores, sólo funcionan mientras todos los firmantes del pacto consideran que no pueden invertir a su favor los términos del acuerdo; de entrever alguna posibilidad, poco les importara reiniciar la guerra económica para ampliar su esfera de influencia. Por otra parte, bien se cuidan en todo momento de que no se abra un debate público sobre conceptos como el de competencia o eficacia, cuestiones ambas tan complejas como discutibles, y zanján el debate sosteniendo sin mucho

fundamento que son más competentes aquellas empresas que obtienen mayores beneficios, o cuya cuenta de resultados es más boyante, o las que generan una mayor plusvalía para sus titulares, en especial para los titulares que controlan los puestos de decisión y los consejos de dirección.

Convertido el beneficio monetario en criterio final y decisivo para valorar el nivel de competencia de todo proceso productivo, de toda empresa o actividad económica, se consume lo que bien fue llamado el fetichismo de la mercancía y la consagración del valor de cambio como único valor significativo desde el punto de vista de la economía. El capitalismo financiero o bursátil se convierte en el eje de la economía actual y son sus dictados e intereses específicos los que se ponen por delante cuando hay que tomar las decisiones oportunas. Se puede llegar a ver aberraciones como la que en estos momentos se está produciendo en el enfrentamiento de las multinacionales farmacéuticas con los países empobrecidos que quieren producir los medicamentos genéricos para combatir el SIDA, enfrentamiento que ya mencioné en el apartado anterior; el beneficio monetario de las primeras —y claro está de sus altos ejecutivos— está por encima de las vidas humanas de cientos de miles de personas que carecen del dinero suficiente para hacerse con un tratamiento excesivamente caro. La impúdica y salvaje sangría que está suponiendo en gran parte del mundo la deuda externa es el ejemplo más crudo y negativo, aunque no el único, de lo que supone dejar la economía en manos de banqueros. Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional se erigen a sí mismos en líderes de la política económica mundial y logran imponer mediante la coacción e incluso por la fuerza bruta, con la complicidad de sus aliados en todos los países, lo que, según sus teóricos, no son más que las leyes naturales de la economía. De poco sirve que sus políticas económicas se muestren una vez tras otra ineficaces para remediar los problemas que es necesario afrontar. Siguen repitiendo con insoportable monotonía la misma cantinela año tras año: flexibilizar el mercado de trabajo, contener los salarios, reducir el déficit público, privatizar las empresas de titularidad pública... Desde luego, quienes inspiran, apoyan y controlan la política económica obtienen pingües beneficios, por lo que no debe extrañarnos su insistencia; eso sí, el desnivel entre quienes todo lo poseen y quienes no poseen nada se

incrementa inexorablemente desde hace un par de décadas. Por otra parte, la finalidad primaria de la vida económica que no es otra que garantizar una producción y distribución de bienes que permita satisfacer las necesidades de todos los seres humanos, se pierde en esa maraña de lucro, saqueo y rapacidad. Es posible que en algunos países haya disminuido el porcentaje de pobreza en los últimos treinta años, pero las desigualdades se acentúan, poniendo en peligro real los fundamentos básicos en los que deben fundamentarse las sociedades democráticas.

Por otra parte, al situar ese específico modelo económico como paradigma que debe ser copiado en todas las esferas de la vida social, se provoca un auténtico descalabro, dada la inadecuación de los patrones utilizados cuando se aplican a ámbitos muy diferentes. Nadie pondría en duda que le gustaría disfrutar de unos servicios públicos más eficaces en todos los sentidos, como puede ser, por ejemplo, una sanidad en la que no existan listas de espera o en la que los pacientes reciban el trato adecuado. Pensar que eso se va a conseguir aplicando los criterios de competitividad y beneficio monetario que se manejan en el mundo económico resulta completamente falaz. Insistir en que la desaparición de la intervención de los poderes públicos, dejando en manos de la iniciativa privada todos los servicios, va a mejorar nuestra calidad de vida, es algo nunca demostrado completamente; a lo sumo, puede haber alguna experiencia positiva en algún sector muy concreto que no resulta significativa y no se puede generalizar. La rentabilidad de los servicios públicos (sanidad, enseñanza, transportes, preservación del medio ambiente o calidad urbanística) es importante, muy importante, pero no puede evaluarse con criterios económicos, sino más bien con criterios políticos y sociales que no pueden dejarse en manos de los empresarios, sino que deben ser responsabilidad de todos los ciudadanos. La experiencia acumulada en los años en los que más rigurosamente se ha aplicado el dogma neoliberal parece suficiente para hacernos ver que no sólo ha contribuido a profundizar la dualización de la sociedad, sino que también ha defraudado incluso donde se presentaba como un avance indiscutible: no se ha producido ninguna mejora sustancial de los servicios que han sido privatizados y más bien podemos encontrar serios indicios, o claras realidades, de que ha ocurrido precisamente lo contrario. Las fallas del modelo son a estas alturas muy evidentes. La tecnocracia

en el poder utiliza todos los medios a su alcance para sostener una situación insostenible, mientras diseña nuevas prácticas económicas que reduzcan los aspectos más negativos sin que eso suponga una merma de su privilegiada situación.

4 b. Algunos rasgos básicos de la economía

Posiblemente lo que es cada vez más urgente es devolver a la economía el papel que realmente le corresponde en la vida de los seres humanos. Es cierto que, al menos en los discursos oficiales, nunca se ha dejado de hacer referencia al bienestar de las personas como aquello a lo que debe estar subordinada la actividad política y más concretamente la política económica de un país, pero el orden de prioridades se invierte de hecho con una gran facilidad. Como ya he comentado en un par de ocasiones, en el mundo moderno la acumulación de riquezas, el enriquecimiento individual, ha constituido el hilo conductor de la actividad económica. Poco después de iniciarse la primera revolución industrial en Europa, fueron ya muchas las personas que criticaron con dureza ese afán desmedido de riqueza individual y llamaron la atención sobre la prioridad que debía otorgarse al bienestar de las personas en general. El capitalismo en su primera configuración madura no se implantó sin fuertes resistencias de parte de quienes se veían duramente marginados y utilizados como simples objetos para el enriquecimiento de unos, como mano de obra o mercancía humana. Corresponde al socialismo, en sus diferentes versiones, haber encauzado de forma eficaz y organizada la defensa del bien común, en el sentido de unas condiciones de vida digna para todos y cada uno de los seres humanos que forman parte de una sociedad. Esto no debe hacernos olvidar que en los países en los que triunfó una determinada versión del socialismo hubo serios fallos en la prosecución de políticas de bien común. Desde entonces hasta el momento, la insistencia en una u otra orientación, en el enriquecimiento individual o en el bienestar colectivo, ha sufrido alternativas. En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial se impuso en los países europeos lo que vino a llamarse estado del bienestar, propuesta bien articulada por algunos economistas, aplicada por los políticos y sostenida por las organizaciones socialistas para garantizar su pleno cumplimiento. A mediados de los años 70 se abrió paso el otro proyecto, el que

elogia la actividad individual competitiva guiada única y exclusivamente por el afán de lucro. En esa fase es en la que nos encontramos en estos momentos, si bien algunos indicios podrían indicar que no goza ya del privilegio del que gozaba tan sólo hace unos meses. Una vez más, han sido las protestas airadas de los perdedores, quienes defienden un modelo alternativo, las que han contribuido, junto con los ostentosos fracasos de la propuesta neoliberal, a iniciar tímidamente un nuevo cambio de rumbo.

Lo que parece importante es recuperar el objetivo prioritario de la actividad económica y éste no es otro que la producción de bienes y su posterior distribución para poder satisfacer las necesidades humanas. De eso se trata en definitiva. Hace falta organizar la producción de bienes, tarea que desde luego no es en absoluto sencilla, pero de modo especial la producción de aquellos bienes que satisfacen las necesidades fundamentales. En contra de lo que la sociedad desarrollista de consumo suele mantener, las necesidades humanas no son ilimitadas, como tampoco son algo relativo que depende de cada cultura y de cada época. La tendencia de los economistas a centrarse en su propia especialidad —error compartido por casi todos los especialistas en casi todas las disciplinas— y a considerarla como la fundamental y más rigurosa, ha provocado el que ignoren las aportaciones que en este campo hacen psicólogos, antropólogos y sociólogos. De no haberlo hecho, hubieran comprobado que, sin negar ciertas variaciones, no resulta demasiado difícil encontrar algunas necesidades fundamentales que están presentes en todas las culturas. Excede con mucho las posibilidades de este trabajo entrar a una enumeración clara, pues son varias las que pueden proponerse sin que esa variedad invalide la pretensión de universalidad. Lo que sí es posible afirmar es que no son muy numerosas y que poseen además un cierto orden jerárquico. Cuando hablamos de esas necesidades estamos hablando, por ejemplo, de necesidades fisiológicas, de seguridad y protección, de pertenencia y participación, de afecto, de valoración personal y de autorrealización, con lo que esta última supone de libertad, identidad personal y creatividad. Desde luego difícilmente podremos hablar de vida humana si se dan carencias importantes en cualquiera de ellas y menos todavía si se dan en muchas.

La jerarquización de esas necesidades quizá no sea tan universal y admita interpretaciones variadas, según el contexto. Las

necesidades fisiológicas son, sin duda, básicas y no satisfacerlas conduce directamente a la muerte. Pero está claro que en situaciones extremas, los seres humanos pueden renunciar a esa satisfacción para reivindicar la prioridad de otras necesidades que están siendo brutalmente desatendidas. Las huelgas de hambre, como las autoinmolaciones —más allá de la valoración que podamos hacer de las mismas— indican esa imprescindible contextualización de las necesidades. En sociedades democráticas, ocupan posiblemente el nivel más alto de la jerarquía las relacionadas con la autorrealización, sin que eso nos lleve a pasar por alto la indiscutible unidad y globalidad de todas ellas. Más condicionadas histórica y socialmente están los satisfactores que pretenden cubrir esas necesidades, y es ahí donde podemos encontrar algunas diferencias en el espacio y el tiempo. Una necesidad básica, por poner un ejemplo, es la de protección; la inseguridad ciudadana puede generar grandes tensiones sociales; ahora bien, para satisfacer esa necesidad se pueden arbitrar medios muy diversos, algunos de los cuales terminan siendo contradictorios. El incremento de la policía, el reforzamiento del ejército y el armamentismo o la carrera armamentista, incluyendo las armas nucleares, son buenos ejemplos de satisfactores de muy dudosa eficacia, salvo en circunstancias muy concretas y en períodos de tiempo muy breves. Las tasas de violencia en Estados Unidos son mucho más elevadas que en la Unión Europea, siendo su población carcelaria y la tenencia privada de armas muy superiores a las europeas. Desde luego, no parecen satisfactores adecuados y hay sólidas sospechas de que pueden ser por el contrario elementos generadores de inseguridad. La tasa de policía más elevada de la Unión Europea es la del País Vasco, y no parece que eso haya contribuido a incrementar el sentimiento de seguridad de sus ciudadanos.

Los ejemplos se pueden multiplicar y el lector sabrá encontrar muchos: el nacionalismo y el fundamentalismo como garantes de la identidad personal; la permisividad y el libre mercado como satisfactores de la libertad; la televisión comercial como instrumento para atender las necesidades de ocio; los regalos navideños como prueba de afecto... Esta distinción entre necesidades básicas y cuasi universales y satisfactores histórica y socialmente determinados, puede tener interesantes consecuencias en la economía. Una de ellas es dejar a un lado polémicas algo estériles acerca del incremento de

necesidades que no pueden ser satisfechas. Más valiosa es la posibilidad que abren para distinguir diversos tipos de satisfactores: los que destruyen la posibilidad de atender otras necesidades; los pseudosatisfactores, que generan falsa sensación de satisfacción; los que inhiben la posibilidad de colmar otras necesidades; los que son singulares y se centran exclusivamente en saciar una necesidad prescindiendo de todas las demás y sin considerar los posibles efectos que sobre esas otras pueda tener, o aquellos que son, por el contrario, sinérgicos, es decir, que permiten satisfacer varias necesidades a un tiempo. Por otra parte, eso nos permite abordar también con cierta coherencia la tarea de definir cuáles deben ser los satisfactores que una sociedad instituye o crea para atender las necesidades de su población. Como resulta obvio de todo lo que vengo diciendo, el núcleo del problema se sitúa en que no se pierdan nunca de vista las necesidades señaladas, que se articulen a ser posible satisfactores sinérgicos y que, en todo caso, éstos sean el resultado de un proceso discursivo y comunitario en el que, como corresponde a sociedades democráticas, desde abajo hacia arriba se van definiendo prioridades y medios.

Algo similar se puede decir de la calidad de vida a la que debe subordinarse la economía. Hasta no hace mucho tiempo, haciendo gala de un reduccionismo miope, los economistas y los responsables de la política económica solían equiparar el nivel de vida, o la calidad de vida, a la renta *per capita*. Un primer problema, y no el único, de ese baremo venía dado por el hecho elemental de que sólo entraban en la evaluación de la riqueza de un país aquellas actividades que formaban parte del mercado y podían ser traducidas en términos económicos. Las otras, como, por ejemplo, el trabajo doméstico, no eran tenidas en absoluto en cuenta. Si la atención de los enfermos era desempeñada por la propia familia en el hogar, preferentemente por las mujeres, no podía ser contabilizada en la renta nacional; si era desempeñada por personal contratado, ya entraba en esa contabilidad, de donde se sigue que tenían mejor calidad de vida los países en los que esa atención estaba profesionalizada. El ejemplo es intencionalmente polémico, pero ilustra lo pobre que puede resultar medir el nivel de vida en términos monetarios. Un segundo problema está relacionado con el hecho de que, incluso admitiendo que podemos medir en dinero el conjunto de recursos que poseen las personas,

esto no tiene en cuenta el conjunto de derechos que poseen los individuos y la estructura de esos derechos. Ahora bien, son más bien éstos los que nos van a permitir averiguar cuál es la capacidad real de una persona para acceder a los recursos y poder disponer de ellos para llevar adelante el proyecto de vida que desea vivir. Estas observaciones no hacen más que recordarnos la dimensión ineludiblemente política de la economía y al mismo tiempo su subordinación absoluta a facilitar a los seres humanos la posibilidad de disponer del suficiente bienestar que les facilite —aunque no les garantice— llevar un vida buena o una vida feliz.

Que la renta *per capita* es un índice burdo, parece algo ya universalmente reconocido. Más penoso es que los responsables económicos están obsesionados en estos momentos con otros parámetros tan burdos como aquél. La importancia concedida al índice de las bolsas mundiales, la obsesión por las tasas de déficit público, la atención prestada a las fusiones entre grandes emporios o la preocupación por la obtención de beneficios y rentabilidades económicas, son restos de ese economicismo burdo y ramplón, que lo sería más todavía si no fuera porque, como ya he dicho, a duras penas ocultan el hecho de que algunos grupos bien definidos están obteniendo recursos ingentes para satisfacer y perpetuar sus posiciones de privilegio. En todo caso, más sensatos parecen los numerosos intentos de conseguir unos índices que orienten con más realismo el nivel de bienestar en un determinado país. El famoso índice de desarrollo humano, en permanente proceso de revisión, ofrece, sin duda, un avance notable y llama la atención sobre otras dimensiones de la vida humana difícilmente expresables en términos monetarios, aunque eso no signifique que no puedan ser evaluadas, incluso cuantitativamente. La exigencia de medir el impacto ecológico de todo nuevo proyecto puede igualmente servir de freno para proyectos de dudosa rentabilidad social, aunque de indiscutible rentabilidad económica para algunos; y ahí tenemos los abundantes planes hidrológicos en el mundo: Narmada, Bio Bio o el Ebro. Un reciente estudio realizado en España y patrocinado por la Caixa, analizaba el nivel de bienestar en España utilizando 68 indicadores agrupados en siete variables: riqueza; sanidad; cultura y educación; empleo y calidad de vida en el trabajo; seguridad y justicia; vivienda y clima. Algo que se desprende de todo esto, es que estamos en un

proceso profundo de revisión de un objetivo básico de toda política económica: garantizar una producción de bienes y una distribución de los mismos que haga posible para todas las personas una vida de calidad. Esto es algo tan importante que no puede ser dejado en manos de unos únicos expertos, sean éstos políticos o económicos, y mucho menos cuando esos expertos están defendiendo sus propios intereses; exige más bien un trabajo interdisciplinar en el que participen otros expertos y, por encima de todo, en el que intervengan, mediante procesos democráticos de discusión, todas las personas directamente afectadas. La experiencia de Porto Alegre parece indicar que no resulta tan imposible hacer algo parecido cuando se trata de diseñar los presupuestos que concretan la política económica de una sociedad.

4 c. El lugar central del trabajo en la producción de riqueza

Hay algo que desde el punto de vista antropológico no deja de resultar extraño. Ciertamente ya en la Biblia, en el Génesis, es presentado el trabajo como una maldición, en la medida en que los seres humanos pierden la posibilidad de garantizar su subsistencia y la satisfacción de sus necesidades recurriendo a tomar lo que necesitaban directamente de la naturaleza que los rodeaba. Se narra así la experiencia de la dureza que el trabajo puede llegar a suponer en muchos momentos y se introduce en cierta manera el mito del país de Jauja, aquel en el que se vivirá en la abundancia y no se tendrá que padecer sufrimientos y privaciones simplemente para poder subsistir. No obstante, una de las características que puede definir a la especie humana es su afición al trabajo, a la manipulación creativa de lo que la rodea. En algunos momentos, nuestra especie ha sido definida como *homo faber* para indicar precisamente esa tendencia a hacer cosas, a producir, en definitiva, a trabajar; el desarrollo conjunto de la mano y el cerebro en un largo proceso evolutivo pone de manifiesto igualmente esa predisposición a la manipulación y transformación de las cosas, fabricando multitud de instrumentos cada vez más sofisticados con los que mejoraba sustancialmente su capacidad de acción. Ciertamente, los seres humanos tenemos que emprender con cierta frecuencia tareas muy tediosas que producen poca o ninguna satisfacción, al menos a corto plazo. Este tipo de tareas son, sin embargo, menos numerosas de lo que se puede suponer; el esfuerzo y cansancio que supone cualquier tipo

de trabajo no es una prueba de su condición negativa, sino posiblemente más bien de todo lo contrario: el esfuerzo dedicado a hacer algo supone más bien un refuerzo positivo que incrementa la satisfacción por el trabajo realizado.

Lo que somos viene determinado en gran parte por lo que hacemos, y nuestros productos, lo que elaboramos y creamos con nuestras propias manos y nuestro cerebro, son ingredientes irrenunciables que configuran nuestra propia identidad personal. Somos en gran medida lo que se muestra en nuestra conducta y nuestra actividad, y con nuestro trabajo proyectamos hacia el exterior nuestra propia personalidad; como si de un espejo se tratara, nos reconocemos en nuestras propias obras y logramos igualmente el reconocimiento social de quienes nos rodean gracias a lo que vamos haciendo a lo largo de nuestra vida. Como ya se ha dicho en diversas ocasiones, es preferible tener un trabajo en el que nos explotan que pasar a engrosar las estadísticas de la desocupación. Los estudios realizados sobre las consecuencias que tiene la desocupación de larga duración indican con toda claridad que tiene una incidencia muy negativa sobre el equilibrio psicológico de las personas y que afecta seriamente a sus relaciones sociales y familiares. En el caso de volver a encontrar trabajo, estos desocupados deben recibir apoyo adicional para poder hacer frente a ciertos hábitos básicos que acompañan a la vida laboral activa, hábitos que han perdido tras el largo período de inactividad. Las nefastas consecuencias que tiene igualmente para la personalidad la vida ociosa y parasitaria son también claras, sin que ello suponga en principio un rechazo del famoso derecho a la pereza o de la reivindicación permanente de la disminución de la jornada de trabajo; tampoco excluye la exigencia de que mejoren sustancialmente todas las condiciones de nuestro trabajo y es absolutamente coherente con la petición de repartir el trabajo para poder trabajar todas las personas. Trabajar es, por tanto, algo necesario, creativo y enriquecedor para las personas, es fuente de identidad personal y actividad imprescindible para alcanzar la inserción social y sentirse miembro activo de una comunidad.

Esto nos permite situarnos ya ante algunas de las contradicciones básicas del modo de producción capitalista en el que ahora nos encontramos metidos. La primera viene dada por la reducción del trabajo al trabajo asalariado, negando la pluralidad de actividades

creativas, no determinadas por un salario, que forman parte de esa dimensión específicamente humana. Está claro que a lo largo del siglo xx se ha ido produciendo una disminución de la duración de la vida laboral asalariada de las personas, tanto por la disminución del número de horas anuales trabajadas como por la reducción del número de años, retrasando la edad de inserción en el mundo del trabajo y adelantando la edad de la jubilación. En todo el ciclo vital son muchas más las horas en las que podemos estar haciendo otras cosas que cumplen con lo que he definido someramente como trabajo. La empobrecedora identificación de trabajo con el trabajo asalariado y asalariado no está, por tanto, justificada y tiene aún otra consecuencia igualmente negativa. Todo lo que no es trabajo asalariado es trabajo de segundo orden, poco valorado socialmente e incapaz de conceder esa sensación de estar aportando algo que hace posible nuestra inserción social como agentes activos que participamos en la construcción de una sociedad y de su historia, una actividad gracias a la cual logramos el reconocimiento de nuestros semejantes. Como consecuencia de lo anterior, el tiempo de ocio se entiende como tiempo en el que no hay actividad valiosa, en el que no debemos hacer nada, favoreciendo de ese modo la creación de toda una industria del ocio en la que se nos incita a ser consumidores pasivos de productos ya elaborados y empaquetados por otros, como una mercancía más; ya no nos reconocemos en lo que hacemos, sino en lo que tenemos y en lo que consumimos.

Esto es lo que condujo ya a los primeros socialistas a denunciar lo que llamaron alienación en el proceso de trabajo. Los seres humanos, al incorporarse al proceso de producción propio del capitalismo eran víctima de una alienación total de su identidad como seres humanos. El trabajo dejaba de ser un proceso de realización personal; en lugar de ser parte activa de ese proceso, los trabajadores se limitaban a desempeñar una tarea decidida por otras personas, con unas pautas de elaboración en las que tampoco tenían ninguna participación, para producir unas mercancías o productos en los que no podían verse reflejados pues nada tenían que ver con su propia dimensión creativa. El trabajo pasaba a ser una mercancía más, sometida a las mismas reglas de la oferta y demanda que cualquier otro producto y a la exigencia de extracción de plusvalía que constituía el corazón del proceso productivo capitalista. El incremento de la productividad favoreció que en

un determinado momento se decidiera favorecer a la clase trabajadora para que pudiera acceder a la adquisición de los bienes de consumo que producían en las fábricas. Sin negar en ningún momento lo que tuvo de positivo ese proceso al mejorar la condición de vida de los trabajadores, al menos en lo que se refiere a la disponibilidad de recursos, tampoco conviene olvidar que, dadas las relaciones de poder dentro del sistema, el consumo reforzaba la dependencia de un modo de producción que seguía negando la posibilidad de los seres humanos de realizarse plenamente gracias a su trabajo. La alienación y la explotación se doblaban por así decirlo; expoliados al recibir un salario inferior al que les hubiera correspondido, volvían a ser expoliados al convertirse en consumidores pasivos de unos productos que con frecuencia guardaban una lejana relación con la satisfacción de sus necesidades personales. La implantación del modo de producción capitalista exigió desde sus primeros pasos un notable esfuerzo para disciplinar a las personas a aceptar algo que no les resultaba gratificante y no les permitía dotar de sentido a sus vidas. Ésa es una de las grandes paradojas del este modelo: se deja de ver en el trabajo algo creativo y sólo se acepta como algo impuesto por la fuerza.

En contra de lo que pudiera parecer, las dos últimas décadas del siglo xx han visto un incremento notable del empleo a escala global, sin negar que en algunas zonas, en concreto en España y la Unión Europea, se ha producido un incremento brutal del desempleo. Ciertamente todo esto se ha producido acompañado de una profunda reestructuración del modelo de empleo y de la estructura social presente en el mundo del trabajo, si bien con variantes importantes de un país a otro y de una gran zona económica a otra. En todo caso, no parece que figure en el horizonte más cercano, ni a medio ni a corto plazo, una sociedad sin trabajo asalariado. Tampoco parece que fuera una hipótesis deseable, dada la importancia para todas las personas que tiene el formar parte activa de la estructura productiva; ciertamente el asalariado es un sistema alienador y explotador, pero no tiene por qué ser así. Pueden darse, y de hecho se dan, organizaciones en las que, sin dejar de percibir un salario por el trabajo realizado, las personas no son explotadas, sino que participan activamente en todo el proceso. Lo que está siendo realmente negativo es el modelo de reestructuración del empleo en las sociedades llamadas postindustriales,

y lo es porque el objetivo que guía ese modelo es el de la preservación, incluso incremento, de la tasa de beneficios que corresponde al capital y a los altos ejecutivos, a la tecnocracia empresarial y política. Por eso mismo, de las reivindicaciones que se están produciendo para hacer frente a una parte de esta reestructuración del mundo del trabajo, son mucho más interesantes las que apuntan hacia la reducción de la jornada laboral a 35 horas semanales y las que insisten en el reparto del trabajo para garantizar políticas de pleno empleo. Trabajar menos para trabajar todos y reinvertir los posibles beneficios en la creación de más empleo son propuestas que recuperan valores solidarios y concepciones positivas del trabajo. Las aportaciones de movilizaciones como las marchas contra la desocupación son imprescindibles. Menos positivas, sin embargo, son las propuestas que reclaman una renta ciudadana universal; las experiencias del subsidio de desempleo, o del plan de empleo rural, deben hacernos más cautos ante la aceptación de medidas que pueden suponer la institucionalización de la dependencia y del asistencialismo con nefastas consecuencias para el tejido social y para las mismas personas beneficiarias, por todo lo que vengo diciendo sobre el trabajo.

El cambio en la estructura económica actual —sin entrar aquí en un análisis detallado que exigiría muchas páginas— se caracteriza por diversos rasgos significativos. El primero de ellos es la disminución del sector industrial, gracias posiblemente al incremento enorme de la productividad, mientras que aumenta el sector de servicios. Son los servicios de producción los que están teniendo un papel más importante, es decir, aquellos relacionados con la información y apoyo para el aumento de la productividad de las compañías; también crecen servicios sociales, permaneciendo más estables los clásicos servicios de distribución y personales. Un segundo rasgo es la globalización del mercado de trabajo; por más que se establezcan restricciones en los procesos migratorios, es un hecho que se están produciendo sin cesar y no parecen que vayan a disminuir en el futuro. El reparto de la producción de riqueza entre diversos países, esto es, la deslocalización de las empresas multinacionales que pueden operar en zonas muy distintas del planeta, favorece la movilidad de trabajadores que se ven obligados a desplazarse, muchas veces en contra de su voluntad; cuando no favorecen esta movilidad, afectan seriamente a los trabajadores

dado que los altos ejecutivos pueden desplazar la producción de un centro de trabajo en un determinado país a otro bien lejano, utilizando esta posibilidad para disminuir las prestaciones laborales e incrementar la explotación. Al mismo tiempo, la necesidad de mantener elevadas tasas de creación de plusvalía se ve favorecida por la presencia de trabajadores en condiciones de ilegalidad a las que se puede someter a niveles de explotación inaplicables a los indígenas todavía protegidos por la legislación. La agricultura intensiva del sur de España es un buen ejemplo. Completamente distinta es la globalización que viven los altos ejecutivos, una minoría que se sitúa en las posiciones de poder y que puede desplazarse con gran comodidad de un lugar a otro del planeta sin cambiar sustancialmente de hábitos de vida ni padecer pérdidas en su estatus.

El tercer rasgo sería el del incremento de la formación necesaria para trabajar, acompañada por una igualmente necesaria formación permanente que permita hacer frente a las constantes modificaciones de los procesos de trabajo y a la aparición de ámbitos profesionales novedosos. Eso es lo que lleva a algunas personas a considerar la necesidad de proceder a una profunda reestructuración del ciclo vital de los seres humanos. En lugar de tres etapas bien definidas (formación, vida adulta, jubilación) es posible que fuera más conveniente intercalar durante toda la vida los tiempos de formación y de trabajo, aplazando igualmente la jubilación al momento en el que, en las sociedades actuales, se produce una disminución real de la capacidad de trabajo. En todo caso, el incremento en la formación necesaria para casi todos los trabajos no ha favorecido la desaparición entre una profundización creciente de las diferencias entre diversos niveles ocupacionales. Las posibilidades abiertas por los cambios tecnológicos no han aumentado las posibilidades de realizar trabajos creativos, sino que han mantenido los trabajos tediosos, aunque físicamente no muy exigentes; sólo una pequeña sección de la población asalariada ocupa posiciones en las que puede desempeñar tareas con una alta dosis de satisfacción intrínseca a la ejecución de la propia tarea. La mayor formación general no se ha traducido tampoco en una mayor participación de todo el mundo en los procesos de toma de decisiones, exceptuando quizá cierta autonomía en la realización de tareas en el entorno inmediato de trabajo. Volveré sobre este punto en el apartado siguiente. El incremento generalizado de la productividad

tampoco se ha traducido en un reparto equitativo de los beneficios obtenidos ni en una disminución equivalente de la jornada de trabajo acompañada de la creación de nuevos empleos; es frecuente encontrar jornadas de trabajo realmente exhaustivas entre las personas que disfrutan de un puesto de trabajo.

Por último, una característica notable del empleo actual es su flexibilidad y precariedad. Las nuevas tecnologías han favorecido la aparición de lo que se pueden llamar empresas en red, gracias a las cuales la capacidad de introducir alteraciones en el proceso productivo en un corto espacio de tiempo se dispara. Una compleja red de empresas subcontratadas y empresas temporales favorece la movilidad constante de la fuerza de trabajo, pudiendo contratar y despedir trabajadores siempre que sea necesario e incluso en situaciones en las que persisten legislaciones laborales protectoras del empleo estable. El ideal de la persona con un trabajo estable para toda la vida es algo que ha desaparecido de numerosos países; una consecuencia indirecta de esta situación es su contribución a la pérdida de poder de los sindicatos que en los últimos cuarenta años (no así en sus inicios) habían basado toda su estrategia en ese tipo de empleo y sobre él habían edificado potentes burocracias. Les urge a estos sindicatos adaptar sus estrategias de lucha a estas nuevas condiciones, tarea que no es sencilla. La flexibilidad podría ser beneficiosa desde el punto de vista de la posibilidad de acceder a puestos de trabajo más creativos según las propias preferencias de las personas en diferentes etapas de su vida. El problema es que en este caso estamos hablando de una flexibilidad acompañada de precariedad y orientada totalmente a la obtención de beneficios a corto plazo. Ésta sí que es una peculiaridad del modelo actual que opera a plazos muy cortos y busca la rentabilidad inmediata. Los cambios tecnológicos, como vengo diciendo, no surgen en el vacío y no son ni buenos ni malos, pero tampoco son neutrales; y en estos momentos están siendo instrumentalizados en la lucha abierta desde los años setenta para una distribución diferente de la riqueza. De hecho, la flexibilidad, que es padecida igualmente por altos ejecutivos, no afecta a todo el mundo de la misma manera; estos últimos, que toman las decisiones, instauran políticas duras de ajuste en el empleo, con despidos masivos si es necesario, pero a sí mismos se protegen con contratos blindados que, por si fuera poca la renta acumulada en los

años que han ejercido el cargo, les permite afrontar un período de desocupación en condiciones muy favorables.

Se trata, en definitiva, de una opción decisiva en toda política económica. La única fuente generadora de riqueza es el trabajo humano; sólo este permite la elaboración y distribución de los productos que puedan satisfacer las necesidades humanas. Es posible, claro está, que parte de la riqueza generada por el trabajo se invierta para incrementar la producción de más riqueza; el problema reside en que, al darse la apropiación privada de esos bienes y activos que permiten la creación de mayor riqueza, la simple titularidad parece conferir un derecho a una retribución, encubriendo dónde se sitúa realmente la generación de riqueza de la que pueden disponer los seres humanos. Admitido esto, se produce de inmediato la exigencia por parte de aquellos que poseen los medios de producción, y más en concreto, de aquellas personas que poseen los capitales necesarios para montar una empresa, de obtener una rentabilidad a ese capital propio al que atribuyen una capacidad mágica de generación de riqueza. En períodos como el actual en los que domina el capitalismo financiero, apoyado en una movilidad sin freno de los capitales por todo el mundo, la rentabilidad de los capitales poseídos, totalmente independiente del trabajo realizado, se convierte en un cierto cáncer que amenaza la producción de riqueza en general y contribuye a generar unas mayores desigualdades entre los seres humanos. Podemos volver a recordar lo dicho respecto de la deuda externa y los nocivos efectos que está teniendo en numerosos países como ejemplo de los males de esta sumisión al capital, propia por otra parte de un modo de producción que se autodefine como capitalista. Pero puede ser todavía más contundente el ejemplo que proporcionan los fondos de pensiones; difundidos entre los propios trabajadores como manera de asegurarse una renta futura, llegado el momento de la jubilación, generan el espejismo de una especie de capitalismo popular en el que cualquiera puede ser parcialmente propietario de una gran empresa. No sólo hay una falacia en todo el planteamiento debido a que unas pocas acciones no confieren ninguna capacidad de incidir en la toma de decisiones de la empresa; más grave es el hecho de que esos ingentes fondos de pensiones, que han llegado a ser los inversores más poderosos del planeta, ávidos de obtener beneficios a corto plazo, presionan en todo el mundo

moviendo sus capitales para premiar a las empresas con mayores rendimientos. Las empresas, para atraer capitales con los que seguir funcionando, se ven obligadas a endurecer las condiciones salariales de sus trabajadores. El círculo se cierra perjudicando por tanto a quienes invirtieron en los fondos para garantizar su futuro.

La desmedida subordinación de todos los planteamientos económicos al protagonismo absoluto del capital no hace más que incrementar la situación de precariedad en todos los trabajos y profundizar las distancias que separan a los que ocupan posiciones hegemónicas en el proceso productivo y aquellas personas que sólo disponen de una fuerza de trabajo, sometida constantemente a la amenaza de la flexibilidad, la precariedad y la reconversión permanente. Los tecnócratas que rigen todo el proceso no sólo procuran satisfacer con generosidad sus propias necesidades, sino que buscan procedimientos para que la búsqueda de beneficios exigida por los consejos de administración los beneficie directamente a ellos. La fórmula de incrementar sus salarios con opciones sobre las acciones de la empresa es una manera de consolidar la prioridad concedida al capital en todas partes y de cimentar una alianza perversa entre altos ejecutivos y titulares de la propiedad. La exacerbación de este planteamiento que vivimos en este momento se traduce, por tanto, en precariedad y exclusión social. Los esfuerzos por invertir el orden de prioridades, limitando la voracidad del capital y restaurando el protagonismo del trabajo, no han conseguido todavía hacer mella en la fortaleza, si bien empiezan a notarse ya los síntomas de que la situación será insostenible de seguir por este camino. Algo tan sencillo como la tasa Tobin, que intenta poner un cierto freno a la transferencia de capitales, indica ya un cambio de mentalidad, y es posiblemente eso lo que pone tan nerviosos a sus detractores. El camino a seguir es relativamente claro: devolver a la economía su papel básico de satisfacción de las necesidades de todos los seres humanos y garantizar que son las personas que trabajan las que asumen la dirección de los procesos económicos.

4 d. La autogestión

Coherente con todo lo que vengo diciendo, el modelo de organización del trabajo debe articularse en torno del concepto básico de la participación de todos los trabajadores en el proceso de producción. La importancia de los argumentos estrictamente

económicos que acabo de exponer de manera sucinta no deja demasiado espacio para la duda. Se puede ir, no obstante, algo más lejos y recordar lo que decía al principio de este apartado. La economía no debe gozar en ningún caso de una especial autonomía, y mucho menos debe ser ella la que imponga a los demás ámbitos de la vida humana sus propios métodos y objetivos. En sociedades democráticas, o que aspiran a serlo, corresponde a las instituciones en las que se delibera y se toman decisiones políticas gobernar la política económica. Medidas como las que fortalecen la independencia absoluta de los directores de los bancos centrales no hacen más que retrasar, impedir y obstaculizar ese control político de la economía. Es obvio que estoy dando por supuesto que en esas sociedades los poderes políticos no están subordinados, en lazos estrechos de mutua complicidad, a los poderes económicos. Todavía hay que seguir la lógica democrática y llevarla hasta el final. Este final se sitúa en el objetivo de introducir en la propia organización empresarial los principios democráticos de funcionamiento. Esto es algo que debe quedar muy claro; la democracia tiene la poderosa virtud de ser contagiosa y de no admitir compartimentos estancos que se verían preservados de los principios fundamentales que animan a las instituciones democratizadas.

Es cierto que, en sus mismos orígenes, la democracia surgió más bien como modelo que permitía a los burgueses —recordemos lo del individualismo posesivo— asumir un protagonismo que la sociedad estamental les negaba. Conseguidos sus propósitos, su gran preocupación desde entonces ha sido limitar el alcance de la revolución que habían puesto en marcha; el éxito no parece haberlos acompañado por el momento, y es en las empresas, en el mundo económico en el que cimentaron su poder, donde conservan el último bastión que les permite garantizar sus privilegios y tener la confianza de que nunca se llegará demasiado lejos en las exigencias de democratización: exigencias de libertad, igualdad y solidaridad. El problema es que la lógica democrática, una vez iniciada, exige ir invadiendo todos los campos de la vida social y los lugares de trabajo no pueden ser una excepción; en ellos también puede y debe funcionar la lógica de que los seres humanos somos iguales y tenemos capacidad para intervenir en los asuntos que son de nuestra competencia. Es más, dada la importancia que tiene el

trabajo en la vida de los seres humanos, dejarlo fuera del alcance de los principios democráticos supone rebajar considerablemente las aspiraciones contenidas en las luchas llevadas a cabo por quienes deseaban alcanzar una vida sin opresión ni explotación.

La tradición libertaria, que se considera heredera del radicalismo democrático, tiene una de sus señas de identidad en la exigencia de una organización democrática del trabajo, lo que ha venido a llamarse la autogestión. Como ya mencioné, el sindicalismo revolucionario considera que los trabajadores pueden organizarse por sí mismos sin necesidad de tutelas de ningún tipo, ni de vanguardias conscientes, ni de burocracias ejecutivas. El principio básico, por tanto, de la autogestión radica en ese reconocimiento de que las personas que están trabajando conocen perfectamente cuáles son los problemas que su trabajo plantea y cómo solucionarlos; en la medida en que también son ciudadanos en su propia sociedad política, son igualmente conscientes de cuáles pueden ser las necesidades prioritarias de la población a las que debe ajustarse la producción económica. El que se mantenga el mercado para que se pueda producir un equilibrio entre la oferta y la demanda que haga posible una producción económica sensata y se puedan determinar mejor los precios, no afecta a esa imprescindible implicación de los trabajadores en la toma de decisiones acerca de lo que se debe producir y de cómo hay que hacerlo. En todo caso, lo importante es romper un doble principio que parece operar de forma indiscutible en la actual economía. El primero es el que confiere a quienes poseen el capital un derecho especial a decidir en la empresa, guiados preferentemente y de forma casi exclusiva por la obtención de beneficios. El segundo es el que establece una organización rígidamente jerarquizada en la empresa, de tal modo que son los altos ejecutivos quienes realmente toman las decisiones, y desde ellos fluyen las indicaciones de cómo actuar que llegan hasta la base de la organización empresarial.

Algunas de las tendencias actuales en organización empresarial reconocen la importancia que tiene la implicación de las personas que están trabajando en una empresa en la organización del trabajo. Lejos ya del trabajo en cadena propio de la anterior etapa industrial, aunque todavía no superado completamente, se opta por un modelo organizativo que favorece y estimula la organización cooperativa de los trabajadores, quienes se reúnen con cierta

frecuencia, analizan los problemas que les plantea el trabajo y buscan soluciones que posteriormente aplican para revisar más adelante el éxito y eficacia de las medidas tomadas. El toyotismo o los círculos de calidad aportan, pues, una cierta ruptura con lo que se ha venido haciendo habitualmente y, aunque tímidamente, han supuesto una cierta incorporación de principios más democráticos en la organización del trabajo, reconociendo que los trabajadores pueden hacer algo más que cumplir órdenes cuyas finalidades últimas se les escapan, o en cuya elaboración nunca han participado. Yendo más allá de algún parecido superficial, poco tiene esto que ver con la autogestión. Una diferencia notable es que en el toyotismo la participación real y efectiva de las trabajadoras se limita estrictamente al nivel más bajo de la cadena de producción, el de la planta en la que se trabaja día a día. En ningún caso se acepta una participación efectiva en los niveles más altos y mucho menos en el consejo de administración que toma las grandes decisiones. Una segunda diferencia importante es que este modelo participativo está afectando a un sector reducido de la mano de obra asalariada. Como ya indiqué anteriormente, la distancia entre una minoría que realmente ejerce el poder de decisión en el mundo económico y que realiza un trabajo creativo en el que se pide su participación activa, y la mayoría cuya actividad se restringe al cumplimiento de órdenes en un trabajo bastante rutinario y tedioso, esa distancia es algo que está creciendo en la economía actual.

La autogestión implica, por tanto, tomarse la participación de los trabajadores en serio y llevar adelante un modelo organizativo empresarial que, partiendo desde la base, permita una circulación fluida de la discusión y la decisión desde esos niveles hasta los más superiores en los que, mediante una estructura consejista, se van coordinando las diferentes deliberaciones y decisiones para ir diseñando las grandes líneas de actuación de la empresa. Una vez decididas éstas, la información vuelve hacia abajo, pero no como conjunto de directivas que deben ser cumplidas mecánicamente, sino como líneas de actuación cuya ejecución dependerá otra vez de las personas que, en definitiva, van a ponerlas en práctica. En este caso, como en el más general de la democracia, lo importante es la transparencia en la información, la participación igualitaria de todo el mundo, la discusión abierta de alternativas y el bien común como objetivo

de todo del proceso. Órganos como la asamblea de trabajadores se convierten en instrumentos decisivos, lejos de la junta de accionistas tanto por su composición como por la distribución de la capacidad de influir efectivamente en la toma de decisiones. Mientras que las juntas de accionistas no pasan de ser una ficción formal en la que aparentemente los ejecutivos gestores que controlan la empresa junto con los accionistas mayoritarios —representados por otros ejecutivos gestores con intereses muy parecidos a los anteriores— buscan la aprobación casi plebiscitaria de las decisiones ya tomadas previamente, las asambleas de trabajadores que son centrales en el modelo autogestionario deben ser el lugar donde se debaten y deciden las grandes cuestiones, precedidas dichas asambleas por un adecuado y coherente proceso de implicación participativa de todo el mundo.

En definitiva, se trata de introducir en el mundo empresarial algunos principios básicos que orientan las instituciones democráticas lo que puede suponer, sin duda, algunas dificultades, pero comporta innegables beneficios. Hace posible, desde luego, el que las personas se sientan más implicadas y solidarias con su trabajo y con quienes trabajan en el mismo centro o empresa. Posibilita también una mejora general en los procesos de producción al dar cauce y potenciar la experiencia acumulada y la capacidad de innovación de quienes conocen perfectamente el funcionamiento real de la empresa. Permite igualmente una gestión más solidaria de la producción y distribución de bienes favorecida por el protagonismo asumido por quienes se sitúan en los dos polos del proceso, en el de la producción y en el del consumo. Como es fácil comprender, supone un mayor esfuerzo para todo el mundo, al menos en un principio, lo que puede implicar dificultades en su aplicación, dificultades que vienen incrementadas por toda una cultura que favorece de forma permanente la organización jerárquica y la desigual distribución del poder en la gestión económica, así como la relegación del protagonismo de los trabajadores, eclipsados por la hegemonía ejercida por las personas que poseen los capitales y quienes los gestionan directamente en puestos ejecutivos.

Para garantizar aun más la participación y evitar ese control de la toma de decisiones por unos pocos, la autogestión debe ir acompañada por sistemas de rotación en el puesto de trabajo y en el organigrama de la propia estructura empresarial. Una comprensión

más profunda de lo que ocurre en una empresa y de las medidas que pueden ser más adecuadas es claramente favorecida por una rotación que permita que las personas vayan pasando de forma temporal por distintos puestos de trabajo y por posiciones diferentes en la estructura de coordinación y control de la aplicación de las decisiones tomadas. Rotar en los cargos es algo incuestionable si se pretende evitar la reproducción y mantenimiento de grupos de poder que acabarían con toda expectativa de participación democrática y organización autogestionaria. También es esencial aplicar la rotación en los mismos puestos de trabajo si no queremos perder de vista esa dimensión creativa que tiene el trabajo para los seres humanos. La rutina potenciada por la permanencia indefinida en un puesto de trabajo favorece el debilitamiento de la capacidad creativa de los seres humanos, que terminan reduciendo sus habilidades y desaprovechando la posibilidad de mantener, e incluso acrecentar, el interés por el propio trabajo. Las tendencias actuales en el ámbito del desarrollo tecnológico así como los procesos de integración mundial o el mismo hecho del incremento del número de años durante los que las personas mantienen un buen nivel de actividad y dinamismo, no sólo hacen plausible una rotación en el puesto de trabajo, sino que favorece una formación inicial flexible que permitiría un proceso de adaptación más frecuente.

En todo caso, también aquí algunos parecidos con tendencias actuales de organización del trabajo pueden ser engañosos. Claro está que desde la alta patronal se hace una exaltación de la movilidad y la flexibilidad laboral y se pone como justificación de la misma ese conjunto de cambios tecnológicos y personales. No obstante, yendo más allá de algunas innovaciones aparentemente positivas, cuando los altos ejecutivos proponen flexibilidad y movilidad, adaptación y formación permanente, procuran que la forma concreta de abordar esos cambios se traduzca en un incremento de lo que a ellos mismos los beneficia: mejora de los beneficios empresariales, disminución de la participación de los trabajadores en la distribución de la riqueza generada y control más eficaz de todo movimiento de oposición. Tanto la autogestión como la rotación se pueden convertir en instrumentos de opresión cuando se reducen a procedimientos puramente formales, o cuando se limita el alcance de su aplicación a determinados niveles de

la empresa, o cuando sólo se da en algunas empresas o en algunos sectores. Para que la autogestión y la rotación tengan algún sentido revolucionario e indiquen que se está avanzando hacia una sociedad más libre, más igual y más solidaria, es necesario que su aplicación y desarrollo vayan íntimamente unidas con todo lo que he resumido brevemente sobre los principios en los que debe basarse la actividad económica. Si no invertimos los valores básicos del pernicioso economicismo neoliberal que pretende ejercer en estos momentos un dominio hegemónico, los tímidos intentos en el sentido aquí propuesto pueden no tener las consecuencias deseadas y favorecer la perpetuación de un modelo de contundente explotación de la mayoría de la población.

Por fortuna, son muchas las experiencias actualmente vigentes que indican la viabilidad de una economía autogestionaria, así como muchas son también las actividades económicas que se encuadran en lo que podemos llamar economía social. El cooperativismo es todo menos un movimiento marginal, al menos en la producción real de riqueza en todo el mundo; en los círculos de alto nivel como Davos y en las páginas primeras de los grandes medios de comunicación no ocupa, sin duda, el lugar que podría corresponderle teniendo en cuenta que algunos estudios sensatos cifran en más de un 20% la aportación de este tipo de empresas a la generación del producto interior bruto de países como Francia. Sin llegar a ser la autogestión, el cooperativismo realmente existente muestra la fecundidad de estos planteamientos y su viabilidad técnica y económica. Su eficacia es notable cuando se observan las experiencias que se llevan adelante en algunos países que pretenden salir del círculo infernal de la dependencia y el empobrecimiento. Está claro que no están exentas de riesgos y de involuciones, dado que tienen lugar en esta sociedad y no en otra más propicia; en algunas ocasiones, su propio éxito —ese sería el caso probablemente de una experiencia como la de Mondragón— puede llevar a las cooperativas a una excesiva imitación de prácticas económicas más propias del capitalismo neoliberal que dicen rechazar. No obstante, pueden y deben ser mencionadas pues constituyen un ejemplo claro de que es posible otro tipo de economía; nos indican que está a nuestro alcance romper con formas de organización del trabajo que intensifican la explotación y la opresión; y hacen creíble el ideal socialista de un

mundo en el que a cada uno se le pedirá de acuerdo con su capacidad y se le dará según sus necesidades.

5. El feminismo

5 a. Una constante casi universal

Debaten con cierta frecuencia los moralistas acerca de la existencia de normas morales universales en el espacio y en el tiempo. El tema es complejo dada la dificultad de comparar prácticas muy diferentes, que han sido o son el resultado de las historias también muy diferentes de grupos que debieron hacer frente a problemas distintos. Por descontado que en casi todas las culturas se menciona eso de no matar o no mentir, pero siempre con exigencias de contextualización que pueden hacer difíciles las comparaciones. Hay una norma en la que parecen estar de acuerdo casi todas las culturas, según dicen muchos expertos en el tema: el tabú del incesto. Las modalidades de su regulación pueden variar, pero se mantiene el fondo de la cuestión, la prohibición de relaciones sexuales entre los progenitores y sus hijos y las que puedan darse entre hermanos. Son variadas las explicaciones que se han dado del mismo y no es el momento de entrar en ese debate. Admitiendo esta universalidad de la prohibición del incesto, creo que se puede encontrar otro rasgo compartido también por la práctica totalidad de las culturas, rasgo que podemos considerar sin duda un elemento decisivo en la configuración de los códigos morales de comportamiento tanto sociales como personales. Es universal la consideración de la mujer como un ser de segunda categoría, que tiene que estar sometida a la autoridad del hombre ocupando siempre posiciones de subordinación y dependencia, con prohibiciones en muchos casos de obtener puestos que impliquen una cierta relevancia social. Puede darse el caso de que la mujer acceda a posiciones en las que influye y toma decisiones junto con los hombres, pero parece ser que nunca se da el caso de que las mujeres ocupen una posición superior a la de los hombres.

Posiblemente esa segunda constante moral universal puede ser considerada incluso como algo más profundo y previo a la anterior. De hecho, cuando Freud describe el tabú del incesto, desvela uno de los prejuicios más arraigados de la cultura humana, en su caso

de la cultura occidental. Nada parecido al complejo de Edipo existe para las mujeres; según el psicoanalista vienés, en su caso lo que existe es un trauma muy diferente. La niña descubre que carece de pene e interpreta eso como una castración de la que la propia madre es responsable; a partir de ese momento, verá en el padre la persona con la que podrá remediar su trauma compartiendo su órgano sexual. La tendencia de las mujeres hacia los hombres vendrá marcada siempre por el trauma de la envidia del pene; se verán a sí mismas como incompletas, lo cual, una vez más según Freud, las relega a un papel pasivo y subordinado, encontrando su felicidad en desarrollar su encanto sexual para conquistar a un hombre, casarse y tener niños, a ser posible varones. Se puede ser algo más sofisticado en la justificación de la dominación de la mujer, pero es difícil ser más claro. La mujer queda definida por lo que no posee, por una carencia que, por otra parte, en ningún caso puede superar. En cierto sentido, por tanto, el complejo de Edipo y el correspondiente tabú del incesto descritos por Freud no deja de ser más bien una manifestación, específica del contexto en el que desarrolló su trabajo, de milenios de sometimiento de las mujeres. El hecho de convertir la dependencia en algo derivado de una condición instintiva natural no pasa de ser una racionalización de unas relaciones interpersonales y sociales que a duras penas pueden ser justificadas. Freud escribió ya en una época en la que el feminismo era un movimiento activo y fue bien consciente de lo que su posición significaba políticamente, lo que podría hacer pensar que su teoría es un intento más de los hombres de preservar su dominio cuando éste empieza a ser seriamente amenazado.

En todo caso, la universalidad del fenómeno no deja de sorprender y nos recuerda que el progreso social no viene definido solamente por el conjunto de derechos a los que efectivamente tienen acceso las personas, sino también por el número de personas a las que se considera sujetos de esos derechos. Durante milenios, las mujeres no han sido consideradas sujetos iguales a los hombres y, por lo tanto, no planteaba excesivos problemas morales mantenerlas excluidas de los bienes y posiciones sociales de las que sí disfrutaban los hombres. Incluso el acceso al alimento era una prioridad de los hombres, quedando con frecuencia las mujeres en una segunda posición; en situaciones de escasez, los recursos alimentarios eran primero para los hombres. Es cierto también que

el propio androcentrismo enquistado profundamente en nuestra manera de ver el mundo nos impide ver las formas en las que las mujeres han tenido un papel más activo del que en principio estamos dispuestos a reconocerles. Insistir en la perpetua dominación masculina puede tener un doble efecto pernicioso; en primer lugar puede reforzar la creencia de que se trata de un dato natural contra el que no tiene sentido luchar: la naturaleza y la sociedad (como algo naturalizado) han destinado a las mujeres a la subordinación. En segundo lugar, puede impedirnos reconocer las múltiples formas en las que las mujeres ha ofrecido resistencia a esa dominación y han desarrollado conductas alternativas para poder llevar adelante sus propios proyectos personales. De este modo, la historia de la humanidad seguirá siendo la historia de los hombres y a las mujeres se les impedirá incluso la posibilidad de recoger el testimonio de las luchas de aquellas que las precedieron en los intentos de ir más allá de la dominación masculina. Seres sin pene, seres castrados y mutilados anatómicamente, desaparecen igualmente del escenario de la historia. Son quienes carecieron de voz y raras veces pudieron expresar sus sueños e ideales, sus necesidades e ilusiones, en el supuesto de que se les diera la oportunidad de llegar a tenerlos. Su existencia histórica, como sujetos sociales activos, se desvanece en el vacío más completo. Su papel parece reducido al de haber sido madres o hermanas de alguien —sin duda un hombre que sí hizo historia— y al de haber asumido, algunas veces por la fuerza, la tarea “inferior” de garantizar la reproducción y crianza de los hombres. Un efecto colateral que también tiene consecuencias negativas es el de desdibujar la distinción imprescindible entre las diferencias y las discriminaciones; si bien la discriminación de las mujeres es una constante cultural y moral universal, no todas las diferencias constatadas entre hombres y mujeres pueden ser consideradas discriminaciones encaminadas a favorecer la dominación masculina.

Constatar el hecho de esta supremacía masculina no resulta difícil dada la multitud de datos que la avalan. Puede ser más difícil darse cuenta de la multiplicidad de manifestaciones de esa dominación, de lo profundamente que ha empapado todas las prácticas sociales sesgando las actividades más insospechadas. Como indicaré más adelante, esto favorece el que algunos de esos sesgos permanezcan en ámbitos en los que pensamos que la dominación

masculina ha sido erradicada. En lo que ya no existe acuerdo es en la explicación de esa constante universal y una cierta comprensión de las posibles causas de la dominación podría servir de ayuda para hacerle frente. Las apelaciones tradicionales a la maternidad y crianza inicial de la prole, sobre todo en épocas en las que era necesario tener muchos hijos, no parecen del todo convincentes. Por un lado, hay sociedades en las que se ha ejercido un férreo control demográfico, limitando el número de hijos y en ellas se ha dado igualmente la primacía masculina; es más, existen testimonios fehacientes de que cuando se ha recurrido a procedimientos drásticos para evitar un exceso de población se ha practicado el infanticidio femenino, algo que se constata en cementerios medievales europeos y en la China actual. Por otro lado, las exigencias de la maternidad y crianza no han impedido que las mujeres soportaran cargas pesadas en la producción de alimentos y el mantenimiento del hogar doméstico, por lo que no exigiría su desaparición de la vida pública socialmente relevante. Por último, incluso una cierta división del trabajo no lleva consigo una discriminación social o de cualquier otro tipo.

Aunque son excesivamente especulativas, es posible que tengan más sentido las aportaciones de algunos antropólogos y psicoanalistas que han visto en ese obsesivo despotismo de los hombres un sutil y complejo mecanismo de defensa para superar un profundo complejo de inferioridad. Hay dos aspectos fundamentales en los que los hombres se sienten profundamente vulnerables frente a las mujeres: la actividad sexual y la paternidad. En la primera, porque son conscientes de que es fácil que lleven las de perder; nunca pueden fingir un fracaso sexual y perciben que la satisfacción obtenida es inferior a la que alcanzan sus compañeras. Por lo que se refiere a la paternidad, las peculiaridades de las relaciones sexuales entre hombres y mujeres hacen que aquéllos alberguen siempre algunas dudas respecto de su participación en la gestación de la prole a la que luego deben cuidar. Eso los llevaría a incrementar lo más posible el control sobre la mujer para garantizar que esos hijos a los que cuida y procura alimento y protección son sus propios hijos y no los de otro hombre. Eso es más importante todavía si tenemos en cuenta el dato de que la especie humana es una de las especies en las que el macho está más implicado en el cuidado y crianza de la descendencia. Siguiendo esta hipotética explicación,

los hombres desarrollarían unos procesos de desplazamiento y unas formaciones reactivas. Descargarían mediante la violencia y el dominio sobre las mujeres su propia frustración o complejo de inferioridad y desarrollarían esa imagen de supremacía precisamente para encubrir una percepción muy distinta de su propia valía y de su misma identidad. Al mismo tiempo buscarían un modelo de relaciones sexuales empobrecido en el que sus propias carencias e insuficiencias se convirtieran en símbolo de predominio sexual. Las fuertes reacciones que se pueden percibir en estos momentos en muchos países contra el movimiento feminista y contra las conquistas de las mujeres podrían ser consideradas como pruebas a favor de esta explicación.

Hay otra hipótesis que, si bien controvertida como todas las demás, goza de gran aceptación. La supremacía masculina estaría vinculada con la práctica de la guerra. En aquellas sociedades en las que, por motivos diversos, la guerra desempeñaba un papel fundamental en la perpetuación del grupo, era decisivo garantizar que se contaba con el mayor número posible de guerreros capaces de derrotar a los enemigos potenciales. Dado que es clara la diferencia entre hombres y mujeres en lo que respecta a la fuerza física directa, es decir, en cuanto a la capacidad de ejercer la violencia, se sentaban así las bases de sociedades en las que había que exacerbar una educación de los hombres en el uso de la fuerza y dotarlos de una posición de privilegio en todos los sentidos. Éste no fue sólo el caso de algunas de muchas de las sociedades recolectoras y cazadoras, sino que fue especialmente un rasgo definitorio de las sociedades agrícolas dotadas de un Estado, es decir, de prácticamente la totalidad de las sociedades organizadas. Bien es cierto que, como en muchos otros fenómenos sociales, se dan aquí unos procesos de relaciones causales en los que no resulta tan sencillo detectar dónde termina el efecto y dónde empieza la causa. No sólo se reforzaba la agresividad masculina para vencer en las guerras con el enemigo, sino que esta misma violencia y agresividad se convertían en fuente de dominación y en mecanismo sustitutorio de la inferioridad percibida en otros ámbitos de la relación hombre-mujer. Una vez más, el posible incremento del maltrato doméstico, y en general de la violencia física ejercida por los hombres contra las mujeres, hasta llegar a causarles la muerte, no deben ser vistos como

consecuencia del dominio masculino, sino como los mecanismos más eficaces de que disponen los hombres para garantizar una supremacía cada vez más cuestionada.

5 b. La construcción de la identidad femenina

De acuerdo con una tesis que es central en todo lo que expongo en este libro, tampoco en el caso de las relaciones entre hombres y mujeres tiene demasiado sentido hablar de datos impuestos por la naturaleza de las cosas. Aunque en español no es todavía un término de uso general, en realidad no es muy apropiado hablar de discriminación sexual, puesto que no es el sexo lo que se discrimina, sino más bien el género. No cabe la menor duda de que existen poderosas y decisivas diferencias sexuales, siendo el dimorfismo sexual algo evidente en la especie humana. El cuerpo femenino es claramente distinto al masculino y la propia biología impone unas exigencias que van a tener un peso decisivo en la manera de percibir y definir la propia identidad. La vinculación de la sexualidad a la reproducción, de capital importancia para todos los seres vivos, impone también otro conjunto de exigencias de gran calado a la manera de vivir el propio sexo; la experiencia de la maternidad es algo que tampoco puede ser pasado por alto. La interpretación de estas marcadas diferencias como rasgos complementarios y al mismo tiempo antagónicos, como oposiciones binarias que también se suplementan y equilibran, aparece en muchas sociedades si bien de formas distintas que pueden oscilar desde el mito del andrógino hasta el los dos principios del yang y el yin en la filosofía china. Con cierta frecuencia se alude también a una posible situación originaria en la que los dos principios no estarían en absoluto separados o al menos se habla de seres en los que no se daría una clara definición masculina o femenina.

No obstante, reconocidas esas diferencias, el problema no hace sino comenzar. Aunque ya en esas polaridades que acabo de mencionar podemos encontrar las huellas de que más allá o más acá de los datos anatómicos y biológicos siempre ha sido necesaria una interpretación y apropiación de los mismos, una aportación muy valiosa del movimiento feminista de forma especial en las últimas décadas ha consistido en comprobar que la identidad genérica, el hecho de ser hombre o mujer, era más una construcción social que un dato biológico. Lo masculino y lo femenino no

son datos naturales, no es algo que venga impuesto por la propia naturaleza de forma algo mecánica o determinista. Niños y niñas aprenden ya desde muy pequeños que hay una diferencia clara entre ellos, una diferencia que puede ser vivida como oposición y que los lleva enseguida a separarse en los juegos siempre que existe un número suficiente de cada sexo como para poder jugar por separado. La socialización grupal, tan importante para nuestro desarrollo como seres humanos, refuerza la agrupación por sexos, y el refuerzo se acentúa posiblemente al llegar la etapa de la adolescencia en la que la maduración biológica de las mujeres antecede en unos años a la de los hombres. Sin embargo, para ir decidiendo cuáles son las conductas apropiadas para un niño o para una niña, en esas edades elaboran unos ciertos estereotipos a partir de lo que perciben en sus propias casas y en la sociedad que los rodea y actúan en consecuencia. Un hecho que puede ser significativo es que los comportamientos que definen una identidad genérica se acentúan cuando los dos géneros están presentes, mientras que se debilitan cuando actúan por separado. Chicas jugando con chicos intensifican los rasgos femeninos propios de su cultura, mientras que no los exteriorizan tanto cuando juegan ellas solas. Los adultos, sean el padre o la madre, las profesoras u otras personas de edad con las que se relacionan, se encargan a su vez de reforzar comportamientos bien diferenciados para cada sexo. Es decir, se aprende a ser un niño y una niña, se desarrolla en un largo período evolutivo, que casi se cierra definitivamente en los últimos años de la adolescencia y primeros de la juventud, en el que se define nuestra identidad genérica.

Puestas así las cosas carece en gran parte de sentido intentar diferenciar qué hay de “natural” y qué de “social” en las identidades de género, mucho menos cuando, como ya he indicado, el peso de una larguísima tradición ha perpetuado una masculinidad y una feminidad que han llegado a convertirse en algo casi incuestionable. Con frecuencia podemos ver estudios que nos indican las diferencias que en la actualidad pueden marcar la separación existente entre hombres y mujeres, pero más difícil resulta saber qué es lo que debemos hacer con esas diferencias, oscilando entre simplemente aceptarlas o intentar modificarlas. Por eso mismo, lo importante es más bien el análisis de las formas concretas de definir la masculinidad y la feminidad que han predominado en cada sociedad y en cada etapa de la historia. Resulta igualmente importante

y revelador el comprobar cómo en numerosas culturas algunos seres humanos no se han sentido cómodos con la identidad de género que su propia cultura les imponía y han intentado vivir de otra manera, las más de las veces sufriendo duras represiones y sólo en contadas ocasiones disfrutando de la tolerancia de sus compañeros sociales. Una paciente y rigurosa tarea de deconstrucción de las identidades socialmente definidas es el primer paso que debe ser dado si queremos ir deshaciéndonos de la agobiante carga de una pesada tradición que ha asfixiado las posibilidades expresivas de los seres humanos, hombres y mujeres. El hecho de que en este juego social la mujer se haya llevado la peor parte no significa en ningún caso que el hombre no haya perdido también enormes posibilidades de realización personal. La exaltación de una masculinidad identificada con la agresividad y la violencia han frustrado otras posibilidades y ha provocado el que hayan sido muchos los hombres que hayan sufrido para poder ejercer actividades rigurosamente reservadas a las mujeres en su sociedad. La lucha de las mujeres por su liberación no es algo que concierna exclusivamente a las mujeres, por más que ellas deban asumir un protagonismo indiscutible.

Esta cuestión me parece especialmente relevante en el contexto actual. Insisto en que hasta el momento, una reflexión más bien superficial sobre las condiciones reales de existencia de los seres humanos puede llevar a la precipitada conclusión de que a los hombres los beneficia el modelo de dominación masculina imperante. En efecto, disfrutaban de bastantes privilegios que todavía no son accesibles a las mujeres, incluso en aquellos países en los que el movimiento feminista ha conseguido avances significativos. En ese sentido no son de extrañar las resistencias, a veces muy violentas, a perder el dominio de la situación. No obstante no es tanto lo que ganan con su supremacía y resulta más conveniente que los hombres reflexionemos sobre lo mucho que podemos ganar con la liberación de las mujeres. Al reconstruir la imagen de la masculinidad que nos sirve de referencia en nuestro ciclo vital podemos, como ya he mencionado, ampliar el margen de nuestras posibilidades de realización y descubrir nuevos modos de existencia que enriquezcan nuestra relación con el mundo y con las personas, en primer lugar con las propias mujeres, pero también con los hombres. La relación entre iguales siempre fue más conflictiva, más

compleja, pero también más creativa y más enriquecedora, y toda relación basada en la dominación termina siendo frustrante para ambas partes. Las posibilidades liberadoras se amplían igualmente en el campo de las relaciones sexuales, relaciones que hasta el momento, en el imaginario de la sociedad capitalista patriarcal han quedado cercenadas con excesiva frecuencia al centrarse en relaciones de poder, dominación y mercantilización cosificadora.

La afirmación de que la identidad genérica es algo socialmente construido que debe ser aprendido por todos los seres humanos desde los primeros pasos de su vida no significa en ningún caso que la identidad femenina se agote en una construcción social. Precisamente porque somos algo más que construcción social es por lo que podemos criticar la específica identidad que en esta sociedad marca negativamente la condición femenina, y podemos igualmente cuestionar las configuraciones más opresoras que padecen las mujeres en la actualidad. Toda la lucha contemporánea en torno de los derechos humanos y, como concreción discutible, en torno de los derechos de la mujer aglutina un montón de esfuerzos diversos que tienen como objetivo la reivindicación de un conjunto de derechos que deben ser reconocidos, aunque de formas quizá variables, en todas las sociedades. Al igual que he mantenido al hablar de la democracia y de los otros ámbitos de la vida social, en este caso el reconocimiento de la construcción social de la identidad debe ser el punto de partida para iniciar un proceso de liberación en el que se convoca a todos los seres humanos, hombres y mujeres, a asumir los riesgos que comporta el hecho de ser dueños de sus propias vidas. El feminismo reivindica en este sentido que lo fundamental consiste en poder ejercer el derecho de las mujeres a ser sujetos activos que definen la identidad femenina. Hasta el momento actual, las mujeres han sido eficaces instrumentos de transmisión y reproducción de una identidad genérica que les resultaba claramente desfavorable y opresora. Se les impuso coercitivamente ese modelo apelando a la condición natural del sexo femenino, el segundo sexo subordinado al primero. Y como suele ser frecuente en relaciones sociales de dominación, las propias oprimidas fueron agentes inconscientes de la perpetuación de su propia dependencia. Deconstruida la falsedad de una identidad genérica natural e inmutable que contribuía a cimentar el dominio de los hombres, las mujeres retoman la res-

ponsabilidad de escribir su propia historia, de narrar la específica biografía de las mujeres, sin tener ya más a los hombres como puntos de referencia para definirse a sí mismas.

5 c. La larga marcha de la liberación

Recordando algo que ya he mencionado, no es justo mantener que las mujeres han sido víctimas pasivas de la opresión durante milenios y que no han sido capaces de ejercer ninguna reivindicación respecto de su propia condición femenina. En una reescritura de la historia de la humanidad, realizada desde la perspectiva de los oprimidos, encontraríamos sin duda numerosos testimonios de esa pluralidad de resistencias con las que quienes llevaban las de perder se empeñaban en la construcción de esferas propias de libertad. En este sentido, una de las tareas importantes para avanzar en la liberación de las mujeres consiste precisamente en escribir la historia de tal manera que sus voces, aunque permanentemente silenciadas, puedan ser escuchadas, desvelando de ese modo hasta qué punto la dominación de las mujeres no fue en absoluto un destino inevitable, sino un proyecto impuesto en contra de la voluntad de las oprimidas y con el recurso constante a la violencia, incluida la física directa, por parte de los que ejercían su supremacía.

Sin negar numerosos episodios de la historia de la humanidad en la que las mujeres lucharon de forma explícita o implícita por sus derechos, el actual movimiento feminista tiene sus inicios en el nacimiento del mundo contemporáneo, durante la Revolución Francesa, en la que aparece ya el primer texto que exige la participación igualitaria de las mujeres. En la tradición libertaria, también a finales del siglo XVIII, el punto de vista de las mujeres va a tener rápidamente un reconocimiento y un espacio, empezando por la obra de Mary Wollstonecraft, quien compartió su vida con uno de los iniciadores del pensamiento anarquista, Godwin. El segundo texto que se suele citar como un gran paso adelante en la toma de conciencia de la injusta condición de las mujeres es el escrito por John Stuart Mill, que contó con la colaboración indirecta de su propia mujer para ofrecer una perspectiva radical y revolucionaria sobre las mujeres. A partir de ese momento, los esfuerzos de las mujeres van a incrementarse sucesivamente para reclamar el reconocimiento de los derechos que les eran negados, y de forma especial y preferente el derecho al voto. El movimiento

sufragista va a ser el que aglutine las movilizaciones de las mujeres durante todo el siglo XIX; sin olvidar algunos antecedentes en diversos estados de Estados Unidos, es en 1893 cuando por primera vez se reconoce el derecho al voto a las mujeres en condiciones de igualdad con los hombres en Nueva Zelanda. A partir de ese año, el reconocimiento del voto femenino va a ir llegando a todas las constituciones, de forma más notable en el período comprendido entre las dos Guerras Mundiales. Suiza sería una excepción al haber aceptado el sufragio femenino en 1971. En estos momentos, con la excepción de algunos países musulmanes en los que el fundamentalismo ejerce una notable influencia, el sufragio femenino está universalmente reconocido. El papel que en este reconocimiento desempeñaron las sufragistas no debe ser olvidado, en especial en algunos países como el Reino Unido, en los que su militancia fue muy activa.

Una vez alcanzada esa meta básica, el feminismo pareció entrar en un momento de descanso en sus actividades para reaparecer con nueva fuerza y planteamientos muy diferentes en la década de los años 60. Surgía en relación con todos los movimientos que en aquellos años revitalizaron a la izquierda en Occidente, en los que la presencia de planteamientos de tipo más libertario era patente. Se buscaba además recuperar algunos temas clásicos de las aspiraciones revolucionarias de la edad contemporánea, en especial aquellos que hacían referencia a la calidad de la vida cotidiana. Las mujeres se habían dado cuenta de que no bastaba en absoluto con el reconocimiento del derecho al voto para participar en condiciones de igualdad con los hombres en todas las dimensiones de la vida social y política. Los datos eran incuestionables e indicaban con cierta insistencia que la condición femenina era muy deficiente y que seguía sufriendo una clara marginación o discriminación en numerosas actividades, por no decir en todas. Su incorporación al trabajo asalariado no se traducían en igualdad de condiciones laborales, ni tampoco llevaba consigo una reestructuración radical del trabajo doméstico tradicionalmente asumido por las mujeres. La lucha por la igualdad tenía que volver a ser activada si no querían que las características propias de una sociedad patriarcal, basada en la supremacía del hombre, se perpetuaran y retrasaran indefinidamente el momento de la igualdad completa.

En esta ocasión el blanco del ataque era precisamente la sociedad

patriarcal, tomando además como tema central el de la construcción de la identidad femenina, del que ya he hablado brevemente en párrafos precedentes. En gran parte, los avances anteriores habían sido facilitados por la evolución de la propia sociedad industrial. Ésta había favorecido la progresiva incorporación de las mujeres a los puestos de trabajo hasta entonces ocupados solamente por hombres. Si bien en condiciones de inferioridad, la posibilidad de obtener un salario abría nuevas cotas de independencia desconocidas en sociedades anteriores en las que la mujer estaba atada al trabajo doméstico, dependiendo del hombre para cualquier actividad alternativa. Este fenómeno que comenzó a generalizarse en la Primera Guerra Mundial, y que sin duda favoreció la conquista del voto en las décadas posteriores, no ha hecho más que incrementarse en la segunda mitad de la centuria y en la actualidad sigue creciendo debido, entre otras cosas, al acceso de las mujeres a la educación y a las características propias del trabajo en sociedades avanzadas, en las que se valoran la flexibilidad, el trabajo a tiempo parcial e incluso algunos rasgos que eran más propios de la condición femenina en sociedades patriarcales, como puede ser la capacidad de relacionarse y de atender a los aspectos más humanos de las relaciones laborales. Se mantiene, por tanto, la discriminación (menos salario y tasas mayores de desempleo), pero crece la presencia de las mujeres en trabajos asalariados. Al mismo tiempo, todo el avance producido en la medicina, sobre todo el avance en las técnicas de control de la natalidad, reforzaban la posibilidad que tenían las mujeres de controlar su propia maternidad, incluso en contra de la voluntad de los hombres, y de disponer de una mayor flexibilidad para abandonar el trabajo doméstico y salir al mundo exterior, con todo lo que eso conlleva de nuevas y mayores relaciones sociales y oportunidades de acceder a posiciones de poder.

Una vez producidas estas mutaciones en las relaciones sociales, múltiples causas, en relación circular y retroactiva, han incrementado las posibilidades materiales de que las mujeres hayan abierto un espacio para la construcción de una nueva identidad, muy alejada de la que les confería el mundo patriarcal. Percibir un salario, que ya empieza a resultar indispensable para la economía familiar, les está permitiendo tener una mayor capacidad de maniobra en la gestión de la distribución de las cargas del trabajo doméstico, por

más que los hombres siguen resistiéndose a aceptar sus responsabilidades en el hogar. Entre los anticonceptivos y su incorporación al trabajo, las mujeres han podido elegir el momento de su maternidad. Ésta se ha retrasado bastante en los países de economías más avanzadas, llegando incluso a disminuir hasta el punto de que apenas se alcanza la tasa de reproducción. Es más, en algunos países, como puede ser España, en el que el modelo más tradicional de familia todavía tiene fuerza, el descenso de la natalidad ha sido drástico, casi dramático. Retrasar y disminuir la natalidad ha sido en la práctica una manera de liberarse de la tarea tradicional de la reproducción y del rol social de la maternidad como único rol socialmente admitido para las mujeres. Fuera de sus hogares, en los que habían estado tradicionalmente recluidas, las mujeres no sólo están encontrando nuevas posibilidades de expresarse, sino que también comparten con otras mujeres los problemas comunes a los que tienen que hacer frente en su nueva forma de realizarse social y personalmente. Han adquirido una conciencia reforzada de las condiciones de subordinación en las que todavía se encontraban y de las que apenas estaban saliendo con duros esfuerzos. Todo esto ha contribuido además a arruinar las bases en las que se asentaba el patriarcado tradicional, para el cual la familia nuclear extensa, con estricta división de tareas y dominio indiscutible del hombre, constituía el ámbito en el que se reproducía y se cimentaba su posición de supremacía.

Al hilo de estos cambios, han ido surgiendo numerosos grupos de mujeres con una nueva conciencia, mucho más radical, más crítica y más dispuesta a la acción; iban más lejos en todos los sentidos que sus predecesoras sufragistas y empezaban a fraguar una auténtica y profunda revolución social con efectos posiblemente mucho más duraderos para el futuro de la humanidad. Por primera vez en la historia había un cuestionamiento global y radical de cuál era la identidad masculina y la femenina, de cuáles eran las funciones que ambos debían desempeñar en la sociedad y cómo debía reestructurarse el reparto del poder. Las mujeres se dedicaron activamente a crear una nueva conciencia femenina, paso indispensable para poder sacudirse la tutela opresora de los hombres y para empezar a ser agentes activos de su propia biografía personal. Unos grupos feministas se centraban en las luchas

legales, procurando no sólo que desaparecieran de las legislaciones todos los restos —que eran muchos— del machismo secular, sino también garantizando que esos derechos eran de hecho respetados. Otros grupos se centraban más en aspectos culturales, luchando contra todas las instituciones y valores propios del patriarcado, incluyendo todo tipo de aspectos como pudiera ser el sexismo presente en la publicidad o el lenguaje. Otros grupos vincularon la construcción de una nueva identidad femenina con las luchas de gays y lesbianas por el reconocimiento social, con los que coincidían no sólo en la exigencia de una nueva definición de las relaciones sexuales, sino también con la denuncia del patriarcado que tendía a imponer el dominio de los hombres heterosexuales sobre las mujeres igualmente heterosexuales, pero pasivas y sumisas, como único modelo posible y aceptable de relaciones interpersonales.

En estos momentos resulta difícil, por tanto, reducir el feminismo a un solo movimiento o a una sola actividad. En estas últimas décadas la pluralidad de manifestaciones del feminismo hacen imposible todo tipo de reduccionismo. El hecho es que las mujeres, por primera vez en la historia de forma colectiva y muy consciente y explícita se han rebelado contra la dominación y han unido sus fuerzas a todos aquellos grupos que buscan igualmente desmontar las relaciones sociales basadas en la opresión de una mayoría por una minoría que no duda en recurrir a la fuerza para perpetuar su dominio, y los privilegios que lo acompañan. Por encima de ideologías y condiciones concretas de existencia, más allá del ámbito específico en el que desarrollan sus actividades, hay una coincidencia en reivindicar para las mujeres el reconocimiento de que es a ellas y nada más que a ellas a quienes corresponde decidir cómo deben ser sus vidas, por más que eso suponga un arduo trabajo, en gran parte debido a las dificultades impuestas por los milenios de sometimiento al yugo impuesto por los hombres. Las mujeres en todo el mundo están de este modo protagonizando una revolución que afecta directamente a algo más de la mitad de la población de la Tierra y que, vencidas las resistencias iniciales debidas al miedo de los hombres de perder una identidad que tantos beneficios les reportaba, repercutirá igualmente en beneficio de la otra mitad.

5 c. Las paradojas de la actualidad

Todo lo anterior debería, en principio, hacernos pensar con cierto optimismo que vamos a ser testigos en los próximos decenios de uno de las revoluciones radicales más profundas y menos sangrientas de la historia de la humanidad. Sin embargo, hay algunas dificultades en el camino que arrojan ciertas dudas sobre la viabilidad del proyecto en su sentido más liberador. La primera de todas ellas es que el feminismo reciente ha tocado la línea de flotación de la casi totalidad de las culturas conocidas. No sólo ha luchado por el reconocimiento de la igualdad que se deriva del hecho de que ellas son personas exactamente iguales que los hombres y que su sexo no debe traducirse en ningún tipo de discriminación en ningún ámbito de la vida humana. El problema es que esa igualdad, cuando se lleva a la práctica con todas sus consecuencias, cuestiona el orden patriarcal, y la familia constituida según los cánones de dicho orden, que ha estado presente en configuraciones muy diversas de familias, no sólo en la nuclear y la extensa, por mencionar las más habituales en la civilización occidental. Pone en cuestión también las identidades genéricas, al haber mostrado con sus críticas que nada hay en la biología de los sexos que justifique ningún tipo de discriminación y que son posibles formas totalmente distintas de vivir la femineidad y la masculinidad, conservando diferencias, pero dejando atrás cualquier tipo de discriminación.

En cierto sentido, apoyado por declaraciones oficiales, multitud de asociaciones, instituciones públicas y privadas y disposiciones legales específicas, las mujeres pueden en estos momentos exigir ser tratadas como iguales sin renunciar a su condición de mujeres ni imitar a los hombres. Se van abriendo camino paso a paso y están convencidas de su propia valía y de sus capacidades para alcanzar las metas que se propongan, venciendo cuando sean necesario las resistencias que oponen todavía muchos hombres. Lo malo es que, por el momento, están pagando un precio muy alto pues su incorporación al mundo activo no las ha descargado proporcionalmente de las tareas domésticas. Ellas siguen siendo las que, a pesar del trabajo fuera del hogar, cargan con la mayor parte del peso que ese trabajo impone y las que tienen que seguir asumiendo en casi todos los casos las responsabilidades de la crianza de los hijos. La familia patriarcal está en profunda crisis, pero las formas alternativas de familia que poco a poco van surgiendo no han llevado consigo una

implicación suficiente de los hombres en todas las tareas domésticas. Al menos por el momento, muchas mujeres han percibido su liberación como un incremento de su trabajo al que sólo pueden hacer frente con un notable esfuerzo personal.

El movimiento feminista quizá no goce en estos momentos de la unidad que debiera tener dada la importancia y magnitud de las tareas todavía pendientes. Se ha producido una cierta escisión entre el feminismo más de elite, propio de sociedades occidentales muy avanzadas en las actuales tendencias de reestructuración de todo el tejido social, y un feminismo más pragmático, o más inmediatista, como el que se da en los países empobrecidos y dependientes. El primero sigue profundizando en cuestiones como la aplicación y profundización de los derechos de la mujer, y dedican también una especial atención a todo el tema del patriarcado y la redefinición de las identidades de género. Al mismo tiempo se enfrentan a algunas aporías que no acaban de resolver. Por un lado luchan por esos derechos de la mujer, como un bloque específico de derechos a los que no están dispuestas a renunciar; sin embargo, la aceptación de que hay algo así como unos derechos de la mujer, o un día específico de la mujer trabajadora en el que se hacen una especie de balance de la situación de las mujeres en el mundo, parece que está reproduciendo de algún modo todo lo que pretenden superar. No existe nada parecido a un día de los derechos del hombre, por lo que admitirlo en el caso de las mujeres está provocado en gran parte porque la identidad de las mujeres en nuestras sociedades sigue estando definida por su situación de dependencia y subordinación, necesitada de acciones especiales o de medidas de discriminación positiva. Todo eso deja un cierto gusto amargo, pues la bandera enarbolada para airear sus reivindicaciones muestra en su otra cara cuáles son las carencias. Todavía está por llegar el día en el que deje de ser necesario hablar de la mujer trabajadora y sus reivindicaciones queden plenamente recogidas y reflejadas en el día de los trabajadores. Será su condición de explotadas, al igual que los hombres, la que aglutinará su movilización, la movilización de los dos géneros. Habrá cesado entonces la discriminación de las mujeres en tanto que mujeres.

Distinto totalmente es el feminismo que se practica en países empobrecidos, o en los grupos sociales empobrecidos de los países

enriquecidos. En este caso, no se trata de un feminismo explícito, sino simplemente del hecho de que las mujeres están efectiva y eficazmente asumiendo un protagonismo en la transformación de la sociedad, mayor en muchos casos que el de los mismos hombres. Las mujeres que lideran, por ejemplo, las luchas contra la construcción de la presa en Narmada no están luchando por la igualdad de la mujer; simplemente están actuando por iniciativa propia, están ocupando las primeras posiciones y eso a pesar de vivir en sociedades en las que el patriarcado está profundamente arraigado. Ellas, como las líderes de las comunidades indígenas en algunos países de América Central y del Sur o como las mujeres que solicitan y se hacen cargo de los préstamos del banco Grameen, no se preocupan por exigir un lugar en la sociedad; simplemente lo asumen y ejercen unas responsabilidades sociales y políticas a las que jamás antes habían tenido acceso. Gracias a su acción decidida están siendo valoradas de forma muy distinta por los hombres que antiguamente las ignoraban o las oprimían. Las sensibilidades de estos movimientos de mujeres son distintas a las del otro feminismo y las distancias se aprecian con más claridad cuando todas se juntan en reuniones intemacionales, como la celebrada en Beijing en 1995. Por el momento, la división no está teniendo consecuencias negativas, pero, manipulada y tergiversada por algunos poderes interesados, puede contribuir a debilitar la fuerza del feminismo en unos tiempos en los que es mucho lo que queda por hacer.

No perder la afinidad y proximidad de objetivos últimos es importante, en especial cuando en algunos círculos se puede estar bajando la guardia porque se considera que ya se ha conseguido lo fundamental y que sólo quedan los pequeños ajustes que la liberación de la mujer exige en la sociedad y en todas sus instituciones. Desgraciadamente, no parece que sea todavía el momento de relajar la tensión mantenida en las décadas anteriores por los movimientos feministas pues el machismo, el patriarcado y la dominación masculina está lejos de haber desaparecido, tan profunda era y es, como vengo insistiendo, su presencia en todo el tejido social y en todas las manifestaciones culturales. Al mismo tiempo, un sector no despreciable de los hombres ha reaccionado con virulencia y agresividad últimamente contra esos cambios sociales que los afectan. En claro retroceso una identidad masculina en la que han sido educados, no se lanzan codo a codo con las

mujeres en busca de una nueva y más enriquecedora identidad, sino que pretenden resolver sus crisis recuperando formas tradicionales de relacionarse con las mujeres. Fundamentalistas religiosos de muy diferentes creencias alientan estos movimientos reaccionarios que, acusando a las mujeres de la quiebra del orden familiar y de otras desgracias, exigen que vuelvan al hogar de donde nunca deberían haber salido.

Sería un error menospreciar estas proclamas patriarcales o pensar que carecen ya de un espacio en la nueva sociedad que se está gestando a nivel global. Incluso en el supuesto de que pensemos que el futuro no es suyo y que los pasos dados a favor de la liberación de las mujeres son ya irreversibles, su reacción puede retrasar el proceso más de lo previsto y puede además provocar un costo humano muy considerable. La situación de las mujeres en Afganistán, por mencionar un caso tan extremo como ejemplar, debe preocuparnos seriamente, del mismo modo que debe provocarnos un profundo desasosiego la persistencia o incremento del maltrato doméstico, con numerosas mujeres que están pagando con su vida el precio de una liberación que ellas nunca disfrutarán. En un momento en el que las guerras se caracterizan por afectar sobre todo a la población civil, son también las mujeres, junto con los niños, quienes ostentan el poco envidiable primer puesto en el sufrimiento y las vejaciones. Y una liberación sexual distorsionada profundamente ha provocado un incremento desmesurado de la prostitución, casi totalmente femenina, en gran parte del mundo. Queda mucho por hacer en todos los campos, algunos muy perentorios e inmediatos y no ha llegado el tiempo de considerar que la lucha por la liberación se ha terminado.

6. La educación

6 a. La educación y los seres humanos

La necesidad de un largo proceso de aprendizaje es una de las características que definen a los seres humanos y los diferencian de otros seres vivos. Una larga infancia y, en algunas culturas, una larga adolescencia constituyen un período necesario para poder ir aprendiendo todas las habilidades y conocimientos sin las cuales les resultaría difícil la supervivencia. En la mayor parte de las

sociedades en tiempos remotos y en bastantes de ellas en la actualidad, ese aprendizaje era algo garantizado por la familia y los seres más cercanos, incluyendo vecinos o habitantes del mismo pueblo o barrio. Cuando la vida social no era excesivamente compleja —si bien siempre lo ha sido bastante—, bastaba con ese contacto informal, pero constante y en algunos casos sistemático, para que los niños y las niñas fueran recibiendo la instrucción necesaria. En general se trataba más bien de un proceso de socialización y endoculturación, y buscaba sobre todo la transmisión de los valores, actitudes y comportamientos propios de la sociedad a la que pertenecían; a él he aludido, por ejemplo, al hablar de la configuración de la identidad de género en el apartado anterior. Llegados a cierta edad, más a menos a partir de los 7 años, los menores empezaba a aprender tareas algo más complicadas exigidas por el trabajo que iban a tener que desempeñar. Si este trabajo requería una mayor cualificación, como en el caso de los artesanos y los comerciantes, el período de aprendizaje podía llegar a ser bastante prolongado. En muchas de esas sociedades, una minoría destinada a ocupar posiciones de mayor rango recibían una educación más larga, ordenada y metódica después de la primera infancia. Gracias a ella llegarían a ser curanderos, sacerdotes o funcionarios de la administración del Estado cuando algo parecido a éste existía.

Ese modelo funcionó y sigue funcionando. Podemos llamarlo en general educación informal o simplemente procesos de socialización y es responsable de gran parte de lo que sigue definiéndonos como seres humanos. Desde esta perspectiva, lo fundamental era el punto de vista de la sociedad, es decir, se trataba de conseguir que los niños pequeños se integraran plenamente en las normas sociales de los adultos. Cierta capacidad de innovación podía admitirse, pero no excesiva pues prevalecía la necesidad de perpetuar el grupo social, con escasa consideración por los intereses particulares de las personas que eran objeto de la instrucción. Es más, en realidad no eran considerados personas en el pleno sentido de la palabra y tendrían que esperar a ser admitidos en el mundo de los adultos para empezar a tener un cierto protagonismo personal. No obstante, era quimérico anular completamente la exigencia de que los niños se apropiaran conscientemente de las normas del grupo y sus pautas de comportamiento. Las características de la especie humana han hecho imposible que la educación

se reduzca a puro adoctrinamiento socializador y siempre ha contado con la intervención activa de quienes recibían la educación y con su capacidad de apropiarse reflexivamente de las normas, para de ese modo ser capaces también de modificarlas cuando las circunstancias lo exigieran. Por eso, las sociedades que mejor han sabido transmitir esa dimensión reflexiva y creativa, favorecedora de innovaciones, han tenido mejor fortuna en su proceso de adaptación y crecimiento.

A partir del siglo XVI en Europa se empiezan a extender los centros de educación formal destinados no sólo a posibles universitarios, sino a un público más general. El proceso, muy tímido al principio, se generaliza a finales del siglo XIX y se hace prácticamente universal en el grupo de países de mayor nivel de desarrollo tecnológico en la segunda mitad del siglo XX. Es entonces cuando, junto a la educación en su sentido más general, aparece lo que en estos momentos llamamos escolarización y que constituye una etapa decisiva para las personas que nacen y viven en nuestras sociedades. En un primer momento, las escuelas estaban reservadas a los niños —mucho menos a las niñas— que procedían de las clases altas o hegemónicas; a los demás casi les estaba vedado asistir a clase. Por una parte, las escuelas constituyen una respuesta a la necesidad, planteada por sociedades más complejas y sofisticadas en todos los sentidos, de que sus miembros aprendan muchas más cosas que las que tenían que aprender en sociedades anteriores. Si se quiere participar efectivamente en estas sociedades, hay que conseguir una mayor educación y eso desborda ampliamente las posibilidades de la familia y exige mucho más tiempo a cargo de personas especializadas en las tareas de formación. La alfabetización, por ejemplo, deja de ser una destreza minoritaria y pasa a ser una habilidad necesaria. La ausencia de escolarización va a ir vinculada con situaciones de marginación y exclusión social, en unas relaciones de causalidad más bien circulares: la situación de marginación dificulta el acceso a la escuela y el aprendizaje de la lectura y la escritura, y esta carencia se convierte a su vez en causa de que se reproduzca e incremente la marginación y la exclusión. Para mayor discriminación, las escuelas suelen manejar los códigos lingüísticos de las clases superiores de la sociedad, con lo que los niños que no proceden de esas clases se encuentran con dificultades añadidas llegado el momento de su promoción.

Por otra parte, unido a lo que acabo de decir, las escuelas se erigen en un espacio social decisivo para la reproducción de la opresión y la explotación sociales, pero también para combatir esas situaciones de dominación. La idea de que la educación, pensando quizá más en la formal, la que se imparte en la escuela y centros de enseñanza media y superior, es algo esencial en la emancipación de los seres humanos es un tema recurrente en todo el pensamiento progresista occidental. No es de extrañar, por tanto, que el movimiento socialista, y más todavía el socialismo libertario o anarquismo, concediera una importancia muy elevada a la educación. Ésta era necesaria para poder tomar conciencia de la situación en la que las clases explotadas se encontraban, pues sumidas en la ignorancia aceptaban como incuestionables las explicaciones con las que la clase dominante intentaba justificar sus privilegios. Y era también necesaria si se quería poseer los conocimientos requeridos para transformar revolucionariamente la sociedad capitalista y dar paso a una sociedad nueva sin explotación ni opresión. En una lograda expresión muy corriente en los medios libertarios, se decía que la ignorancia era el alimento de la esclavitud. Con esto se daba un paso más respecto de lo afirmado por los ilustrados; no se trataba tan sólo de que la ignorancia mantuviera supersticiones e intolerancias y dificultara además el progreso económico del país. Admitido todo eso, lo que estaba en juego en la educación era una cuestión de dominación social, tanto en el marco global de las instituciones políticas como en el más próximo de las relaciones familiares. La educación era un instrumento decisivo en la liberación de los seres humanos, del mismo modo que, adecuadamente controlada y restringida por la clase hegemónica, podía ser utilizada para apuntalar la dominación ejercida por esta minoría privilegiada.

Extender la educación, hacer partícipes de la misma a todos los seres humanos desde la más temprana infancia, era un objetivo básico del movimiento libertario. Para conseguirlo se volcaron en las tareas de propaganda, con la publicación de numerosas revistas, panfletos y libros en los que difundían no sólo los ideales anarquistas, sino también todos los conocimientos proporcionados por los avances científicos en todos los ámbitos. No importaba demasiado que muchos campesinos y obreros no supieran leer; los que sí sabían hacerlo se encargarían de leerles los textos en alta voz para que calara en su conciencia el mensaje de liberación

que querían transmitirles. Al mismo tiempo, esas publicaciones incrementarían el deseo de leer para tener una mejor información. También se afanaron en la creación de escuelas a las que pudieran acudir todas las niñas y todos los niños, favoreciendo el acceso de los sectores sociales menos favorecidos. En todos los lugares donde pudieron ejercer una clara influencia social y contaron con suficiente adaptación, organizaron escuelas para la educación de niños, y también de adultos. En algún caso, era precisamente la escuela la que servía de punto de partida para una mayor difusión de los ideales de cambio social que propugnaban. Esas escuelas, como las racionalistas en España o La Ruche en Francia, estaban al margen del sistema educativo oficial. Éste era desde luego claramente insuficiente, por lo que muchos niños no tenían la oportunidad de acudir a la escuela; pero, al depender del Estado, no dejaban de ser para los anarquistas un lugar en el que fundamentalmente se reproducía la ideología dominante y eso apoyaba la idea de crear sus propias escuelas.

Los anarquistas y todos los pensadores más progresistas desde la Ilustración insistieron en ese valor liberador que en sí mismo puede tener el conocimiento; aceptaron igualmente la estrecha vinculación entre saber y poder. Por eso se empeñaban en difundir los conocimientos científicos, organizaban escuelas y ateneos, y procuraron que las clases obreras y populares tuvieran acceso al conocimiento. Todo eso, sin embargo, no era suficiente; la educación debía formar parte de un proyecto completo de liberación y era el resto de las luchas sociales lo que le confería todo su sentido. A diferencia de los pedagogos ilustrados, la educación no era suficiente para cambiar la sociedad, mucho menos si esa educación no estaba vinculada conscientemente con el proceso de cambio emancipador. Había modelos educativos que reforzaban la jerarquización, la competitividad y la asunción como indiscutibles de las reglas sociales que imperaban en las sociedades capitalistas; por el contrario, ellos se situaban en el grupo de educadores que consideraban imprescindible conseguir que la educación impartida fuera coherente con el proyecto de transformación social. De ahí la necesidad de buscar nuevos métodos de enseñanza, de dar prioridad a unos contenidos frente a otros, y de estructurar toda la escuela y la vida escolar de otra manera.

Insistían con la misma energía en que tampoco se iba a conseguir

un cambio social revolucionario si la acción transformadora se limitaba a tomar o abolir el Estado y las instituciones económicas. Si para llegar a ser personas en el pleno sentido de sus posibilidades los seres humanos necesitamos vivir en una sociedad sin explotadores ni opresores y, por lo tanto, sin explotados ni oprimidos, para participar en una sociedad de este tipo hacen falta personas nuevas, no después de los momentos de transición revolucionaria, sino antes y durante los mismos. El cambio social no ocurre de la noche a la mañana, ni se produce por tomar el Palacio de Invierno o declarar la colectivización de las tierras y las fábricas; es el resultado de un largo proceso pedagógico en el que, al hilo de las luchas y enfrentamientos con la burguesía y el Estado, las personas han ido aprendiendo a ser libres y solidarias, a no delegar en nadie, a asumir su propia e irrenunciable participación en la gestión de los problemas que afectan a la comunidad. Por eso, si pretendemos formar personas capaces de decidir por sí mismas, capaces de sacudirse la opresión y no volver a caer en ella, hay que educarlas desde pequeñas, fomentar en ellas el sentido crítico y la autonomía personal, así como unos valores de solidaridad y libertad. La educación es una condición necesaria para lograr todo eso y desempeña un papel central; por eso hace falta cuidarla y volcarse en ella y por eso también los mismos centros escolares se convierten en espacios ineludibles de las luchas sociales. Un proyecto de revolución integral no puede llevarse adelante sin un cambio educativo igualmente radical. Un cambio educativo radical no puede salir adelante si no está vinculado con un proyecto revolucionario integral. La educación es una tarea política; la política es una actividad educativa.

6 b. Las contradicciones de la educación en la actualidad

El hecho de que la educación haya sido reconocida como un objetivo prioritario en casi todos los países no nos permite decidir cuál es el sentido de ese incremento del tiempo dedicado a la formación de las personas, y más en concreto el sentido que tiene el tiempo de la escolarización formal obligatoria. Eso no quita para que, en principio y en general, esta escolarización sea un dato muy positivo. Los objetivos básicos que debe plantearse la educación en la actualidad pueden estar más o menos claros para todo el mundo. Afortunadamente hoy goza de una casi total aceptación el

modelo que propone como objetivo el desarrollo personal y social de las posibilidades de llevar una vida con sentido, libre de carencias e imposiciones. Poca gente negará que la educación debe plantearse como prioridad absoluta el conseguir que las personas lleguen a ser críticas, creativas y solidarias, del mismo modo que prácticamente todo el mundo estará de acuerdo en que la educación contribuye de forma decisiva a la formación de sociedades democráticas. Digamos que se trata de un lenguaje políticamente correcto que se repite hasta la saciedad en todas las reuniones nacionales e internacionales y en todos los programas educativos, salvo excepciones extremas. Si bien puede parecer pura retórica, es un logro en absoluto despreciable, sobre todo si tenemos en cuenta que no hace tanto tiempo había responsables políticos que afirmaban públicamente que no era necesario que todo el mundo adquiriera una educación así concebida.

Una de las formulaciones más afortunadas de los mismos es la que se ofrecía en un reciente informe preparado bajo los auspicios de la UNESCO sobre la educación para el futuro. Pueden parecer demasiado generales o vagos, pero considero que son suficientemente específicos y exigentes y puede ser utilizados como principios orientadores de lo que es necesario hacer en educación. Según las personas que realizaron el informe, cuatro son los pilares básicos en los que se basa lo que ya debe ser llamado educación a lo largo de la vida: aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a vivir juntos y aprender a ser. Aprender a conocer implica alcanzar una cultura general suficiente con unos conocimientos algo más profundos en ámbitos específicos y sobre todo implica aprender a aprender para poder hacer frente a las exigencias provocadas por los sucesivos cambios en todos los campos. Aprender a hacer lleva consigo una adquisición de las competencias necesarias para poder actuar en situaciones diferentes y además trabajar en equipo para resolver tareas diversas, profesionales o no profesionales. Aprender a vivir juntos guarda una estrecha relación con ese cruce de culturas y opciones de vida diferentes que se dan en sociedades abiertas, sujetas a procesos constantes de movimientos demográficos y al impacto de formas culturales alternativas. Por último, aprender a ser recoge una exigencia muy antigua de la humanidad: alcanzar las destrezas cognitivas y afectivas que las personas necesitan para llegar a ser ellas mismas, llegar a ser lo que son, desarrollando al

máximo sus propias, únicas, irrepetibles e intransferibles posibilidades. Si bien es cierto que puede admitirse en la educación formal infantil y primaria una cierta insistencia en la adquisición de conocimientos, en ningún caso deben éstos constituir el núcleo del aprendizaje en esas etapas.

El acuerdo en torno de esos principios muy básicos no puede ocultar los profundos desacuerdos cuando tenemos que pasar a analizar lo que realmente está ocurriendo con la educación en el mundo. Lo primero que debemos tener en cuenta es algo que ya he aludido anteriormente. En el capitalismo hay una contradicción permanente en la educación que difícilmente se puede salvar. La clase hegemónica ha visto en la escolarización un instrumento básicamente de control social y de rentabilidad económica, con una perspectiva mercantilista que en las últimas décadas no ha dejado de incrementarse. La inversión en educación es una inversión encaminada a mejorar los recursos humanos, lo que en su momento repercutirá en un mejor rendimiento económico y una mayor productividad. En la economía actual, las personas analfabetas se convierten en seres improductivos, exceptuando unos pocos trabajos que pueden ejecutarse sin ninguna habilidad específica o con habilidades muy limitadas. Teniendo en cuenta el modo de funcionar de la economía actual, la necesidad de cuidar la formación de las personas no desaparece después de los primeros años y se mantiene de por vida; una empresa que no quiera quedarse obsoleta tendrá que organizar la formación permanente de sus trabajadoras y de sus trabajadores. Esta educación no formal está adquiriendo en estos momentos una enorme importancia; los empresarios procurarán externalizar los gastos, por ejemplo con las enormes subvenciones que reciben de los fondos públicos para organizar cursos de formación, o simplemente lo repercutirán en sus cuentas de resultados como gastos de producción. En definitiva, proporcionar educación es como construir carreteras o aeropuertos: la educación genera una infraestructura imprescindible para un buen funcionamiento de la economía.

Al mismo tiempo se hacen cálculos que permiten, a nivel individual, establecer una correlación entre nivel de educación y nivel de salarios, con lo que se difunde y cimenta la idea de que invertir en educación es algo rentable para las personas. Ya no es solamente la empresa la que está interesada en la formación, sino que las personas que trabajan, también quienes están desocupados,

analizan el mundo de la educación y la formación como un mercado en el que se debe invertir procurando la mayor rentabilidad para el futuro. En algunos casos, esa perspectiva es la que domina ya al escoger la escuela infantil, se mantiene en la escolarización obligatoria y se hace más patente en los niveles superiores. Convertida la educación en un bien consumible y en una inversión privada, aparece así como un mercado potencial en el que merece la pena invertir para obtener pingües beneficios. Es clásico el descomunal negocio de los libros de texto, sobre el que se ha cimentado, por mencionar un caso, el imperio mediático más importante de España, Prisa; pero en estos momentos el mercado educativo es muy amplio y ofrece enormes posibilidades de hacer negocios. Programas educativos, recursos didácticos, centros más o menos especializados en sectores específicos de formación y los ya clásicos centros docentes, son algunos de los subsectores donde puede ser bastante apetitoso invertir dinero para atender las necesidades de una gran parte de la educación.

La orientación mercantil de la educación se ve reforzada además porque la clase hegemónica siempre ha visto en las escuelas y en la educación obligatoria un eficaz instrumento para transmitir y perpetuar la ideología del sistema. El alumnado aprende muchas cosas en las escuelas, como la necesidad de distinguir entre tiempo libre y tiempo de trabajo o la existencia de rígidas jerarquías, con la obligada sumisión de quienes ocupan las posiciones inferiores, en este caso el alumnado. Es sobradamente conocido el papel que la escolarización obligatoria desempeña en disciplinar y homogeneizar a la población infantil para que lleguen a ser buenos ciudadanos cuando sean adultos. Estas dimensiones y otras parecidas constituyen eso que habitualmente llamamos currículum oculto, nunca formulado de manera explícita, pero sumamente eficaz en la configuración de la personalidad de los seres humanos. Al mismo tiempo, la escolarización fomenta el mito de la competitividad estableciendo un riguroso sistema de calificaciones que cuantifican el rendimiento académico y permiten establecer comparaciones entre el alumnado. Quienes obtengan mejores notas podrán acceder a los estudios que dan paso a los puestos ejecutivos en la sociedad; es un proceso selectivo que se mantiene en todo momento, de tal modo que si son demasiadas las personas que obtienen un título universitario, se creará un título de

postgrado para preservar esa selección. Ésta funciona además como legitimadora del orden establecido. La cultura escolar no es neutral y favorece más a unas clases que a otras, por lo que la probabilidad de que se dé un fracaso académico es mayor entre el alumnado socialmente y culturalmente desfavorecido. Al final, el porcentaje de alumnado procedente de la clase obrera en la universidad es muy inferior al que debiera haber de funcionar adecuadamente la igualdad de oportunidades. Posiblemente, sin embargo, sea esa misma ideología de la igualdad de oportunidades en la escuela la que termina legitimando esa efectiva desigualdad de oportunidades: establecido que todo el mundo puede acceder a las mismas escuelas, el fracaso posterior será responsabilidad directa de cada persona que no supo competir adecuadamente. Nada puede recriminarse a un sistema educativo y político que ha proporcionado a todo el mundo un puesto escolar.

La educación, y más en concreto el sistema educativo, no puede ser muy diferente a la sociedad que lo elabora y lo mantiene. Aquí también se cumple sin demasiadas fisuras la subordinación de toda actividad social y política a las exigencias del liberalismo económico que todo lo rige. No obstante, la exigencia popular de educación para todos no ha perdido en absoluto su vigencia. Como acabo de decir, sólo recientemente, y no en todas partes del mundo, se ha admitido la necesidad de la escolarización universal, y esa exigencia ha constituido durante algo más de un siglo uno de los pilares de las reivindicaciones más progresistas. La escuela podrá adoctrinar, pero es también un lugar de liberación, y todo proyecto de dominación y control social se organiza mejor cuando se niega todo acceso a la cultura y el conocimiento a quienes padecen la dominación. Así ha sido percibido siempre por los grupos sociales que lideraban los procesos de liberación. Sin escolarización se reducirían las posibilidades de hacer frente a los opresores y las personas carecerían de los instrumentos imprescindibles para hacer una crítica de los mecanismos de explotación y opresión sobre los que se sustenta la sociedad actual. Es bien posible que la escolarización obligatoria, a pesar de ser más prolongada que en épocas anteriores, no ha incrementado sustancialmente las posibilidades de reducir las desigualdades sociales o de favorecer la movilidad social; es, sin embargo, bastante seguro que la falta de escolarización está íntimamente vinculada

con los procesos de exclusión y marginación social, contribuyendo a su profundización. La reciente campaña que exige la escolarización universal en todo el mundo promovida por organizaciones no gubernamentales solventes y apoyada por algunas instituciones internacionales, es un buen recordatorio de que la efectiva democratización de nuestras sociedades demanda sin duda alguna algo más que escolarización, pero nunca algo menos. Y nos recuerda que la educación, la escolarización, es un derecho de todo ser humano.

6 c. Educación y democracia

Al reflexionar sobre las relaciones que se establecen entre educación y democracia estamos apuntando a un asunto nuclear y sustantivo. Teniendo en cuenta lo que ya dije en su momento acerca de la democracia como reconocimiento de que los seres humanos deben hacerse cargo de su propia organización política, sin dar nada por supuesto ni apelar a pretendidas tendencias naturales que justificarían más un modelo de organización social que otro, afloran de inmediato las implicaciones de esa tesis para la educación. La primera es que jamás se podrá dar la democracia en el sentido aquí reivindicado si no contamos con un público bien informado y bien formado. Las complejidades inherentes a la vida en sociedad, incrementadas por la renuncia a una solución definitiva de los problemas que la convivencia plantea, obliga a la sociedad a tomarse en serio la preparación metódica y bien organizada de todas las personas en sus años de formación inicial. Esos años resultan decisivos para que adquieran las destrezas cognitivas y afectivas sin las cuales difícilmente va a poder asumir las responsabilidades que se derivan de su ciudadanía. Esas destrezas implican más o menos los cuatro objetivos del aprendizaje aludidos en el apartado anterior; la gente tiene que aprender a observar críticamente la realidad que la rodea, emitiendo a continuación juicios evaluativos que les permitan diferenciar entre las prácticas e instituciones liberadoras y las que no lo son. Basados en esos juicios y aplicando las destrezas aprendidas, podrán elaborar nuevas estrategias y nuevas prácticas con las que hacer frente a los problemas detectados.

Ciudadanos reflexivos, con un adecuado desarrollo de sus capacidad de análisis y abstracción, pero también ciudadanos

virtuosos, esto es, con las dimensiones afectivas que los capaciten para implicarse en un diálogo cooperativo con sus conciudadanos, independientemente de las características específicas. No resulta sencillo, incluso quizá sea imposible, embarcarse en un proceso abierto de discusión, yendo más allá de las necesidades e intereses del pequeño grupo de referencia, si no se dispone de la adecuada formación, y ésta no se adquiere sin un proyecto intencional bien estructurado, tal y como el que es posible en una institución escolar universal. Ser ciudadano del mundo, reconocer en el diferente y el desigual una persona con igualdad de derechos políticos, económicos, sociales y culturales, aceptar sus puntos de vista y tenerlos seriamente en cuenta cuando se delibera y se toman decisiones, todo eso no es algo evidente ni algo con lo que se nace; sólo podemos mostrarlo en nuestra conducta si hemos desarrollado las capacidades que hagan posible dicho reconocimiento. En este sentido, podemos considerar la educación como un deber tanto para la sociedad como para los individuos. Aquélla, porque tiene el deber de garantizar que todo el mundo adquiera esas dimensiones y no puede consentir una formación deficiente que pondría el peligro la propia pervivencia del sistema democrático que dice defender; éstos, porque para poder ejercer ciudadanía, algo que nunca se puede regalar ni otorgar, necesitan tener una preparación personal bastante exigente. La posibilidad de que la gente responda a los retos democráticos con una vuelta a la violencia excluyente, a los liderazgos populistas o simplemente a las dictaduras paternalistas no es algo remoto sino algo muy presente, como queda claro en la audiencia con la que cuentan propuestas políticas reaccionarias, por no decir puramente fascistas en sociedades democráticas bien asentadas como las europeas.

Lo que se necesita, por tanto, es más educación y nunca menos, y toda lucha social encaminada a mejorar en todos los sentidos la educación obligatoria es una aportación insustituible para la consolidación de sociedades radicalmente democráticas. Hace falta una intervención educativa masiva en los primeros años de la infancia, cuando las personas están consolidando pautas de comportamiento de importancia crucial en sus vidas. Y la intervención no puede terminarse en esos años, sino que debe continuar a lo largo de todo el ciclo vital de las personas. Por una parte, porque

la experiencia indica que no todo el mundo aprovecha esos primeros años de la manera adecuada, y termina la escolarización con serias insuficiencias; para ellos será necesario articular propuestas que les permitan en momentos posteriores adquirir esa formación que en su día no lograron. De este modo desarrollaríamos políticas activas encaminadas a corregir las desigualdades que se pueden dar por factores diversos. Por otro lado, como ya vengo diciendo, estamos atravesando un período en que los cambios en los contextos sociales son constantes y las personas deben hacer frente a situaciones nuevas que las obligan a reestructurar con cierta frecuencia su manera de ver y entender la sociedad. Las destrezas fundamentales adquiridas facilitarán los nuevos aprendizajes, pero no los harán superfluos. Pensemos, por ejemplo, en el serio aprendizaje que es necesario en estos momentos para que los importantes movimientos migratorios no provoquen comportamientos xenófobos o racistas entre la población autóctona.

Debemos tener presente igualmente la importancia de la educación informal, lo que refuerza esta necesidad de incrementar los esfuerzos educativos a lo largo de toda la vida. La decisiva contribución de los medios de comunicación a la creación de estados de opinión y a la modificación o alteración de las ideas y creencias de las personas hacen de ellos elementos educativos que hay que tener en cuenta. Quienes trabajamos en la educación formal, por ejemplo, sabemos muy bien lo imposible que resulta con frecuencia ayudar al alumnado a apropiarse reflexivamente de los valores fundamentales que determinan el sentido de sus vidas pues están absorbiendo esos mismos valores de forma no reflexiva a través de los medios. No deja de ser curioso y preocupante en este sentido el poco tiempo que destinamos a la alfabetización en imágenes (para mejor ver la publicidad y la televisión) y en sonidos (para apropiarse reflexivamente de lo que emiten las radios y las canciones). Pasada la infancia, incluso en el supuesto de que salgan de la escolarización bien preparados, el problema persiste y la insistente labor de esos medios puede deshacer gran parte de lo conseguido. La tremenda batalla que se está librando en estos momentos por el control de los medios de comunicación es buena prueba de la importancia que se les concede como instrumentos contundentes de intervención social. A diferencia de otros procesos de socialización y endoculturación, sí podemos

hablar aquí de un claro proyecto de dominación y control en el que dificultar la percepción consciente de lo que se está haciendo es algo que se busca de forma explícita; son, sin lugar a dudas, instrumentos de difusión de la ideología en el sentido más negativo que ésta tiene en la sociología del conocimiento. No existe, por tanto, ningún planteamiento claramente educativo en esos medios, al menos en general y dejando al margen las contadas excepciones. Es cierto que las personas normales y corrientes no son estúpidas y que generan algunos instrumentos de autoprotección contra tanta manipulación, pero son claramente insuficientes. Es por eso por lo que, para tener una ciudadanía formada e informada, se necesitan planteamientos coherentes que hagan frente a esta deseducación difusa generalizada, y las experiencias acumuladas en los centros de educación de adultos y las universidades populares, por poner ejemplos significativos, son muy valiosas, sobre todo cuando esán insertadas en un compromiso de transformación social.

La aportación de la educación a la democracia debe provocar una modificación muy profunda de lo que habitualmente se hace en los centros educativos. Lo primero es alejarse de todo intento de adoctrinamiento, incluido un adoctrinamiento democrático. Los principios de una sociedad democrática no puede ser transmitidos como paquete de conocimientos y habilidades que los niños incorporan acríticamente. En este sentido, las críticas que en su día Mella hiciera a Ferrer Guardia eran acertadas; si todo consiste en cambiar un cuerpo de doctrina (por ejemplo, el que exalta los valores y prácticas del capitalismo) por otro (el que exalta el socialismo libertario), no habremos realizado un gran cambio, tan sólo habremos modificado la doctrina utilizada para manipular y controlar las conciencias. Por el contrario, como decía Pablo Freire, el objetivo debe ser concientizar a todo el mundo para que sea capaz de adoptar una actitud más crítica y reflexiva ante los problemas que lo rodean. Eso implica que el centro de interés del proceso se sitúa más bien en la persona que está aprendiendo, cuyos intereses y realidad inmediata son utilizados como punto de partida del proceso de aprendizaje. Al trabajar con esos focos de interés, las personas tienen más facilidad para desarrollar las destrezas que permiten esa apropiación crítica y reflexiva de la que tanto vengo hablando, y además pueden ir descubriendo nuevos

focos de interés al verificar la amplitud y complejidad de los problemas que tienen. Se trata, por tanto, de una educación concientizadora en la que en realidad nadie educa a nadie, sino que los seres humanos se educan en comunidad.

Esto nos lleva a otra aportación que marca una clara diferencia. Para que la educación aporte algo sólido al proceso de construcción de sociedades democráticas, tiene que ser ella misma una institución democrática, sin negar con ello las limitaciones que pueden derivarse del desnivel existente entre el alumnado y el profesorado. El objetivo final de toda educación es superar ese desnivel inicial, llegando a situaciones de total igualdad y total ausencia de imposición. Lo que puede resultar irritante es comprobar hasta qué punto se retrasa indefinidamente una mayor implicación del alumnado en su propio proceso educativo y se le niegan posibilidades reales de ejercer como sujeto activo y protagonista de su aprendizaje. Por eso resulta imprescindible que toda la práctica escolar esté imbuida por principios democráticos, que el alumnado participe seriamente en la deliberación y la toma de decisiones sobre las cuestiones directamente relacionadas con lo que hay que hacer en la institución escolar. Si desde los primeros años de la escolarización se los impulsa y se les enseña a participar, muy pronto harán aportaciones valiosas pues, al ser los protagonistas del aprendizaje, pueden saber bastante bien cuáles son las necesidades y cuáles las carencias existentes.

Teniendo en cuenta la importancia que tiene el aprendizaje por observación en los seres humanos, los niños tenderán a interiorizar más lo que ven hacer que lo que les decimos que deben hacer. De ese modo, al comprobar que tanto en el aula como en la vida escolar en su conjunto, su opinión es solicitada y tenida en cuenta, y se les reconoce el derecho a participar en todos los niveles, aprenderán que es eso lo que se espera de ellos en la sociedad de los adultos: que sean agentes activos, que sean sujetos y protagonistas de sus propias vidas. La escuela es también un lugar al que deben llegar los principios democráticos y autogestionarios de los que vengo hablando. Apelar a la minoría de edad del alumnado para perpetuar modelos autoritarios y jerarquizados de educación está fuera de lugar. Los niños pequeños pueden mostrar una gran madurez, si se les da la oportunidad, y también pueden aportar muchas ideas valiosas, si somos capaces de pararnos a escuchar

lo que quieren decirnos. Experiencias clásicas, como las de La Ruche de Edgar Faure, o más recientes, como las escuelas democráticas en Estados Unidos o la ciudad de los muchachos en España son pruebas más que evidentes de la capacidad que el alumnado tiene de asumir un protagonismo en la educación, y también son buena prueba del impacto altamente positivo que esa manera de organizar la vida escolar tiene para su proceso de aprendizaje y maduración.

6 d. Educación y solidaridad

La democracia no se reduce tan sólo a esa participación activa de la ciudadanía en la elaboración de las políticas que van a encauzar la vida social de las personas. Como ya dije, lleva consigo un compromiso solidario, de tal modo que requiere de todo el mundo un esfuerzo suplementario para tener en cuenta el punto de vista de los demás y para construir proyectos en los que no se excluya a nadie, se realicen acciones específicas de integración y de atención a las minorías y se defienda un proyecto común de convivencia en el que la gente pueda sentirse reconocida. Educar para la democracia es educar para la libertad y la igualdad, pero también es educar para la solidaridad. Todo centro educativo es ya en sí mismo un espacio en el que se juntan los niños y aprenden necesariamente a convivir con muchos otros niños a los que los unen muchas cosas, pero también de los que pueden sentirse extremadamente distantes. De no mediar un planteamiento consciente y bien estructurado, las relaciones sociales que se establezcan en un centro educativo serán similares a las de la sociedad que los rodea y eso, en estas circunstancias, significa que podrán reproducir y reforzar prácticas de dominación, de competitividad o de imposición de identidades de género que incrementen la discriminación. La creciente multiculturalidad de muchas sociedades, y en concreto de la nuestra, deja bien claro que, de no afrontar el problema, de forma espontánea las escuelas pueden incrementar la marginalidad, la formación de guetos y el enfrentamiento violento entre identidades y sensibilidades distintas.

Vistas así las cosas, se entiende todavía mejor por qué tiene importancia insistir en el aprendizaje cooperativo; servirá para

evitar un excesivo protagonismo de la relación maestro-discípulo, que siempre está amenazada por la interiorización de la dependencia, algo de lo que ya he hablado en el apartado anterior. No sólo se trata, por tanto, de dar oportunidad a los niños desde edades muy tempranas de ser sujetos activos de sus propias vidas, invitándolos a tomar decisiones y dotándolos de las capacidades que hacen posible esa toma de decisiones; se trata también de provocar situaciones en las que descubran las ventajas de la cooperación y se familiaricen con los requisitos que impone el trabajo en grupo. Renunciar a esa dimensión solidaria y colaborativa puede favorecer el que los cambios tecnológicos y sociales incrementen la distancia entre los que son capaces de situarse en la “cresta de la ola” y quienes quedan relegados a posiciones totalmente marginales de subordinación. Desgraciadamente, en las escuelas se sigue reproduciendo con frecuencia un modelo vertical y descendente del conocimiento en virtud del cual un grupo de personas (los expertos poseedores del saber que en este contexto son el profesorado y los libros de texto) vierten sus conocimientos y sabiduría en las mentes vacías de los inexpertos (en este caso, el alumnado). Poco se ha avanzado en el sentido de unos planteamientos más horizontales en los que se refuerce la dimensión social y cooperativa en la construcción del conocimiento y el papel decisivo que juegan los iguales en el esfuerzo de la construcción de una identidad personal.

Esos enfoques descendentes y verticales se ven robustecidos por las tendencias sociales dominantes en la actualidad. Es el individuo aislado el que debe salir adelante y será su comportamiento y sus conocimientos, artificialmente escindidos y disociados de todo lo que lo rodea, lo que será tenido en cuenta para determinar su nivel de adquisición de conocimientos y su dominio de las destrezas básicas exigidas en la escolarización obligatoria. Las calificaciones individuales apuntalan el sentido de competitividad y mérito que legitima las grandes divisiones sociales provocadas por el sistema neoliberal en el que nos movemos en estos momentos. El trabajo en equipo ocupará un lugar muy secundario en la formación del alumnado y raramente será tenido en cuenta, en condiciones de igualdad, cuando llegue el momento de atribuir las calificaciones al final de cada año académico. También se exaltará el valor de los grupos

homogéneos, unos de gran rendimiento educativo y otros de bajo rendimiento. Se priva así al alumnado de la riqueza, avalada por estudios educativos rigurosos, que de hecho proporciona la convivencia y el trabajo con personas de capacidades bien diferentes, y se perpetúa, quizás inconscientemente, la percepción de que existen grupos privilegiados ya en la escuela que luego seguirán siéndolo en la vida real. Crece igualmente la tendencia a ofrecer una educación especial para los superdotados, pensando que se desaprovechan talentos que pueden ser muy valiosos para la sociedad (una vez más con un valor medido en términos económicos), en lugar de enseñarles ya en la escuela las ventajas para ellos mismos y para los demás que puede reportar el activar y potenciar esas capacidades superiores a las habituales en proyectos solidarios de construcción de la vida comunitaria.

El aprendizaje cooperativo es un pilar fundamental de una educación comprometida con la transformación social y la construcción de la democracia. Afortunadamente existen cada vez más aportaciones que ofrecen modelos de intervención educativa que tienen en cuenta la cooperación y la potencian; una de las áreas más interesantes de este tipo de aprendizaje son las que se centran, para intentar modificarlo, en el papel que la escuela ejerce en la perpetuación de modelos excluyentes y discriminatorios de socialización, como la que se da en la construcción de la identidad de género. Otro ámbito de trabajo que muestra las posibilidades de la educación cooperativa es el que hace frente al incremento de la violencia en los centros educativos —algo que preocupa seriamente a todo el mundo implicado en la educación— potenciando el tratamiento discursivo y negociado de los conflictos, de tal modo que se tienen en cuenta los intereses en conflicto, se inicia un proceso colaborativo de discusión y se buscan alternativas que no ofrezcan una vía positiva de resolución del enfrentamiento. Las asambleas de aula y de centro, presentes en las escuelas democráticas, muestran en la práctica la estrecha vinculación existente entre la democracia y el apoyo mutuo, profundizando una comprensión integradora y solidaria de los problemas de una comunidad. Hubiera sido muy interesante extenderse un poco más en mostrar las diferentes posibilidades de estrategias didácticas cooperativas, pero es imposible en tan breve espacio y será necesario recurrir a las obras citadas en la bibliografía.

Junto a todas estas experiencias altamente positivas, la cooperación debe empapar el núcleo más duro de todo proceso educativo, el que está asociado con la adquisición y desarrollo de conocimientos y actitudes en el alumnado, y el profesorado. Las actitudes propias de una opción por la cooperación ya están presentes en lo que acabo de decir; esas actividades exigen actitudes como las del cuidado, la empatía, la tolerancia y la apertura mental que ve en lo diferente una posibilidad de enriquecimiento personal y nunca una amenaza. Al mismo tiempo, al embarcarse en ese tipo de actividades, todas esas actitudes crecen y se consolidan, convirtiéndose en hábitos de comportamiento. Por lo que se refiere al conocimiento, el *quid* del problema está en llevar a los centros lo que de hecho caracteriza la producción y creación de conocimiento en la sociedad. Mientras los centros se vuelquen a la transmisión de conocimientos, será muy difícil incorporar dinámicas cooperativas en el aprendizaje, pues esa transmisión se basa en que una persona que sabe expone coherente y metódicamente sus conocimientos a otras personas que, de forma reflexiva y significativa, se apropian de ellos y los memorizan. Si el centro de interés se pone más bien en la producción del conocimiento, se podrá potenciar en las aulas lo que es norma casi común en la investigación científica. Ésta no es nunca una tarea de individuos aislados, aunque el trabajo individual es insustituible, sino el resultado de una comunidad de investigación formada por aquellas personas que muestran un compromiso riguroso y estable con el descubrimiento de la verdad y la elaboración de un cuerpo de conocimientos gracias al cual mejore nuestra capacidad de dar sentido a nuestras vidas. El eje se desplaza y deja de situarse en individuos que estudian y aprenden; aceptado el reto de la producción de conocimiento, la piedra angular es la transformación de las aulas en auténticas comunidades de investigación en las que el alumnado junto con el profesorado se embarca en la misma tarea de producción de conocimiento y donación de sentido a las propias vidas. La dinámica generada por esta modificación sustancial del espacio educativo permite llevar adelante un aprendizaje no sólo significativo sino relevante, y esto último es todavía más importante tanto para el alumnado como para el profesorado. El compromiso político de la educación alcanza en el aprendizaje cooperativo su nivel más elevado y aviva la conciencia de que

sí es posible aquí y ahora tener experiencias sociales completamente diferentes a las que quiere imponernos el sistema.

7. Pacifismo y antimilitarismo

7 a. Las semillas de la violencia

La vida en sociedad es, sin duda, algo complicado y conflictivo. Los intereses de las personas que forman parte de un grupo, incluso sin necesidad de que sea muy grande, suelen ser divergentes en algunos aspectos y de vez en cuando llegan a ser contradictorios, por lo que puede resultar muy difícil, incluso imposible, encontrar líneas de actuación que satisfagan a todas las partes implicadas. En un primer momento, es normal recurrir a procesos de discusión en los que las partes enfrentadas proponen sus propias medidas para resolver los conflictos existentes, de tal modo que todo el mundo pueda quedar parcialmente satisfecho. No obstante, la posibilidad de recurrir a la violencia para imponer una determinada solución que favorezca a una de las partes es algo que está siempre presente y que termina funcionando en la mayor parte de las sociedades, por no decir en todas. En una primera aproximación al tema, no es tan fácil que la parte de un conflicto que considere que dispone de una fuerza mayor para imponerse a la otra, renuncie al ejercicio de esa violencia para sacar adelante sus propios intereses. Cuando además pueden estar en juego cuestiones relacionadas con la distribución de recursos básicos, la renuncia a utilizar la fuerza no resulta tan sencilla. En todo caso, conviene tener presente desde el principio que el uso de la fuerza no es algo que podamos considerar natural o espontáneo en los seres humanos, sino que obedece a decisiones concretas y suele atenerse a planes más o menos elaborados; por otro lado, la violencia suele zanjar una discusión imponiendo una solución, pero normalmente no resuelve los conflictos que han generado la discusión, simplemente aplaza toda solución y lo más probable es que agrave el conflicto originario.

La violencia se presenta, pues, como un fenómeno universal, que marca todas las sociedades humanas. No quiero decir con esto que estemos ante la manifestación de un instinto de agresividad presente en todos los seres humanos; hablar de instintos en la especie humana carece casi siempre de sentido, dada la importancia decisi-

va que en nosotros tienen los procesos de socialización. Éstos, desde el principio de nuestras vidas individuales y de nuestra vida como especie, determinan, condicionan y modifican todo lo que pueda considerarse instintivo, hasta prácticamente provocar la ausencia total de conductas instintivas en el sentido técnico de la palabra. Tiene mucho menos sentido vincular esa agresividad con un mecanismo adaptativo que facilitaría la adaptación y supervivencia a la especie humana, y en concreto a sus individuos más agresivos. En el apartado dedicado al apoyo mutuo retomaré este tema con algo más de detalle. Lo que resulta sin duda más adecuado es, en primer lugar, ser conscientes de que la violencia es un fenómeno complejo que se presenta de formas muy diversas y en grados también diferentes. Habitualmente, cuando hablamos de violencia, pensamos en el uso de la fuerza física, potenciado por el recurso a instrumentos diseñados para agredir o matar, posiblemente sea su manifestación básica, pero no debe ocultar la presencia de otras formas de violencia encaminadas a la derrota de una de las partes. Los fenómenos de violencia moral o violencia psicológica desempeñan un papel muy importante en las relaciones humanas y tienden a minar toda resistencia de las víctimas para hacerlas desistir de la defensa de sus intereses y someterlas definitivamente a los dominadores; es sin duda esta violencia la que está más presente en la vida cotidiana elevando desmesuradamente los niveles de infelicidad de las personas afectadas. Es más, en el caso de los seres humanos, la violencia física tiende a completar su labor con la moral y psicológica para consumir su victoria. Dejar que el vencedor físico sea el derrotado moral constituye en error que nadie, una vez que recurre a la violencia, puede permitirse el lujo de cometer. La otra distinción que es fundamental es la que diferencia entre violencia individual o concreta, es decir la que cometen las personas cuando inician una pelea o la que desencadenan los estados cuando se lanzan a una guerra, y violencia estructural, es decir, la destrucción sistemática y a veces masiva de grupos enteros generada por políticas sociales o económicas. Si bien esta violencia es menos aparatosa y tiende a presentarse como un mal inevitable, con bastante frecuencia, y en especial en los tiempos modernos, se presenta como mucho más dañina y mortífera; en algunos casos responde a planes bien diseñados y llevados a la práctica por quienes tienen en sus manos el control. Pensemos, por ejemplo, en las hambrunas

como instrumento de guerra o en los millones de personas que fallecen por desnutrición, ocasionada casi directamente por inicuas políticas de distribución de la riqueza.

Junto a estas distinciones debemos tener en cuenta, como elemento importante para clarificar la cuestión, la distinción entre los grados en los que se utiliza la violencia. Si bien casi siempre resulta algo confusa, pues no es sencillo saber quién inicia un conflicto, en muchos contextos es importante distinguir entre la violencia defensiva y la agresiva. Hay situaciones en las que alguien inicia un ataque violento y parece legítimo apelar a un uso equivalente de la violencia para frenar la agresión. Este matiz adquiere una singular relevancia en las luchas sociales; no se puede negar, por ejemplo, que el recurso a piquetes de huelga tiene más de violencia defensiva, con la que contrarrestar la violencia estructural provocada por las desiguales relaciones laborales y la violencia directa policial con la que los empresarios tienden a imponer sus intereses. También es un factor importante en el análisis contextualizado de la violencia tener en cuenta la capacidad que tiene cada contendiente para repeler o soportar la agresión; los maltratos a niños, o a mujeres, son casos especialmente graves de recurso a la violencia debido precisamente a la indefensión en la que se encuentran. Necesario resulta igualmente tener en cuenta el nivel de violencia empleado; una cosa es recurrir al uso de la fuerza imprescindible para hacer frente a un conflicto y otra muy distinta es aprovechar la situación para aniquilar definitivamente al contrario. Las matizaciones y distinciones pueden seguir hasta bastante lejos; lo importante en este momento es no caer en la trampa de condenas genéricas de la violencia, que pueden estar bien intencionadas, y pasar a análisis más detallados que tengan en cuenta todos esos aspectos y otros más que no he mencionado. Cuando tenemos que abordar un enfrentamiento violento puede ser un ejercicio de cinismo meter todos los actos de violencia en la misma bolsa, incluso en el supuesto de que nos declaremos más bien pacifistas.

La violencia ha estado siempre presente en las relaciones humanas, si bien es posible encontrar sociedades que han sido mucho más agresivas que otras. Por un lado ha terminado empapando profundamente todas las actividades sociales, hasta el punto de que podemos encontrar manifestaciones de la violencia en ámbitos que, en principio, están alejados de la misma. Su vinculación

con el machismo y el patriarcado, asociados igualmente con el belicismo y la guerra, ha provocado que esa imbricación de la violencia en las relaciones sociales sea aun más profunda. Posiblemente sea este arraigo social del uso de la fuerza y la violencia lo que ha llevado a generar en los seres humanos una atracción casi morbosa por todas sus manifestaciones. Quizás en estos momentos, en muchos países, ya no se ofrece la violencia directa como espectáculo, al menos en sus manifestaciones más extremas como las que proporcionaban las ejecuciones públicas hasta empezado este siglo; pero todavía hay violencia expresa en la afición a los combates de boxeo o peleas entre animales, perros o gallos. La violencia es un ingrediente básico, aunque más ritualizado, del cine y de los dibujos animados infantiles, hasta llegar a convertirla en un ingrediente trivial de esos espectáculos. Y lo mismo podemos decir de espectáculos deportivos en los que funciona, aunque muy suavizada, la lógica del combate, del guerrero, de los vencedores y vencidos, propiciando manifestaciones de extrema violencia y atrayendo a grupos marginales que convierten la violencia en uno de sus instrumentos básicos de intervención en la sociedad y de autoafirmación.

Por otra parte, todas las sociedades han intentado controlar el uso de la violencia, siendo muy conscientes del enorme potencial destructivo que lleva consigo. Se ha recurrido a sacralizarla, utilizando los sacrificios sangrientos como una forma de dar salida a los conflictos encontrando en la violencia la reparación de acciones que han sido percibidas como algo malo de lo que algunas o todas las personas de la sociedad son culpables. Se ha recurrido igualmente a la búsqueda de chivos expiatorios sobre los que se han descargado todas las ansias de violencia y destrucción que las frustraciones y miserias sociales provocan. En muchas ocasiones se ha utilizado esa especie de caza de brujas para lograr desviar la atención del malestar reinante e impedir que apuntara a quienes eran responsables de las desgracias padecidas por la población. Por último se ha intentado constantemente restringir su impacto y su ejercicio para impedir que, una vez iniciada, desplegara toda su capacidad destructiva. En este sentido irían las tendencias a imponer leyes a la práctica de la guerra o la concesión al Estado y sus funcionarios de la exclusividad en el uso de la fuerza, impidiendo de ese modo que cualquier grupo social

recurriera a la violencia de forma indiscriminada para defender sus derechos frente a los supuestos o reales agresores. No resultaría arriesgado afirmar, a pesar de todos los horrores vividos en el siglo xx, que en general ha disminuido el nivel de violencia y también ha disminuido la capacidad de soportar el espectáculo de la violencia a gran escala. Esto quizá sea más perceptible en la vida cotidiana, donde ya resulta altamente infrecuente ver a gente armada, o en la desaparición de la pena de muerte en muchos países; en la mayoría de los que la practican ya no es un espectáculo público, como lo fue hasta el siglo pasado, por ejemplo, en Europa. Los avances son todavía pequeños y en cualquier momento se pueden dar retrocesos notables. En cualquier caso, todos estos procedimientos de control de la violencia indican que la aspiración a la paz es otra de las constantes culturales que manifiesta el deseo de los seres humanos de superar el recurso a la violencia como instrumento en la resolución de los conflictos.

7 b. Una forma específica de la violencia: el militarismo

La más destructiva de todas las manifestaciones de la violencia es, sin duda, la guerra y es por eso por lo que me voy a centrar algo más en ella. Ésta consiste en uso masivo y generalizado de la violencia, con la implicación de amplios sectores de la sociedad, a veces incluso de toda la sociedad, para lograr doblegar la voluntad del grupo contra el que se hace la guerra, imponiendo la propia posición como la única posible. En algunas ocasiones la guerra pretende la eliminación total del enemigo, en la medida en que ésta es posible y para algunos sería el recurso último de la actividad política. Constituyen, por tanto, un ejercicio total de la fuerza y la violencia. Federico de Prusia expresó con una frase clara y sencilla la lógica profunda de la guerra: “Soldados, o matáis o nos matan”. Habitualmente las guerras se practican contra grupos sociales contrarios, los extranjeros, y suelen estar asociadas con la obtención de recursos materiales con los que satisfacer las necesidades de las personas que forman parte de cada uno de los grupos en conflicto. En algunos casos se dan también guerras internas o civiles, cuando la cohesión social se ha quebrado y aparecen dentro de una misma sociedad grupos con intereses contrapuestos enfrentados por el control de las instituciones diversas que configuran su

sociedad. En todos estos casos se parte de una apreciación ingenua común a todo uso de la violencia: con la guerra se solucionarán los problemas que no se han solucionado de otro modo.

Una vez más, la omnipresencia de la guerra contribuyó desde muy pronto a la constitución de un grupo especializado en la práctica militar. En determinados momentos de la historia humana era precisamente la habilidad y capacidad mostradas en la conducción de la guerra la que confería de inmediato el mando social y político. En esas circunstancias, los guerreros se convertían en modelos de comportamiento, expresando en su conducta las virtudes más valoradas por la sociedad que veía en ellos —siempre eran hombres— los héroes que podían guiar al grupo a la consecución de las metas de bienestar social ansiadas. El valor y el heroísmo, arriesgando la propia vida en defensa de los demás, les confería una altura moral que los ponía por encima del resto de la población; a esos rasgos se unían el sentido del honor, la amistad y el compañerismo, y en algunos casos la defensa de los débiles. Todo ello contribuía a sostener el mito del héroe militar, la gloria de Aquiles o Lancelot, que tanta fuerza han tenido para el imaginario social durante milenios. De este modo, la guerra no sólo permitía obtener el triunfo sobre rivales exteriores, sino que favorecía la cohesión social y la identidad de un grupo que en cierto sentido cerraba filas en torno de sus héroes exaltando la memoria de los caídos en defensa de la patria. Como práctica social importante, la guerra adquirió cierta autonomía, exigiendo una elaboración específica de las normas técnicas, el arte de la guerra, para poder alcanzar los objetivos previstos y condicionando intensamente todas las demás actividades, en especial el desarrollo de la tecnología.

Generada esa casta militar, formada por los guerreros que hacían de los conflictos bélicos su modo de vivir y en ellos basaban su posición social, pudo generarse una manera muy específica de entender las actividades militares. Es a eso a lo que podemos llamar militarismo que, sin duda, ha acompañado a muchas sociedades durante siglos y desde luego ha sido uno de los ingredientes de la cultura occidental a la que más directamente pertenecemos y que ahora ejerce una hegemonía mundial indiscutible. El militarismo se caracteriza por varios rasgos. El primero de ellos es el culto a la violencia; es posible que en ningún

caso este culto llegue hasta la exaltación de su práctica, pero si se expresa con claridad en la tendencia a recurrir a soluciones expeditivas cuando existen problemas de difícil solución. El militarismo tiende a cortar por lo sano y no se andan con sutilezas pues su sentido de la negociación de los conflictos pasa primero por el cálculo más sencillo de si se puede ganar una batalla y si se dispone de recursos humanos y materiales para alcanzar la victoria. Tiende a pasar por alto los enormes costos humanos que una intervención pueda tener, y a lo más les preocupa que las bajas infligidas al enemigo sean superiores a las propias. Arrastrados por la simplificación del enfrentamiento amigo contra enemigo, los militares y los políticos, que en ellos se basan y con ellos colaboran, piensan en la guerra como un recurso más de la vida política, al que se puede llegar siempre que se den las circunstancias favorables. En cierto sentido, la paz es para ellos una fase más bien excepcional y lo normal es encontrarse en permanente situación de movilización para hacer frente a guerras de baja o alta intensidad.

Normalmente el militarismo pretende que el horizonte de un conflicto bélico esté siempre presente, procurando que la política de defensa ocupe un lugar preferente, muy por encima de cualquier otro campo de actuación política específico. Llega a invertir los términos de la vida social hasta el punto de que convierte en principio indiscutible la necesidad de estar preparando constantemente la guerra para poder alcanzar la paz. Si quieres la paz, prepara la guerra; ése es el lema clásico tan apreciado por los militaristas. Tanto esfuerzo dedicado a preparar la guerra termina distorsionando la percepción de los problemas sociales y provoca que con frecuencia se busquen conflictos más o menos controlados en los que poder verificar el grado de preparación militar que se tiene para hacer frente a un hipotético gran conflicto de mayor envergadura. También suele tender a magnificar la presencia de potenciales enemigos, pues de no existir éstos dejaría de ser aceptable el esfuerzo económico y humano que implica una buena maquinaria militar. Si ya no son creíbles las amenazas externas próximas, se apela a enemigos potenciales en todo el mundo alegando la necesidad de poner el propio ejército, muy bien dotado como es lógico, al servicio de una fuerza de paz internacional. La inversión del vocabulario es completa: el ejército pasa a ser una fuerza de paz.

El militarismo implica igualmente una exaltación de la jerarquía y la sumisión. Apoyándose en las circunstancias excepcionales que suelen darse en los conflictos armados, el militarismo convierte la cadena natural de mando en un pilar de su funcionamiento interno. Cuestionar una orden recibida, plantear dudas sobre la posibilidad de llevarla a cabo atenta contra la esencia del ejército militarizado. Cuando los anarquistas en la guerra civil española intentaron imponer unas milicias populares en las que se puso en práctica inicialmente la discusión compartida de las líneas de actuación militares, rápidamente fueron reducidas sus pretensiones para restaurar de inmediato el modelo de ejército clásico: los jefes dictan las órdenes, con una cierta capacidad de discusión en el nivel del estado mayor; todos los oficiales, en una cadena descendente, van transmitiendo la orden hasta que los mandos y la tropa la ponen en ejecución. Nada de pensar por uno mismo, pues con eso se quiebra la eficacia del cuerpo militar. Para que esa sumisión sea mayor, el militarismo practica asiduamente el secretismo más absoluto y la ocultación; la información nunca puede circular libremente, y se alega la necesidad de ocultar los datos al enemigo, aunque también está la necesidad de que la tropa, y la ciudadanía que mantiene al ejército, nunca sepa exactamente por qué tiene que hacer lo que hace. Es más, se llega a considerar la obediencia debida como una justificación que exculpa a quienes se encargan de ejecutar órdenes absolutamente injustificables desde los principios morales más elementales, incluidos los que están presentes en la legislación de guerra aceptada formalmente por todos los países. En definitiva se trata de exaltar el colectivo, sea éste la compañía, el batallón o el ejército en su totalidad; los individuos no cuentan en ningún momento y poco importan que tengan que ser sacrificados para sacar adelante los objetivos grupos (que no siempre son grupos, como no resulta difícil imaginar). La gloria de cada uno de esos cuerpos suele medirse por el número de bajas habidas en combate.

Desde luego se recurre siempre a las grandes palabras para garantizar y exaltar esa subordinación de toda pretensión de preservación individual. El honor, la gloria de los caídos en combate, el interés de la patria, la bandera como símbolo concreto en el que se condensan todos los afectos que hacen posible el sacrificio

individual, son llevados hasta el paroxismo para conseguir que esos vínculos irracionales apaguen todo cuestionamiento racional de la peculiar lógica militarista. El recurso, desgraciadamente, funciona y esa apelación a las identidades grupales primarias consigue apagar otras aspiraciones más pacifistas y universalizadoras. El movimiento obrero europeo fue incapaz en 1914 de parar la guerra, y los trabajadores acudieron enfervorizados a los frentes de batalla para salvar a la patria. Sólo el horror directo de la guerra, la comprobación de lo lejano y difusa que resulta esa patria, tras la que se ocultan intereses muy concretos y muy bastardos, hace que bajen los efectos de las soflamas demagógicas. El orden y disciplina se mantienen entonces por procedimientos muy expeditivos; el soldado sabe que de no arriesgar su vida en el frente de batalla la perderá con toda seguridad más adelante ante un pelotón de ejecución. El ejército alemán en la guerra de 1939 tuvo que fusilar a miles de soldados para evitar las deserciones y eso se ha hecho en prácticamente todos los ejércitos en todo el mundo, incluidos en los ejércitos de “liberación” nacional que se han dejado contagiar por el militarismo, y todos los que recurren al terrorismo como práctica de lucha política estarían aquí incluidos. De hecho, casi se puede decir que el militarismo ha permanecido tanto tiempo tan vinculado con los ejércitos nacionales que puede resultar casi imposible diferenciarlos de tal modo que todo ejército es militarista y se encuentra sometido a los principios organizativos tan nocivos que he acabo de exponer.

7 c. Las formas actuales del militarismo

El militarismo contemporáneo vigente desde hace unas décadas presenta unos rasgos propios que no deben ser pasados por alto. Uno de ellos, posiblemente el más importante, es la estrecha colaboración que mantiene con una poderosísima industria de armamento, capaz de influir decisivamente en las discusiones que las personas con responsabilidades políticas mantienen para decidir cuál debe ser la política de defensa. El consorcio formado por militares de alta graduación y ejecutivos de la industria de armamento, que tiene aliados o colaboradores en las más altas esferas administrativas y políticas de todos los estados, puede determinar cuáles son las políticas de defensa de un país.

Enormes recursos económicos se detraen de políticas más constructivas y más valiosas socialmente para destinarlos a la producción de armamento, y como es obvio, al gasto de ese armamento en costosas maniobras militares y en enfrentamientos bélicos reales que, de no existir, habría que provocar. Eso supone que la investigación para la producción de nuevos armamentos ocupa un lugar de favor en el conjunto de la investigación científica y tecnológica. La vinculación entre tecnología y guerra es ya antigua; después de algunos intentos serios durante la Primera Guerra Mundial, el famoso proyecto Manhattan, que consiguió fabricar y utilizar la bomba nuclear, supuso un salto cualitativo. Desde ese momento se modificaron tanto las prioridades de la investigación científica como la asociación entre ésta y la guerra, hasta el punto de que ya es difícil presentar a la ciencia como benefactora de la humanidad. Para mayor desfachatez, el militarismo rampante pretende imponer la tesis de las beneficiosas consecuencias sociales que tiene la investigación científica militar, pues todos sus hallazgos terminan repercutiendo en la vida cotidiana.

Un segundo rasgo es la importancia que el ejército sigue teniendo, incluso en momentos en los que poco a poco se va imponiendo un cierto orden mundial apoyado en negociaciones, acuerdos, tratados, colaboración... Si bien persisten numerosos conflictos en todo el mundo, la mayor parte de ellos consisten en guerras civiles en las que los ejércitos que obedecen al poder reconocido y los que se le enfrentan luchan por ejercer una hegemonía definitiva en la gestión de los recursos internos del país. Menos numerosos son los conflictos bélicos entre países que habían constituido el campo de cultivo del militarismo y de los ejércitos en épocas anteriores. No obstante, la potencia dominante, Estados Unidos, apoya su hegemonía —como ya lo hicieron siempre todos los imperios con cierta vocación universalista— en un impresionante aparato militar. En cierto sentido, podemos decir que hoy día existe ya un único ejército, el de Estados Unidos, y a larga distancia se sitúan los demás que, cuando llega el caso, sólo pueden actuar de acompañantes. Como las multinacionales no suelen tener patria, ni Estado de referencia, esta situación no parece preocupar demasiado. El elevadísimo coste que supone mantener la maquinaria militar de

Estados Unidos es asumido por todos los países que se encuentran en posiciones de privilegio dentro del orden mundial que se está imponiendo poco a poco; hasta cierto punto ya no es un ejército estrictamente nacional. A partir de este momento se va reforzando el papel del ejército como policía internacional que garantiza por encima de cualquier otra cosa el orden neoliberal vigente, acallando toda disidencia, bien sea de parte de aquellas elites en países concretos que reclaman una cuota mayor en los beneficios, bien sea de parte de organizaciones terroristas o grupos no controlados (como los que controlan la producción y tráfico de drogas).

No hay, de todos modos, una gran ruptura en este aspecto concreto respecto de lo realizado anteriormente. En los estados modernos, el ejercicio de la violencia para garantizar el orden interno estuvo asignado a la policía y otros cuerpos de seguridad; pero el ejército se erigía en último garante de ese orden y, llegado el momento, no dudaba en intervenir a favor del orden establecido. Los obreros de la Comuna de 1870 en París pudieron ver cómo el ejército alemán permitía al ejército francés, antes de derrotarlo definitivamente, que restableciera el orden en París, exterminando a los comuneros. Algo de eso sabemos en España, donde los militares desempeñaron un papel similar en 1936, y los ejemplos se multiplican en otros países. Siguiendo esa lógica, ésta es la función que sigue desempeñando el ejército multinacional (Estados Unidos, más las comparas) que se está formando. Se mantienen, muy incrementadas, las policías locales y ejércitos nacionales que se hacen cargo del orden en su pequeña esfera de influencia, y crece el papel de esa fuerza de intervención internacional que sólo se hará presente cuando los conflictos locales amenacen pilares básicos del orden económico neoliberal (guerra del Golfo Pérsico o sucesivas guerras en los Balcanes). De hecho, este fortísimo incremento de las fuerzas policiales y cuerpos de seguridad variados, así como las duras políticas carcelarias, son otra característica de la militarización de la sociedad actual. Los elevados costes sociales que está provocando la globalización neoliberal salvaje que nos están imponiendo sólo pueden ser acallados mediante la presencia eficaz de la policía, cada vez más numerosa y mejor dotada de medios de disuasión y control. La aparente calma

social avalada por altos índices de bienestar no debe ocultar esta difusa e insidiosa militarización generalizada, en permanente estado de vigilancia y control, gracias a la cual se apaga cualquier inicio de protesta generalizada y se puede poner en la calle a 30.000 policías simplemente para garantizar que un tren de residuos nucleares lleve a su destino.

Una nueva característica es la vuelta a ejércitos profesionales, desapareciendo poco a poco la idea de la Revolución Francesa de un ejército popular en el que participaban por deber y por derecho todos los ciudadanos del Estado. Esto se debe, por un lado, a que el desarrollo tecnológico militar exige en estos momentos menos soldados y más cualificados para poder utilizar un armamento muy sofisticado. Decisiva ha sido la influencia de los poderosos movimientos de insumisión que se han producido en todo el mundo occidental, empezando por la negativa a participar en la guerra de Vietnam en los años 60 en Estados Unidos. La guerra y el ejército dejaron de ser populares y de contar con el apoyo de la gente; las campañas de insumisión y objeción de conciencia hicieron mella y se mantuvieron próximas a una sensibilidad cada vez más alejada de confrontaciones bélicas, algo que quedaba para otros países lejanos. El pacifismo difundido entre amplias capas de la población planteaba serias dificultades a las levas universales y obligatorias y ha sido necesario pasar al servicio militar voluntario y la profesionalización de las fuerzas armadas. En cierto sentido, éste fue un avance importante conseguido por esos movimientos sociales pacifistas, pero, como ocurre con frecuencia, ha tenido alguna consecuencia menos deseada. El hecho es que en estos momentos los ejércitos profesionales están cubriendo sus necesidades de tropa gracias a los sectores más desfavorecidos de la sociedad que ven en el ejército una posibilidad de subsistencia y de integración social que les está vedada en otras partes. Algo parecido se puede decir de la incorporación de las mujeres que también ven en su acceso al ejército un paso adelante en la lucha por la igualdad. Como tantas veces en la historia, son los pobres los que terminan empuñando las armas para defender la propiedad privada de los ricos.

Los ejércitos profesionales, además, no han supuesto un descenso en los gastos militares, sino que más bien han implicado

un mantenimiento o incremento de los mismos, en especial debido a las fuertes inversiones que son necesarias para mantener un armamento de elevada tecnología. Las cifras de los gastos anuales de armamento a nivel mundial siguen siendo absolutamente escandalosas y muestran la perversión de las prioridades que deberían orientar las políticas económicas y sociales de los diferentes gobiernos. Y eso no sólo en países empobrecidos, sino igualmente en los países ricos que necesitan incrementar los gastos de defensa, detrayendo fondos de donde sea, para garantizar así su posición de privilegio. Otra consecuencia curiosa que estamos constatando en diversos conflictos recientes es que las guerras se libran ahora con una obsesión por reducir las pérdidas de soldados. Vistas las cosas como están, parece que la mejor manera de preservar la vida en conflictos futuros es pertenecer al ejército, pues son las poblaciones civiles las que soportan los sufrimientos más duros provocados por las guerras. Esto es así, desde luego, en guerras civiles, que son las más numerosas y las que muestran un campo de batalla más confundido con la sociedad en su totalidad. Pero también está claro en conflictos más convencionales; quien realmente ha sufrido las consecuencias más nocivas de la guerra del Golfo ha sido la población civil iraquí; los pilotos que bombardearon Yugoslavia en la última guerra de los Balcanes antepusieron su seguridad personal a la precisión en sus ataques; bombardeaban desde gran altura, lo que garantizaba que nunca serían alcanzados, pero también aseguraba que las bombas causarían más bajas entre población civil inocente. Como era de esperar, son las mujeres y los niños los que padecen daños más serios, y estos últimos están siendo reclutados a la fuerza en muchos de los conflictos más sangrientos del presente. En la misma línea podemos poner el veto impuesto por Estados Unidos a una propuesta de Amnistía Internacional de prohibir vender armas a países que alistaran a niños en sus ejércitos.

El equilibrio del terror que dominó el mundo durante las décadas del 50 y 60, empezando a ceder terreno a finales de los 70, posiblemente evitó un enfrentamiento nuclear de consecuencias irreparables, pero no impidió, sino que incluso reforzó, los conflictos de bajo nivel que han provocado desde entonces millones de víctimas, posiblemente tantas como la misma Segunda

Guerra Mundial. La amenaza nuclear no ha desaparecido en absoluto y, al menos de forma localizada, pende sobre todos dada la relativa facilidad con la que hoy día se puede manejar algún artefacto nuclear. El desarrollo tecnológico, por otra parte, ha hecho menos nítidas las distancias entre armas convencionales y nucleares, y las armas biológicas pueden ser consideradas como mucho más peligrosas para la subsistencia de la humanidad. Los conflictos de baja intensidad, en los que no es necesario poseer potentes armamentos (caos de Sierra Leona, Congo o Ruanda, por mencionar algunos), están haciendo estragos, con importantes y considerables beneficios para la industria del armamento mundial, que trabaja a pleno rendimiento. El belicismo y el militarismo gozan de buena salud y siguen siendo una de las amenazas más graves en la actualidad, que acaba con la vida de cientos de miles de personas y perpetúa e institucionaliza una violencia que cuestiona seriamente la capacidad de progreso de la humanidad.

7 d. La oposición a la violencia y la búsqueda de la paz

La oposición a la guerra es también muy antigua, y en los movimientos religiosos que florecieron tanto en el lejano como el próximo Oriente a partir del 600 a.C., se insistió en la cultura de la paz y la reconciliación como únicos caminos viables para la especie humana. Los primeros cristianos llegaron a poner en práctica por primera vez en la historia la objeción de conciencia contra la imposición de unas normas que reforzaban la sumisión y el militarismo imperial. Aunque pronto la Iglesia institucional se asoció con el uso de la fuerza para transmitir su mensaje, contradiciendo sus propios principios, un fondo del mensaje pacifista evangélico se mantuvo en la civilización occidental, y también de forma significativa en el budismo oriental, lo que hizo posible que durante toda la Edad Media reaparecieran constantemente los esfuerzos por disminuir el nivel de violencia en la sociedad. Un aspecto interesante de estos tímidos inicios es que, ya en los profetas de Israel, la paz se presentaba no como ausencia de guerra, sino como resultado de la justicia. La violencia hunde sus raíces en la injusticia social; son los poderosos, en su codicia sin límites, los que utilizan la violencia para imponer sus dominios y son los oprimidos los que cada

cierto tiempo se ven empujados a revueltas y luchas violentas con las que pretenden recuperar parte de su dignidad oprimida y conseguir un acceso más equitativo a los bienes y recursos con los que poder salir de la pobreza a la que están sometidos.

Fueron, en todo caso, tímidos intentos que apenas lograron alcanzar sus objetivos; tan tímidos que en la misma Edad Media el cristianismo apoyó una empresa tan bárbara como la de la cruzadas y fomentó un belicismo muy cruento. Más serios fueron los esfuerzos realizados en el Renacimiento, donde volvió a surgir una potente corriente pacifista, el erasmismo, que pretendía frenar la barbarie desencadenada por las luchas religiosas y el nacimiento de los estados nacionales. La conquista de América por los españoles provocó también una rigurosa reflexión sobre la legitimidad de la conquista y del sometimiento de los naturales del nuevo continente. En este caso, la aportación más importante fue la reflexión sobre la guerra justa, imponiendo condiciones muy estrictas para poder considerar legítimo el uso de la violencia. Esas condiciones, que en realidad no han sido modificadas desde entonces, inspiraron el nacimiento del derecho internacional; sobre el papel eran bastante coherentes y, de ser aplicadas con rigor, hubieran hecho prácticamente imposible el inicio de un conflicto armado y mucho menos su perpetuación en interminables guerras de exterminio del contrario. Si bien han aportado algo de control al belicismo imperante, no se puede decir que hayan conseguido gran cosa. Desde su elaboración, prácticamente todos los gobiernos que han desencadenado un conflicto armado han mostrado que respetaban rigurosamente esas condiciones. La tendencia contemporánea a realizar juicios por crímenes de guerra sería la última versión de este esfuerzo por diferenciar las guerras legítimas de las que no lo son, pero no deja de ser sospechoso que nunca se sientan en el banquillo de los acusados los vencedores que, al hacer la guerra, cometieron sin duda abundantes crímenes por los que están juzgando a los vencidos.

La oposición a la guerra va a dar un salto cualitativo en el siglo XIX con dos corrientes que desde entonces han dado mucho juego y han permitido construir un poderoso movimiento social que se ha enfrentado con cierto éxito al militarismo y belicismo dominantes. Al menos al nivel de su formulación programática

inicial y básica, aparecieron en ese siglo el pacifismo y la desobediencia civil, o no violencia activa. El primero asociado directamente con algunas corrientes religiosas de Estados Unidos, que ya se habían opuesto a tomar las armas en la revolución americana que consiguió la independencia; el segundo, vinculado con la lucha contra el militarismo agresivo del gobierno de Estados Unidos, que llevó adelante una guerra totalmente injusta y expansionista contra Méjico, lo que le permitió conquistar casi la mitad de su territorio actual y a la lucha contra la esclavitud. Fue Thoreau el que practicó a nivel individual y a pequeña escala la desobediencia civil, formulando a continuación los principios teóricos fundamentales. Desde entonces, ambas líneas de acción social no han dejado de crecer, tanto en su capacidad de movilizar a la gente para alcanzar sus objetivos sin recurrir al uso de la violencia como en el rigor con el que han formulado sus pretensiones y sus alternativas. Una parte bastante importante del anarquismo se alineó igualmente en las líneas del pacifismo, con Tolstoi como uno de los representantes más cualificados; un célebre artículo publicado en España a finales de siglo era bastante claro: paz a los hombres y guerra a las instituciones. La insistencia por otra parte en la necesaria coherencia entre los fines y los medios incrementaban el recurso a medios de lucha cercanos a la desobediencia civil. Desgraciadamente, debido a un cúmulo de circunstancias, el anarquismo se dejó llevar en esa época por una negativa espiral de violencia que lo asoció en la imaginación popular con el terror indiscriminado.

De forma más organizada, la prueba de fuego de las dos propuestas vino a comienzos de siglo. Sigue siendo ejemplar el movimiento de desobediencia civil con el que la población finlandesa hizo frente con bastante éxito a las pretensiones de Rusia de adueñarse completamente de la nación procediendo posteriormente a su rusificación. Con su resistencia a cumplir las órdenes en todos los ámbitos, desde la justicia al servicio de correos, llegando incluso al comercio y, por descontado, a los intentos de reclutamiento de la población, los fineses opusieron seria resistencia al poder de Rusia, si bien ésta, al final y recurriendo al uso de la violencia, logró el dominio. Lo que mostró la acción de Finlandia era que podía ser bastante más eficaz la

desobediencia civil que la resistencia armada; en definitiva, competir en el uso militar de la violencia con estados militaristas hasta la médula es poco inteligente, dado que en ese terreno es en el que mejor sabe moverse el Estado, su ejército y su policía. De mayor alcance fue todavía el movimiento de no violencia activa y desobediencia civil iniciado por Gandhi para conseguir la independencia de la India. Con todas las limitaciones que se le puedan atribuir y con el largo período empleado para conseguir sus objetivos, lo que no puede negarse es que se alcanzó el objetivo final sin necesidad de una guerra muy costosa en vidas humanas. Gandhi tuvo además el mérito de formular con cierta precisión su doctrina, logrando la fusión de elementos tomados de Thoreau y de Tolstoi, quienes le inspiraron directamente la idea de la desobediencia civil y la resistencia pasiva como instrumentos de lucha política, y de las tradiciones cristiana (Sermón de la Montaña) y de las tradiciones hinduista y budista. Su planteamiento fue políticamente eficaz y moralmente relevante. Tuvo ocasión de demostrar la demoledora eficacia que puede tener ser el derrotado físicamente (brutal represión de las manifestaciones de Amirtsar) pero convertirse en el vencedor moral, iniciando la desmoralización de las autoridades encargadas de mantener el dominio británico. Los intentos de los pacifistas de oponerse a la primera gran guerra fueron, sin embargo, menos exitosos y casi sólo sirvieron para dar testimonio de una posición alternativa al belicismo generalizado.

La guerra fría desencadenada a finales de los años cuarenta y la amenaza de un holocausto nuclear dio origen al movimiento pacifista más moderno, que se manifestó en primer lugar como oposición radical a la carrera de armamentos y al incremento de la capacidad destructiva basada en armamento nuclear. La fundación de la Sociedad de Naciones y posteriormente de la ONU expresaban el punto de vista oficial y los intentos de los poderes establecidos para dar forma a las aspiraciones pacifistas de gran parte de la población, que había quedado agotada y horrorizada por las tragedias de dos guerras mundiales. Esos intentos oficiales mostraron bien pronto sus limitaciones y su instrumentalización para proseguir el enfrentamiento entre las dos superpotencias con otros instrumentos. El movimiento antinuclear suponía un cambio radical. Primero, potenciaba una sostenida

labor de concienciación de la gente a la que hacía consciente de los riesgos y peligros a que estaba siendo conducida por absurdas e irracionales políticas de armamento. Era una manera de contestar el adagio secular de la necesidad de preparar la guerra para garantizar la paz, una de las trampas ideológicas del militarismo. Era también una exigencia de transparencia y claridad en la información relacionada con los gastos de defensa; toda la política de disuasión nuclear se estaba llevando en el más absoluto secreto, impidiendo a la población un control democrático de la misma y favoreciendo las maquinaciones del consorcio formado por los mandos militares y la industria del armamento. Por último, y para centrarme sólo en lo más significativo, se trataba de un esfuerzo de movilización popular, llamando a la gente a tomar parte activa en la reivindicación de sus pretensiones. Luchaba contra la pasividad ciudadana y mostraba que sólo participando masivamente se podría frenar el control de la sociedad por una minoría muy militarizada y belicista. Los activistas, como ya lo habían hecho los seguidores de Gandhi, eran un ejemplo contundente de que el valor y el coraje, virtudes secuestradas tradicionalmente por el militarismo belicista, eran más bien el patrimonio de quienes se oponían a los hombres armados (ejército, guardia nacional, policía) con su resistencia pasiva y su no violencia activa.

Consolidado el pacifismo como un movimiento social muy importante que revitalizó la lucha social por una sociedad alternativa, basada más en la justicia y la paz que en el dominio y la guerra, se abrió un segundo frente de combate en el ámbito de la insumisión o la objeción de conciencia. Fueron los estudiantes de Estados Unidos los primeros en organizarse de forma generalizada para oponerse a participar en una guerra, la de Vietnam, que era vista como profundamente ajena a sus intereses personales y carente de toda legitimación moral. Su actitud no sólo contribuyó a la importante derrota militar del imperio, proporcionando un fuerte daño a las camarillas de halcones que controlaban la administración, sino que abrió la puerta para que se fuera generalizando en otros países la supresión del servicio militar obligatorio. En el caso de España, los insumisos, aglutinados mayoritariamente en el Movimiento de Objeción de Conciencia, lideraron la campaña contra el reclutamiento obligatorio. La absoluta falta de

popularidad del ejército, totalmente identificado con 40 años de dictadura franquista, ofrecía un buen caldo de cultivo para las propuestas antimilitaristas presentes en el MOC, lo que no impidió que su lucha fuera importante también para que la gente tomara conciencia del militarismo presente en la sociedad española, incluso después de la instauración de la democracia. Sometidos a dura represión, necesitaron dar pruebas de una sólida conciencia pacifista; todavía en estas fechas, cuando el servicio militar ya ha empezado a ser voluntario, sigue habiendo insumisos que sufren condenas de cárcel y están encerrados en prisiones militares o civiles.

Los planteamientos de los pacifistas e insumisos coincidían con los que practicaban la otra gran rama de las luchas sociales, la de la desobediencia civil. La consolidación de esa propuesta como línea de actuación política tuvo su momento decisivo en las luchas por los derechos civiles de la población afroamericana desencadenada en los años 60 en Estados Unidos. En este caso el liderazgo de Luther King, continuador de los planteamientos de Gandhi, fue el que consiguió que arraigara la desobediencia y la resistencia pasiva como instrumentos fundamentales de lucha por la igualdad de los derechos de todas las personas del país, superando en eficacia política a las iniciativas de quienes eran más partidarios del empleo de la violencia, como fue el caso de los Panteras Negras. Lo importante de la lucha por los derechos civiles es que consiguió implantar una metodología de intervención social que abría caminos realmente nuevos. La desobediencia civil fue pronto incorporada por otros movimientos sociales que eran conscientes de que, en su caso, de nada servía el recurso a la violencia; el estilo propio de la desobediencia civil implica una toma de conciencia más radical, lo que garantiza que las modificaciones conseguidas por ese procedimiento pueden tener un mayor impacto social y una mayor posibilidad de prender en el tejido social. Al mismo tiempo, los medios empleados son más coherentes con los fines propuestos, dado que lo que se va buscando es una revolución integral, no un mero cambio en la clase dirigente ni una conquista de las posiciones desde las que se controla el ejercicio del poder para poder utilizarlo en beneficio de los nuevos ideales. Apelar a la violencia puede tener una eficacia inmediata para resolver un problema a corto plazo, evitando, por

ejemplo, un agresión que ponga en peligro la misma supervivencia de los agentes sociales implicados. Como ya dije al principio, a largo plazo no es demasiado útil pues los problemas resueltos a la fuerza siguen siendo problemas y reaparecerán antes o después.

Aunque algunas apariencias puedan indicar lo contrario, el militarismo y la violencia institucionalizada en todos los niveles están lejos de desaparecer. El movimiento de insumisión sigue siendo importante en muchos países en los que el servicio militar es obligatorio y se fuerza a la gente a ir al combate. El caso de Israel puede ser interesante, dado que, a pesar de estar en situación de guerra casi permanente, son muchos los jóvenes que se niegan a prestar servicio en zonas en las que percibe que se trata más de una agresión que de una legítima defensa. Otras luchas muy importantes son las que se han desarrollado en los últimos años contra las minas antipersonales, con un importante triunfo que está lejos de haberse traducido en consecuencias reales; ni se ha abolido totalmente la producción ni se han arbitrado los medios para desactivar los millones de minas esparcidas arbitrariamente en zonas de conflictos recientes o todavía activos. El final de las políticas de disuasión nuclear ha permitido fijar la atención en el enorme comercio de armas ligeras, que tienen un impacto mortífero en numerosos países en los que pueden desencadenar una guerra no es necesario poseer ningún armamento sofisticado. El caso de Sierra Leona, un país arrasado por intereses contrapuestos, detrás de los cuales está el negocio de los diamantes, es un buen ejemplo del nivel de crueldad que pueden alcanzar conflictos civiles en los que basta con un armamento sencillo. En la misma línea están todas las actuaciones encaminadas a exigir una total transparencia en el tráfico de armamento y en las ventas que se efectúan a otros países, sabiendo que allí se utilizarán esas armas con fines absolutamente injustificables, como puede ser el caso de la lucha contra el pueblo kurdo o contra el movimiento independentista de Timor Oriental. En todo esto es mucho lo que queda por hacer y, por fortuna, la actividad de diversas organizaciones y grupos muestra su eficacia recurriendo a la no violencia activa. Estos grupos abarcan un amplio espectro y van desde los que propugnan la objeción fiscal, negándose a pagar el porcentaje de impuestos dedicado al presupuesto de defensa, hasta los interesantes

movimientos de mujeres, como puede ser Mujeres de Negro, que ha servido tanto para denunciar la perpetuación de la guerra como para elevar el protagonismo de las mujeres en la lucha por su propia liberación.

En definitiva, el objetivo es avanzar lo más posible, y también lo más rápidamente, hacia una sociedad en la que la violencia disminuya a cotas admisibles. Ya dije al principio que no todas las sociedades han sido igualmente violentas y que la agresividad no es un rasgo instintivo de nuestra especie que haga ilusoria cualquier expectativa de erradicación definitiva del uso de la fuerza. El pacifismo total puede ser en estos momentos poco viable; sigue habiendo situaciones en las que es legítimo recurrir a un uso defensivo de la violencia, como sigue siendo cierto que existen cuestiones por las que puede merecer la pena arriesgar y perder la propia vida. Bastante menos claro resulta que existan situaciones en las que esté justificado matar, y ése es el blanco final de todo movimiento pacifista: recordar que jamás se debe admitir la violencia como un procedimiento habitual y legítimo para dirimir los conflictos sociales. Si me he centrado en este caso en el tema de la guerra y el militarismo es porque representa la condensación de toda violencia, el nivel más elevado que alcanzan los seres humanos en el despliegue de una violencia absolutamente destructiva. Eso no debe hacernos olvidar toda la escala de las violencias cotidianas, del uso permanente de la fuerza para intimidar, someter, maltratar y destruir a quienes consideramos nuestros enemigos, o simplemente para superar las frustraciones a las que nos conducen aspiraciones individuales no satisfechas y no justificadas. Las propuestas planteadas en grupos que trabajan en el ámbito de la educación para la paz o en la resolución no violenta de conflictos tratan de atacar el fenómeno de la violencia de la que todos podemos participar en nuestras vidas. Ya he aludido a ello en otros dos apartados, el dedicado al feminismo y el dedicado a la educación y no es posible extenderme más en estos momentos.

8. La crítica al poder

8 a. Fuerza, poder, autoridad

Hasta el momento hemos ido viendo diversas manifestaciones

del poder y de la dominación. El tema con el que iniciaba este capítulo se centraba en las luchas sociales y en la democracia; un aspecto central del planteamiento ofrecido estribaba precisamente en la capacidad que tienen los agentes sociales de actuar y ser dueños de sus propias vidas, superando cualquier fatalismo que los indujera a la pasividad. Al hablar del ámbito de la economía, la producción y distribución de bienes, expuse las desiguales relaciones que se establecen entre quienes pueden tomar decisiones y aquellas personas a las que les toca siempre o casi siempre obedecer, recordando también que es posible invertir esa relación de subordinación y recuperar una implicación activa y solidaria de todos los agentes económicos. El ejercicio del poder ocupaba también un lugar central en el caso de las luchas de las mujeres por acabar con la dominación masculina. Un *leitmotiv* de todo el libro es precisamente la superación del pensamiento único que, aludiendo a un supuesto fin de la historia, tiende a desactivar la capacidad de intervenir activamente en los avatares que configuran la historia de los seres humanos. Se trata, por tanto, de un alegato contra la impotencia —inducida y aceptada o impuesta— y un recordatorio de que todo el mundo tiene poder desde el momento en que está dispuesto a ejercerlo, pues el poder no es algo distinto a su ejercicio.

En el caso del último apartado, el de la violencia, me acercaba ya a una dimensión indisolublemente asociada con el poder. Éste, de manera muy general, puede ser entendido como la capacidad de tomar libremente decisiones y de llevarlas a la práctica; en la vida social, nuestras decisiones pueden entrar en conflicto, a veces en contradicción, con los intereses de otras personas, por lo que en último extremo, en su más pura desnudez, el poder puede terminar identificándose con la violencia, con la más estricta coacción física o mental mediante la cual aniquilamos cualquier posibilidad de ofrecer resistencia a nuestras decisiones. Es cierto que con mucha frecuencia, casi de forma generalizada, el poder no se ejerce recurriendo al uso de la fuerza, que queda como mero instrumento para algunas situaciones extremas, pero es igualmente cierto que la fuerza, que permanece siempre visible como telón de fondo, garantiza en última instancia que terminaremos llevando a cabo aquello que nos habíamos propuesto. Ya lo indicaba en el caso de la dominación

masculina; una mujer posiblemente nunca pueda olvidar del todo que el hombre que ejerce sobre ella un dominio efectivo acabará por utilizar su mayor fuerza física y, por tanto, pegándole cuando tema que su condición de privilegio puede ser trastocada. Y los obreros, cuando hacen una huelga y organizan piquetes para asegurar el éxito de su acción, son conscientes de que la policía está próxima para algo más que para garantizar un desarrollo pacífico de los acontecimientos. Al final, puede haber palos, muchos palos. Y no será precisamente los patronos los que terminen en la cárcel o ante los jueces. En sociedades en las que el poder establecido goza de ciertas dosis de legitimidad puede que esta reflexión resulte algo ajena, pues en ellas es muy infrecuente que se produzca ese uso brutal de la fuerza, pero no es lo mismo en otras sociedades en las que el poder casi se reduce al empleo constante y cotidiano de la fuerza, la violencia y el terror.

En este sentido es bueno diferenciar entre poder y fuerza; esta última sería más bien un instrumento que, como todos, no sería ni bueno ni malo, pero desde luego nunca sería neutral: estaría al servicio de alguien y esa persona o grupo, justamente por controlar el uso de la violencia, serían identificadas como poderosas. Así pues, el poder va acompañado de una buena dosis de legitimidad, lo que le permite que las personas tiendan a obedecer sin especial oposición cuando las relaciones de poder están basadas en esa legitimidad. Por eso mismo se puede ejercer de formas muy diversas, todas ellas alejadas de la fuerza, aunque teñidas quizá de cierto aspectos negativos, como queda claro cuando hablamos de la persuasión o de la manipulación como procedimientos empleados para asegurar la obediencia debida. En un caso extremo, el poder puede reducirse al uso de la fuerza, más en concreto al uso del terror, y ésa ha sido una de las configuraciones políticas más significativas del siglo XX, tanto en su versión nazi como estalinista. El totalitarismo buscaba un dominio absoluto sobre las personas y utilizaba el terror como columna vertebral sobre la que asentar su poder; la arbitrariedad, el secreto, la generalización difusa del miedo, la aniquilación física de las personas, a veces de forma masiva, eran procedimientos habituales encaminados a quebrar todo tipo de resistencia y a conseguir la obediencia absoluta a la ideología

del partido único y de su líder. Si bien algunos autores consideran que estos totalitarismos modernos son el resultado de aplicar la tecnología de la producción industrial a la imposición del dominio absoluto del grupo en el poder, el caso de Camboya, uno de los totalitarismos más mortíferos del siglo XX, y quizá de la historia, puede indicarnos que no hace falta tanta tecnología y que se debe más bien a la aplicación de una lógica de dominación sin fisuras en sociedades de masas, en las que son millones las personas cuya voluntad hay que doblegar absolutamente.

En el extremo expuesto de la escala, es decir, en el de la máxima legitimidad, se suele hablar más bien de autoridad, un concepto fundamental en la vida política. Quienes disponen de autoridad en un contexto social determinado tienen garantizada la obediencia de las personas que los rodean y, por lo tanto, tienen poder para poner en práctica sus proyectos y decisiones. La obediencia prestada se basa en el reconocimiento explícito de que esa persona o personas gozan de los conocimientos, el prestigio, la habilidad, para ejercer el poder; también se debe a que la posición de poder que ocupan ha sido obtenida por los procedimientos legítimos previamente establecidos, como sucede en el caso de las democracias representativas más arraigadas en las que la limpieza en el proceso electoral determina el grado en el que el gobierno siguiente gozará de obediencia. Cuando de autoridad se trata, hay que tener en cuenta que es muy importante no sólo que se den unas condiciones más o menos objetivas del tipo de las señaladas, sino que se dé ese reconocimiento subjetivo por parte de quienes obedecen. Volveré a insistir más adelante en esta cuestión crucial: cualquier relación de poder es bidireccional y depende siempre de que alguien, por las causas o razones que considere oportunas, esté dispuesto a obedecer. Hay instituciones o personas que han gozado de gran autoridad, pero que la han perdido simplemente porque la gente ha dejado de reconocer dicha autoridad.

En todo caso, el continuo que va del totalitarismo basado en el terror hasta la autoridad cimentada en el reconocimiento, no tiene límites claros ni transiciones muy bien diferenciadas. Todo el mundo puede reconocer las importantes variaciones que provoca en nuestro modo de vida cotidiano el vivir en regímenes políticos más próximos al totalitarismo o a la democracia.

Incluso en el totalitarismo más atroz la gente puede encontrar resquicios para mantener un cierto margen de autonomía personal y en la democracia más avanzada no dejan de existir formas de manipulación y de presión que adulteran el sentido del reconocimiento obtenido. Aquí también debemos tener en cuenta que las diferencias de grado tienen importancia y que ningún análisis del poder debe prescindir del contexto en el que éste se ejerce y cómo logra imponerse al resto de la población. Por otra parte, no podemos olvidar tampoco que una de las actuaciones prioritarias de quienes ejercen el poder es generar sus propios mecanismos de legitimación. Esto es algo sabido desde los mismos orígenes de la humanidad, y siempre los poderosos han procurado mostrar su poder de forma ostentosa, consciente y premeditada para garantizar su legitimidad y para obtener de ese modo una obediencia más voluntaria. También han procurado hacer todo aquello que, ante los ojos de los súbditos, los convertiría en poder legítimo. En este sentido, no es que haya ciertas instancias ajenas al poder que garantizan su legitimidad, sino que es el propio poder el que genera los mecanismos de su legitimación. Lo más frecuente es que, perdida toda legitimidad, todavía se aferran al ejercicio del poder recurriendo a su opción más sangrienta, la violencia, la fuerza y el terror. Sin embargo, esa alternativa no suele ser muy duradera.

De acuerdo con lo que acabo de mencionar, es posible considerar que el poder tiene una doble cara. Por una parte estaría su apariencia más objetiva, aquella que puede llevarnos a considerarlo como algo que está ahí, dispuesto para ser conquistado y utilizado, y gran parte de las luchas políticas consisten en hacerse con el poder. Al hablar en este sentido estamos prestando especial atención a los mecanismos con los que el poder se impone; en primer lugar, la fuerza bruta, sea ésta la del ejército, la policía, los servicios de información o guardia personal del gobernante, al estilo de las guardias pretorianas de los romanos. Las personas sienten ese poder cuando la porra se descarga con energía sobre su espalda, o cuando tienen que sentarse en el banquillo de un juzgado esperando a que les impongan una sentencia condenatoria, por no decir cuando ven que algún conocido ha desaparecido y saben de otros que han sido torturados y ejecutados. Sería ésta su cara más negativa y la que podemos relacionar

inmediatamente con la opresión; el problema político que se plantea en este ámbito es el del control de su ejercicio para poder garantizar su legitimidad y evitar su derivación a la opresión, siempre amenazadoramente presente.

Por otra parte estaría el poder como capacidad que tienen las personas o los grupos para llevar adelante sus propios intereses, para ejercer sus ideas sin mayores limitaciones que las que se pueden derivar de los acuerdos tomados con otras personas o grupos que actúan en ámbitos coincidentes y de las exigencias planteadas por el apoyo mutuo sin el que no habría ni personas ni grupos sociales. Constituye ésta una dimensión irrenunciable del ser humano, asociada con sus motivaciones más profundas, aquellas que implican la autorrealización personal. Está, como es obvio, íntimamente vinculado con la libertad, pues sin poder no es posible actuar según las propias decisiones, tomadas sin ningún tipo de coacción y por propia iniciativa. Es el ideal de autonomía personal que recoge una aspiración de todos los seres humanos. Y es también la piedra angular de la vida moral de las personas; la ética comienza cuando vencemos el miedo, cuando con coraje y valor nos esforzamos por seguir nuestros planes de realización personal a pesar de que puedan darse circunstancias adversas. Se trata de la virtud de fuerza, tal y como expresa la propia etimología de la palabra, y como voluntad de poder, en el sentido de no dejar que sean otros los que decidan por nosotros y en llevar a su consumación el proyecto personal e insustituible que nos vamos forjando a lo largo de nuestra vida. Vistas así las cosas, nada hay menos deseable que verse sometido a la impotencia, por lo que es tarea prioritaria de toda sociedad que pretende ser democrática el volcarse en capacitar a las personas que la forman para que puedan de hecho participar en la vida pública y defender sus propios intereses.

Si la misma palabra tiene algún sentido, la democracia significa precisamente eso, hacer que sea el pueblo quien ostente el poder, para que éste no sea secuestrado por minorías, como sucede en el caso de las tiranías, las oligarquías, los regímenes autoritarios o las aristocracias. En el nacimiento de la democracia contemporánea ése fue el reto principal que se plantearon los revolucionarios franceses y norteamericanos. Los primeros lucharon contra la monarquía absoluta, que atribuía todo el

poder soberano a la persona del rey, pasando los demás estamentos y el pueblo llano a grupos encargados de ejecutar las decisiones tomadas por la persona real y sus asesores más próximos. Por eso proclamaron la Declaración de Derechos el Ciudadano. Algo muy parecido pretendieron los segundos, los revolucionarios de América del Norte: romper con la monarquía absoluta que, en su caso, era además una potencia colonial que mantenía al pueblo americano en posiciones de total subordinación. Por eso iniciaron su declaración de independencia con la expresión “nosotros, el pueblo...”. Comienza la época de la soberanía popular.

8 b. De la servidumbre voluntaria o el miedo a la libertad

Ése es el núcleo de la cuestión en una democracia radical: conseguir sujetos activos, agentes políticos, que se impliquen solidariamente en la gestión de los asuntos públicos, que son asuntos que afectan a todos y cada uno en el marco de sociedades democráticas. Y es un asunto también capital en todas las relaciones interpersonales en las que está presente la posibilidad de que se consoliden relaciones de dominación. De eso trata la proclama kantiana que exhorta a las personas adultas a atreverse a pensar por sí mismas, a romper con la tutela del cura o el médico, del funcionario o de cualquier tipo de tutor, aunque el mismo Kant no extraiga todas las consecuencias políticas y sociales de su invitación a la reflexión consciente y autónoma. Por lo que hemos visto hasta el momento, no es una tarea sencilla dada la cantidad de personas y grupos de presión que procuran empobrecer las exigencias democráticas y dada también la cantidad de situaciones en las que unas personas intentan que las relaciones sociales e interpersonales sean relaciones de dominación. Es más, en estos momentos hay quienes consideran que a estas alturas, después de más de dos siglos de luchas sociales, se ha ido demasiado lejos en el reconocimiento de ese protagonismo social a todo el mundo. Estos grupos de presión pretenden que las elites, ya sean intelectuales, empresariales o simplemente políticas, recuperen el protagonismo en la elaboración y ejecución de las diferentes políticas propias de un Estado complejo. En una época de cambios, crisis y obvias dificultades, hay quienes proponen reforzar el papel de los expertos, de los gobernantes, de quienes, por su preparación o

su origen personal, ocupan posiciones en las que sí se toman decisiones. Como ya dije en su momento, no está claro que en el futuro vaya a haber más democracia, y una alternativa posible es la formación de una poliarquía que reduciría seriamente las formas democráticas de gobierno y se parecería más a un sistema autoritario o paternalista.

El problema, sin embargo, no se reduce a que existan personas dispuestas a emplear todos los recursos a su disposición para dominar y oprimir. Como Kant indicaba en su obra antes aludida, los seres humanos deben librarse de su culpable incapacidad, en la que se mantienen por no atreverse a pensar por sí mismos, por dejarse llevar por la comodidad que proporciona el que sean otras personas las que tomen las decisiones por nosotros. Si nos inclinamos a la sumisión, es por una cuestión de pereza y cobardía, en la que desempeñan un papel muy activo los tutores; éstos, que “generosamente” se han hecho cargo de las riendas y deciden por los demás, se encargan de que las personas a las que tutelan consideren la emancipación como algo muy peligroso y difícil que sería mejor evitar. El filósofo alemán respondía de ese modo a la reflexión clásica de La Boétie, quien justo cuando se estaba implantando el Estado nacional en Europa, reflexionaba sobre la servidumbre voluntaria. ¿Por qué los seres humanos están dispuestos a dejarse someter por la minoría y no ofrecen ninguna resistencia en serio? La reflexión del autor francés subraya algo en lo que vengo también insistiendo en todas estas páginas. Si bien existen razones fundadas para considerar que la libertad, y la democracia como régimen político que mejor la respetaría, es un rasgo básico de los seres humanos que les facilita una vida dotada de sentido, no es algo que se dé de manera espontánea. Los seres humanos podemos ser educados desde muy pequeños en el hábito de la obediencia, hasta el punto de que dejemos de considerar la libertad como algo valioso a lo que no se puede renunciar sin perder nuestra misma condición humana; es más, podemos incluso recibir una educación que haga imposible que lleguemos a pensar en la misma libertad, mucho menos en su ejercicio.

Si pudiéramos trazar la génesis de las injustas relaciones sociales dominantes, es posible que su origen inicial estuviera en esta inclinación de la obediencia, en esa aceptación sumisa de la

dominación, en definitiva, en la servidumbre voluntaria. La propuesta del anarquismo clásico parte de la constatación del carácter central de la opresión, más importante todavía que la explotación, aunque íntimamente ligada con esta última. Hizo suya la tesis famosa de que el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente; de ahí que la libertad figurara desde un primer momento como lema que le diferenciaba del resto del socialismo: defendían un socialismo libertario frente a los otros que consideraban autoritarios y buscaban formas organizativas y de lucha en las que se respetara y se potenciara la autonomía de todas las personas para que pudieran ser libres. El concepto anarquista de la libertad es solidario y en absoluto individualista; la libertad de cada uno no se termina donde comienza la libertad de los demás, sino que empieza precisamente donde empieza la libertad de los demás. Sólo puedo ser libre cuando los que me rodean también lo son, porque mi libertad sólo es plena cuando es reconocida y respetada por seres igualmente libres con los que mantengo relaciones igualitarias y de mutuo apoyo. Mientras en el mundo haya esclavos, mi libertad no será incompleta y me veré obligado a estar de parte de los amos o de los esclavos, si bien sólo estando de parte de estos últimos podré conquistar mi libertad ejerciéndola. Libertad, además, no reducida a un formalismo, sino dotada del contenido que le proporciona el completo desarrollo personal en adecuadas condiciones materiales de existencia. La libertad no es un prejuicio pequeño burgués sino el quicio sobre el que deberá girar tanto la nueva sociedad que queremos construir como los medios que decidamos emplear para ir avanzando hacia ella. Nada de amos, nada de jefes, nada de reyes, nada de dioses despóticos...

A pesar de esta opción decidida por la libertad, eran bien conscientes del mismo problema denunciado por sus predecesores. En este mundo hay esclavos porque hay amos, pero también hay amos porque hay esclavos. En gran parte, el poder del que disfrutaban las clases dominantes es el que le confieren los oprimidos al reconocerlo y aceptar que lo ejerzan. La libertad nos hace humanos y nos caracteriza como tales, pero no todo el mundo está dispuesto a realizar el notable esfuerzo que supone ejercerla. Algo de esto ya mencioné al hablar de las dificultades que la gente encuentra para participar y cómo está dispuesta con excesiva frecuencia a delegar

en otras personas para que tomen decisiones por ellas. Por recurrir a terminologías ya consagradas, es como si la gente tuviera miedo a ser libre, porque eso supone abrir un amplio margen a la incertidumbre y la imprevisibilidad; los caminos dejan de ser seguros y crece el peligro de las equivocaciones que luego pueden pagarse bien caro. La gente, cuando no ha recibido una preparación adecuada para ejercitar su autonomía, se siente de pronto perdida y desorientada, ante un vacío que no sabe cómo llenar. De ahí a percibir la libertad como una condena o como un riesgo insoportable no hay más que un paso. No es difícil que a continuación deseen volver a los brazos protectores de las personas que están dispuestas a decidir por ellas y a facilitarles la práctica de la libertad restringiendo su alcance. Es más, cuando las sociedades entran en procesos de desestructuración y las normas dejan de estar claras, o se producen fenómenos de clara permisividad en los que la diferencia entre lo permitido y lo prohibido se desdibuja, crece el riesgo de que se recurra a soluciones drásticas, normalmente la búsqueda de líderes carismáticos que arrastrarán a masas humanas incluso a su propia destrucción. Fenómenos como el del nazismo en los años 30 o el de las sectas en la actualidad son prueba evidente del riesgo evidente que se corre en esos contextos sociales. Por eso mismo, para los anarquistas la libertad no debía entenderse como ausencia absoluta de normas, sino como la situación en la que las personas solidariamente acuerdan normas que libremente se aceptan y con la misma libertad se pueden rechazar. Ése era el principio básico del federalismo político.

Ese mismo miedo a la libertad, del que se nutre el poder y que los opresores saben explotar muy bien, es el que da lugar a la personalidad autoritaria, en la que la fascinación por el poder y su práctica se mezcla con la sumisión y obediencia ciegas, mostrando las consecuencias personales más negativas de las relaciones sociales basadas en la opresión y la dominación. Las personas autoritarias suelen mostrar una creencia ciega en la autoridad, a la que obedecen sin titubear, respetando siempre la cadena jerárquica de mando (recordemos lo ya dicho al tratar el militarismo); frente a quienes consideran sus superiores se comportan de manera sumisa y dócil, aceptando una disciplina rigurosa en la que no tiene cabida la reflexión personal ni la disidencia. Sin embargo, cuando tienen que hacer frente a los que consideran

inferiores, actúan de manera despótica y arbitraria, descargando sobre ellos una elevada agresividad. Los desprecian y tienden a convertirlos en víctimas propiciatorias a las que humillan, ridiculizan y veján. Por otro lado suelen mostrarse muy apegados a las normas y convenciones socialmente aceptadas, siendo renuentes a la aceptación de la ambigüedad; buscan normas simples y claras, y hacen análisis de la realidad social que los rodea bastante simplistas, sin ninguna sensibilidad por la complejidad que en dicha realidad existe. Dos son las fuentes principales de este tipo de personalidad; en principio es consecuencia directa de ambientes sociales y educativos en los que el autoritarismo está presente y en los que se priva a la persona de un pleno desarrollo de sus capacidades cognitivas y afectivas. Puede ser igualmente una consecuencia de situaciones de indefensión y frustración personales, que inducen a las personas a buscar el equilibrio perdido en relaciones sociales en las que se encuentra la propia identidad en la identificación absoluta con un grupo fuertemente jerarquizado.

La tendencia a la sumisión existe, aunque puede manifestarse de maneras muy diversas y en muchos grados. Podemos aceptar la obediencia en determinados ámbitos de nuestras vidas, pero no en otros, donde pretendemos decidir por nosotros mismos, libres de imposiciones y coacciones. Ciertamente es bastante improbable que se acepte una sumisión completa y para mantener una cierta autoestima, tenemos que sentirnos capaces de actuar por nosotros mismos. En cualquier caso, si hubiera que decidirse por una de las dos tendencias, la libertad o la obediencia, parece más bien que es la libertad la que mueve al ser humano en general. Carece de sentido, por tanto, atribuir a los oprimidos la responsabilidad de su propia opresión. Resulta obsceno, por ejemplo, leer comentarios escritos por judíos sionistas que vivían en Palestina cuando llegaron los supervivientes del holocausto, en los que critican a esos judíos recién liberados por haberse dejado llevar al matadero y por haber luego sobrevivido. La resistencia total, tipo Numancia o Masada, puede ser ejemplo de un deseo de libertad inquebrantable, pero también de una sumisión al propio grupo sin fisuras. En esas situaciones extremas en las que se ve a grupos muy numerosos, a poblaciones enteras, aniquilados sin ofrecer apenas resistencia, la responsabilidad última no es desde

luego de las víctimas. Los opresores invierten bastante tiempo y energías en neutralizar cualquier tipo de contestación o rebelión contra sus órdenes. Cuando recurren a métodos extremos de terror, no es extraño que logren provocar una cierta parálisis en sus víctimas, a las que ni siquiera les conceden la posibilidad de pensar en la posibilidad de desobedecer. Es más, una vez paralizados por el miedo ya ni siquiera es necesario eliminarlos físicamente, como exponía Orwell en su gran novela *1984*. Por eso es tan importante retomar el hilo planteado en el apartado dedicado a la educación: la educación tiene que proponerse de forma consciente y sistemática forjar seres autónomos, libres y solidarios, como primer paso en la lucha contra la opresión.

8 c. Las redes de poder

Una vez más tenemos que ser conscientes de que tanto la sumisión como la opresión no son hechos naturales sino hechos sociales; eso indica que son construcciones realizadas por seres humanos concretos que establecen determinadas relaciones entre ellos y que, a su vez, son determinados por esas relaciones que también les preceden. Nacemos ya en una sociedad bien estructurada, con pautas específicas de comportamiento admitidas y con roles e identidades orientados con bastante claridad. El poder no resulta algo ajeno o adherido a esas relaciones sociales, sino que forma parte consustancial de las mismas; no resulta, en principio, concebible una sociedad sin poder, aunque eso poco nos dice porque múltiples son las figuras del poder. Como ya he dicho, el anarquismo supo ver la importancia que tenía el poder y el papel central que desempeñaba, especialmente en la vida política. Seguía en eso a sus precedentes ilustrados y coincidía superficialmente con sus antagonistas políticos, los liberales. Si bien éstos se había centrado en buscar fórmulas para controlar y equilibrar diferentes poderes, los anarquistas van algo más allá y plantean la supresión definitiva del poder, más en concreto de la figura que en su época era la dominante: el Estado. Quienes había padecido en sus carnes la durísima represión del ejército y la policía y quienes habían padecido igualmente unos gobernantes preocupados exclusivamente por preservar el orden establecido y su propio poder, lógicamente tendieron a centrar sus críticas en el Estado como ejemplo máximo de la concentración del poder en su cara más negativa.

Ese análisis puede resultar algo insuficiente por haber pasado por alto otros rasgos de la vida política en los que el ejercicio del poder aspiraba a estar plenamente vinculado con la legitimidad del mismo. En todo caso es valioso el haber señalado que el Estado, con toda su burocracia, no es una institución social imprescindible, sino que tiene un origen histórico muy preciso y, como muestran algunas investigaciones antropológicas, no se da en todas las sociedades humanas. Mucho menos necesario es el Estado nacional y eso lo estamos comprobando en nuestros días, en los que asistimos a un doble proceso de desarticulación del Estado tal y como se había entendido en las últimas décadas: desmantelamiento del Estado social de derecho, para restringir su actividad otra vez a la justicia, la policía y el ejército; y debilitamiento, casi abandono, del Estado nacional que está siendo sustituido por otras configuraciones más flexibles y más globales de control del poder político, que establecen complejas y fluidas relaciones con otras esferas de poder, como el poder económico, el mediático o cultural, el militar... Tampoco fue muy consciente el anarquismo clásico de la presencia ineludible de relaciones de poder en todo grupo social; planteada la negación del poder como objetivo prioritario —no hay que conquistar el Estado, hay que destruirlo directamente—, no fueron lo suficientemente sensibles a sus aspectos positivos y a la necesidad de articular fórmulas de control del mismo, para evitar que se les introdujera por la puerta falsa. La insistencia en el federalismo y la autogestión generalizada, como elementos básicos de sus organizaciones, no acababan de impedir la génesis de formas alternativas de relaciones de poder, en las que de un modo u otro volvían a darse situaciones de dominación y subordinación.

Lo que sí intuyeron es que el poder no es algo que está ahí, algo con cierta entidad ontológica independiente que podemos conquistar para luego utilizarlo a nuestro antojo y en eso adelantaron análisis posteriores que han enriquecido nuestra comprensión del fenómeno. Lo fundamental es ser conscientes de que el poder consiste precisamente, como vengo reiterando, en el ejercicio del mismo, ejercicio que se produce en toda relación social, en las que personas o grupos diferentes juegan las bazas de las que disponen para ir sacando adelante sus propios intereses. Dichos grupos diseñan sus propias estrategias, aunque éstas

nunca operan en el vacío sino a partir de redes ya establecidas en las que no todas las posiciones tienen el mismo peso en el juego. De hecho, una estrategia fundamental es ocupar las posiciones privilegiadas, aunque éstas tienen un carácter sumamente flexible que impide garantizar que van a ser las mismas durante un largo período o que van a ser ocupadas por las mismas personas. Desde este punto de vista, la posición dentro de la red es incluso determinante y recoge la idea anarquista de que es el poder el que corrompe; si ponemos a un Francisco de Asís en puestos ejecutivos de una multinacional o en el consejo de ministros de algún gobierno, sin duda terminará actuando de acuerdo con las reglas del juego que han configurado justamente esa posición. Resulta ingenuo, en el supuesto de que tenga algún sentido la propuesta, intentar cambiar el poder desde dentro, entre otras cosas porque no hay un “dentro” o un “fuera” del poder. Lo que son las personas está, pues, determinado en gran parte por el rol social que desempeñan, si bien es también cierto que sólo llegan a esas posiciones privilegiadas personas que muestran un claro interés por ejercer el máximo poder posible.

Afirmar la existencia de lugares privilegiados de poder, como podría ser el Estado y más en concreto sus órganos ejecutivos, puede resultar engañoso y hacernos olvidar que la práctica del mismo está difundida en toda la sociedad, en todas sus instancias sean del nivel que sean. La familia, por poner un ejemplo, constituye un espacio muy importante en la construcción de las relaciones de poder, tanto por su capacidad de reproducir el patriarcado como por la disciplina socializadora que aplica a los niños, a quienes impone unas relaciones asimétricas basadas en la desigualdad y la obediencia. Algo similar podemos decir de las escuelas, que tienen y ejercen la posibilidad de disciplinar el cuerpo y la mente de los niños, reforzando específicas pautas de comportamiento así como horarios, ritmos y espacios de trabajo. Toda institución social tiene su propia estructura de poder, con relaciones fluidas, pero también bien definidas, y en todas ellas se da el fenómeno de disciplinar a los individuos implicados en dichas instituciones. Hay algunas instituciones que poseen mayor importancia en la génesis del poder; la familia y la escuela son dos básicas, pero un papel casi similar lo desempeñan las empresas o los lugares de trabajo. Como referente último podríamos dejar instituciones muy

ostentosas: la cárcel, los hospitales psiquiátricos, los cuarteles... En ellas queda muy clara la asimetría característica de las relaciones de poder, queda bien claro, a través de múltiples prácticas, quiénes son los que tienen que obedecer constantemente y quiénes gozan de capacidad de tomar decisiones y obligar a otros a que las cumplan. Aunque gozan de cierta autonomía cada una de ellas, entre todas permiten la consolidación de esos hábitos de obediencia que, afianzados en un ámbito, puede ser transferidos con mayor facilidad a otros ámbitos.

Quizá lo más interesante de esta interpretación relacional del poder es que podemos decir que es el mismo ejercicio del poder el que crea la realidad social. En una determinada institución social no hay un poder generado por la misma del que se apropian en mayor o menor medida los sujetos afectados. La institución es lo que es como consecuencia de las relaciones de poder que existen en la misma. Esto indica la complejidad del fenómeno, pero al mismo tiempo abre posibilidades nuevas en las luchas contra la opresión. Ésta, en definitiva, consiste en que la asimetría de las relaciones sociales provoca que determinadas posiciones en la red de relaciones acaparen una mayor capacidad de decidir e imponer sus propios criterios; es más, las personas, una vez que identifican su realización personal con un incremento potencialmente inagotable de poder, llevan el juego social hasta sus últimas consecuencias y procuran por todos los medios o bien que sus posiciones pasen a ser dominantes o bien ocupar las posiciones que son dominantes en determinadas etapas de la historia social de la institución. Un ejemplo de la primera estrategia es la lucha competitiva despiadada entre empresas para acaparar cuotas de mercado, o entre estados para imponer sus criterios en políticas internacionales, e incluso la formación de oligopolios gigantescos para presentarse como únicos puntos de referencia en la vida política y económica en los actuales procesos de globalización. En un nivel más cotidiano, podemos interpretar también de ese modo el incremento de la violencia doméstica mediante la cual los hombres quieren preservar o recuperar la posición que el modelo patriarcal de familia les reservaba. Un ejemplo de la segunda estrategia son los esfuerzos que las personas realizan para acudir a colegios de élite en los que pueden entablar relaciones personales o adquirir conocimientos que les permitirán acceder a las

mejores posiciones en la red de relaciones sociales; algo similar lo tenemos en los enfrentamientos para ascender en el seno de una empresa o un partido político.

Por otra parte, el modelo propuesto hace posible una lectura al revés del fenómeno, la lectura realizada desde el punto de vista de quienes ocupan las posiciones menos favorables o más débiles dentro de la red de relaciones de poder. En este sentido, lo primero que hay que reconocer es que jamás uno de los polos puede ser reducido a la impotencia absoluta, en la medida precisamente en que los poderosos necesitan de los oprimidos para ejercer su dominio, y estos últimos pueden y deben tomar conciencia del poder que esa necesidad les confiere. La aceptación de la impotencia total es una de las estrategias constantemente utilizada por los poderosos, pero su realidad no va más allá de la que le quieran conceder la otra parte de la relación. Deshacerse de esa imagen del poder como algo objetivo, con una entidad propia, de lo que se apropia un sector de la sociedad o unas personas concretas es un objetivo prioritario de las luchas por la liberación. Al mismo tiempo, si el poder es sobre todo el ejercicio en el marco de una red social de relaciones, en estas existen numerosos intersticios y resquicios a través de los cuales los oprimidos pueden hacer sentir su influencia e iniciar procesos que conduzcan a modificaciones más o menos profundas en las relaciones de poder. Los ejemplos que pueden proporcionarnos en estos momentos las luchas sociales son innumerables y van desde el impacto del pequeño ejército zapatista que ha sabido jugar muy bien sus cartas, provocando una modificación sustancial de las relaciones de poder en México, hasta la pluralidad de radios libres o medios de información alternativa que proliferan en todas partes. Todo el movimiento pacifista y de desobediencia civil abordado en la sección anterior constituye igualmente un buen ejemplo de esas fracturas en las prácticas de dominación.

8 d. Esferas de poder

Como ya he indicado, el poder se ejerce de maneras diversas y en ámbitos muy distintos. Al mismo tiempo, en la sociedad actual no resulta tan sencillo definir con precisión una cierta jerarquía en la que quedara claro qué esferas de dominación ocupan las posiciones más elevadas y cuáles van a ocupar posiciones subordinadas. El

modelo actual no queda bien reflejado en una pirámide, con su cúspide y su base, como tampoco sirve el esquema clásico marxista de una infraestructura y una superestructura. Las relaciones entre las diferentes esferas o ámbitos de poder son más bien horizontales y, en todo caso, obedecen a una circularidad causal en la que cada una influye en las demás. No obstante, si tenemos en cuenta el dogma neoliberal imperante, parece claro que la esfera dominante sería la económica; quienes más peso tienen en estos momentos, quienes ocupan los nodos centrales de la red, son los poderes económicos, es decir, quienes toman decisiones sobre qué, cómo, dónde y cuánto producir. Dentro de la economía tienen todavía más poder los que se sitúan en el ámbito estrictamente financiero y eso puede explicar el exceso de protagonismo que se concede a la bolsa en la información económica. Ahora bien, recordando lo dicho en el apartado sobre la economía y la autogestión, más que de poderes económicos debemos hablar de una tupida, compleja, sofisticada y flexible corporación de altos ejecutivos, con los que están vinculados otras personas detentadoras de fortunas económicas muy importantes, que son los que realmente toman las decisiones y, al hacerlo, se rigen por los intereses específicos del grupo al que pertenecen entre los que se encuentra, como es obvio, su perpetuación en las posiciones hegemónicas y el incremento de su poder efectivo.

Puede resultar emblemático eso que algunos llaman “el hombre de Davos”, haciendo alusión a ese grupo selecto que una vez al año se reúnen en Davos para intercambiar planes y sugerencias. También podríamos llamarlos los hombres de la trilateral, insistiendo de este modo en cierto carácter conspiratorio que tiene la actividad que desarrollan. Lo que parece claro es que las relaciones que mantienen entre ellos, como tal clase hegemónica, gozan de una dosis elevada de opacidad y basta para comprobarlo un diagrama de cualquiera de las redes empresariales existentes en el mundo. Es una característica muy significativa de la situación actual el que entre estas personas, normalmente hombres, con poder efectivo se encuentren numerosos expertos que no sólo se encargan de asesorar sino que muchas veces, debido en parte a la complejidad de la sociedad en la que vivimos, de hecho condicionan y controlan las decisiones que se

toman. En los tiempos modernos, la vinculación entre los expertos, aquellas personas que dominan un campo de saber, y el poder ha sido muy profunda. El peso de la producción y distribución del conocimiento en la sociedad actual no hace más que incrementarse; junto con él, crece igualmente el papel que los poseedores de esos conocimientos desempeñan. Arropados bajo el mito de la autoridad de la ciencia y el conocimiento, su insidioso control y dominio puede terminar siendo tan peligroso o más que cualquier dominio anterior.

Por otra parte, podemos también introducir una importante distinción, la que hace referencia a los instrumentos que se emplean para ejercer el poder. En su forma más próxima a la legítima autoridad, basta prácticamente con el reconocimiento de quienes obedecen, basado en un conjunto de normas y reglas libremente consensuadas. Como éste es más bien un caso extremo, resulta imprescindible recurrir inmediatamente a la persuasión, es decir, a mecanismos de difusión de ideas que hagan posible una modificación de las actitudes de las personas y, con ella, un cambio estable en su comportamiento. Se trata de un instrumento pacífico que tiene por objetivo reforzar el nivel de asentimiento en una población, la cual termina por identificar la realidad con aquello que se le presenta desde los medios que crean y transmiten las ideas y la información. Debido a que la persuasión busca el asentimiento no consciente ni reflexivo de los sujetos, su capacidad de modificar actitudes es mayor de la pensada; el gigantesco mundo de la publicidad es el mejor ejemplo de este tipo de intervención. Un nivel más elevado de control para conseguir el asentimiento es el que ofrece la manipulación. Aquí ya se está buscando intencionadamente una modificación fraudulenta de la comunicación entre los diferentes vértices que configuran las relaciones de poder, de tal modo que se recurre al engaño, el fraude o la distorsión para confundir a las personas y conseguir que respalden actuaciones que en el fondo están en contra de sus intereses. Con ello se consigue lo que en su momento Marx llamó la configuración de la ideología, como pensamiento falso generado por la clase dominante que busca de ese modo favorecer y al mismo tiempo ocultar su dominio. En un mundo en el que los medios de comunicación social y la publicidad, que en cierto sentido forma parte de los anteriores, juegan un papel muy relevante, casi nunca

resulta sencillo dónde termina la persuasión y empieza la manipulación. De la violencia, como instrumento de tercer grado para ejercer el poder ya he hablado, por lo que no hace falta volver sobre el tema.

El desarrollo cultural de las sociedades tecnológica y económicamente más avanzadas en el momento actual ha hecho que se hiciera más difícil el recurso a la violencia, aunque en absoluto se ha renunciado a la misma y ejemplos de ella se encuentran por doquier. Se han incrementado, sin embargo, las técnicas de manipulación y persuasión. Desde hace ya un largo tiempo se ha venido hablando del cuarto poder, asignando a la prensa y los medios de comunicación social una posición estratégica en las relaciones de poder en una sociedad dada. El desarrollo tecnológico actual ha aumentado notablemente esa capacidad de los medios de comunicación para incidir poderosamente en la configuración de una opinión pública perfectamente homogénea y totalmente subordinada a la defensa y reproducción de la ideología de la clase dominante. Por un lado actúa como un auténtico ministerio orwelliano de la verdad; del mismo modo que le Gran Hermano controlaba la información y reescribía la historia cada vez que era necesario para los intereses de la clase en el poder, los medios de difusión ocultan y reconstruyen la información para asegurar que se consolida el pensamiento políticamente correcto y que no queda ningún espacio para un pensamiento alternativo. Por otra parte se erigen en creadores de opinión; sólo lo que aparece en los medios de comunicación es considerado como algo real y relevante y son ellos en gran parte quienes determinan cuáles son los temas importantes en un momento determinado sobre los que la gente debe opinar y tomar decisiones.

No es de extrañar que se los considere un poder perfectamente establecido y, además, muy importante dentro de la red horizontal en la que van tomando posición las distintas esferas de poder. Por si fuera poco, el mundo de los medios de producción cultural, o de creación de ideología, tiene cada vez un mayor peso específico en la economía, potenciado por el enorme peso que en la productividad económica tiene en estos momentos la producción, gestión y transmisión del conocimiento. Se están produciendo aquí fenómenos de concentración empresarial que están dotando a un menor grupo de empresas de un poder enorme en el control

ideológico, en la persuasión y manipulación de la conciencia reflexiva de los seres humanos. Los grandes grupos mundiales de las comunicaciones abarcan toda la gama de actividades: empresas editoriales, prensa, producción cinematográfica y fonográfica, cadenas de radio y televisión, redes de televisión por cable, canales temáticos, satélites de comunicaciones, agencias de publicidad, *software* informático y servicios de conexión a internet, telecomunicaciones... Son auténticos emporios que empieza a ejercer un poder casi monopolista, cooperando estrechamente con los demás agentes del modelo neoliberal, con el que comparten objetivos y del que son los mejores y más asiduos instrumentos de difusión e imposición. Los ejemplos del grupo Prisa en España (y ya en toda el área geográfica en la que se habla español) o de Time Warner AOL, Bertelsmann, News Corporation o Fininvest, por mencionar sólo algunos de los más conocidos, son bastante significativos e indican una tendencia.

Aquí tampoco conviene dejarse llevar por reduccionismos simplificadores, del tipo de los denunciados por Eco en un famoso libro en el que se distanciaba de apocalípticos e integrados. La posibilidad de que se llegue a un mundo de pensamiento único, de homogeneidad cultural completa y de total control ideológico están más lejos de lo que parece. Una vez más, en las complejas relaciones de poder, los grupos no hegemónicos desarrollan sus propias estrategias para frenar la capacidad de control que pueden ejercer los grandes grupos de comunicaciones. La información alternativa circula e internet ha sido un buen ejemplo recientemente de lo difícil que puede resultar alcanzar el consenso obediente a que aspira la clase hegemónica. Los actuales movimientos contra el modelo neoliberal de globalización económica que nos están imponiendo han sido posibles gracias en gran parte a las numerosas fisuras que existen en el control ideológico. La misma red de internet fue diseñada siguiendo patrones contraculturales de funcionamiento en los que, como era propio de la contestación de los años sesenta, la libertad era un objetivo prioritario y se impedía intencionadamente que alguien pudiera algún día hacerse con un control completo del medio. Alegando la necesidad de luchar contra la pornografía infantil, los poderes fácticos están intentando someter la red a un control cuasi policial, pero no parece que lo vayan a tener fácil. Del mismo modo es ilusorio pensar

que la ideología es un todo monolítico que es aceptado pasivamente por el conjunto de la población. Las enormes sumas de dinero empleadas en publicidad y propaganda son prueba fehaciente de que no resulta nada sencillo domesticar completamente la opinión pública y que la gente gestiona sus propios modelos de resistencia que les inoculan, al menos parcialmente contra todo intento de control absoluto. O bien que, en contra de lo que pretenden hacernos creer, la gente sólo acepta parcialmente la ideología dominante y la acepta en tanto y en cuanto puede ponerla al servicio de sus intereses particulares.

Existen, sin duda, riesgos evidentes de avanzar hacia sociedades más autoritarias apoyadas, entre otras cosas, en un control más exhaustivo de los medios de comunicación social. Las resistencias más o menos organizadas son una realidad y todo hace pensar más bien en que es posible entorpecer seriamente los flujos de dominación. La tarea sigue siendo desarrollar mecanismos que hagan posible el control, la difusión y la fragmentación del ejercicio del poder para impedir su configuración autoritaria o totalitaria, siempre opresora, y algunos de esos mecanismos ya han sido mencionados en este libro. El otro lado de la intervención consiste en seguir desarrollando las capacidades que las personas necesitan para incrementar su propio poder y convertirse en sujetos activos que no se limitan a obedecer y someterse en las diversas relaciones sociales en las que se hallan implicados.

9. El apoyo mutuo

9 a. Competitivos o solidarios

Si consultamos a algunos de los especialistas que en la actualidad se dedican a estudiar el origen de la humanidad, más en concreto de nuestra especie, el *homo sapiens sapiens*, parece que existe un acuerdo bastante unánime en considerar que fueron las estrategias cooperativas las que pronto dieron una gran ventaja a los seres humanos frente a otras especies que podían haber amenazado su subsistencia y además potenciaron su capacidad para afrontar con éxito las dificultades que un medio ambiente no siempre favorable les imponía. Dotados del lenguaje, su capacidad de colaboración se incrementó notablemente y

podieron elaborar estrategias adaptativas mucho más complejas y más flexibles que las que había mostrado ninguna otra especie anterior. Ya se tratara de la caza, de la recolección de alimentos o de la defensa ante posibles depredadores ajenos, el lenguaje hacía posible una rápida comunicación y la ejecución de tareas más complicadas. Eso sí, también exigía un período más largo de aprendizaje para llegar a dominar las habilidades sociales sofisticadas que estaban en juego en esos procesos cooperativos. En todo caso, la ventaja adquirida con la colaboración era tan grande que compensaba con creces el riesgo de alargar la infancia notablemente, un período desconocido en otras especies durante el cual era mucho lo que se podía aprender, pero también eran muchos los peligros que se cernían sobre individuos especialmente indefensos que tenían que ser protegidos permanentemente por los adultos. Aceptando las ideas de Kropotkin, la colaboración tan valiosa entre los humanos no era sino una manifestación más compleja de un principio que dominaba en la evolución y pervivencia de todas las especies vivas. Frente a abusivas interpretaciones del darwinismo que dieron lugar al llamado darwinismo social, Kropotkin mantuvo y probó con bastante contundencia que no era la lucha por la vida ni la supervivencia de los más fuertes el motor de la evolución, sino el apoyo mutuo. Aquellas especies que mejor habían sabido articular respuestas cooperativas para hacer frente a las adversidades del medio ambiente, eran las que habían subsistido. El principio del apoyo mutuo regía también, y en un grado más de complejidad, entre los seres humanos.

Es cierto que en este caso, como en todos los demás, los datos que podamos obtener de la biología son sólo un punto de referencia que debemos tener en cuenta, pero que en ningún caso determinan de forma absoluta lo que debe ser entre los seres humanos. Nosotros somos sin duda seres sociales, seres dotados del lenguaje, que es algo más que un sistema de comunicación, pero a nosotros nos toca en cada momento establecer cuáles son las maneras más adecuadas de configurar los mecanismos de colaboración, y en esto pueden aparecer diferencias muy notables. Para empezar, si nos remontamos a los orígenes de la especie humana, la cooperación no solía ir más allá de los límites del pequeño grupo al que se pertenecía. Todos los otros grupos, los

que vivían más allá del espacio vital controlado por el grupo propio, eran en principio más bien competidores con los que se establecían relaciones conflictivas que podían pasar de la cooperación e intercambio al enfrentamiento directo, a veces llevado hasta la casi aniquilación del grupo considerado como enemigo. Los testimonios que se poseen de épocas remotas nos indican la dureza con la que esas relaciones se podían manifestar en algunas ocasiones. El grupo de fuera, y sus miembros, era con frecuencia el enemigo, y la cooperación dentro del propio grupo, básica y fundamental, era una exigencia social entre otras cosas para poder derrotar a ese enemigo llegado el momento del enfrentamiento. La configuración de lo que se ha llamado nichos ecológicos favorecía aún más esa tendencia a no ser demasiado receptivos con la presencia de otros grupos. En cada espacio vital o cada nicho ecológico se asentaba un grupo de seres humanos, que con el tiempo llegó a ser un grupo muy numeroso, toda una sociedad; cada nicho planteaba sus propios problemas de subsistencia que exigían a su vez específicas respuestas por parte de los seres humanos que en ese nicho vivían. Las influencias externas podían llegar a ser muy perturbadoras pues por un lado suponían una amenaza sobre el delicado equilibrio ecológico alcanzado y por otro lado ponían en cuestión prácticas sociales que nadie dentro del grupo cuestionaba.

Por otra parte, no todas las estrategias de cooperación diseñadas a lo largo de la historia han sido estrategias basadas en la igualdad solidaria de los individuos implicados. Ya he tenido ocasión de mencionar que el reparto del trabajo entre los hombres y las mujeres fue sin duda un modo de cooperar, pero también fue un modelo muy negativo para las mujeres. En definitiva, la cooperación en este caso exigía que uno de los dos grupos aceptara una posición de subordinación. Algo parecido puede decirse de casi todas las sociedades conocidas, como es el caso, por poner algún ejemplo, de la división social en castas que todavía se mantiene en la India o la división social propia de las sociedades feudales y estamentales que dominó en Europa durante varios siglos. Cuando hoy en día muchas personas aluden a la metáfora de la nave Tierra, dando a entender que los problemas del planeta afectan a todos sus habitantes y, por tanto, todos ellos están interesados en la cooperación, no podemos

olvidar que la metáfora tiene diversas traducciones. Todas las personas que van en un barco están sin duda interesadas en que éste no se hunda, pero más allá de este interés general lo más seguro es que la cooperación la entiendan de manera muy diferente quienes van en la sala de máquinas, el personal de servicio o los pasajeros de primera que disfrutaban del sol tumbados en cómodas hamacas alineadas en la cubierta.

El principio del apoyo mutuo mantiene toda su validez como estrategia adaptativa, pero en sí mismo, aislado de otros rasgos que deben configurarlo, puede ser extremadamente peligroso. Un riesgo es, sin duda, el que ya he mencionado de cimentar la solidaridad interna para conseguir una mayor eficacia en la lucha contra grupos extranjeros vistos como competidores o simplemente como amenaza. Esta cooperación limita de entrada el número de personas a las que se incluye en las estrategias cooperativas y no supera la dialéctica amigo-enemigo, cuyo horizonte puede ser precisamente la pura y simple aniquilación del contrario. Otro riesgo muy notable es la exacerbación ilimitada de la importancia del grupo por encima de la que tiene cada uno de los individuos que viven dentro del grupo. En este caso, por amor de la cohesión grupal se sofoca y apaga cualquier tipo de disidencia o de comportamiento que no se acomode adecuadamente a las pautas tradicionales de conducta establecidas dentro del grupo. Ambos riesgos guardan una estrecha conexión, pues reforzar esta cohesión social es bueno para hacer frente a grupos externos del mismo modo que la existencia de potenciales enemigos, tanto externos como internos, es buena para garantizar la cohesión social. Es bastante posible que en la historia de la humanidad lo que ha dominado en general haya sido la fuerza del grupo por encima de las personas individuales; es más, la idea misma de persona individual es casi una construcción social de un determinado tipo de sociedades, las llamadas occidentales, que todavía convive en esas mismas sociedades con planteamientos más societarios en el sentido de exigir la sumisión de los individuos a las normas del grupo, haciendo pagar un elevado costo a quienes rompen esas normas del grupo. Incluso en algunas sociedades en las que se ha avanzado bastante en el respeto a las diferencias individuales o de minorías, se está cayendo en el riesgo de fomentar la fragmentación

social, generar guetos aislados y enfrentados y dificultar la perspectiva de un sentido más amplio de lo que debe ser entendido por comunidad social.

Una de las aportaciones básicas de la historia moderna europea fue precisamente la de intentar compaginar el apoyo mutuo con el respeto y exaltación de las iniciativas individuales. El planteamiento inicial de las grandes revoluciones de Estados Unidos y Francia fue precisamente conjugar al mismo tiempo la libertad, la igualdad y la fraternidad. Los teóricos políticos, que sentaron las bases del modelo de convivencia democrática, apoyaron la idea de un pacto social en el que cada individuo llegaba a acuerdos con el resto de los individuos para garantizar así su subsistencia. No obstante, la configuración específica del modelo occidental, actualmente imperante, fue más bien la de la exaltación del individualismo, borrando rápidamente de sus principios rectores la palabra fraternidad para dejar tan sólo vigentes las de igualdad y libertad, en especial esta última. Como ya comenté, el individualismo posesivo es la lógica que subyace en la expansión de las sociedades capitalistas europeas; Robinson Crusoe podía mantenerse en soledad y cuando se encuentra con un ser humano en la isla, en realidad se encuentra con un negro al que niega incluso el nombre propio para llamarlo sólo Viemes. La democracia de Estados Unidos fue compatible durante muchos años con la esclavitud, y durante muchos más años con la marginación social y política de una parte importante de la población. Es más, la gran riqueza de Europa moderna se cimentó sobre la ideología de la conquista, considerando que el resto del planeta era territorio enemigo que podía ser conquistado, sometido y posteriormente explotado para garantizar los niveles de vida de los ciudadanos europeos. El famoso triángulo comercial es bastante expresivo: los barcos salían de Europa con destino a la costa africana, donde compraban esclavos que eran llevados a América para el cultivo del café y el algodón, que posteriormente eran la base tanto de la acumulación de capital necesaria para el despegue económico de Europa como de la incipiente industria manufacturera.

No es de extrañar que en ese marco se fueran difuminando rápidamente los principios de cooperación y exaltando más bien los de competencia, o competición. Una definición bastante restringida de la libertad (mi libertad comienza donde termina la

libertad de los demás) y una exaltación desmesurada del egoísmo particular como fuente de la prosperidad social condujeron a una visión muy dura de la sociedad. El ser humano es un lobo para los otros seres humanos y en la sociedad es la lucha por la vida la que predomina; en la liza, todas las personas compiten sin cuartel para conseguir una mejor posición en la sociedad. Gracias a esta lucha, van pereciendo los seres más débiles o simplemente se limitan a ocupar las posiciones subordinadas en la sociedad, en las que ejercen un trabajo que, controlado por los seres superiores, los mejor dotados, les servirá a éstos para progresar y a aquéllos para subsistir a duras penas y reproducirse. El mito de la competencia y de la lucha por la vida, arropado por un cierto biologismo burdo, el darwinismo social, se convierte en ley natural de las sociedades capitalistas; como todo mito, resiste cualquier crítica y está a salvo de posibles refutaciones, siendo totalmente innecesario aportar pruebas a favor porque se presenta como axioma evidente en sí mismo. Es más, su aportación a la mejora de la sociedad es indiscutible, pues gracias a él las sociedades se liberan de parásitos indolentes que no aportan todo el esfuerzo que podrían realizar para salir adelante y contribuir a la riqueza de la nación. Al mismo tiempo, se convierte en perfecta coartada frente a la desigual distribución de la riqueza: los pobres no son víctimas de ninguna política social, sino de su propia vagancia y desidia.

El mito de la competitividad se instaaura así profundamente en nuestras sociedades y sigue todavía muy presente, aflorando con fuerza renovada cada cierto tiempo. En estos momentos nos encontramos en una nueva fase expansiva, hasta el punto de que todo, absolutamente todo, debe ser sometido a la ley de la competitividad. Se olvida que las sociedades humanas son lo que son precisamente por su capacidad de cooperar; se deja igualmente a un lado que es el apoyo mutuo lo que más fácilmente nos permite a los seres humanos resolver los problemas que nuestra existencia nos va planteando; se prescinde del hecho evidente de que casi la totalidad de las tareas que realizamos en nuestras vidas exigen procesos de cooperación, siendo muy poco lo que podemos resolver en solitario. Convertida en principio regulador básico de la vida social, la competitividad distorsiona y empeora casi todo lo que hacemos. Se implanta la

confrontación total en la que sólo puede haber vencedores y vencidos, nunca acuerdos en los que nadie pierda y todas las partes puedan salir ganando; toda institución, en especial las del mundo económico, ve a las demás como posibles rivales a las que hay que atacar sin cuartel para hacerse con sus mercados de distribución y venta, adoptando prácticamente un lenguaje de guerra: o matáis o nos matan. Como ocurre en las agrupaciones de delincuentes, no pueden existir acuerdos sólidos, pues las partes sólo se ven comprometidas por un acuerdo hasta tanto no observan una posibilidad de salir ganando si aplican una nueva dinámica de enfrentamiento. Las alianzas no duran gran cosa y los socios de hoy pueden ser los enemigos irreconciliables de mañana. Las consecuencias negativas a medio y largo plazo, incluso a corto plazo, son muy evidentes, y ya las mencioné en el apartado dedicado a la autogestión. En contra de lo que mantiene la doctrina oficial vigente, la competición tiende a sacar lo peor que los seres humanos llevan dentro, siendo por el contrario el apoyo mutuo y la cooperación lo que hace posible que demos lo mejor de nosotros mismos.

9 b. La solidaridad institucionalizada

Los comienzos de las relaciones sociales capitalistas provocaron una conmoción social profunda en los países en los que lograba abrirse paso. La dureza de las condiciones de vida para los sectores menos favorecidos por el nuevo modelo de sociedad y de economía alcanzó unos límites que provocaron denuncias y reticencias en numerosos sectores de la sociedad, incluidos algunos de los que estaban llevándose la mejor parte. Jonathan Swift escribió una irónica propuesta para resolver el problema de la pobreza en Irlanda que reflejaba con mordacidad infrecuente el cruel precio que algunos estaban pagando para sostener el nivel de vida de otras personas; algo similar se recogía en las novelas de Dickens, muy contundentes también en su censura de ese egoísmo competitivo que generaba sufrimiento y miseria en los más. La cuestión social se convirtió así en pocos decenios en uno de los temas prioritarios de estas sociedades, intentando poner remedio a la degradación de las condiciones de vida de las clases más pobres: los mecanismos de protección social de las anteriores sociedades estamentales habían desaparecido y nada había sido puesto en su lugar. Ya no existían

tierras comunales para uso de los campesinos pobres, tampoco los gremios de artesanos podían servir de ayuda a obreros poco cualificados sometidos a jornadas laborales durísimas, y las clásicas instituciones de caridad tampoco daban respuesta adecuada a los ingentes problemas planteados. Las revueltas populares que habían estallado cada cierto tiempo en las sociedades tradicionales amenazaban con estallar de nuevo, pero esta vez con una virulencia mucho mayor. Ya en 1848 se pudo comprobar que el enfrentamiento podía alcanzar un carácter completamente revolucionario y la Comuna de París sembró el pánico entre la burguesía. El miedo a las posibles luchas obreras era como un fantasma que recorría todos los países capitalistas y urgía tomar medidas que redujeran las consecuencias más negativas de una economía orientada exclusivamente a la obtención de beneficios y basada en la competencia más feroz. La misma clase hegemónica se percató de las ventajas que podría tener la articulación de medidas e instituciones que ofrecieran ciertas garantías a amplias capas de la población, reduciendo el número de los radicalmente descontentos con el sistema. Empezó a darse cuenta de que la pobreza masiva podía ser antieconómica y restringir sus propios beneficios.

El miedo alentó las propuestas de institucionalización de la solidaridad social, pero tan importante o más que ese miedo de las clases dirigentes fueron las luchas sociales protagonizadas por quienes estaban perdiendo en el reparto de la riqueza. La clase obrera, agrupada en sindicatos, luchó denodadamente para conseguir que le fuera reconocida su participación en la generación de la riqueza y para poder tener una voz en la toma de decisiones de la sociedad. Estos sindicatos no sólo se esforzaron por conseguir una sociedad más solidaria, sino que además, como ya indiqué, cimentaron su estrategia de lucha en el apoyo mutuo: era el convencimiento de que unidos podían hacer valer su poder lo que les llevó a considerar la solidaridad como el objetivo básico que debían alcanzar, y de forma inversa, era la búsqueda de la solidaridad lo que les hizo ver que el apoyo mutuo constituía el medio de lucha más coherente con el que podían hacer frente a los patronos y sus colaboradores. Reivindicaban, por tanto, que la cooperación debe primar por encima de la competitividad y que el motor de la riqueza de una sociedad y de toda la producción económica es el apoyo mutuo. En cierto sentido se hacían portadores

del tercer elemento de las democracias que había sido arrumbado por la burguesía: junto a la libertad y la igualdad, era la fraternidad la que debía también regir los destinos de una sociedad que pretendiera ser verdaderamente democrática; esta exigía además que la libertad y la igualdad no se redujeran a cuestiones formales restringidas al ámbito de la vida política. La filantropía de los ilustrados, que en gran parte no dejaba de ser una versión secularizada del viejo ideal cristiano de la caridad y amor al prójimo, no debía ser la hermana pobre de las políticas sociales democráticas, sino la auténtica protagonista. Si el trabajo era realizado entre todos y era el trabajo humano colectivo el que generaba la riqueza económica y social, también debía revertir en todos los beneficios de dicho trabajo.

Entre el miedo de unos, como motivación negativa, y la solidaridad de otros, como impulso positivo, el hecho es que poco a poco fueron abriéndose camino políticas sociales encaminadas a asegurar un reparto más equitativo de la riqueza y unas garantías que hicieran posible una vida digna para la mayor parte, o la totalidad de la población. Eran, no obstante, tímidos intentos que avanzaban lentamente y con grandes resistencias por parte de quienes controlaban las diferentes instituciones sociales. Los planteamientos de enfrentamiento total seguían rigiendo las relaciones entre naciones y la confrontación social en el seno de cada una de las sociedades seguía siendo más bien la de una lucha entre intereses contradictorios. Las dos grandes guerras del siglo llevaron hasta el límite la estrategia de la confrontación con consecuencias muy negativas; la propuesta política del nazismo y el fascismo también llevó hasta el límite la presión sobre el movimiento obrero, proponiendo una cohesión social apoyada en la represión absoluta y la negación de libertades elementales. Sólo con el *New Deal* en Estados Unidos y con la concertación social iniciada en Europa después de la guerra se llegó a edificar un proyecto compartido de sociedad basada en la solidaridad. Es entonces cuando se consiguen implantar, entre otras cosas, la educación universal y gratuita, la asistencia sanitaria y las pensiones de enfermedad y jubilación de manera generalizada, iniciando una fecunda etapa social. El proceso fue acompañado por el crecimiento de instituciones internacionales que procuraban solucionar los conflictos entre naciones diferentes mediante acuerdos

pacíficos; multitud de otras instituciones y organismos internacionales trabajaban activamente para establecer y consolidar unas redes de cooperación que generalizaran los principios del apoyo mutuo que sin duda resultan mucho más eficaces. Estaba agotado ya el modelo de conquista colonial, y la intensificación de las relaciones entre países bien distantes permitía superar las limitaciones de las solidaridades limitadas a la propia tribu o grupo social de referencia inmediata.

Lo más interesante de estos procesos de institucionalización de la solidaridad y el apoyo mutuo es que se planteaban en el marco de una concepción democrática de la sociedad. No se trataba de garantizar una asistencia subsidiaria para paliar la pobreza extrema, ni de echar una mano a los desfavorecidos, sino de instaurar una sociedad basada en la justicia social, reconociendo que todas las personas, incluso las aparentemente más débiles, formaban parte de la sociedad en condiciones de igualdad. Se trataba, por tanto, de seguir una lógica de inclusión social y de dinamización de la participación activa de todo el mundo en la vida social, política, cultural y económica. Lo que ha venido a llamarse estado del bienestar o estado social de derecho recoge sólo en parte lo que se pretendía en su sentido más genuino con esa gran concertación social. La cuestión no se limitaba tan sólo a garantizar una renta básica para todo el mundo, o a ofrecer una generalización del bienestar al estilo de la que pueden ofrecer las compañías de seguros. Desde luego que se trataba de eso —y no era en absoluto una conquista despreciable en la historia de la humanidad—, pero también de algo más. El reto importante era conjugar las políticas de asistencia y solidaridad con las de participación, es decir, conjugar la libertad con la igualdad y la solidaridad, superando el individualismo egoísta limitado que alimentaba la propuesta liberal más restringida. Por eso debemos hablar más bien del intento de organizar un estado social dinámico, regido por la lógica del bien común, que antecede en gran parte a las lógicas individuales y que busca la implicación activa de todos sus miembros para que asuman el protagonismo de su propio bienestar. Retomando un viejo adagio, el objetivo era enseñar a pescar a todo el mundo y no garantizar la comida.

El modelo tuvo, no obstante, sus limitaciones importantes desde el principio. Las más importantes, en cierto sentido, procedieron

siempre de quienes se negaban a aceptar el reparto y defendían a capa y espada que un determinado nivel de desigualdad social era imprescindible para el buen funcionamiento de una sociedad y de un sistema económico. Mecanismos tan sencillos como los impuestos directos progresivos con los que financiar la constitución de un capital social y atender a las tareas de redistribución de la renta provocaban las iras de las clases más pudientes que los consideraban profundamente injustos. Durante años, esas fuerzas se resistieron a la inclusión de los derechos sociales y económicos junto con los derechos políticos fundamentales recogidos en la Declaración de Derechos Humanos, procurando restringir el alcance y el sentido de la ciudadanía y de la misma libertad. Al estilo del viejo liberalismo en su sentido más restringido, lo único que estuvieron dispuestos a admitir con cierta facilidad fue la ciudadanía política que igualaba a todas las personas de un mismo Estado en unos derechos básicos, entendidos fundamentalmente como libertades negativas, pero poco querían saber de los otros derechos, los que hablaban de la libertad positiva y de la solidaridad, los que recogían el derecho al trabajo, a una vivienda digna, a una atención sanitaria... El recuerdo de los horrores pasados, la amenaza del comunismo, tanto el soviético como el de los partidos de izquierdas en cada país, y la fuerza de los mismo sindicatos y otras fuerzas socialdemócratas o socialcristianas hicieron posible que, a pesar de esas resistencias nunca vencidas del todo, el modelo de la concertación social se impusiera. Algo similar se puede decir de los organismos internacionales que vieron crecer su influencia, con una participación en condiciones de igualdad de todos los países, incluidos claro está los recién descolonizados, si bien las grandes potencias se reservaron mecanismos de control que pudieran garantizar su dominio internacional.

Otras limitaciones a la concertación social y la institucionalización de la solidaridad procedieron del mismo sistema. La primera, y no despreciable, fue la propia institucionalización de la solidaridad que terminó provocando una desmovilización social generalizada; lo que antes había sido visto como una conquista alcanzada gracias al esfuerzo y las luchas de muchas personas organizadas en sindicatos, partidos u otro tipo de asociaciones, pasaba a ser considerado como una característica del mismo Estado social de derecho que debía asegurar a todo el mundo

unos derechos sin ningún tipo de contrapartidas. Creció así una cierta conciencia de que todos los ciudadanos tenían derechos, que debían ser garantizados por el aparato estatal, sin crecer del mismo modo la conciencia de los deberes sociales que nos vinculaban con el resto de nuestros conciudadanos, mentalidad reforzada por el individualismo consumista que había calado en una sociedad que entendía el bienestar como poder tener bienes materiales y poder consumir. Es decir, de algún modo, el mismo modelo que garantizaba la asistencia solidaria, profundizaba el individualismo insolidario. Al mismo tiempo, se iba formando una burocracia de expertos en asistencia social, funcionarios cualificados pagados por el Estado, esto es, por todo el mundo, que se hacían cargo de la gestión y aplicación de las medidas de solidaridad. Esos expertos, por un lado, iban generando un conjunto de intereses propios que tenían poco que ver con los intereses de quienes eran destinatarios directos de su trabajo; al final terminaban velando por sus propios intereses y perpetuación más que por las personas a las que tenían que ayudar, a las que consideraban como meros expedientes dotados de un número que se acumulaban en sus mesas de trabajo. No estaban muy lejos de los demás expertos que, como ya he dicho en varias ocasiones, se iban convirtiendo en parte del bloque dominante tanto en la economía como en la política.

Cuanto más crecía el papel de los expertos, más se debilitaba la participación ciudadana en la gestión de la solidaridad, por lo que se avanzaba hacia un Estado más asistencial que solidario. Cada uno se centraba en sus propios asuntos y delegaba en los funcionarios públicos todo aquello que tuviera que ver con la solidaridad o apoyo mutuo entre los ciudadanos. El tejido social, las virtudes cívicas, que debían ser el núcleo vertebrador de toda institucionalización de la solidaridad, perdían empuje y vigencia, refugiándose gran parte de los ciudadanos en su vida privada. ¿Para qué implicarse activamente en los problemas sociales si ya pagamos a otras personas para que se hagan cargo de los mismos? La asistencia provocaba en algunos casos dependencia y asistencialismo, agostando la capacidad de iniciativa de la gente que, para ser coherente con las propuestas más genuinas del Estado social, deberían haber asumido el protagonismo de la solidaridad. Medidas como, por ejemplo, el plan de empleo rural en España

terminaban haciendo más mal que bien a los propios beneficiarios y quedaban muy lejos de otras propuestas más sólidas, como las que se planteaban en las redes de apoyo comunitario en Estados Unidos que reconocían a los habitantes de los barrios pobres a los que se pretendía ayudar el protagonismo directo tanto en la selección de los objetivos de los planes de ayuda como en la gestión de su diseño y aplicación. Si nos fijamos en el plano intemacional, también el modelo entró en crisis tras una gigantesca etapa de endeudamiento fraudulento y corrupto que, so capa de estar financiando proyectos de formación de una gran capital social, esto es, obras públicas e infraestructuras más asistencia sanitaria y educación, en realidad se destinó a servir intereses absolutamente privados de las elites que controlaban el poder en esos países, en estricta y cómplice colaboración con las elites que, desde los países ricos, se encargaban de conceder los créditos y supervisar su destino.

9 c. Voluntariado y ONGs

Puestas así las cosas, el proyecto de una sociedad eficazmente solidaria como jamás había existido en la historia de la humanidad entró en crisis justo cuando estaba empezando a arraigar y cuando estaba dando frutos muy valiosos. Nunca antes tanta gente había disfrutado de tanto bienestar y servicios sociales, al tiempo que nunca antes habían participado tan directamente en la elaboración y gestión de su propia sociedad. Los enemigos de esta visión más solidaria y más proclive a repartir entre todas las personas la riqueza generada por todas ellas, vieron la ocasión de arrear en sus críticas, atacando los flancos más débiles del sistema a los que acabo de hacer alusión. En su ataque frontal mezclaron críticas fundadas con otras absolutamente tendenciosas y poco fundamentadas. Señalaban la pasividad ciudadana y la dejación de responsabilidades de quienes deberían ser más dueños de sus propias vidas, estando menos pendientes de recibir subsidios estatales que nunca los sacarían de la pobreza. Hacían ver también que en algunos casos la lucha por la pobreza no había conseguido rebajar el nivel de la misma y los problemas seguían estancados, otras medidas de discriminación positiva eran consideradas como absolutamente injustas e inapropiadas, atentando contra los principios básicos de la meritocracia individualista. Mucho más tramposas eran las críticas

que apuntaban a la crisis financiera del Estado social que terminaría haciendo totalmente imposible hacer frente a los gastos que exigía mantener un Estado en exceso generoso. No parece que en ningún momento haya existido un peligro semejante. En resumidas cuentas, el Estado social era algo obsoleto: una maquinaria tan cara como ineficaz, además de nociva para los valores básicos de las sociedades democráticas, en especial para la libre iniciativa de los individuos.

Comenzó, por tanto, en los años setenta un retroceso en la institucionalización de la solidaridad, y se inició un desmantelamiento progresivo de todas las estructuras del estado social. La batalla propiamente dicha se empezó a librar en los años 80 y el primer enemigo que se quiso batir fueron los sindicatos, conscientes de que, aunque ya habían perdido parte de su fuerza reivindicativa por su vinculación con la concertación social, seguían siendo un poder que podría ejercer una resistencia eficaz a los intentos de privatización de toda la actividad de los sectores. públicos. Derrotados y controlados los grandes sindicatos —recordemos la huelga de los mineros ingleses—, se pudo pasar a la segunda etapa de privatizaciones radicales, venta del patrimonio social acumulado en años anteriores y reducción de la solidaridad a la asistencia pública para casos extremos. Iniciada esta tendencia en Estados Unidos, donde menos había cuajado el estado social, y en Inglaterra, se extendió rápidamente a todos los países de su entorno y fue brutalmente impuesta a los demás países sobre los que se tenía capacidad de control. Nos encontraríamos en estos momentos en la cresta de ese devastador movimiento de individualismo competitivo absoluto y de destrucción del estado social; algunos más optimistas dirían que ya están empezando a detectarse síntomas de agotamiento y exigencias de retomar la concertación social previa, dadas las inhumanas consecuencias que estas políticas neoliberales han tenido para la mayor parte de la población. Tras dos décadas de regresión social, no se ha mejorado en absoluto la eficacia de los servicios que los consumidores y ciudadanos reciben, se ha desmantelado un enorme capital social y se han incrementado brutalmente las desigualdades sociales y los fenómenos de exclusión.

No se debe olvidar que este proceso contó con la complicidad y la colaboración de un importante sector de la población. No en vano los líderes que lo llevaron a la práctica fueron elegidos en

elecciones básicamente democráticas. Eso debe recordarnos que la solidaridad no resulta tan sencilla en muchos momentos. Una vez que determinados sectores sociales han conseguido un nivel de renta y de bienestar personal adecuado, aprecian como amenaza una lógica social guiada por la idea de reparto y solidaridad; prefieren entonces apoyar a quienes opinan que los bienes obtenidos son la justa recompensa al esfuerzo individual realizado, a quienes alientan la iniciativa individualista y prometen reducciones en los impuestos progresivos para aligerar un Estado percibido como despilfarrador. Intuyen que con una sociedad más justa tendrán que terminar perdiendo parte de su nivel de vida actual, del mismo modo que se dan cuenta de que el modelo concreto de bienestar implantado en estas sociedades, el que identifica realización personal con tener y consumir, no puede ser generalizable ni universalizable, por lo que, temerosos de perder lo poco o mucho adquirido, se cierra a las propuestas más eficaces de solidaridad. De ahí pasan ya a apostar por propuestas más conservadoras que garantizarán su seguridad reforzando los aparatos de control social y aplaza indefinidamente una distribución más equitativa de la riqueza. Ese alejamiento de medidas sociales más solidarias se acentúa más todavía cuando hablamos de cooperación internacional. Disminuyen primero las escasas ayudas al desarrollo, se ven con buenos ojos los controles arancelarios que favorecen la economía propia y se mira con profundo recelo a la inmigración que fluye de los países más empobrecidos hacia los más ricos. Algunos de los grupos que se enfrentan en estos momentos al proceso de globalización neoliberal no lo hacen por cuestiones de solidaridad, sino para preservar su islote de prosperidad material de las amenazas que puede suponer esa globalización capaz de desmontar fábricas enteras o dejar en barbecho grandes superficies agrícolas.

A pesar de estas dificultades y de la intensa campaña mediática en favor de una vuelta al liberalismo más competitivo, el incremento de las desigualdades y de la pobreza, con fenómenos de exclusión bastante graves, hace que renazcan con fuerza los impulsos para revitalizar formas ya clásicas de apoyo solidario y que surjan nuevas propuestas. El objetivo inicial es minimizar los enormes costos sociales que está suponiendo la competitividad

salvaje convertida en dogma de fe económica. Muchas de ellas proceden del impulso solidario que surgió con fuerza en los años 50 y 60, y desde entonces llevan luchando denodadamente contra un sistema mundial poco solidario, proponiendo acciones concretas y actividades muy significativas para ir atendiendo las necesidades más urgentes de las personas más desfavorecidas o en situación de máximo riesgo. Organizaciones como Amnistía Internacional o Intermón/Oxfam no son creaciones recientes, sino que llevan ya bastante tiempo funcionando, con el apoyo mutuo como columna vertebral de toda su actuación, independientemente del ámbito concreto al que dediquen su atención. Se trata de un amplio movimiento de asociacionismo de la sociedad civil caracterizado por su implicación directa en cuestiones políticas, sociales, culturales y económicas. Están al margen en gran parte de las clásicas instituciones, partidos y sindicatos, que han canalizado la participación política en las democracias parlamentarias que construyeron el estado social. En la década de los ochenta y noventa asistimos a un crecimiento enorme de todo este entramado asociativo que mantiene enhiesta la bandera de la solidaridad y el apoyo mutuo en épocas de competitividad e individualismo.

Este crecimiento más reciente no deja de reflejar una cierta ambigüedad así como alguno de los problemas que atentan en estos momentos la consolidación de formas eficaces de apoyo mutuo que supongan una alternativa seria y rigurosa al sistema. No se puede negar que recogen, perpetúan y refuerzan algunas tendencias que en este libro vengo considerando básicas en la transformación radical de la sociedad: una mayor participación, una actitud mucho más activa, la exigencia de un protagonismo y de una capacidad de actuar socialmente, una apuesta decidida por la solidaridad... Acallada por gurús y expertos, por líderes mediáticos que prometen mucho y cumplen bastante menos, agobiada por la complejidad de los problemas actuales, la ciudadanía había incurrido en la peligrosa tendencia a guardar silencio, a delegar en otras personas la solución de los problemas y a aceptar sin reflexión ni análisis crítico las propuestas realizadas por esos expertos. El incremento del voluntariado debe ser visto como una recuperación de la misma sociedad civil y, en este sentido, no deja de ser una tendencia saludable que muestra, como vengo manteniendo a lo largo de todo este

libro, que son muchas las personas y los grupos que se niegan a claudicar ante el pensamiento único. Experiencias concretas como la de las comunidades pobres de algunas ciudades de Estados Unidos o Villa el Salvador en Perú, organizaciones clásicas como las ya citadas anteriormente, o más recientes, como el Movimiento por la Resistencia contra la Globalización o ATTAC, pueden servir de referencia para ilustrar esa reconstrucción de redes sociales de apoyo mutuo que están haciendo frente con cierto éxito al bloque dominante. Parece ser que las instituciones defensoras del capitalismo neoliberal más extremo empiezan a ser conscientes de que no son apreciadas y de que el problema más serio del mundo actual es el de la pobreza y la exclusión.

Por otra parte, todo ese voluntariado y “oenegeísmo” puede tener una lectura mucho menos positiva. De algún modo, y muchas veces de forma inconsciente, está reforzando y apuntalando esa misma tendencia neoliberal, en su ideología más rancia y conservadora. Para paliar, al menos parcialmente, las consecuencias negativas del neoliberalismo, la clase dominante ve con buenos ojos la proliferación de organizaciones de voluntariado. Según se van desmantelando servicios sociales básicos en los estados garantes de la concertación social, las necesidades no desaparecen, sino que incluso aumentan, por lo que es necesario acudir a esas organizaciones para que presten los mismos servicios que antes prestaba el Estado. El planteamiento global resulta sumamente eficaz: se consigue una reducción importante del déficit público; se abaratan considerablemente las prestaciones sociales, pues los trabajadores de las organizaciones no gubernamentales trabajan en general de manera precaria; se refuerza la ideología que mantiene la necesidad de delegar en la misma sociedad civil la solución de problemas que no corresponden al servicio público, potenciando el principio de subsidiariedad hasta el máximo. Por si eso no fuera suficiente, muchas de esas organizaciones se dejan llevar por la lógica del modelo neoliberal y abandonan principios primordiales del apoyo mutuo: priman en su interior el eficacismo de cortas miras y la rentabilidad, también mal definida; se pliegan a todas las condiciones que imponen los dirigentes porque ellas mismas dependen de subvenciones estatales, lo que refuerza su dependencia respecto del Estado que se pretendía superar; reaparecen

en su seno las personas expertas que terminan defendiendo sus propios intereses y realizando una tarea desmovilizadora con las personas a las que intentan ayudar; los gastos generados por la infraestructura de cada organización terminan absorbiendo excesivos recursos que, como es obvio, se detraen de la acción estrictamente solidaria. La acción social se fragmenta en pluralidad de iniciativas, disolviéndose el sentido de sociedad más global y retomando el ideal asistencial que empobrece claramente el sentido final del apoyo mutuo, sin ofrecer además una alternativa creíble al sistema de cuya perpetuación esas mismas organizaciones no gubernamentales dependen.

9 d. El apoyo mutuo

Todo lo anterior nos debe llevar a definir con mayor rigor lo que podemos y debemos entender como apoyo mutuo, término que, por la mención expresa de la acción (apoyo) y la reciprocidad (mutuo) parece más claro que el genérico de la solidaridad, aunque en absoluto se pueda hablar de una oposición entre ambos. Si bien en lo que vengo diciendo ya han aparecido algunas claves que pueden orientarnos en el prolijo bosque de organizaciones que apelan a nuestra buena voluntad, y a nuestra mala conciencia, con fines y medios muy dispares, me parece importante insistir en dos de ellas. En primer lugar, toda estrategia de apoyo mutuo se basa en la capacitación de todas y cada una de las personas que se ven implicadas en el proceso. No hay, por tanto, dirigentes y dirigidos, personas que van a ayudar y otras que van a ser ayudadas; la igualdad de todos los participantes se postula y se exige como punto de partida y de llegada. Todo el mundo tiene algo que aportar y algo que recibir en la acción solidaria y todo el mundo aprende de todos los demás. Por eso, el primer paso debe ser dejar que hablen todas las personas, darles tiempo para que expresen sus necesidades y sus carencias, así como sus expectativas y proyectos para remediar problemas que pueden parecer insuperables. Los conocimientos que pueden aportar los expertos son sin duda valiosos, pero también lo son los que aportan los miembros de la población o grupo que va a iniciar el proceso de ruptura del círculo vicioso de la miseria y la pobreza. Las experiencias más positivas que se están dando en estos momentos coinciden todas en la necesidad

de ese protagonismo cívico de todo el mundo, auspiciando proyectos de trabajo que debemos considerar en su sentido más genuino como auténticamente autogestionarios. En el momento en que se rompe esa intervención activa de todos, la solidaridad superficial terminará provocando a medio y largo plazo nuevas fórmulas de dependencia y subordinación.

Recordemos una vez más lo que decía el lema inaugural de la Revolución Francesa: libertad, igualdad y fraternidad. Las tres son ingredientes irrenunciables en toda propuesta basada en el apoyo mutuo. No puede haber más obligación que la que cada persona se impone a sí misma y la que se deriva de los compromisos adquiridos que libremente deben ser aceptados y libremente cumplidos. Personas sumisas y obedientes no pueden apoyar mutuamente y lo más que harán será obedecer y comportarse como rebaño compacto de borregos o como colonia de insectos. Quienes optan por apoyarse mutuamente deben ser además iguales, tanto al principio como sobre todo al final. Partimos de capacidades y condiciones muy diferentes tanto en esta sociedad en la que realmente existimos como en cualquier otra posible en el futuro; si nos limitamos a postular una igualdad de oportunidades al principio, tarde o temprano, más bien temprano, se reproducirán desigualdades que dañarán sensible e irreversiblemente el proceso de mutuo apoyo. Lo que importa es generar una dinámica social, constantemente revisada y actualizada, que permita mantener la igualdad exigida. Y eso claro está, sin renunciar tampoco a las diferencias individuales gracias a las cuales somos quienes somos. Como es obvio, la fraternidad es el tercer requisito que está presente en el apoyo mutuo, pues consideramos a todo ser humano como alguien por quien sentimos aprecio y que despierta en nosotros un sentimiento de benevolencia: queremos el bien para los otros tanto como lo queremos para nosotros mismos, y no disociamos el bien propio del ajeno.

En segundo lugar, el apoyo mutuo debe trascender el limitado marco en el que se mueve la acción emprendida. Es frecuente que, debido a la presencia de muchas de estas asociaciones en ámbitos muy locales de actuación, se tienda a llevar adelante proyectos que no son capaces de ir más allá de las fronteras definidas por el inmediato grupo de referencia. Esto puede provocar que reaparezcan formas de exclusión y competitividad nocivas,

dirigidas en esta ocasión no contra sectores limitados del propio grupo, sino contra grupos exteriores. Puede resultar sencillo reforzar estrategias de cooperación dentro de un grupo social que se siente amenazado por un problema ante el cual es consciente de que no existen soluciones individuales; al percatarse de que no vale ya una especie de “sálvese quien pueda”, acepta cooperar y descubre efectivamente que es un procedimiento mucho más eficaz y más enriquecedor para todo el mundo. Pero entonces, como bien subrayan los que analizan los procesos de socialización grupal, puede surgir una conciencia del “nosotros” como contrapuesta al “ellos”, pasando estos segundos a ser considerados como los enemigos, incluso en situaciones en las que no existen objetivamente intereses contradictorios o difícilmente compatibles. Asistimos entonces a fórmulas gremialistas y cerradas de apoyo mutuo que simplemente amplían el tamaño de los grupos enfrentados en la refriega competitiva. Los agricultores franceses boicotean eficazmente los productos de los agricultores españoles, quienes a su vez boicotean los procedentes de Marruecos; trabajadores de una filial del automóvil en España pueden hundir una huelga de una filial en Bélgica. Este tipo de solidaridad gremial es mucho más frecuente de lo que parece y, desde luego, no aporta ninguna modificación significativa en la sociedad; es más una rémora u obstáculo que una propuesta innovadora y la clase dominante recurre a ella con frecuencia para dinamitar las luchas sociales que más ponen en peligro su dominación. El apoyo mutuo local nunca debe perder de vista el horizonte global del planeta en el que vivimos y debe, por tanto, plantear sus fines y sus medios de manera tal que pueda engarzarse con los objetivos y fines de otros grupos o de grupos más amplios. Eso puede incrementar los conflictos o dificultar las soluciones, pero sólo a corto plazo.

Es igualmente importante superar una concepción del ser humano excesivamente individualista. Como ya he dicho en distintos momentos de este libro, la civilización occidental aportó una nueva concepción del individuo como ser absolutamente valioso que jamás puede ser negado ni instrumentalizado, concepción que no estaba tan clara en otras culturas. El mundo moderno, que se gesta a partir del siglo XII en Europa, refuerza esa reivindicación del individuo que no debe someterse al grupo

y el capitalismo naciente lleva hasta el máximo la idea —bastante sesgada y contraria a las pretensiones iniciales— de un individualismo posesivo cuyas exigencias deben ser satisfechas, exaltando la aportación positiva del individuo egoísta para el conjunto social. La sociedad de consumo no hace más que acentuar el individualismo, centrado en esta ocasión en el tener cosas y consumir, más que en integrarse en relaciones sociales o participar en proyectos grupales o grupos. La satisfacción de las necesidades de forma inmediata, en el reino de lo efímero en el que las cosas se agotan no bien son empleadas, agrava la sensación de aislamiento dentro de una sociedad masificada en la que un contacto genuino con los demás parece estar fuera del alcance en la vida cotidiana. Es un individualismo narcisista que apenas es capaz de mirar más allá del propio ombligo y que se complace asiduamente en la satisfacción de su propio ego, cada día más hueco y más superficial. No es de extrañar que en este contexto lo que predomine sea la desconfianza frente a los demás, considerados como rivales potenciales que pretenden arrebatarlos los bienes que hemos podido conseguir.

Pues bien, el apoyo mutuo sólo puede crecer si partimos de un concepto bien distinto de la persona humana, y ya he cambiado el término individuo por el de persona pues ésta alude de inmediato no solamente al valor innegociable de cada uno de nosotros, sino también a nuestra condición de seres relacionales. Claro está que cada uno, tomado aisladamente, somos absolutamente irrepetibles y únicos, y es a cada uno a quien se le reconocen los derechos humanos que se consideran irrenunciables. Más allá, y más acá, de nuestro lugar de nacimiento, nuestro sexo, nuestra pertenencia a un grupo étnico o nuestras convicciones religiosas, somos seres humanos libres e iguales a todos los demás en derechos y en posibilidades de realización personal. A ningún ser humano se le puede infligir un trato inhumano o degradante y a todos hay que garantizar el acceso a los bienes necesarios para poder llevar adelante su propio proyecto personal. Cuando hablamos de derechos humanos, hablamos siempre de derechos individuales, y sólo por extensión algo impropia podemos hablar de derechos de los pueblos, haciendo referencia a los contextos sociales en los que esos derechos pueden florecer. En este sentido no se puede ni se debe retroceder nada de lo conquistado por la humanidad en los últimos

siglos, por más que pueda ser vivido ese individualismo como algo amenazador para la cohesión social o como un riesgo excesivo para cada persona individual; por eso mismo, en ambos casos, desde la sociedad y desde cada persona concreta, el miedo puede inducir a procesos regresivos y a seguridades tribales que es necesario evitar y superar. La tradición libertaria se mostró siempre muy sensible, más posiblemente que cualquier otro grupo de izquierda, a esa defensa radical de la autonomía individual.

Afirmada y sostenida ésta, se debe reivindicar con la misma fuerza la dimensión comunitaria de la persona, y eso también lo entendió perfectamente el anarquismo clásico que, precisamente, puede ser caracterizado como una propuesta que busca fórmulas para conseguir un adecuado y frágil equilibrio entre el individuo y la colectividad. La autonomía, para empezar, no significa en ningún caso independencia radical en el sentido de que no necesitemos de nada ni de nadie para actuar; la independencia así entendida es más bien una desgracia personal y social que provoca un aislamiento nocivo para todo el mundo. Desde que nacemos estamos ya situados en un contexto social, en una tupida red de relaciones gracias a la cual somos lo que somos; nacemos en una comunidad muy concreta, con una familia igualmente concreta, que utiliza un lenguaje específico para comunicarse y que comparte un conjunto de normas de conducta que llamamos cultura. Eso nos hace ser lo que somos y de hecho la conciencia individual puede surgir únicamente en la medida en que poseemos un lenguaje, algo profundamente social. Tan fuerte resultan esos vínculos sociales iniciales que más adelante, como ya he comentado, nos costará trabajo ir más allá de las ataduras que nos unen profundamente al grupo social primario de referencia. Llegar a ser ciudadanos del mundo, que se sienten solidarios del destino de toda la humanidad, no es tarea sencilla.

Desde recién nacidos nos ponemos en diálogo con nuestros semejantes, una vez más un rasgo distintivo de la especie humana: somos el único mamífero que ya al mamar realiza paradas para garantizar que la madre está atenta y responde a nuestros requerimientos. La propia identidad personal, el concepto de un “yo” diferenciado surge en diálogo con otras personas; descubro que ellas poseen una mente como la mía, en la que se perfilan intenciones y deseos, con una vida interior que será aproximadamente igual a la propia y que tendré que aprender a desvelar

a partir de imprecisos y ambiguos signos externos, no siempre fiables. En definitiva, puedo hablar de un “yo” porque enfrente tengo un “tú” que me responde y solicita mi atención, y sólo porque se ha establecido ese diálogo podré reconocirme al mirarme al espejo como un ser único e irrepetible. Más adelante, cuando vamos creciendo, es el grupo de referencia, sobre todo los compañeros de nuestra misma edad, el que nos permite madurar como personas y desarrollar un estilo tan propio y distinto como parecido. La necesidad de ser aceptado, de ser miembro de un grupo en el que se cuenta con nosotros y se nos respeta, es condición necesaria para la maduración personal, y si eso nos falta, podremos padecer serias carencias a lo largo de nuestras vidas. Ya en la vida adulta, se mantendrá siempre esa lucha por el reconocimiento que, como hemos podido ver, está presente en todas las luchas sociales orientadas a la consecución de un mundo más justo; además de eso, mi propia identidad aparecerá fragmentada en múltiples roles sociales que tendré que ir desempeñando: seré al mismo tiempo esposo y padre de familia, profesor, escritor, militante de un sindicato, afiliado a otras asociaciones, amigo de mis amigos e incluso enemigo de mis enemigos. Son multitud de papeles que desempeño en la sociedad y que propiamente me definen. Mi identidad personal puede ser vista como el centro de una amplia red de relaciones, o como el esfuerzo por dotar de coherencia a esa variedad de funciones y relaciones, algo no siempre fácil de conseguir.

Muy conscientes de esta naturaleza relacional y dialógica de nuestra identidad personal, algo totalmente alejado de cualquier individualismo solipsista y egoísta, se nos plantean inmediatamente el conjunto de requisitos sin los cuales la relación puede convertirse en extrañamiento o en alienación, en pura dominación y sumisión. El punto de partida para que se desarrolle el apoyo mutuo como forma de afrontar las relaciones interpersonales y sociales es el reconocimiento de que estamos en una cierta deuda originaria con los otros; como bien dice Levinas, es el rostro del otro el que exige de mí inmediatamente una respuesta y una que sea atenta y solidaria. No puedo en ningún caso darle la espalda, negarle mi reconocimiento, utilizarlo como una cosa o manipularlo sin que inmediatamente se resienta mi propia identidad personal. De manera especial cuando la

mirada que me interpela es la del inocente que sufre, se me remueven las entrañas y me veo impulsado inmediatamente a tomar partido a su favor. Decía Kropotkin, y decía bien, que el anarquista surge cuando no puede resistir la opresión y la injusticia que lo rodea, incluida claro está y sobre todo la que no va dirigida contra él mismo. Ante esas situaciones de opresión y explotación no podemos reprimir un grito de rebelión e iniciar a renglón seguido las actuaciones necesarias para poner fin a esa situación, o al menos para intentar acabar con ella. Es más, si llega el caso en el que para frenar la injusticia tengo que recurrir al uso de la violencia, seré siempre muy consciente de la afirmación de Bakunin: incluso en esos casos deberé tener presente que mi enemigo es también un ser humano y como tal se merece todo mi respeto. En la alteridad, en el otro, es donde puede aparecer mi propia mismidad; la ética es el punto de partida de la actividad social y del compromiso político. Quizá tuviera razón Marx cuando dijo que la revolución social no se impondría porque era justa, sino porque era económica y socialmente necesaria; según él, la historia de la humanidad estaba llena de causas justas perdidas. El problema en todo caso no es ése, y en este sentido la tradición libertaria introdujo un giro muy importante en el compromiso político. El problema es que mi intervención social viene determinada por una exigencia ética y es en esa ética personal donde nace, se desarrolla y da fruto mi actividad social, sindical y política.

Dicho lo anterior, ya está dicho, aunque tan sólo esbozado en estas breves páginas, lo fundamental. Pero no basta con ello para agotar los ingredientes que configuran el apoyo mutuo como eje de la vida social. Si queremos llevar a plenitud una tendencia profundamente arraigada en nuestro patrimonio biológico, tenemos que realizar un notable y constante esfuerzo para sustentar las actitudes que la hacen posible, un amplio conjunto de habilidades sociales que no se aprenden con facilidad. Ya he aludido a la empatía como capacidad de ponerse en el punto de vista del otro, de ser consciente de sus propios intereses y expectativas que no siempre, o más bien casi nunca, coinciden con los míos salvo en algunos problemas básicos. Junto a ella están la simpatía y la compasión que no son más que esa capacidad de compartir los sentimientos con los demás, sean

éstos de alegría o de dolor, de plenitud o de sufrimiento. Esto nos permitirá desarrollar la capacidad de tratar con cuidado y cariño a los demás y a todas las cosas (animales y naturaleza en general) que nos rodean; ver en ellas seres valiosos en sí mismos que no pueden ser utilizados sino que se merecen la mayor de nuestras atenciones. Podemos mencionar, para terminar, la tolerancia; entendida en un principio como la capacidad de soportar al que es diferente sin pretender aniquilarlo, se convirtió en piedra de toque de las sociedades democráticas. En estos momentos, la tolerancia debe ser considerada más bien como la actitud derivada del profundo convencimiento personal de que el mundo es diverso y esa diversidad no es en absoluto un obstáculo sino una oportunidad de enriquecimiento personal y colectivo. La pluralidad de puntos de vista, la diversidad de enfoques en la manera de entender la felicidad personal y la vida social que la acompaña es, sin duda, un problema porque exige más de todo el mundo, pero es sobre todo una enorme riqueza social que favorece a las personas y a todos los diferentes grupos que forman parte de un espacio común de convivencia.

Aunque he optado por mencionar sólo algunas, se desprende con facilidad que no es nada fácil desarrollar esas actitudes. El camino del apoyo mutuo, una vez que pretendemos ir más allá de la cooperación en el seno del pequeño grupo de referencia, no es un camino sencillo, y es probable que nos quedemos a medias, que sólo desarrollemos algunas de sus dimensiones pero no todas. No surge desde luego de manera espontánea, sino que debe ser el resultado de un riguroso proceso de aprendizaje en el que, una vez más, no hay maestros y discípulos, sino en el que solidariamente vamos todas las personas aprendiendo en comunidad. De esto es de lo que habla la tradición libertaria cuando habla del apoyo mutuo, de un apoyo mutuo que brota de un delicado equilibrio entre la voluntad de poder y la ternura, entre la solicitud y el reconocimiento, entre la gratuidad y el agradecimiento.

Sugerencias bibliográficas

1. MANUEL CASTELLS, *La era de la información* (3 vol. Madrid: Alianza Ed. 1999-2000). ALAIN TOURAINE, *Los movimientos sociales hoy* (Barcelona: Hacer, 1990). CLAUS OFFE, *Partidos*

políticos y nuevos movimientos sociales (Madrid: sistema, 1988). JOHN MARKOFF, *Olas de democracia. Movimientos sociales y cambio político* (Madrid: Tecnos, 2000). ULRICH BECK, *La sociedad del riesgo* (Barcelona: Paidós, 1998). J. RIECHMANN y F. FERNÁNDEZ BUEY: *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*. (Barcelona: Paidós 1999). TODD MAY, *The Political Philosophy of Poststructuralist Anarchism*. (Pennsylvania: Pennsylvania St. University Press, 1994).

2. CORNELIUS CASTORIADIS, *La Institución imaginaria de la sociedad* (Barcelona: Tusquets, 1983). RÖDEL, U., FRANKENBERG, G. y DUBIEL, H.: *La cuestión democrática* (Madrid: Huerga y Fierro, 1997). BENJAMIN BARBER, *Strong Democracy. Participatory Politics for a New Age* y *Un lugar para todos: cómo fortalecer la democracia y la sociedad* (Barcelona: Paidós, 2000). CHANTAL MOUFFE, *El retorno de lo político* (Barcelona: Paidós, 1999). ROBERT DAHL, *La democracia y sus críticos* (Barcelona: Paidós, 1992). DAVID HELD, *Modelos de democracia* (Madrid: Alianza, 1991). HANNA ARENDT, *La condición humana* (Barcelona: Paidós, 1998). CLAUDE LEFORT, *L'invention démocratique* (París: Fayard, 1981).

3. EDUARD MASJUÁN, *La ecología humana en el anarquismo ibérico* (Barcelona: Icaria, 2000). MURRAY BOOKCHIN, *La ecología de la libertad: la emergencia y la disolución de las jerarquías* (Móstoles: Nossa y Jara, 1999); en colaboración con JANET BIEHL, *Las políticas de la ecología social: municipalismo libertario* (Barcelona: Visor, 1998). JOAN MARTÍNEZ ALIER, *De la economía ecológica al ecologismo popular* (Barcelona: Icaria, 1994) y *La economía ecológica como ecología humana* (Tegui: Fundación César Manrique, 2000). NICHOLAS GEORGESCU-ROEGEN, *La ley de la entropía y el proceso económico* (Madrid: Argenteria/Visor, 1996). JOSÉ A. LÓPEZ CEREZO y JOSÉ LUJÁN, *Ciencia y política del riesgo* (Madrid: Alianza, 2000).

4. JOHN K. GALBRAITH, *El nuevo estado industrial* (Madrid: Sarpe, 1984). KARL POLANYI, *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico* (Madrid: La Piqueta, 1997). MANUEL

CASTELLS, *La era de la información. Vol. I: La sociedad red* (Madrid: Alianza, 1997). CARLOS BERZOSA, *La economía mundial de los 90: tendencias y desafíos* (Barcelona: Icaria/FUHEM, 1994). ABRAHAM GUILLÉN, *Economía libertaria. Alternativa para un mundo en crisis*. (Bilbao: Fundación de estudios libertarios Anselmo Lorenzo, 1988). MANFRED A. MAX-NEEF, *Desarrollo a escala humana. Conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones* (Barcelona/Montevideo: Icaria y Nordan-Comunidad, 1994). LEN DOYAL e IAN GOUGH, *Teoría de las necesidades humanas* (Barcelona: Icaria/FUHEM, 1994). MARTHA C. NUSSBAUM y el economista y Premio Nobel AMARTYA SEN, *La calidad de vida*. (México: F.C.E., 1996); del mismo SEN, *Sobre ética y economía* (Madrid: Alianza, 1989). RICHARD SENNETT, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo* (Barcelona: Anagrama, 2000). DAVID SCHWEICKART, *Democracia económica, propuesta para un socialismo eficaz*, un folleto breve publicado por Cristianisme i Justícia (Barcelona, 1993) y *Más allá del capitalismo* (Santander: Sal Terrae, 1997).

5. EDUARD MASJUÁN, *La ecología humana en el anarquismo ibérico*. MARY NASH, *Mujeres Libres* (Barcelona: Tusquets, 1975). EMMA GOLDMAN, *Viviendo mi vida* (Madrid: Fundación Anselmo Lorenzo, 1995). GERMAINE GREER publicó en 1970 *La mujer eunuco (The Female Eunuch)* y *La mujer completa* (Barcelona: Kairos, 2000). BIEN NANCY CHODOROW, *El ejercicio de la maternidad* (Gedisa: Barcelona, 1984). CELIA AMORÓS, *Hacia una crítica de la razón patriarcal* (Barcelona: Anthropos, 1991 2ª ed.). AMELIA VALCÁRCEL, *Sexo y filosofía. Sobre "mujer" y "poder"* (Barcelona: Anthropos, 1991). SEYLA BENHABIB, cuya obra básica, *Situating the Self*, no ha sido traducida, pero sí se puede leer de ella *Teoría feminista y teoría crítica* (Valencia, Alfons el Magnànim, 1990). JUDITH BUTLER, DRUCILLA CORNELL y NACI FRASER. *Feminist Contentions, A Philosophical Exchange* (New York: Routledge, 1995). Para obtener datos interesantes sobre la situación actual de las mujeres, es útil, a pesar de manejar un lenguaje muy oficialista, el Informe de la cuarta conferencia mundial sobre la mujer (Beijing, 4 a 15 de septiembre de 1995) que se puede obtener en <http://www1.umn.edu/humanrts/Sindex.html>.

6. FÉLIX GARCÍA MORIYÓN (Ed.): *Escritos anarquistas sobre educación* (Madrid: Zero, 1986). TINA TOMASI, *Ideología libertaria y educación* (Madrid: Campo Abierto, 1978). El enfoque neoliberal de la educación en la actualidad se muestra con claridad en un informe de la Comisión Europea, *White Paper on Education and Training, teaching and learning. Towards the Learning society* (Bruxelas, 1996) accesible en internet. JACQUES DELORS, *La educación encierra un tesoro* (Madrid: Santillana, 1998). BASIL BERNSTEIN, *La estructura del discurso pedagógico*. (Madrid: Morata, 1997). JULIA VARELA Y OTROS, *Escuela, poder y subjetivación* (Madrid: La Piqueta, 1995). ÁNGEL PÉREZ GÓMEZ, *La cultura escolar en la sociedad liberal* (Madrid: Morata, 1998). MICHAEL W. APPLE, *Política cultural y educación* (Madrid: Morata, 1996). JOHN DEWEY, *Democracia y educación* (Madrid: Morata, 1996). PABLO FREIRE, *La pedagogía del oprimido* (Madrid: Siglo XXI, 1990). KOHLBERG, L., POWER, F. C. y HIGGINS, A., *La educación moral según Lawrence Kohlberg* (Barcelona: Gedisa, 1997). APPEL, M. W. y BEANE, J. A.: *Escuelas democráticas* (Madrid: Morata, 1997). Para ver una valiosa aplicación pedagógica de algunas de estas ideas, es bueno acceder a la página web de las escuelas aceleradas: <http://www.stanford.edu/group/ASPL>. RAMÓN FLECHA GARCÍA, *Educación para las personas adultas. Propuestas para los años 90* (Esplugues de Llobregat: El Roure Editorial, 1990). ANASTASIO OVEJERO BERNAL, *El aprendizaje cooperativo*. (Barcelona: PPU, 1990). MATTHEW LIPMAN, *Pensamiento complejo y educación* (Madrid. Ediciones de la Torre, 1995).

7. LUIS ROJAS MARCOS, *Las semillas de la violencia* (Madrid: Espasa Calpe, 1995). MARIE-FRANCE HIRIGOYEN, *El acoso moral. El maltrato psicológico en la vida cotidiana* (Barcelona: Paidós, 1999). JOHN KEEGAN, *Historia de la guerra* (Planeta: Barcelona, 1995). WILLIAM MCNEILL, *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d.C.* (Madrid: Siglo XXI, 1998). SÁNCHEZ RON en *El poder de la ciencia* (Madrid: Alianza, 1993). E. P. THOMPSON, *Protesta y sobrevive* (Madrid: Blume, 1983). Para estar al día de la situación de los conflictos bélicos y el armamento se pueden consultar los *Anuarios del CIP* del Centro de Investigaciones para la

Paz, que edita Icaria, en Barcelona. VIVENTE FISAS ARMENGOL, *Adiós a las armas ligeras. Las armas y la cultura de la violencia* (Barcelona: Icaria, 2000). GONZALO ARIAS, *Proyecto político de la no-violencia y El ejército incruento del mañana*, ambas publicadas en Madrid por Nueva Utopía (1995). JOSÉ ANTONIO PÉREZ, *Manual práctico para la desobediencia civil* (Pamplona: Pamiela, 1994). PEDRO IBARRA (coord.), *Objeción e insumisión. Claves ideológicas* (Madrid: Fundamentos, 1992) y MICHAEL RANDLE, *Resistencia civil. La ciudadanía ante la arbitrariedad de los gobiernos* (Barcelona: Paidós, 1998).

8. GASTÓN LEVAL, *El estado en la historia* (Madrid: Zero, 1978). MAX WEBER, *Economía y sociedad* (México: F.C.E. 1969). JOHN K. GALBRAITH, *La anatomía del poder* (Barcelona: Plaza y Janés, 1985). JOAQUÍN ESTEFANÍA, *El poder en el mundo* (Barcelona: Plaza y Janés, 2000). ETIENNE DE LA BOÉTIE *Discurso sobre la servidumbre voluntaria* (Buenos Aires: Terramar, 2009). MICHEL FOUCAULT, *Microfísica del poder* (Madrid: La Piqueta, 1978) y *Vigilar y castigar* (Barcelona: Siglo XXI, 2000). NOAM CHOMSKY e IGNACIO RAMONET, *Cómo nos venden la moto* (Barcelona: Icaria, 1996). NOAM CHOMSKY, *El miedo a la democracia* (Barcelona: Crítica, 1992). IGNACIO RAMONET, *La golosina visual* (Madrid: Temas de debate, 2000). PIERRE BOURDIEU, *Sobre la televisión* (Barcelona: Anagrama, 1997).

9. PEDRO KROPOTKIN, *El apoyo mutuo: un factor de la evolución* (Móstoles: Nossa y Jara, 1989). RICCARDO PETRELLA, *El bien común: elogio de la solidaridad* (Madrid: Debate, 1997); este autor participa en el libro colectivo del GRUPO DE LISBOA, *Los límites a la competitividad* (Buenos Aires: Editorial Sudamérica, 1996). GABINO IZQUIERDO (seudónimo de JOSÉ ÁNGEL MORENO), *Entre el fragor y el desconcierto. Economía, ética y empresa en la era de la globalización* (Madrid: Minerva, 2000). ALFIE KOHN, *No Contest. The Case Against Competition* (Boston: Houghton Mifflin Co., 1986). ADELA CORTINA, *Hasta un pueblo de demonios* (Madrid: Taurus, 1998). EMILIO MARTÍNEZ NAVARRO, *Solidaridad liberal. La propuesta de John Rawls* (Granada: Comares, 1999). JOAN SUBIRATAS (Edit.) *¿Existe realmente una sociedad civil en España? Responsabilidades colectivas y valores*

públicos (Madrid: Fundación Encuentro, 1999). MARTIN BUBER: *Yo y tú* (Madrid: Caparrós, 1995). GEORGE H. MEAD, *Espíritu, persona y sociedad, desde el punto de vista del conductismo social* (Paidós: Barcelona, 1982). EMMANUEL LEVINAS, *Humanismo del otro hombre* (Madrid: Caparrós, 1993). EMMANUEL MOUNIER, *Manifiesto al servicio del personalismo y Comunismo, anarquismo, personalismo* (Salamanca: Sígueme, 1988 y ss.). CARLOS DÍAZ, *El anarquismo como fenómeno político moral* (México: Editores Mexicanos Reunidos, 1975); y *Contra Prometeo: una contraposición entre ética autocéntrica y ética de la gratuidad* (Encuentro: Madrid, 1991).

CAPÍTULO 5

HISTORIAS DE OTRO MUNDO: EL FUTURO POSIBLE

Este trabajo ha llegado ya a su final. Con la brevedad exigida por el tipo de libro del que se trata, hemos tenido ocasión de revisar cuáles son en el momento actuales las tendencias y rasgos que caracterizan la sociedad en la que vivimos y, lo que es más importante, las luchas sociales y las experiencias que están haciendo frente al sistema neoliberal dominante. Como siempre ocurre en estos casos, la tesis central que pretendía sustentar es relativamente sencilla y se puede exponer en unas breves líneas.

Por un lado, se trata de hacer ver que no existe un pensamiento único y que las personas que ocupan ahora las posiciones claves en la sociedad no tienen todo el éxito que desearían tener en sus estrategias de dominación e imposición de la ideología cultural de la clase hegemónica. No existe algo parecido a un pensamiento único, por más que lo digan quienes controla la situación; existen por el contrario variadas y sugerentes realidades que rompen el consenso respecto de lo que se considera el pensamiento político correcto y hacen propuestas con innovadoras políticas sociales, culturales, políticas y económicas. En tercer lugar, deseo mostrar que la tradición libertaria, entendida de una forma amplia, está bien presente en muchos de los movimientos sociales de la actualidad. Lejos de ser un pensamiento agotado y carente de vigencia, el anarquismo ha elaborado un conjunto de ideas claves que pueden sernos de gran utilidad para entender lo que está pasando y que corresponden bastante bien con lo que de hecho se está haciendo. Muchas de esas luchas sociales están poniendo en práctica los ideales libertarios, lo que entre los clásicos libertarios se llamaba “la Idea”. Se está abriendo camino de nuevo un sindicalismo radical y revolucionario que supone una renovación de las esperanzas de que se pueda hacer frente con cierta eficacia a las salvajes políticas. Al hacer esta afirmación no pretendo demostrar que el anarquismo es la orientación más sólida en filosofía política para las sociedades

actuales; más bien lo que pretendo es mostrar que constituye un punto de partida muy valioso para entender lo que ocurre y proponer nuevas ideas y planteamientos.

Por último, el libro es una llamada al compromiso político y social. La situación mundial es lo suficientemente compleja y arriesgada, que nadie puede eludir colaborar en su transformación. No es tiempo de tibiezas y neutralidades, en el supuesto de que alguna vez haya habido un tiempo de ese estilo; es tiempo de dar la cara y aportar todo lo que se puede para cambiar la sociedad de arriba a abajo. En este último capítulo aparecen diez frases comentadas con las que pretendo resumir lo mejor posible las ideas fuerza que han aparecido una vez tras otra en las páginas anteriores. Espero que cumplan su cometido y que el lector —como el que haya tenido la posibilidad de ver la exposición— se sienta más animado a seguir aportando su grano de arena en la transformación de la sociedad.

Perdemos todo nuestro poder al dar nuestra conformidad a la mayoría; nuestro poder es enorme cuando nos negamos a someternos al desorden establecido. Lo que hacemos convencidos, influye en toda la humanidad.

El poder tiene una dimensión relacional, es decir, no se trata de algo con una entidad propia que pueda ser manipulado o utilizado por un hipotético sujeto que se hiciera dueño del mismo. Una vez que hemos admitido que se trata de una relación, debemos hablar de relaciones de poder en las que habitualmente una de las partes ocupa una posición de superioridad y dominio y la otra se sitúa en posición de inferioridad o sumisión. Ahora bien, estas relaciones se mantienen en gran parte gracias al reconocimiento que el inferior dentro de las mismas decide otorgarle al superior. Es algo en lo que conviene insistir una vez tras otra, pues aquí ocurre algo parecido a lo que narra el relato del traje nuevo del emperador: basta con que alguien señale que el príncipe va desnudo para que todo el mundo se dé cuenta de que efectivamente lo está y ya no es necesario seguir admitiendo algo que no existe. En toda relación de poder, en especial cuando empieza a derivar hacia formas de dominación y sumisión, hay una raíz de delegación y abandono por parte de quienes prefieren obedecer antes

que aventurarse por caminos propios pero desconocidos y posiblemente más arriesgados. Sin olvidar que quienes se encuentran en la posición de dominación se cuidan de amedrentar constantemente a los que deben obedecer para garantizar su pasiva sumisión, no hay que olvidarse nunca de esa parte de servidumbre voluntaria que es imprescindible superar y reparar si queremos que se produzcan transformaciones revolucionarias en la sociedad en la que vivimos.

Por otra parte, en el mundo actual estamos todos un poco aturridos por el peso de toda una superestructura, sumamente amplia y compleja, que termina generando en nosotros un cierto sentimiento de impotencia. Ante problemas tan complicados, con relaciones intrincadas que provocan que cualquier alteración en un punto de la red social cause trastornos inesperados en puntos bien lejanos y aparentemente inconexos, puede parecernos a todas las personas más o menos implicadas en luchas sociales que la tarea excede con mucho nuestra capacidad de intervención. Cuando incluso expertos sesudos no aciertan a poner término a problemas que, en principio, podrían estar interesados en resolver, los profanos, los ciudadanos de a pie, podemos parecer excesivamente osados al intentar hacer propuestas innovadoras. Los mismos expertos que ocupan las posiciones de dominio procuran que esa sensación de impotencia aumente en nuestro interior; para apuntalar su dominio y garantizar nuestra pasividad, suelen recurrir a lenguajes técnicos oscuros, realmente esotéricos. Además muestran un claro desprecio por las propuestas o soluciones que provienen de la gente que a pie de obra estamos padeciendo las consecuencias de una situación social bastante insatisfactoria, por no decir algo peor. En todo caso, el resultado viene a ser provocar cierto desconcierto y reforzar nuestra incapacidad de hacer algo; la desmesura de los problemas a los que hay que hacer frente nos lleva a no saber exactamente por dónde empezar y cómo incidir realmente en nuestras sociedades.

Esas delegaciones, esos temores o complejos de incapacidad no están en absoluto justificados, al menos no pueden servir de excusa o coartada para conducirnos a una inacción estéril y resignada. Todo debe ser bastante más sencillo y reducirse a una rebelión que, en primera instancia, es personal, aunque nunca aislada o solitaria. Basta con que nos neguemos a obedecer las

órdenes dictadas por quienes ejercen el poder; basta con que comprueben que no es el miedo el que nos mueve y que dependen de nuestro reconocimiento para seguir en el puesto que ocupan. Cuando nos negamos a obedecer, profundamente convencidos de que es necesario contar con nosotros y que podemos de hecho intervenir en los procesos de deliberación y toma de decisiones; cuando exigimos que se nos rindan cuentas y se nos justifiquen las decisiones tomadas con argumentos claros y bien fundados; cuando nos decidimos a señalar cuáles son los verdaderos problemas que afectan a nuestra comunidad y cuáles podrían ser las posibles soluciones a los mismos; en definitiva, cuando pasamos a ejercer nuestra propia capacidad de pensar y actuar de forma autónoma, es cuando fomentamos procesos socialmente contagiosos que dejan huella en los que nos rodean. Nuestra acción se convierte entonces en una acción ejemplar, encaminada a mostrar nuevos caminos de actuación y a abrir puertas que den el paso hacia senderos de libertad que podrán ser posteriormente transitados por todo el mundo.

En un mundo en el que hay opresores y oprimidos no se puede permanecer neutral: o estás con los oprimidos o eres cómplice de la opresión.

Al embarcarnos en las luchas sociales, nuestra primera preocupación no debe situarse en la posible efectividad de lo que vamos a hacer, aunque siempre haya que intentar ser lo más eficaces posibles. La opción inicial debe tener un sentido profundamente ético y trata de responder a una pregunta bien sencilla: ¿Y tú, de qué lado estás? Somos conscientes de que hay que tomar partido, sin que eso implique llegar a ser partidista, lo que provocaría una distorsión negativa en todo lo que hiciéramos a continuación. Somos conscientes también de que no podemos mirar para otro lado o hacer como si no nos hubiéramos enterado de lo que ocurre; aceptamos que no es posible salir corriendo, irse a otro lugar en el que no se perciban los problemas, y reconocemos que hay que dar la cara. El primer paso, por tanto, es hacerse cargo de la realidad en la que vivimos, con sus intensas injusticias y desigualdades, lo que nos exige aprender a ver y mirar de otra manera; en sociedades como las nuestras, nadie puede alegar ignorancia y, a

pesar de todos los esfuerzos por ocultar y deformar lo que está ocurriendo en el mundo, disponemos de medios para enterarnos de lo que ocurre. A continuación nos vemos impelidos a realizar una opción personal que nos lleva a encargarnos de la situación que nos ha tocado vivir, buscando la forma más coherente y eficaz de poner remedio a lo que ocurre.

Tomamos, pues, partido por honestidad con nosotros mismos y sin parar demasiado en las consecuencias que esa opción pueda tener. La neutralidad no es posible, pues equivale a apoyar lo que hay, que se mantendrá si no existe un esfuerzo para modificarlo radicalmente; y carece de sentido, por más que sea frecuente, ponerse del lado de los poderosos, prestarles servicio a cambio de una modesta participación en los beneficios que obtienen. En este caso, sólo se puede estar del lado de los oprimidos y de las víctimas, de quienes sufren las consecuencias más devastadoras del desorden establecido, de quienes no tienen voz y son constantemente ninguneados. Conmovidos por el sufrimiento gratuito e injustificado que padece gran parte de la humanidad, interpelados por la mirada de desamparo con la que las víctimas expresan su exigencia de reconocimiento, nos ponemos de su lado. No lo hacemos para incrementar la aceptación resignada de la miseria existente, sino para iniciar junto a esas personas el camino que lleva a una sociedad libre y solidaria. Tampoco aceptamos el papel de nuevos mesías liberadores o de vanguardias conscientes que conducirán a los oprimidos y explotados a una nueva sociedad. Es todo más sencillo: simplemente estamos a su lado y colaboramos codo a codo con ellos en la denuncia de la injusticia existente y en las luchas emprendidas para cambiarlo.

En todo caso, al tomar partido claro y definido no debemos caer en versiones simplificadas de la realidad, como tampoco consiste en emplear un lenguaje grandilocuente y apocalíptico. La distinción clara entre opresores y oprimidos no puede ser pasada por alto, pero la realidad social se resiste a interpretaciones maniqueas en las que a un lado se sitúan los buenos, muy buenos, y a otro lado los malos, muy malos. Las diversas situaciones a las que hay que ir haciendo frente suelen ser bastante complejas, con aspectos positivos y negativos que es preciso discernir y tener en cuenta. Algunas de ellas, en algún caso con-

creto, pueden llegar a ser intrínsecamente perversas, pero eso no es lo frecuente. Tampoco la gente con la que nos relacionamos está generalmente y de forma nítida entre los opresores o los oprimidos, sino que ocupa posiciones intermedias de las que con frecuencia no son enteramente responsables; las personas son siempre algo más de lo que hacen y en todas ellas existen posibilidades de transformación liberadora y solidaria que hay que aprovechar. Y lo mismo se puede decir en sentido contrario: incluso después de haber optado decididamente por los oprimidos, sigue siendo posible que en nosotros mismos pervivan actitudes opresoras e insolidarias. Dado que todos ocupamos posiciones diversas en la sociedad y que vamos haciendo frente a problemas también cambiantes, no resulta en absoluto infrecuente descubrir que podemos ser muy solidarios en un ámbito, y bastante poco en otros. El socorrido ejemplo del líder social revolucionario y comprometido, que insiste en ser un completo machista en sus relaciones familiares, sigue estando vigente; como es igualmente socorrido el caso del revolucionario de ayer que pasa a ser el buen ejecutivo de hoy.

Posiblemente nunca lleguemos a un mundo perfecto, pero es bastante probable que podrá mejorar si nos lo proponemos y es casi seguro que empeorará si nos cruzamos de brazos. No temas equivocarte: los que no se equivocan nunca han convertido su vida en una equivocación.

La experiencia acumulada en los aproximadamente 40.000 años que nuestra especie lleva existiendo no nos permite averiguar con claridad si la historia de la humanidad camina en alguna dirección o tiene un sentido bien definido. Más arriesgado puede resultar afirmar que vamos a mejor y que la sociedad del futuro será mejor que la actual. Algunos logros realmente importantes alcanzados en la historia pueden ser bastante frágiles y terminar desapareciendo; recordemos que en estos momentos corren serio peligro las conquistas más positivas del estado social y, al menos a corto plazo, estamos asistiendo a una degradación de las condiciones de vida de gran parte de la población de la Tierra. No se trata de ofrecer una imagen pesimista del futuro, al estilo de la que predominó en cierta literatura de ficción hace unas décadas o en muchas

películas de gran impacto en la cultura de masas; no obstante, hay que tomarse en serio el riesgo de que la especie humana se introduzca en un callejón sin salida y provoque su propia extinción, o una notable degradación de sus condiciones de existencia.

Lejos parecen estar de nosotros las expectativas que el movimiento obrero tenía a finales del siglo XIX. Recogiendo una tradición que procedía, aunque con algunas dudas, de la Ilustración, consideraban que estaba al alcance de la mano constituir una sociedad sin miseria, sin opresión y sin explotación; el desarrollo científico y técnico, respaldado por unas adecuadas relaciones sociales, lo haría posible. Los hechos acaecidos en el siglo XX, y una dura crítica contra todo tipo de gran relato o visión global de la historia de la humanidad, han podido provocar cierto desánimo. Incluso se ha propiciado una cierta visión de que hemos ido a peor: no sólo no hay un progreso evidente, sino que podemos hablar más bien de retrocesos, de degradaciones de la conducta humana que no permiten augurar nada nuevo. Difícil, por no decir imposible, resulta demostrar la validez de una visión pesimista u optimista de la historia de los seres humanos; el mismo término de progreso es lo suficientemente ambiguo como para que no podamos precisar de qué estamos hablando. No obstante, cierto optimismo es imprescindible para abordar una acción social transformadora. Los que nos precedieron no lucharon en vano y con su esfuerzo consiguieron que algunas mejoras sensibles arraigaran en nuestras sociedades; los ejemplos de que se ha dado un progreso material y moral en la humanidad desde el neolítico hasta nuestros días son numerosos y negarlos no parece real. Por mencionar tan sólo uno que me parece decisivo, el siglo XX podría pasar a la historia como el siglo en el que por primera vez la mitad de la población de la Tierra (obviamente, las mujeres) empezó a ser tenida en cuenta e inició el camino de su emancipación. Puede pasar también como el siglo en el que fue abolida definitivamente la esclavitud legal en todo el mundo, si bien persisten formas no legales de semiesclavitud.

Avances, por tanto, los ha habido y todos ellos han sido el resultado del esfuerzo realizado por unos seres humanos que no se conformaban con la realidad tal como existía en su momento. Sus ideas iban muy por delante de lo que parecía posible y

no hacían caso a quienes afirmaban que las cosas nunca podrían cambiar; en su corazón anidaban nuevos mundos y les merecía la pena aceptar el reto de intentar convertirlos en realidades. Desde luego fueron bien conscientes de que cruzarse de brazos o aceptar resignadamente la situación establecida podía llegar a empeorar sus condiciones de existencia. Sólo se logra el reconocimiento social del que cada uno de nosotros somos dignos si nos hacemos notar, si ejercemos nuestro propio protagonismo. La historia de la humanidad comienza, en cierto sentido, en el momento en el que un grupo de seres decide asumir unos riesgos nuevos, se aleja de un ambiente en el que su subsistencia más inmediata estaba asegurada y se lanza a buscar nuevas condiciones de existencia o a modificar el ambiente en el que se encontraba. Desde entonces, no han dejado de insistir en el intento, procurando alcanzar en cada momento de su historia nuevas metas que colmaran sus aspiraciones.

Es cierto que en todo este proceso ha habido avances y retrocesos, momentos en los que parecía que la meta estaba al alcance de la mano y otros en los que desaparecían conquistas que se consideraban definitivamente asentadas. Logrados ciertos objetivos, se comprobaba que aparecían nuevos problemas no previstos con anterioridad, o que lo realizado no se ajustaba exactamente a lo esperado, hasta el punto de que en algún momento los sueños que habían animado el esfuerzo transformador terminaban convirtiéndose en pesadillas. La sociedad perfecta, en la que hayan desaparecido definitivamente todas las tensiones y contradicciones, no parece un objetivo alcanzable, y posiblemente tampoco sea deseable. Como mantuvieron algunos pensadores libertarios, el horizonte siempre se aleja de nosotros y tras cada cumbre coronada se divisa otra algo más elevada o una más lejana y distinta; en la dialéctica de la historia no existe una síntesis final en la que la humanidad logre reconciliarse consigo misma y con lo que la rodea, a lo sumo existen etapas en las que se alcanza un cierto equilibrio que nos permite descansar y tomar aliento para proseguir el empeño renovador a renglón seguido. Hay épocas en las que los cambios son más rápidos, y son las que más apropiadamente reciben el nombre de revoluciones, y otras en las que el cambio es más lento, y son etapas de reformas que van calando quizá con más profundidad en las

ideas y comportamientos de los seres humanos. Lo importante, por tanto, es que siga habiendo quienes, animados por la idea de una sociedad más justa, sin miserias, explotaciones ni opresiones, estén dispuestos a aceptar el desafío de hacer algo distinto y afrontar el peligro de equivocarse y sean capaces de aprender de sus propias equivocaciones para lanzarse de nuevo a la tarea de convertir sus ilusiones en palpables realidades.

Lo verdaderamente revolucionario no está en el futuro sino en el presente: exige que en cada momento de tu vida puedas vivir una vida plena y con sentido. No aceptes aplazamientos para un mañana que siempre está por llegar y consigue que tus ilusiones hagan añicos las miserias del mundo en el que vives aquí y ahora.

Una parte de los problemas que acabo de mencionar procede de una visión algo equivocada del tiempo y de la historia. Es cierto que los seres humanos nos caracterizamos por ser capaces de renunciar a la satisfacción inmediata de nuestras necesidades, confiando en que ese aplazamiento nos proporcionará mejores resultados. Hacemos planes a largo plazo y diseñamos estrategias de actuación cuyos resultados sólo se verán con posterioridad, a veces con bastante posterioridad. También es cierto que la imagen de un futuro mejor o distinto es capaz de movilizar todas nuestras energías para introducir los cambios que conviertan nuestros sueños en realidades. Sin embargo, esto no debe nunca hacernos olvidar que, por definición, el futuro y también el pasado nunca existen y que contamos sólo con nuestro presente actual, en el que ambos, futuro y pasado, pueden hacerse presentes como esperanza de algo distinto o como memoria de lo ya conseguido y vivido. Todo acontece aquí y ahora; el pasado adquiere entidad en la medida en que lo recuperamos en nuestra memoria, las más de las veces para reafirmar una identidad personal y social en permanente proceso de reelaboración. Lo que hemos sido determina lo que ahora somos, pero depende mucho de cómo elaboremos nuestros recuerdos para saber quiénes somos; como bien saben los poderes establecidos, como bien sabía el Gran Hermano con su ministerio de la verdad, es preciso reconstruir permanentemente el pasado para que se ajuste a lo que ahora queremos ser. No es

la historia la que determina una identidad nacional, sino que es la identidad nacional postulada o propuesta la que nos lleva a volver a escribir nuestra historia para servir de aval a dicha identidad. Otro tanto se puede decir del futuro, pues éste sólo cobra vigencia en la medida en que tiene la virtualidad de modificar nuestro presente actual, provocando que toda nuestra actividad se perfile de acuerdo con las metas que pretendemos alcanzar.

Por desgracia, la imagen del futuro se ha convertido con excesiva frecuencia en una de las más grandes y eficaces excusas para justificar las miserias del presente. Ya en la escuela, a los niños se les repite hasta la saciedad que deben soportar el tedio y aburrimiento que caracteriza su vida escolar cotidiana porque el esfuerzo y sacrificio actual les deparará grandes beneficios en su vida futura como adultos. A regañadientes aceptan ese hastío impuesto por unos educadores poco competentes. Más adelante, al llegar a la vida adulta, volverán a comprobar que se les piden renovados sacrificios gracias a los cuales llegarán a ver el paraíso terrenal de una sociedad de la abundancia. Lo malo es que, acostumbrados a tanto aplazamiento, empiezan a pensar que esa plenitud no es algo que corresponda a este mundo, y entonces los poderosos más avisados recurren a la idea de paraísos futuros, en otra vida, donde definitivamente serán recompensados quienes en este mundo estuvieron condenados a la penuria y la miseria. Esta ideología de la renuncia y del aplazamiento resulta igualmente patética y empobrecedora cuando se nos impone precisamente en nombre de una revolución social que pretende cambiarlo todo, pero que al final termina dejándolo todo como está.

Jamás habrá una verdadera revolución mientras no rompamos con este círculo vicioso de los aplazamientos. Tenemos que exigir que sea aquí y ahora, en este mundo en el que nos ha tocado vivir, donde irrumpen las condiciones que permitan tener una vida plena y dotada de sentido. Si desde pequeños se nos acostumbra a exigir que lo que hacemos sea algo interesante, sugerente y personalmente enriquecedor, a lo largo de nuestra vida no nos conformaremos con menos y tampoco estaremos dispuestos a transigir con más aplazamientos que los estrictamente imprescindibles, que, por cierto, son bien pocos. Se trata de vivir plenamente el presente, la única vida que tenemos que se va desplegando conforme vamos narrando nuestras propias his-

torias personales y las de la sociedad a la que pertenecemos. No consiste en un presente fugaz y momentáneo, no se trata tampoco del imperio de lo efímero y evanescente, como postula la sociedad del consumo y el espectáculo de este neoliberalismo agresivo que nos domina. En la cultura dominante y dominadora actual desaparece cualquier conciencia de la propia temporalidad, se borran las fronteras temporales y entramos en una especie de nirvana narcotizador que adormece completamente tanto nuestra capacidad de captar la miseria de nuestra vida mezquina como la posibilidad de imaginar mundos alternativos. Es más, esta sociedad consumista, en la medida en que promete una felicidad basada en la posesión y consumo de cosas, nos condena a la insatisfacción permanente y a una vida presente que se agota a sí misma al percatarse del vacío que se oculta en los brillantes envoltorios de los productos de consumo.

Lo que propongo es más bien vivir un presente denso y exuberante, un presente cargado de recuerdos y de esperanzas, en el que actúen en fecunda convivencia tanto las ilusiones que nos mantienen tensos y expectantes, como el recuerdo de quienes antes que nosotros contribuyeron a mejorar nuestras propias condiciones de existencia. Bien es cierto que es esta memoria de todas las personas que padecieron y sufrieron sin poder atisbar unas condiciones de existencia gratificantes y felices la que puede arrojar un cierto velo de tristeza que difícilmente puede ser apaciguado; pero desde luego, si no recuperamos el pasado de los vencidos desmontando de ese modo la historia escrita por los vencedores, nuestra memoria mutilada nos impedirá para siempre atisbar la grandeza de la epopeya humana por su propia liberación. Sin embargo, eso nos lleva a reiterar con mayor fuerza todavía que no tenemos por qué seguir renunciando indefinidamente a la felicidad posible y efectiva en el tiempo presente, el tiempo en el que ya pueden darse las condiciones de una vida personal y social dotadas de sentido, aunque todavía sigan sin ser realizadas posibilidades inagotables e imprevisibles de plenitud que asoman en el futuro. Roto el tiempo vacío y homogéneo que tanto le gusta al mercado continuo de capitales, planteamos un tiempo ahora, que al estilo del tiempo mesiánico, pretende hacer de cada día un día de fiesta, evitando de ese modo que nos resignemos a la monótona repetición de insoportables días nefastos.

Empieza transformando radicalmente a ti mismo y a lo que te rodea, actúa en tu propia persona y en tu entorno más inmediato para que desaparezca todo lo que haya de opresión y explotación.. No hace falta irse muy lejos para cambiar las cosas.

Tampoco podemos olvidar que toda revolución digna de ese nombre tiene que empezar por uno mismo. Ya comenté anteriormente que no podemos incurrir en estériles concepciones maniqueas en las que, como no podría ser de otro modo, nosotros mismos estamos siempre en el lado de los buenos y no en el de los malos. Es fácil, por ejemplo, encontrarse con personas que denuncian la corrupción generalizada de la sociedad, pero mucho más difícil resulta encontrarse con alguien que reconozca que es una persona corrupta. Paradójica situación ésta de vivir en una sociedad llena de corruptos, sin encontrar nunca uno de carne y hueso. Los malos siempre son los otros y el mal es algo que padezco, pero nunca es algo en lo que colaboro o que contribuyo a perpetuarse y a extenderse; a lo sumo es algo que devuelvo apelando a la legítima defensa, pensando que de ese modo deja de ser algo malo. Somos en gran medida el resultado de la sociedad en la que vivimos y de ella hemos recibido muchas de las características que tan duramente criticamos. Estamos empapados de machismo y rezumamos deseos de consumir; acumulamos y acaparamos posesiones siempre que podemos y a la primera de cambio nos dejamos llevar por una irrefrenable tendencia a la dominación y la competición. Esas inclinaciones conviven en nuestro interior con otras más solidarias y cooperativas, más tolerantes y respetuosas, que también hemos recibido de esta sociedad nuestra. Una tarea perentoria es, por tanto, erradicar en nosotros mismos todo lo que hay de negativo y destructivo, procurando por el contrario desarrollar el lado positivo de nuestra personalidad.

Al afirmar esto no estoy proponiendo ningún tipo de transformación individual e intimista, como tampoco propongo levantar un pequeño y protegido ambiente paradisíaco en el que poder refugiarnos con las personas más allegadas. El cambio personal debe ir siempre acompañado del cambio social, pues estamos en presencia de eso que podemos llamar relación de causalidad circular.

Sólo con buenas personas se puede conformar una buena sociedad, pero sólo en una buena sociedad pueden brotar y prosperar las buenas personas. Visto desde otro ángulo, nadie que no se aprecie a sí mismo, que no pueda mirarse al espejo sin avergonzarse, que no tenga una buena imagen de su propia persona, podrá nunca tratar bien y apoyar a quienes lo rodean, pues su propia frustración personal generará actitudes y comportamientos sumamente destructivos. En sentido inverso, cuando la sociedad que nos rodea nos desprecia e ignora, o se niega a reconocer nuestra participación en la tarea colectiva de producción de riqueza, es bastante difícil, por no decir imposible, que podamos llegar a apreciarnos a nosotros mismos; también en este caso se incrementará un profundo resentimiento y frustración que alimentará las semillas de la violencia y la destrucción.

Resulta ingenuo pensar que cambiando de lugar, marchando a otra sociedad, van a resolverse nuestros problemas. Eso puede ser cierto cuando las condiciones de explotación y opresión son tan devastadoras que apenas se puede seguir viviendo, pero en general estemos donde estemos y vayamos a donde vayamos, el reto seguirá siendo el mismo: emprender la tarea inacabable de la transformación radical de nosotros mismos y de nuestro entorno más inmediato, de tal modo que vayan progresivamente desapareciendo todas las marcas de la opresión y la explotación que nos condicionan. Ingenuas son también las personas que piensan que, si pudieran estar en otro sitio, sea este Chiapas o Porto Alegre, serían revolucionarias comprometidas. Lo que sucede es más bien lo contrario; nada hay en Chiapas que lo convierta en un lugar especialmente revolucionario, sino que fue la decisión de unas comunidades de actuar de otra manera, de proclamar que ya estaba bien de marginación y explotación, la que provocó una transformación revolucionaria. Sin duda alguna, ciertas circunstancias contingentes y casuales, además del acierto en las tácticas escogidas, permiten que un determinado intento cuaje y tenga consecuencias de largo alcance, mientras que intentos anteriores, menos afortunados fueron ahogados probablemente en sangre. Esto, a pesar de todo, no modifica en absoluto la exigencia de empezar a actuar aquí y ahora, estemos donde estemos, luchando contra las formas de opresión y explotación que nos resultan más próximas y familiares.

Vincula lo que haces con el conjunto de los problemas a los que en estos momentos tiene que hacer frente la humanidad. En toda acción local debe estar presente una exigencia de revolución integral que alcance a todo y a todos.

En cada uno de nosotros está presente toda la humanidad, la ya pasada y la que actualmente vive. Aunque de forma muy tenue cuando se trata de grupos lejanos y distintos, en la vida social funciona también aquello del efecto mariposa: el batir de las alas de una mariposa en el mar de China puede provocar una tormenta en el Caribe. Las condiciones de la globalización actual refuerzan esta hipótesis, de tal modo que las consecuencias de una huelga en Birmania pueden repercutir en mis condiciones de vida en España. En cada situación concreta se produce una especie de condensación única e irrepetible de múltiples relaciones temporales y espaciales, por lo que cobra pleno sentido la afirmación de que todo lo que hacemos localmente repercute globalmente. Plantear, por tanto, que se actúe localmente y se piense globalmente no es más que asumir consciente y plenamente lo que de hecho ya está ocurriendo. Posiblemente hayan sido los problemas ecológicos de la actualidad los que más han favorecido que calara en la gente este enfoque globalista de la acción individual, enfoque que se ha profundizado con la expansión de las multinacionales y la deslocalización de los centros de trabajo y con la difusión creciente de los medios de comunicación de alcance planetario.

Por más que pueda resultar difícil, por más que podamos equivocarnos al analizar la situación y proponer líneas de actuación, el hecho es que, hagamos lo que hagamos, no debemos nunca dejar de pensar en las repercusión que nuestra actuación tendrá sobre toda la humanidad. Eso implica que tendremos que evaluar la coherencia que nuestros fines y nuestros medios guardan con los que afectan a todos los seres humanos. Si empezamos por lo más próximo como he dicho antes, no tenemos por qué dejar de pensar en lo más lejano, pues nuestra actuación tiene que ir engarzándose en una cadena cada vez más amplia. Utilizando un ejemplo que me resulta muy familiar, cuando doy clase, el primer centro de mi atención lo constituyen el grupo de alumnos con el que estoy aprendiendo y enseñando, pero no puedo olvidarme del círculo un poco más amplio formado por

todos los grupos que comparten el mismo centro escolar; y al pensar en éste, tendré que tener en cuenta también el barrio o municipio en el que dicho centro esté ubicado, para inmediatamente seguir ampliando el alcance de mis consideraciones hasta abarcar la totalidad del planeta. Más que de círculos concéntricos, se trata de una espiral que cada vez se abre más, pero sin dejar de pasar una y otra vez por unos radios imaginarios. Es decir, después de tener en cuenta el ámbito más amplio, debo volver a actuar al más próximo y restringido, aunque ya con una actitud bastante diferente. Lo mismo ocurre si la espiral la recorreremos en el sentido inverso; cuando nuestra actividad se dirige directamente a un ámbito muy amplio de intervención, como puede ser, por ejemplo, mi actuación como militante de un sindicato de enseñanza, nunca puedo dejar de pensar en la incidencia que esa actuación tendrá en el contexto más concreto, el de mi aula y mis alumnos. Si queremos cambiar la sociedad, no se trata de una pretensión abstracta, sino de un proyecto que debe implicar una mejora en la vida de las personas concretas e individuales y de los pequeños grupos que forman una sociedad. Si queremos cambiar un espacio más reducido de relaciones sociales, lo hacemos para que eso termine provocando un cambio generalizado gracias al cual el cambio más local podrá subsistir y no perecer en un ambiente hostil.

Lo que acabo de decir respecto de las personas o grupos que deben ser tenidos en cuenta en la acción social transformadora, puede ser dicho igualmente respecto de los temas que constituyen nuestro foco de interés. Es posible que, por afinidades personales o por circunstancias más coyunturales, decida centrar toda mi actividad en la lucha sindical, o que me incline más por volcarme en la protección de los Derechos Humanos. Sería una ilusión propia de personas ilusas, más que de personas ilusionadas, pensar que basta con dirigir todo mi esfuerzo hacia esos temas específicos, olvidando todos los demás de los que se encargarán posiblemente otras personas tan comprometidas o más que yo. Aquí también los problemas están profundamente interrelacionados, de tal modo que difícil será que cambiemos en uno solo de ellos si al mismo tiempo no se intenta cambiar en todos los demás; igualmente, cuando abordamos reformas revolucionarias en uno de esos ámbitos debemos ser conscientes de

que lo que hagamos tiene que guardar coherencia con lo que haya que hacer en otros ámbitos. Un ejemplo relativamente sencillo lo constituyen las reivindicaciones sindicales en las que se necesita incluir preocupaciones ecológicas o feministas para que las mejoras obtenidas en las condiciones laborales no degraden el medio ambiente ni perpetúen la discriminación de las mujeres en el puesto de trabajo. Si antes mencionaba la importancia de tener siempre una perspectiva global cuando actuamos localmente, ahora se trata de tener una conciencia de integralidad cuando intentamos resolver problemas parciales.

La opresión y la explotación están presentes en muchos lugares y de muchas maneras. Múltiples son también las posibles luchas, todas ellas importantes aunque algunas lo son más en algún momento. Nuestra intervención debe ser flexible y responder a las mil caras del poder.

Presente ya en la tradición de las luchas sociales del siglo anterior, si bien de manera incipiente o latente, la segunda mitad del siglo XX nos ha permitido percibir la pluralidad de manifestaciones de la opresión que están presentes en nuestras sociedades. En la sociedad contemporánea existen múltiples y distintas formas de ser una víctima como consecuencia también de variadas situaciones de opresión o explotación. También existen muy diversos lugares en los que se están desarrollando importantes luchas sociales, con diferentes estrategias y objetivos. Nos encontramos en lo que ya se viene llamando una sociedad red, con una geometría variable en la que los nodos que se constituyen en puntos de referencias pueden cambiar con relativa facilidad. Es una sociedad descentrada, aunque puede decirse que al mismo tiempo existe un único bloque dominante bastante homogéneo, en la que proliferan las luchas de oposición también descentradas. Debido a esto, resulta espinoso elaborar una teoría global de la sociedad en la que fuera posible hacer una descripción y ofrecer una explicación del modo en el que toda esa pluralidad puede ser articulada. A eso se refiere la crítica social postmoderna cuando señala la casi imposibilidad de recuperar una propuesta totalizadora, que supere la multiplicidad, la fragmentación y, en ocasiones, la inconmensurabilidad de las opresiones y las resistencias.

Esta situación ha ampliado, sin duda, nuestra manera de entender las luchas por la liberación de la humanidad, recuperando y profundizando esa integralidad y globalidad que acabo de evocar. Por otra parte, tampoco conviene ir demasiado lejos en esa constatación de la ausencia de una gran teoría social o de la dificultad de integrar las distintas luchas en un proyecto coherente de emancipación. En todos los casos concretos, en todas las situaciones particulares de opresión, se organiza la lucha o la resistencia apelando a principios universales muy similares; como decía un poeta, en este mundo no es justo que nadie escupa sangre para que otros vivan mejor. Todos, absolutamente todos los seres humanos tenemos derecho a ser tratados con dignidad y a disfrutar de las condiciones de igualdad en las que podamos llegar a ser quienes somos. Toda lucha, por muy local que sea, plantea reivindicaciones que trascienden el propio contexto y pretenden tener un alcance de universalidad, conscientes en definitiva de que nada de lo que sea humano nos resulta ajeno y que en la suerte de la víctima más débil está en juego la suerte de toda la humanidad. Quizá ya no pensemos en la sociedad sin clases como configuración específica de la alternativa que vamos buscando, pero en sus rasgos más generales todos seguimos aspirando a una sociedad mucho mejor que la actual, una sociedad en la que sea posible la felicidad que nos merecemos.

Si el análisis de la sociedad actual y de las luchas alternativas que he venido haciendo es sustancialmente correcto, podríamos decir que hay en estos momentos un problema que se presenta como el más grave. La hegemonía impuesta por el modelo neoliberal de globalización, liderada por una alianza de tecnócratas y capitalistas de diverso tipo, es la que está causando mayores niveles de infelicidad y pobreza a la humanidad y contra ella hay que dirigir el núcleo de las críticas y de las luchas sociales. El éxito de algunas convocatorias recientes, empezando por la famosa de Seattle, es prueba bastante sólida de que son muchas las organizaciones, grupos sociales y sectores económicos y políticos que ven en ese neoliberalismo rampante el enemigo que debe ser batido. Es bastante probable que no todas ellas compartan exactamente los mismos intereses, o que quieran conseguir los mismos objetivos a corto y medio plazo, pero eso no niega el hecho de que los paladines del neoliberalismo han

conseguido convertirse en la representación más genuina de la maldad opresora y explotadora del momento. Dado que sus intereses son predominantemente económicos, con la obtención de beneficios como único horizonte para su actuación, tampoco puede extrañarnos que resulte especialmente urgente que el movimiento sindical recupere una capacidad de movilización y un protagonismo en la confrontación que había perdido tras décadas de concertación.

Defender la centralidad de la lucha económica, y más en concreto de las condiciones de trabajo y del reparto de la riqueza, no significa negar la importancia de las demás luchas ni proponer que deban subordinarse todas ellas a las luchas de tipo más sindical. Insisto en que muchas son las posibilidades, muchas deben ser también las organizaciones y los frentes de luchas y, como no podía ser menos, también tienen que ser muy variadas las estrategias empleadas para combatir un modelo de relaciones sociales que es poderoso y expeditivo en los medios empleados para preservar su hegemonía. También es posible que según la esfera en la que nos estemos moviendo, la zona geográfica de la que se trate o el momento histórico específico, una lucha pueda exigir una preferencia y prioridad que no tendrían cambiado el contexto. Eso sí, una parte no despreciable del éxito de las luchas para modificar radicalmente las actuales relaciones sociales dependerá de la capacidad que se tengan de establecer vínculos flexibles y coordinados entre todas ellas, de tal modo que se pueda ir avanzando de modo más coherente. Igualmente resulta imprescindible que cada lucha concreta sea capaz de integrar, o al menos tener en cuenta, el conjunto de actores y de intereses por la transformación social que están en juego en la época actual.

El pensamiento único sólo existe en las mentes de quienes han dejado de pensar y aceptan resignadamente las consignas de los que intentan controlar la sociedad. Atrévete a pensar por ti mismo en diálogo con las muchas personas que saben que las cosas pueden ser de otra manera.

Uno de los embustes más celosamente propagados por los medios de comunicación actuales y por los intelectuales de palacio es el que afirma que las propuestas cooperativas y solidarias,

encabezadas hasta no hace mucho tiempo por el mito de la Unión Soviética, han fracasado completamente y que el libre mercado capitalista se ha erigido como único vencedor en la confrontación social que duraba ya casi dos siglos. El embuste parte de una distorsión inicial notable; no es cierto que el modelo del socialismo realmente existente fuera en realidad una alternativa solidaria y cooperativa, como ya venían denunciando desde sus mismos orígenes diversos sectores de izquierda, en especial los libertarios. Esta parte del embuste no constituye de todas maneras un problema grave, pues el modelo soviético ya estaba bastante desacreditado, aunque su sola presencia pudiera suponer un freno para la rapiña del capitalismo neoliberal. Más preocupante resulta que el neoliberalismo se presente a sí mismo como el vencedor de la contienda y como la solución definitiva a los problemas de la humanidad. En un alarde de soberbia petulante se considera que con esta nueva etapa se ha entrado definitivamente en el fin de la historia. Esta petulancia sería una más, similar a las muchas anteriores que habían dicho lo mismo o algo parecido, como la Revolución Francesa o el imperio nazi de los mil años. Pero es que además el modelo vigente se parece más a una chapuza social que a una construcción mínimamente sólida.

No se le puede negar su contribución a un potente desarrollo de las fuerzas productivas, hasta el punto de que posiblemente por primera vez en la historia se tiene claro que los problemas de carencias graves en la satisfacción de necesidades básicas es tan sólo un problema político, pues sobran bienes para todo el mundo. También debemos reconocer que ha mostrado una enorme flexibilidad en las últimas décadas, siendo capaz de fagocitar a algunos de sus críticos más poderosos y de convertir en beneficio propio lo que en principio se presentaba como una seria amenaza. Sin embargo, en sus mismos éxitos están sus fracasos; el hecho innegable es que en una sociedad de abundancia está aumentando gravemente la pobreza y la exclusión social, mostrando el modelo una incapacidad ejemplar de proporcionar a todo el mundo los medios imprescindibles para la subsistencia mínima. El sistema actual carece posiblemente de un proyecto a medio y largo plazo realmente creíble para solucionar algunos problemas inmediatos de especial gravedad, como puede ser el desempleo, el deterioro ambiental o la distribución equitativa de los bienes. Va poniendo parches según van surgiendo

los problemas y, dejado a su propio ritmo como proponen sus defensores más radicales, augura desastres variados de diverso tipo, algunos de los cuales ya se están produciendo. Mucho menos capacitado se lo ve para hacer frente a otros riesgos que están empezando a perfilarse en el horizonte. Intentar, por ejemplo, gestionar el problema del suministro del agua, uno de los más urgentes a corto y medio plazo; como si de un bien privado se tratara terminará con bastante seguridad por agravar el problema.

No es cierto, por tanto, que todos los grupos que están ejerciendo la resistencia contra el desorden establecido sólo sepan protestar y carezcan de respuestas. Puede que, en un primer momento, las alianzas encaminadas a aglutinar esfuerzos se centren más en lo que se rechaza que en lo que se propone, más que nada para reforzar la unidad frente al acoso de que son objeto por parte de los poderes hegemónicos. En la medida en que esas luchas vayan desarrollándose y sus protagonistas establezcan un diálogo serio sobre los objetivos, los fines y los medios que se deben emplear, se podrá comprobar con mayor claridad que son ellos los que están dando pruebas crecientes de imaginación y sugiriendo respuestas innovadoras que suponen un paso adelante. Por el contrario, es el pensamiento oficial el que muestra evidentes síntomas de parálisis y falta de imaginación. Una vez más resulta espinoso y complicado saber si se va a producir un giro notable en la situación que permita reconstruir redes de solidaridad internacionales y abordar cooperativamente los numerosos conflictos a los que la humanidad tiene que hacer frente. Por fortuna siguen siendo muchas las personas que hacen propuestas alternativas cimentadas en el apoyo mutuo, que se atreven a pensar en contra de los dogmas oficiales y que apuestan decididamente por una sociedad completamente distinta. Hoy, como ayer y como en todo futuro previsible, la cultura dominante fracasa en su pretensión de acabar con toda contestación a su dominio y la gente sigue demostrando que quieren, pueden y saben vivir de otra manera.

Nuestra acción debe ser el ejemplo de que todo es posible y de que la sociedad puede cambiar radicalmente. En lo que hacemos y en cómo lo hacemos, en la acción directa, se manifiesta una sociedad sin opresión y sin explotación.

Siguiendo lo ya dicho a propósito de la idea de futuro y de la necesidad de que volquemos nuestro esfuerzo en un presente distinto, lo importante en todo proceso revolucionario no es tanto la meta a la que hay que llegar como la forma distinta de recorrer el camino. Una vez que hemos roto con ese pensamiento que se presenta como único, empezamos a ver las cosas de otra manera, a tener una jerarquía de valores completamente distinta. No sólo empezamos a percatarnos de manifestaciones de la opresión y la explotación que hasta entonces nos habían pasado desapercibidas y potenciamos nuestra capacidad de detectar y desmontar la ideología dominante y su pretensión de ocultación interesada de la realidad social; también es esencial que esa ruptura dé paso a una forma completamente distinta de vivir, no exenta de dificultades y contradicciones, pero con ideas bastante claras respecto de cuál es la única conducta coherente con los fines que se intenta conseguir. Está claro que no todos los grupos sociales tienen los mismos fines como objetivo de su acción social; algunos pretenden mantener una sociedad en la que sigan existiendo las jerarquías y las desigualdades en todos los aspectos, mientras que otros buscamos una sociedad en la que la libertad, la igualdad y el apoyo mutuo constituyan las indisociables urdimbre y trama de un nuevo tejido social. Y esta opción ya marca claras diferencias.

No obstante, donde más nos jugamos nuestros proyectos sociales alternativos es en los medios que empleamos, es decir, en cómo los hacemos presentes en el aquí y el ahora. Sólo en la medida en que nuestros medios sean coherentes con los fines, estaremos realmente avanzando en la construcción de una sociedad alternativa. Aquí, como en todo, lo importante no es lo que decimos, sino lo que hacemos. Eso es lo que da credibilidad a nuestro discurso e incrementa la adhesión social. Al predicar con el ejemplo propio dejamos bien claro que creemos seriamente en lo que decimos y que nuestros ideales son algo más que las ensoñaciones de unos visionarios. Es más, nuestras propuestas adquieren solidez en la medida en que hacemos ver que sí se pueden poner en práctica y que además son bastante eficaces para gestionar los problemas a los que debemos hacer frente. Carecería de sentido, por ejemplo, apostar por una sociedad autogestionaria, pero no poner nunca en práctica dicha autogestión alegando que eso sólo será posible una vez modificadas las circunstancias

sociales. Al mismo tiempo, ese cambio radical de nuestra actitud y de nuestra manera de vivir debe mostrar que nos acercamos a la felicidad buscada; el compromiso por la transformación social debe ser siempre algo alegre, una explosión de plenitud, de exuberancia creativa y de alegría de vivir. No es en absoluto el odio a la miseria existente lo que se manifiesta en nuestra actividad, sino la pasión creadora de quienes apuestan por mucho más que lo que ofrece la mezquindad cotidiana.

La acción cotidiana adquiere importancia también porque la meta hacia la que avanzamos nunca va a estar del todo definida, ni tampoco puede estarlo. Sólo el boceto, los grandes rasgos del proyecto, están bien presentes en nuestros ideales, pues sin ellos tampoco sabríamos hacia dónde encaminar nuestros pasos. A pesar de todo, el propio camino que vamos recorriendo puede y debe ir introduciendo modificaciones en lo que hacemos, pues también van cambiando las circunstancias y se van generando dificultades en las que anteriormente no podríamos siquiera haber pensado. La transformación social necesita grandes dosis de flexibilidad y creatividad llegado el momento de decidir cómo vamos caminando hacia ella. Fieles y sensibles a las circunstancias que nos ha tocado vivir y a la gente con la que compartimos esas circunstancias, iremos comprobando que el final se encuentra ya en el principio como expectativa y la expectativa inicial va desplegando nuevas posibilidades y nuevas exigencias según vamos avanzando. Esta apertura mental, esta creatividad con la que abordamos la transformación social, tiene que asumir tanto la posibilidad de equivocarnos al actuar, pues tenemos que ir tanteando diversas posibilidades, como la radicalidad en las exigencias. Lo queremos todo y lo queremos ahora; damos pruebas de realismo precisamente porque pedimos lo imposible y obstinadamente nos mantenemos en nuestras exigencias y hacemos ver que la Luna sólo está lejos para quienes se obstinan en mirar tan sólo al dedo que la señala.

Mi libertad empieza donde empieza la libertad de los demás y no seremos completamente libres hasta que todos los seres humanos sean libres. El apoyo mutuo, la solidaridad, son las claves de la revolución social: nadie libera a nadie, los seres humanos se liberan en comunidad.

La acción social es también un canto a la libertad. Parte del convencimiento de que la historia no está escrita ni existe un destino ya fijado, ante el que sólo nos cabe la aceptación resignada. Hay, claro está, condicionamientos, limitaciones, mediaciones que no podemos soslayar, pero al final siempre queda un margen para que podamos decidirnos y asumir la responsabilidad de lo que hacemos. Nadie puede decidir por nosotros; somos los agentes de nuestro propio futuro y nuestra propia identidad no es más que el resultado de las decisiones que vamos tomando a lo largo de nuestras vidas. Algunas de esas decisiones incrementan nuestra libertad y amplían el abanico de posibilidades, como ocurre cuando dejamos de someternos y de obedecer. Otras, por el contrario, pueden cerrarnos puertas y precipitarnos en una carrera de concesiones, delegaciones y dimisiones personales. En todo caso, por más que las circunstancias puedan restringir bastante el ejercicio de la libertad, nos toca a nosotros mismos tomar la decisión definitiva que dota de sentido a nuestra vida. Como ya dije, tenemos que decidir de qué lado estamos y por quién optamos, y en eso no hay excusas ni dilaciones. Por otra parte, al exaltar la libertad de quienes quieren ser los agentes de su propia vida, estamos también demandando crear las condiciones de existencia reales que hagan posible el ejercicio de la libertad. La pobreza, la miseria, las relaciones de dominación o las de explotación son todas ellas circunstancias que empobrecen notablemente el alcance de nuestra libertad. No basta con proclamar la libertad; es imprescindible crear las condiciones materiales en las que el ejercicio de esa libertad sea algo más que pura retórica.

La libertad natural, aquella que se identificaría como la capacidad de hacer lo que a cada uno le venga en gana, es una libertad tan irreal como estéril. Ejercer la libertad siempre es una práctica social que sólo tiene sentido realizada en comunidad; necesitamos que los demás sean también libres para que nuestra libertad crezca y todo proceso de liberación sea una actividad cooperativa en la que solidariamente colaboremos con otras personas para ir venciendo las dificultades que restringen nuestras posibilidades, nuestras capacidades y, por tanto, nuestras libertades. Como se ha dicho ya muchas veces, nadie libera a nadie, la libertad no puede ser impuesta, sino que tiene que ser personalmente asumida en un

proceso en el que los seres humanos se liberan en comunidad. Sólo en una sociedad en la que existan unas normas tomadas libremente por todo el mundo, tras un proceso igualmente libre de discusión sobre esas normas, que siempre serán revisables y modificables para mejor responder a nuestras necesidades y proyectos, podremos empezar a considerarnos libres. Atados a tradiciones y costumbres sociales que no nos atrevemos a cuestionar, encerrados en los estrechos límites que esos condicionamientos nos imponen, y perdida la capacidad de imaginar infinitos mundos posibles y distintos, no podremos decir que estamos siendo libres. Aislados en un apartado rincón, rodeados de súbditos sumisos dispuestos a cumplir lo que queramos imponerles, sólo disfrutaremos de un espejismo de libertad.

Al insistir en esta dimensión solidaria y cooperativa estamos admitiendo hasta qué punto dependemos del reconocimiento ajeno para llegar a ser nosotros mismos. Nada hay más nocivo para la libertad que el miedo; miedo a correr riesgos y escoger el camino equivocado, pero sobre todo miedo a las personas que nos rodean y en las que vemos potenciales enemigos. En un mundo en el que siempre estuviéramos temiendo ser atacados por otras personas, la libertad se agostarí y sería sustituida por medidas de protección y de seguridad. El valor personal y la confianza en los demás se convierten de este modo en piedra angular de la libertad. Sólo quienes confían en los demás, quienes no se consideran ningún mesías salvador de nadie y aceptan a los demás tal y como son, sin aspirar a cambiarlos ni imponerles nada; sólo quienes no pretenden que los demás sean como a ellos les gusta ser, y están abiertos a diversos y alternativos modelos de realización personal; sólo quienes siguen pensando que los seres humanos merecen la pena y son seres en los que se puede confiar, sólo éstos estarán contribuyendo a crear un mundo realmente libre y solidario.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN: ACCIÓN SOCIAL, ACCIÓN SINDICAL	7
1. Del pensamiento único y el fatalismo histórico	7
2. La acción social contra el sistema	10
3. Las incipientes redes de acción social	14
4. La acción sindical	18

CAPÍTULO 2

EL MOVIMIENTO LIBERTARIO: UN AIRE DE FAMILIA	25
1. Un enfoque abierto	25
2. Un aire de familia	27
3. La denuncia del poder	28
4. La búsqueda de la libertad	33
5. El apoyo mutuo	36
6. Participación y autogestión	39
7. Medios y fines	44
8. La transformación integral	47
Sugerencias bibliográficas	51

CAPÍTULO 3

SINDICALISMO, SINDICALISMO	
REVOLUCIONARIO, ANARCOSINDICALISMO	53
1. Diversas respuestas a un mismo problema	58
2. El sindicalismo revolucionario	64
2 a. La acción directa	64
2 b. Autogestión	69

2 c. Independencia de cualquier alternativa política	75
2 d. Integralidad y radicalidad	80
Sugerencias bibliográficas	85

CAPÍTULO 4

LAS LUCHAS SOCIALES	87
1. Introducción	87
2. democracia directa y la participación	98
2 a. La institución de la democracia	100
2 b. Avances democráticos	103
2 c. Carencias de las democracias parlamentarias	106
2 d. Vicios privados, públicas virtudes	110
2 e. La reconstrucción de la democracia	115
3. Los movimientos ecologistas	123
3 a. Los límites del equilibrio	125
3 b. Ecologismo místico, ecologismo social	129
3 c. Ecologismo para los pobres, ecologismo para los ricos	134
3 d. Los objetivos del ecologismo social	138
4. La autogestión y la economía social	141
4 a. Una economía que no genera exclusión y pobreza	141
4 b. Algunos rasgos básicos de la economía	148
4 c. El lugar central del trabajo en la producción de riqueza	153
4 d. La autogestión	161
5. El feminismo	168
5 a. Una constante casi universal	168
5 b. La construcción de la identidad femenina	173
5 c. La larga marcha de la liberación	177
5 d. Las paradojas de la actualidad	182
6. La educación	185
6 a. La educación y los seres humanos	185
6 b. Las contradicciones de la educación en la actualidad	190
6 c. Educación y democracia	195

6 d. Educación y solidaridad	200
7. Pacifismo y antimilitarismo	204
7 a. Las semillas de la violencia	204
7 b. Una forma específica de la violencia: el militarismo	208
7 c. Las formas actuales del militarismo	212
7 d. La oposición a la violencia y la búsqueda de la paz	217
8. La crítica al poder	225
8 a. Fuerza, poder, autoridad	225
8 b. De la servidumbre voluntaria o el miedo a la libertad	230
8 c. Las redes de poder	235
8 d. Esferas de poder	239
9. El apoyo mutuo	244
9 a. Competitivos o solidarios	244
9 b. La solidaridad institucionalizada	250
9 c. Voluntariado y ONGs	256
9 d. El apoyo mutuo	261
Sugerencias bibliográficas	268

CAPÍTULO 5

Historias de otro mundo: el futuro posible	275
--	-----